cool & lam

A. A. FAIR

LA COQUETERÍA DE BERTHA COOL

Bertha Cool acaba de ser dada de alta del hospital donde ha estado recuperándose de neumonía, pero pronto, ella y Donald Lam, están a la caza de una futura novia que está perdida.

Se verán enredados en asesinatos y artimañas financieras antes de, finalmente, lograr su objetivo.

A. A. Fair

La coquetería de Bertha Cool

Cool & Lam-4

ePub r1.1
fenikz 23.12.14

Título original: *Spill the Jackpot*
A. A. Fair, 1941
Traducción: Manuel Vallve
Ilustraciones: Carl Bobertz
Retoque de cubierta: fenikz

Editor digital: fenikz
Digitalizadora: maperusa
ePub base r1.2

Guía del lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BRECKENRIDGE (Harvey): Propietario del «Cactus».

BURKE (Corla): Novia de Harvey y muchacha de 25 años.

COOL (Bertha): Propietaria de la agencia de detectives, en la que presta sus servicios Donald Lam.

DEARBORNE (Anita): 50 años. Madre de Eloísa y Ogden.

DEARBORNE (Eloísa). Hija de la anterior.

DEARBORNE (Ogden): Hermano de Eloísa.

ENDICOTT (Paul): Antiguo empleado de los Whitewell.

FRAMLEY (Elena): Amiga de Corla y joven como ella.

HAZEN (Louie): Boxeador y empleado en el «Cactus Patch».

JANNIX (Sidney): Boxeador, conocido también por «Pug» y que a la vez encubre la doble personalidad de Harry Beegan; amigo de Elena Framley.

KLEINSMIDT (William): Teniente de policía de Las Vegas y que acusa poca habilidad en sus actos.

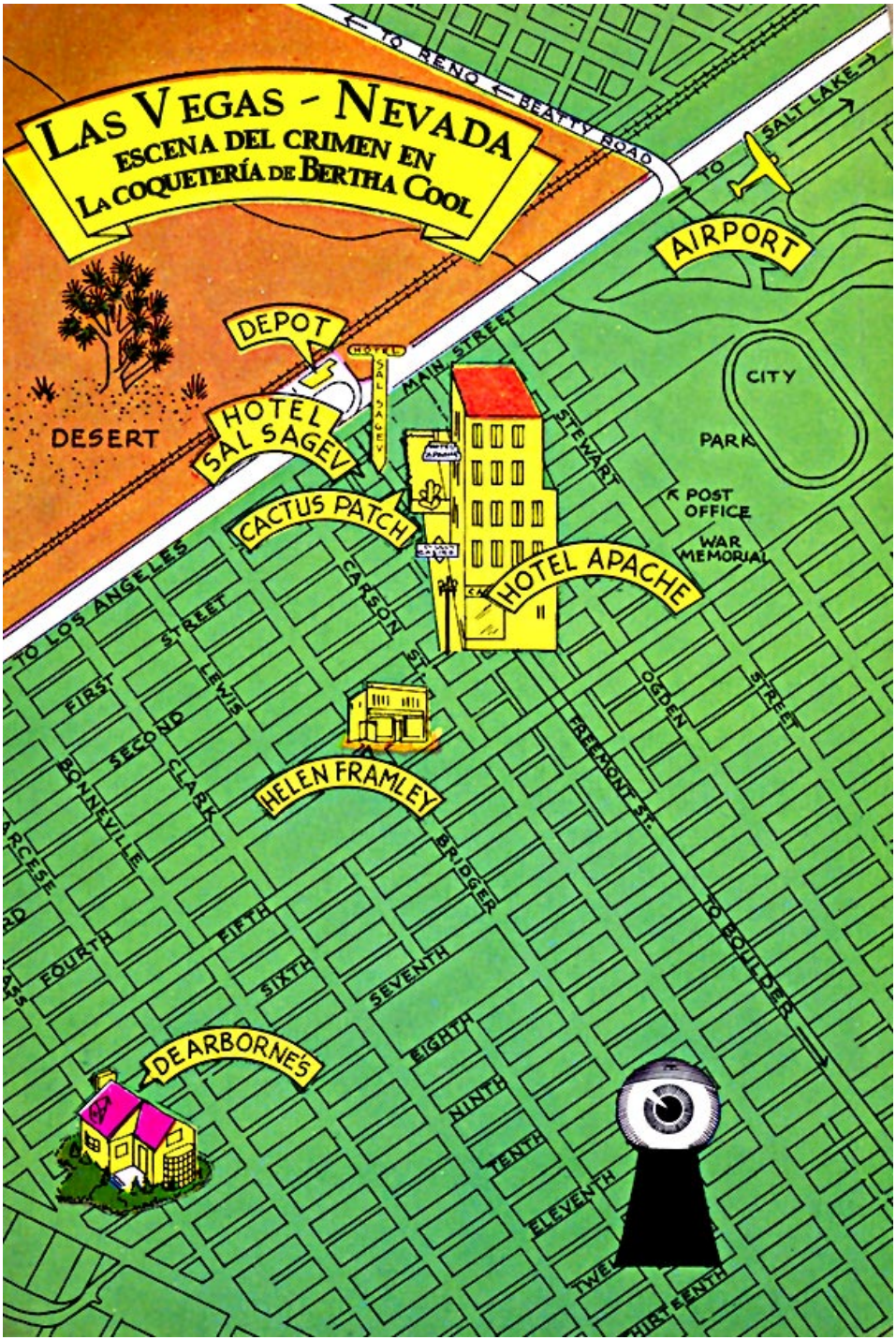
LAM (Donald): Detective particular, que protagoniza esta obra.

LASTER: Jefe de policía de Las Vegas.

MATRIMONIO CLUTMER: Vecinos de Elena Framley y pareja sumamente chismosa.

WHITEWELL (Arthur): Financiero de Los Ángeles.

WHITEWELL (Philip): Hijo del anterior.


LAS VEGAS - NEVADA
ESCENA DEL CRIMEN EN
LA COQUETERÍA DE BERTHA COOL
TO RENO ← BEATTY ROAD
SALT LAKE →
TO
AIRPORT
DEPOT
HOTEL SAL SAGEV
MAIN STREET
DESERT
CITY
PARK
STEWART
POST OFFICE
WAR MEMORIAL
CACTUS PATCH
HOTEL APACHE
TO LOS ANGELES
STREET
CARSON ST.
FIRST
SECOND
LEWIS
CLARK
BONNEVILLE
HELEN FRAMLEY
OGDEN
STREET
FREMONT ST.
BRIDGER
TO BOULDER
FOURTH
FIFTH
SIXTH
SEVENTH
EIGHTH
NINTH
TENTH
ELEVENTH
DEARBORNE'S

capítulo primero

—EL doctor Crabtree desea verle a usted antes de que vaya a la habitación de la enferma. ¿Quiere hacer el favor de acompañarme? —dijo la enfermera.

Echó a andar en tanto que, en el repiqueteo de sus tacones y en el roce de su almidonado uniforme, se advertía la eficiencia profesional propia de su cargo. Dio vuelta a la derecha, abrió una puerta y la sostuvo, al mismo tiempo que anunciaba:

—El señor Lam.

Entré y ella cerró a mi espalda.

El doctor Crabtree era hombre de nariz delgada y ojuelos penetrantes. Al mirarle, daba la impresión de que uno se hallaba ante una línea larga y recta, con un puntito a cada lado.

—¿El señor Donald Lam?

—Sí señor.

Unos dedos largos y fríos rodearon mi mano.

—Siéntese.

—Mi avión sale dentro de cuarenta y cinco minutos —dije, sentándome.

—Me esforzaré en ser breve. ¿Ha venido a llevarse a la señora Cool?

—Sí.

—¿Y qué sabe de su estado?

—Poco. Ha tenido la gripe y una pulmonía. El doctor de Los Ángeles aconsejó este sanatorio para un largo descanso.

—¿Le manifestó sus razones?

—No.

—¿Es usted socio de esta señora?

—Solamente empleado.

—¿Dirige una agencia de detectives?

—Sí, señor.

—¿Y le ha dejado a cargo de ella?

—En efecto.

—Tiene una elevada opinión de usted, señor Lam, y, al parecer, también le inspira afecto.

—No lo demuestran los cheques con que me paga el sueldo.

—Bueno —contestó, sonriendo—, quiero darle cuenta de su estado y no se lo digo a ella para no alarmarla sin necesidad. Pero, *si lo considerase usted necesario*, convendrá que se lo haga decir por su médico de Los Ángeles.

—¿Qué es eso?

—¿Estaba usted enterado de su peso anterior?

—Exactamente, no. Una vez me dijo que todo lo que comía se le convertía en grasa y que, aun cuando hiciese una dieta de agua pura, seguiría aumentando de peso.

—Eso es una exageración —replicó el médico, tomándolo al pie de la letra—. Lo que, sin duda, quiso decir es que sus funciones digestivas son altamente eficaces y que…

—Exprime la última gota nutritiva de cada uno de sus bocados.

—Sí, algo por el estilo.

—Es muy capaz de eso —contesté.

—Yo le he prescrito una dieta rígida —dijo, mirándome fijamente.

—No la observará.

—A usted le encargo que lo haga.

—No puedo. Ya tengo bastante que hacer.

—Por lo que se refiere al peso, ella se abandonó a un extremo inconcebible.

—No le importa —contesté—. Trató de mantenerse flaca hasta que se enteró de que su marido la engañaba. Entonces ella le permitió que conservara sus amistades y, en cambio, se dedicó a las patatas y a los postres. Por lo menos, así me lo dijo. Y, al enviudar, siguió comiendo.

—Bueno, ahora tiene una corpulencia más que razonable y *es preciso que no aumente de peso*. Como comprenderá usted, su corazón no resistirá eternamente el esfuerzo de llevar de un lado a otro tal carga de carne como la que tenía. Y no sólo hay que tener en cuenta el peso excesivo, sino que cada libra de grasa requiere

unos metros de capilares para proporcionarle la sangre debida.

—¿Ha hablado de eso con la señora Cool?

—Sí.

—¿Y qué dice?

—Pues me mandó al diablo —contestó el médico, indignado.

—No me extraña.

Él oprimió un botón y acudió la enfermera.

—El señor Lam viene a recoger a la señora Cool. ¿Está ya dispuesta?

—Sí, señor doctor.

—Muy bien.

—¿Ha pagado ya la cuenta? —pregunté, tomando del bolsillo la factura que me mandó a la oficina.

—Ya está saldada —contestó, evitando mis ojos—. La señora Cool protestó y… llegamos a un acuerdo.

Seguí a la enfermera por un largo corredor y un tramo de escalera. Se detuvo ante una puerta oscilante. La empujó y Bertha Cool dijo:

—¡Largo de aquí! He pagado ya mi cuenta y no quiero más termómetros… ¡Ah, es Donald! ¡Hombre, cuánto me alegro de verte! Entra, querido. No te quedes ahí en pie, mirándome de ese modo. Acércate. Toma mi maleta y vámonos de esta leonera. Te aseguro que… Bueno, ¿qué pasa?

—Pues que apenas la he conocido —contesté.

—Ni me conozco yo —replicó—. Perdí la grasa durante la enfermedad y el doctor dice que no debo recobrarla. ¡Y un cuerno! ¿Sabes lo que peso, Donald? Pues solamente setenta y dos kilos. ¿Qué te parece? Y no puedo ponerme ninguno de mis trajes.

—Tiene usted buen aspecto.

—Sí; también me lo dice el médico y sin duda te ha puesto sobre aviso para lisonjearme, ¿verdad? ¿Y no te ha dicho el viejo idiota, en tono confidencial, que el corazón no puede resistir el esfuerzo?

—¿Por qué me pregunta eso? —dije.

—Buena detective sería yo si no supiera leer las ideas de un imbécil como ése. Me preguntó cuándo llegaba tu avión, a qué hora te esperaba y luego dijo a la enfermera que quería verte en cuanto llegaras. ¡Estupideces! ¿Y qué haces con la agencia? ¿Has ganado algún dinero con ella? Ten en cuenta que me he visto obligada a

desprenderme de mucho dinero, de modo que, por ahora, habremos de vigilar el gasto de la más mínima moneda de cobre. ¿Y no sabes lo que hizo el recaudador de contribuciones? ¡Caramba Donald! Está bien tener sentimientos patrióticos, pero no me da la gana de pagar un centavo para todo su maldito programa de rearmamento y…

—El avión sale a las diez —dije, tomando la maleta—. Tengo un taxi que me espera fuera y…

—¿Un taxi? ¿Está esperando?

»¿Y por qué no lo decías? Estabas aquí charlando, mientras el taxímetro nos robaba el dinero. ¿Crees que así me ayudarás a reducir los gastos? Tú, Donald, eres un buen muchacho, pero te figuras que el dinero se encuentra a patadas. A juzgar por tu modo de gastar…

La enfermera extendió la mano cuando Bertha Cool atravesaba la puerta.

—Adiós, señora Cool, y buena suerte.

—Adiós —contestó Bertha, sin mirar hacia atrás y emprendiendo una rápida marcha por el corredor.

—Tenga en cuenta que el taxi no nos hará pagar nada por el tiempo que esté parado.

—¡Oh! —exclamó, acortando el paso.

Bajamos la escalera y el chófer tomó la maleta de Bertha.

—¿Aeropuerto? —preguntó.

—Sí —contesté.

—¿Qué hay con respecto al caso de Gilman? —preguntó Bertha en el momento de sentarse.

—Terminado.

—¿Terminado? ¿Y cómo voy a ganar dinero cuando das por terminado el único caso decente…?

—Encontramos a esa mujer y él nos pagó una prima.

—¡Oh!

—Tenemos otro caso.

—¿Cuál?

—Lo ignoro. Un tal señor Whitewell escribió a la oficina encargando que un representante se entrevistara con él esta noche, en Las Vegas.

—¿Y ha mandado dinero?

—No.

—¿Qué le dijiste?

—Telegrafié anunciando que iría a verlo.

—¿Y no pediste ningún anticipo?

—No. Sea como fuere, nos enteraremos. Y podré detenerme, si es preciso, antes de que cueste dinero.

—Sí, pero podrías haberle pedido a ese Whiteside algo para gastos y…

—Whitewell.

—Bueno, como se llame. ¿Y qué quiere?

—No me lo ha dicho. —Saqué su carta del bolsillo—. Aquí está. Fíjese en el papel. Podrían utilizarlo en vez de chapas de metal para recubrir aviones.

—Bueno, te acompañaré —dijo ella, tomando la carta.

—No, usted ha de descansar una o dos semanas.

—No quiero. Hablaré con él.

No contesté. Llegamos al aeropuerto con quince minutos de anticipación. Esperamos el avión y poco después lo vimos aparecer desde el Este; aterrizó, rodó por el campo y luego lo aprovisionaron de lo necesario.

Un altavoz avisó que los pasajeros que se dirigían al Oeste debían embarcar en el avión. Se abrió una puerta corredera.

Los individuos que estuvieron aprovisionando el avión de gasolina, y que luego lo hicieron objeto de un repaso rutinario se apartaron de su camino. La camarera abrió la puerta del aeroplano y un empleado de uniforme descorrió una valla. Bertha y yo pasamos a bordo. Encontramos ya a media docena de pasajeros. Bertha se acomodó, dio un profundo suspiro y exclamó:

—Tengo hambre. Mira, Donald, ve a comprar una barra de chocolate para mí.

—No hay tiempo.

—No seas tonto. Aún faltan dos minutos.

—Su reloj va atrasado.

Se acomodó en los almohadones dando un suspiro. El pasajero que estaba al lado de la ventana se volvió para dirigirle una mirada de reojo.

—¿Se encuentra usted bien? —pregunté.

—Sí, pero tengo flojas las rodillas. Estoy desnutrida, parezco un

trapo mojado. Esos médicos me han dejado seco el cuerpo.

El individuo inmediato a mí sacó un reloj y dio un golpecito sobre la esfera. Aún faltaban tres minutos y medio para la marcha.

—Estoy seguro —dijo— de que mi reloj señala la hora exacta, al segundo.

Bertha volvió el cuello y yo le dije:

—Sí, ya sabía que el reloj de esta señora va atrasado. Como usted ve, el mío señala la hora exacta. Esta misma mañana lo regulé en el aeropuerto.

Y, sacando el reloj, se lo mostré. En efecto, señalaba la misma hora que el suyo. Él se dispuso a decir algo, pero cambió de idea y volvió a mirar por la ventanilla.

Pusieron los motores en marcha y luego los graduaron para que funcionasen a velocidad reducida. Llegó entonces un pasajero retrasado. A juzgar por sus movimientos, cualquiera hubiese podido creer que había tomado el avión por los pelos. Se dejó caer en un asiento, en espera de que el avión se pusiera en marcha y, al ver que no se movía, pareció muy sorprendido.

Bertha Cool consultó su reloj y se volvió para mirarme airada. Dos minutos y quince segundos más tarde el avión echó a correr por el campo.

En cuanto hubimos despegado y el rugido de los motores se transformó en un zumbido monótono, de poca intensidad, que invitaba al sueño, Bertha se dispuso a dormitar. El individuo que estaba a mi lado se inclinó de modo que sus labios estuviesen al lado de mi oído y dijo:

—Supongo que me comprendió usted bien cuando le hablé de la hora, ¿verdad?

—Sí.

—Dispense —dijo riéndose—, pero me interesa mucho la psicología.

—Es un asunto fascinador.

—¿Ha estado usted en el Sanatorio de Springs?

—Ella. Yo no.

—Ya oí lo que dijo de los médicos y de su debilidad en las rodillas. Parece mujer enérgica.

Me examinó unos segundos y luego miró a través de la ventanilla. Media hora después se volvió para preguntarme:

—¿Se dispone a enflaquecer?

Moví negativamente la cabeza. Él volvió a mirar por la ventanilla y se hundió en el asiento. Poco después oí cómo se volvía para mirarle. Abrí los ojos y noté que me observaba, muy preocupado. Él se apresuró a desviar la mirada.

Le hice seña para que se acercara y le comuniqué en voz baja:

—El médico desea que disminuya de peso, Ha tenido la gripe y una pulmonía. Mientras tanto, ha perdido unos cuarenta y cinco kilos y el medico desea que no vuelva a recuperarlos. Hasta ahora tenía la costumbre de no negarse nada a sí misma. ¡Tiene una pasión por comer! Y ahora déjeme usted en paz y en libertad de dormir.

De momento pareció sorprendido y, al comprender mi idea, se echó a reír.

—Tiene usted razón —me dijo.

Por espacio de unos minutos, permanecí casi dormido y luego me desperté al notar que nos disponíamos a aterrizar. Mi vecino se inclinó para darme un golpecito en la rodilla. Disminuyó la marcha de los motores y él, bajando la voz, pregunto:

—¿Cuántos años ha tenido esa señora un peso excesivo?

—No lo sé ni me interesa mucho saberlo.

—Pues le va a costar mucho impedir que recobre su gordura anterior.

—No pienso esforzarme, porque este asunto le importa a ella y a nadie más.

—¿No es usted pariente suyo?

—No.

—Tal vez —dijo después de un momento de desaliento—, podría ayudarlo a usted y, al mismo tiempo, intentar un sencillo experimento de psicología. Apostaría cualquier cosa a que esa señora ha pasado muchos años sin que ningún hombre se haya fijado en ella, en calidad de mujer. En cuanto lleguemos a la parada, voy a decirle algo agradable, y ya verá usted lo que resulta.

—No lo haga usted por favorecerme.

—Me gustaría, porque será interesante.

—Bueno, como quiera.

El avión aterrizó con gran suavidad, sus ruedas rozaron la pista de despegue, pasó por delante de los hangares y se detuvo ante el

edificio de la administración que, al mismo tiempo, era la estación terminal para los pasajeros. La camarera anunció que la parada sería de diez minutos, el piloto paró los motores y la mayor parte de los pasajeros saltó a tierra.

—¿Cómo se encuentra usted, Bertha?

—Tan débil como un gatito.

—Después de su enfermedad, no es raro.

—Me han matado de hambre.

—¿Quiere usted pasar a tierra?

—Sí, porque —deseo comprar algunas barras de chocolate.

Salió y se dirigió a la estación. Vio la expendeduría de tabaco, que también era puesto de periódicos y, dirigiéndose al vendedor, compró dos barras de chocolate.

El que viajaba a mi lado se acercó a Bertha y le dijo algo. Ella le clavó una mirada con sus duros ojuelos. Su interlocutor la contempló con señales de satisfacción, se dispuso a alejarse, pero regresó para decir algo que obligó a Bertha a sonreír.

Compré un periódico y miré los titulares. Pocos minutos después, aquel individuo que había estado hablando con Bertha se situó al lado de mi hombro y, en voz baja, preguntó:

—¿Quiere usted apostar algo?

—No.

—No sería leal. Le apuesto lo que quiera a que no se come la segunda barra de chocolate.

Doblé el periódico y pregunté:

—Le ha costado un níquel, ¿no es así?

—En efecto.

—Pues se la come. No tenga usted la menor duda.

capítulo dos

EL avión descendió cuando volaba por encima del desierto y casi rozó una superficie blanca y deslumbradora, manchada con algunas matas de salvia. La sombra proyectada por el enorme avión parecía negra como tinta, mientras resbalaba por el suelo. Luego las ruedas se pusieron en contacto con la tierra, se niveló el avión y echó a correr hacia el lugar en que esperaban los empleados.

—Ya está —dije a Bertha.

—¿Van ustedes a apearse aquí? —preguntó mi vecino, sorprendido.

—Sí.

—Yo también.

—Así me gusta —contestó Bertha, sonriendo—. Quizá volveremos a verlo a usted.

—¿Permanecerán mucho tiempo aquí? —preguntó aquel individuo mientras nos acomodábamos en el automóvil que había de llevarnos a la población.

—No lo sé.

—¿Negocios?

—Sí.

Bertha Cool ocupaba el asiento inmediato al chófer. Mi interlocutor se inclinó sobre la cintura para acercarse a mi oído.

—Me parece que no conoce usted Las Vegas.

—No.

Seguimos avanzando y añadió:

—El hotel Sal Sagev es un lugar agradable. Es difícil recordar el nombre hasta que uno se da cuenta de que es Las Vegas escrito al revés. Es una población muy agradable. Reno se queda con toda la publicidad, pero Las Vegas tiene tanto color como Reno. A veces creo que tiene más. Y posee mayor distinción e individualidad.

—He estado en ambos sitios.

—Pues entonces puede entenderme bien.

—El aire del desierto —observó Bertha Cool volviéndose sobre su asiento— da una sensación muy agradable.

—No hay duda de que le da a usted un aspecto magnífico —dijo mi vecino—. Es usted la imagen de la salud.

—Es mi pintura de guerra —contestó.

—El centelleo de sus ojos no procede de la perfumería. Y si lleva usted maquillaje, equivaldrá a dorar un lirio. Las personas que tienen un cutis tan lozano y fino como usted, no necesitan pintarse.

Sin duda pasó Bertha Cool muchos años sin oír nada parecido. Tuve la impresión de que protestaría, pero, en vez de hacer eso, sonrió, mientras se volvió para contemplar su imagen en el parabrisas.

En el hotel Sal Sagev, Bertha Cool consignó su nombre en el registro y aquel moscón exclamó:

—Eso es muy interesante. Precisamente he venido para celebrar una entrevista con el representante de un individuo llamado Cool.

—¿Es usted Whitewater? —preguntó, sonriendo.

—Whitewell —corregí.

Pero él contestó mirando sorprendido y, volviéndose a mí, exclamó:

—¿Es usted Lam?

Afirmé.

—¿Va usted a decirme que Cool es una mujer?

—Regento la agencia —contestó Bertha— bajo el nombre de B. Cool, porque evita muchas explicaciones.

—Bueno, vamos a hablar arriba —dijo Whitewell—. ¿Le parece bien en su habitación, señora Cool?

—Sí —contestó—. Dentro de diez minutos.

La habitación de Whitewell estaba en el piso inferior al nuestro y, en cuanto salió del ascensor, Bertha me dijo:

—Es simpático.

—¡Hum!

—Refinado. Tiene aspecto distinguido.

—¡Hum! ¿Va usted a comerse esa barra de chocolate ahora mismo?

—Ahora no —dijo—. Me duele un poco la cabeza. La guardaré.

Vete a tu cuarto y vuelve antes de diez minutos, porque no quiero hacer aguardar al señor Whitewell.

—Seré puntual.

Me lavé y nueve minutos y medio después llamaba a la puerta de Bertha. Al mismo tiempo vi llegar a Whitewell.

Ella nos hizo pasar. Olía a agua de colonia y también sus manos habían sido perfumadas.

—Adelante, señor Whitewell —dijo—. Póngase cómodo. Tú, Donald, siéntate en esa silla.

Tomamos asiento. Whitewell me miró con ironía y dijo:

—No es el tipo que me había imaginado.

Bertha sonrió amablemente y, con voz que parecía la de un gatito, preguntó:

—Supongo que le habré dado una gran sorpresa, ¿verdad?

—Mucho. No puedo imaginarme a una mujer refinada y elegante dedicada a este asunto. ¿No le parece sórdido?

—¡Oh, no! —contestó ella con la mayor cortesía—. Es muy interesante. Claro está que Donald se encarga de lo peor. ¿Qué desea usted encomendarnos?

—Quiero que encuentren a una mujer joven.

—Donald tiene muy buena mano para eso. Precisamente acaba de terminar un caso parecido.

—Éste es algo distinto.

—¿Es usted su padre? —preguntó Bertha, cautelosa.

—No. Soy padre de un joven que, en realidad, está muy interesado en eso.

Esperamos a que continuara. Él cruzó las piernas, mordió la punta de un cigarro y nos pidió permiso para fumar.

—Se lo ruego —contestó Bertha—. Me gusta ver a un hombre fumando un cigarro. Es muy masculino.

Él encendió el suyo, soltó el fósforo con cuidado en el cenicero y dijo:

—Tan sólo tengo un hijo, llamado Philip. Regento una agencia de publicidad y Philip va a ser mi socio. Deseo darle la mitad de los beneficios, como regalo de bodas, haciendo para ello una escritura de sociedad entre los dos.

—Muy bien.

—A él no le interesa mucho dedicarse a un trabajo de oficina.

Quizás he sido demasiado indulgente, pero cuando se enamoró, cambió por completo la situación. Estaba loco por esa muchacha. Ella trabajaba como secretaria de uno de los gerentes de aviones y, según tengo entendido, sabe trabajar y tiene confianza en sí misma. Imbuyó a Philip con sus ideas y él, de repente, decidió dedicarse a nuestro negocio. Fue una transformación milagrosa.

—Que a usted debió satisfacerle mucho.

—Sí, pero…

—¿Acaso no le gustaba a usted que pudiera casarse con esa muchacha?

—Al principio no habría querido que se casara con nadie, hasta que ya se hubiese establecido en una profesión. Tiene veintiocho años y no ha hecho más que jugar y viajar. Nunca conseguí interesarle por un trabajo regular.

—¿Y qué ha sido de esa muchacha?

—Dos días antes de la boda, es decir, el diez, desapareció.

—¿Dejó alguna carta o algo por el estilo?

—Nada. Desapareció sencillamente y no se ha sabido más de ella.

—Si no quería usted que se casara su hijo con esa mujer, ¿por qué no deja el asunto tal como está? —preguntó Bertha—. Ella tuvo alguna razón para obrar así, quizás algo que la hiciese poco agradable como futura nuera.

—Ya he pensado en eso —replicó Whitewell.

—¿Cuál es su respuesta?

—Philip. Ya les dije que había cambiado mucho. Hablando con franqueza, yo me oponía a esa boda, pero, en vista de las circunstancias que rodean esa desaparición, no tengo más remedio que encontrar a la joven, aunque sólo sea en beneficio de Philip. Mi hijo no duerme ni come, está atontado, pierde peso y tiene muy mal aspecto.

—Bueno, ya la encontrará Donald —dijo Bertha.

—Dígame usted todo lo que sepa —rogué.

—Como ya he dicho, Corla era secretaria de uno de los gerentes de la Randolf Aircraft Company. Vivía en una habitación en compañía de otra muchacha. El día de su desaparición, pareció preocupada y de mal humor. Su compañera de habitación quiso saber qué le pasaba y Corla le contestó que no le sucedía nada

desagradable.

»A las ocho y diez de la mañana del día diez se dirigió a su trabajo. Su jefe tuvo la impresión de que estaba del humor de costumbre, aunque se mostró muy callada. Ella había presentado ya su dimisión, anunciando que se marcharía en cuanto la sustituyese alguien. Ella y Philip se habían propuesto aplazar su luna de miel hasta más tarde. Corla era una muchacha muy útil como secretaria y su jefe intentó varias veces convencerla de que continuase trabajando. Mencionó esto, porque deseo darles a entender que era una mujer muy concienzuda en su trabajo. Aunque le hubiese ocurrido algo que la obligase a huir de mi hijo, no habría dejado en la estacada a su jefe.

—Adelante —dijo Bertha.

—Hasta las diez de la mañana tomó cartas al dictado y luego empezó a traducirlas. Entre ellas había una muy importante y confidencial, que se refería al modelo de un avión. También había algunas cartas de una oficina a otra, de carácter muy reservado y muy importante.

»Salió su jefe del despacho, después de haber dictado estos documentos, para celebrar una breve conferencia con otros gerentes. Duró veinte minutos y, al regresar a su despacho, observó que Corla no estaba ya sentada en su escritorio. En la máquina de escribir vio una hoja de papel. Había empezado a traducir la primera carta, pero se interrumpió después de unas pocas palabras, cortando una frase.

»Su jefe se figuró que habría ido a la sala de descanso. Se sentó a su propia mesa y empezó a trabajar. Quince minutos después quiso dictar otra carta y llamó a Corla. Y al ver que no aparecía, salió a la oficina exterior y vio que estaba igual que cuando él regresó de la conferencia.

»Diez o quince minutos después llamó a otra secretaria y la envió a la sala de descanso, para ver si Corla estaba indispuesta, pero la joven no se encontraba allí, y ya nadie ha vuelto a verla, ni se ha descubierto el menor indicio de su paradero. Sobre su escritorio estaba su bolso. Contenía unos cincuenta y tantos dólares, que era todo el dinero que poseía esa muchacha. No tenía cuenta en ningún Banco. Y en el bolso estaba también el rojo de labios, los polvos, la pintura para las mejillas, las llaves, etc.

—¿Se avisó a la Policía? —pregunté.

—Sí. Pero no hizo nada.

—¿Hay alguna pista?

—Sólo una.

—¿Cuál?

—De acuerdo con su compañera, Corla se mostró muy contenta y feliz hasta veinticuatro horas antes de su desaparición, de modo que he tratado de averiguar lo que ocurrió en el plazo de esas veinticuatro horas. La única cosa extraordinaria que he logrado descubrir es que, durante la mañana anterior a su desaparición, recibió una carta de alguien llamado Framley, de Las Vegas, Nevada.

—¿Y cómo sabe eso?

—La patrona distribuye el correo por los pisos de sus huéspedes. Su apellido de soltera es Framley, es decir, con «N». Y dice que se limita a examinar el correo de sus huéspedes, lo que le facilita su exacta distribución.

—¡Pamemas! —exclamó Bertha, sarcástica.

—Ella asegura —añadió Whitewell sonriendo— que el apellido Framley que figuraba en la esquina del sobre se parecía mucho al suyo propio de soltera y, de momento, se figuró que estaba escrito con «M» en vez de «N».

—¿Y observó que procedía de Las Vegas?

—Sí.

—¿Y qué señas de Las Vegas?

—No las recuerda.

—¿Y no se acuerda, por el primer nombre, si procedía de un hombre o de una mujer?

—Sólo recuerda que el remitente era un tal Framley, de Las Vegas. Esta pista es muy débil, pero no hay otra. Y en los hechos que rodearon a su desaparición no hay ninguno que pueda ayudarnos.

—¿Y qué me dice usted de su libro de notas? —preguntó—. Me refiero al que contenía sus notas taquigráficas de las cartas que le dictaron.

—Estaba sobre su escritorio —dijo—. Si se hubiera echado de menos, quizá la empresa en que prestaba sus servicios habría podido tomar cartas en el asunto. Mas, al parecer, su cargo no tuvo

nada que ver con su desaparición. Probablemente se trata de un asunto personal.

—¿Y cree usted que una persona llamada Framley, de Las Vegas, sabe algo acerca de su misteriosa desaparición? —preguntó Bertha.

—Sí, señora Cool —contestó Whitewell—. Hay una tal Elena Framley, que vive en Las Vegas. Es decir, estuvo aquí durante las últimas semanas.

—¿La ha visto usted? —pregunté.

—¿Por qué supone que he tratado de verla? —replicó, cauteloso.

—Después de haberla localizado, no pagaría usted dinero a una agencia de detectives si no hubiese intentado usted mismo obtener esos informes, aunque sin éxito.

No contestó en seguida. Separó el cigarro de la boca, lo examinó unos momentos, cambió de posición en la silla, y dijo:

—Con franqueza, lo intenté. Tengo aquí unos amigos, llamados Dearborne. ¿Los conoce?

—No conozco a nadie en Las Vegas —contesté.

—La señora Dearborne es una *íntima* amiga —dijo—. Su hija Eloísa es muy atractiva. Y tuve la esperanza de que Philip se diese cuenta de ello.

—¿No lo ha notado?

—Eran amigos y confié en que su amistad se convirtiera en algo mejor. Y tal vez hubiese resultado así, de no ser por la señorita Burke.

—¿Hay alguien más en la familia Dearborne?

—Ogden Dearborne, que es un muchacho joven y está empleado en la central hidroeléctrica Boulder. Es aviador aficionado y posee la cuarta parte de un avión.

—¿Nadie más?

—Solamente los tres.

—Y usted consiguió que uno de ellos se dedicara a buscar a Elena Framley.

—¿Pudo localizarla? —preguntó Bertha.

—Sí; encontró a Elena Framley, pero nada más.

—¿Qué sucedió? —preguntó Bertha.

—La señorita Framley le dijo que no había escrito ninguna carta, que no tenía idea de quién pudiera ser o dónde estaba Corla, que no deseaba ser interrogada con respecto a esta última y que no había

oído hablar nunca de Corla Burke.

—¿Y decía la verdad? —preguntó Bertha.

—No lo sé —contestó Whitewell—. Ogden cree que sí. En esa joven observó algo misterioso y evasivo. Por eso deseo los servicios de un detective profesional.

—¿Y qué me dice usted de la policía? —inquirió Bertha—. Según me indicó antes, no demostró ningún interés.

—Trataron el asunto como si fuese la desaparición de una de tantas personas desconocidas. Siguieron las prácticas rutinarias para encontrarla, pero nada más. Insisten en que un determinado tanto por ciento de jóvenes que desaparecen es porque van a tener un niño, o se largan con otro sujeto. Opinan que Corla estaba enamorada de otro y que se decidió a casarse con Philip por creerlo buena presa, pero luego cambió de propósito.

—¿Y sería, en efecto, buena presa? —preguntó Bertha.

—Así lo consideraban algunas madres —contestó Whitewell en tono seco.

—¿Y desea usted que Donald haga averiguaciones acerca de esa Framley?

—Quiero que ponga en claro lo que le sucedió a Corla, por qué desapareció y dónde está ahora.

—¿Y qué desea usted averiguar? —inquirió Bertha.

—Quisiera demostrar que su desaparición fue voluntaria. Espero que la razón que haya en el fondo de ella, no sólo devolverá la paz mental a mi hijo, sino que le dará amistad con Eloísa Dearborne. Después de lo sucedido, opino que Corla no sería la nuera que yo puedo desear. Esa desaparición ha hecho mucho ruido. Claro está que es una muchacha buena y agradable, pero nuestra familia no puede ya aceptarla.

—Pierda usted cuidado —dijo Bertha—, porque Donald volverá del revés, como a una media, a esa Framley. Todas se vuelven locas por él. No sé qué les da.

—Estoy persuadido —dijo Whitewell, mirando a Bertha— de que su organización es, exactamente, lo que necesito. Claro está que nunca creí encontrar a una mujer al frente de una agencia de detectives, y menos aún a una mujer tan atractiva como usted.

—¿Tiene alguna fotografía de Corla Burke? —pregunté. Y en vista de que afirmaba, añadí—: La necesitaré, así como una

descripción de su persona y una presentación para Ogden Dearborne. Telefonéele y dígale también que me comunique todo lo que deseo saber.

—Sí, creo que eso será mejor —dijo Whitewell, después de breve reflexión.

—También necesito las señas de Elena Framley, si las tiene usted.

—Se las daré por escrito seguidamente.

—¿Tiene a mano el retrato?

Sacó de un bolsillo interior dos fotografías y nos las mostró. Una era un retrato de profesional, pequeño, de una muchacha de cabello claro, nariz algo respingada y ojos tristes. La otra era una instantánea, de sombras acentuadas y algo desenfocada. Mostraba a una muchacha en la playa y con traje de baño. La sorprendió la cámara cuando se, disponía a arrojar una pelota. Se reía y mostraba unos dientes regulares. Los ojos estaban demasiado sombreados, pero en la figura había una vitalidad, un vigor y una armonía que el aparato recogió muy bien. Una mujer como aquélla nunca se mostraría resignada y, en caso de equivocarse, seguiría adelante.

—No olvide usted llamar a los Dearborne y decirles que saldrá para ir a ver a Ogden —dije mientras me guardaba las fotografías en el bolsillo.

—Podría yo llevarlo allí y…

—Prefiero ir solo.

—Bueno.

—Donald —dijo Bertha—, trabajas muy de prisa. A veces no interesa.

—Me felicito por ello —dijo Whitewell mirando fijamente a Bertha mientras hablaba.

Ella bajó la mirada, con expresión que nunca había yo observado. Parecía confusa.

—¿Y cuánto me va a costar eso? —preguntó Whitewell.

—Veinticinco dólares por día, y los gastos —contestó Bertha, cuyo rostro se transformó como si se hubiera puesto una máscara.

—¿No es mucho dinero?

—Por el servicio que damos, no.

—Tenía entendido que un detective particular…

—Tenga en cuenta que ahora no contrata a un detective, sino a

una agencia. Donald irá a situarse en la línea de ataque. Yo permaneceré en la oficina, pero ocupada en lo mismo.

—Es preciso que haya algún límite —replicó él.

—Mantendremos los gastos a un nivel reducido.

—¿Y los gastos de espectáculos, consumiciones y demás?

—No habrá. Y necesitamos doscientos dólares anticipados.

Whitewell empezó a llenar el cheque.

—Si la encuentran ustedes u obtienen pruebas de que se marchó por su propia voluntad, y eso antes de una semana, les daré una prima de quinientos dólares. Y si la encuentran, llegaré hasta mil dólares.

—¿Has oído, Donald? —preguntó Bertha mirándome.

Yo afirmé.

—Bueno, pues sal y empieza a trabajar. Aunque me hayan tenido seis meses en una clínica, no necesito que nadie me ayude para firmar un recibo.

capítulo tres

ARRASTRÁBANSE unas amoratadas sombras por el desierto. El aire era clarísimo y seco, como un pedazo de papel secante, nuevo. Corrían entonces los primeros días de la primavera. Pero nadie llevaba chaqueta, a excepción de alguno que otro turista.

Las Vegas se ajustaba a la tradición de las poblaciones occidentales por tener una calle principal, en donde está todo. Había allí algunas abacerías al por menor y también otras tiendas que, generalmente, se buscan en las calles secundarias. A cada uno de los extremos de esta calle principal se extienden dos barrios principales.

La longitud de la calle principal está salpicada de casinos de juego, restaurante, hoteles, tiendas de drogas y perfumes y *saloons*. En realidad allí existe toda clase de juego conocido. Desde la acera, mientras yo andaba por la calle y me fijaba en los pormenores del lugar, podía oír claramente las ruedas de las ruletas y también el leve repiqueteo de las ruedas de la fortuna. En cuanto me hube impregnado un poco de aquella atmósfera, tomé un taxi y le di las señas que Whitewell me entregara escritas.

La casa era pequeña, pero elegante. El que la proyectó había tratado de alejarse del estilo convencional que caracterizaba a las restantes casas de la calle.

Pagué el taxi y subí los tres escalones de cemento que conducían al soportal y oprimí el botón del timbre.

El joven gigante que acudió a la puerta tenía el cabello rubio y el rostro de color de cuero de silla de montar. Me miró con unos ojos grises, descoloridos por el sol, y dijo:

—Usted es Lam, de Los Ángeles. —Y en vista de que afirmaba, me estrechó la mano con dedos flacos y poderosos, añadiendo—: Entre. Arthur Whitewell telefoneó hace poco acerca de usted.

Lo seguí al interior de la casa y a mis narices llegó el olor de la comida.

—Éste es mi día de fiesta —explicó—. Comemos a las cinco. Entre. Pruebe ese sillón que hay al lado de la ventana, porque es cómodo.

Lo era, pero no había ninguno más que lo igualase en la estancia. Toda la casa era así. Pequeñas economías preparaban el camino para uno o dos objetos que valían la pena. La casa no tenía el sello de la pobreza, pero daba a entender que sus habitaciones deseaban mejores cosas y que harían todos los sacrificios posibles para ser dueños de uno o dos objetos que se convirtieran en símbolos de lo que deseaban.

Ogden Dearborne era flaco como un tronco, pero sus movimientos eran rápidos y graciosos. Era fácil advertir que su trabajo lo obligaba a permanecer en el desierto y al aire libre, y era lo bastante joven para sentir entusiasmo por su tez en extremo bronceada.

Se abrió una puerta y entró una mujer. Me puse en pie y Ogden dijo:

—Mamá, te presento al señor Lam, de Los Ángeles, acerca de quién nos ha telefoneado Arthur Whitewell.

Ella se acercó, sonriendo graciosamente. Era una mujer que aún llamaba la atención. Con toda evidencia había cuidado su figura y su rostro. Quizá se hallaba cerca de los cincuenta años o los había cumplido ya, pero *podía* creerse que aún estaba lejos de los cuarenta. Aquella mujer conocía las privaciones. No comía todo lo que hubiera podido desear, y, sin duda, conservaba su figura gracias a que envolvía su cuerpo con tejidos elásticos. Y así, hambrienta y torturada, consiguió lo que se había propuesto.

Era trigueña y sus ojos brillaban como mármol gris pulimentado. Tenía la nariz recta y larga, y las aletas tan delgadas que casi parecían transparentes.

—¿Cómo está usted, señor Lam? Con mucho gusto haremos cuanto podamos por un amigo de Arthur Whitewell. ¿No nos hará el favor de utilizar nuestra casa como cuartel general mientras esté en Las Vegas?

Aquella invitación era un símbolo. De haber contestado que sí, alguien se vería obligado a dormir en el soportal posterior. Nadie

esperaba que aceptase y, con acento grave, dije:

—Muchas gracias. Probablemente sólo estaré aquí unas horas y tendré mucho que hacer. Pero les agradezco su invitación.

Entonces entró la señorita de la casa. Parecía haber estado al otro lado de la puerta en espera del momento de su aparición, como si cada uno de aquellos personajes no quisiera estropear la impresión que producía el otro.

La señora Dearborne hizo la presentación.

—Eloísa, te presento al señor Lam, de Los Ángeles, acerca de quien telefoneó Whitewell.

Eloísa era, sin duda alguna, hija de su madre. Su nariz era igual, de aletas también muy delgadas. Tenía el cabello de color rojizo oscuro. Los ojos eran azules, pero en ellos se advertía la misma dureza y decisión, igual propósito firme y también daban la impresión de que su dueña era muy capaz de imponerse una dura disciplina. Aquellas mujeres eran cazadoras y, como tales, tenían una expresión casi felina. Un gato que se despereza ante la chimenea encendida tiene un aspecto tan suave y ornamental como la piel que rodea la garganta de una mujer. Las patas acolchadas se mueven con igual silencio y suavidad. Pero allí están las garras y precisamente por hallarse ocultas son tan peligrosas. El perro no oculta sus garras y sólo le sirven para excavar. El gato las tiene recogidas y poseen una dureza eficiente en el problema de mantener la vida gracias a la muerte.

—¿No quiere usted sentarse? —preguntó la señora Dearborne en cuanto hubo pronunciado las palabras convencionales.

Todos tomamos asiento. Era evidente que lo que hubiera de tratarse en adelante se trataría entre todos. No porque desconfiaran de la habilidad de Ogden para dar cuenta de lo ocurrido, pero aquella gente era de la que no confía en nadie. Necesitaban informes de primera mano. Habían acudido todos a la conferencia y estaba ya convenido así.

—Sólo permanecerá un minuto aquí —dije—. Deseo encontrar a Elena Framley.

—En realidad, yo no sé nada de ella —replicó Ogden.

—Bien, así no tendrá usted necesidad de pasar los detalles por alto.

—De acuerdo —replicó sonriendo—. Fui…

—Creo, Ogden, que el señor Lam preferirá que empieces por el principio.

—Sí —repuso Eloísa—. Te llamó Arthur Whitewell.

Él no se molestó en dar su asentimiento, sino que siguió su consejo, como una cosa normal.

—Recibí una llamada de Arthur Whitewell desde Los Ángeles. Conocemos a la familia desde hace algún tiempo. Eloísa, un año atrás, conocía a Philip, en Los Ángeles. Él nos ha visitado varias veces y mi hermana ha ido otras tantas a su casa de Los Ángeles. Arthur, como usted ya sabe, es el padre de Philip. Es… —Y dirigió una rápida mirada a su madre. Sin duda, no pudo notar la señal de que podía proseguir y, por esta razón, dijo, en cambio—: Él viene aquí con mucha frecuencia y entonces nos visita para pasar juntos la tarde.

—¿Y qué dijo por teléfono? —pregunté.

—Que alguien, llamado Framley, había enviado una carta a Corla Burke. Y deseaba que yo encontrase a ese Framley para preguntarle qué decía la carta, porque, al parecer, trastornó a la señorita Burke.

»Yo no tenía ninguna base para localizar a esa gente. Es una muchacha que vive desde hace dos o tres semanas en un piso. Manifestó que no sabía una palabra de eso, que no conocía a ninguna Corla Burke, que no había enviado ninguna carta y que, por lo tanto, no podía complacerme en absoluto, en lo más mínimo.

—¿Y qué más?

—Nada más.

—¿Noto usted si la señorita Framley parecía asustada?

—No. Simplemente me dijo, con franqueza, que no sabía una palabra de eso. Y aun, al parecer, estaba molesta.

—¿Conoce usted a Corla? —pregunté.

Aquella vez no miré a su madre sino a su hermana.

—La he visto alguna vez. Philip me la presentó.

—Supongo que ya estaba usted enterado de que ella y Philip tenían el propósito de casarse.

—Sí, ya lo sabíamos —contestó Eloísa, en tanto que Ogden guardaba silencio.

—Whitewell —repliqué— me dio las señas del piso que ocupa la señorita Framley. Supongo que, gracias a usted, ha averiguado estas

señas.

—En efecto.

—¿Sabe usted si continúa allí?

—Me parece que sí. No he vuelto a verla, pero me dio la impresión de que se había instalado en aquella vivienda.

—¿Cuándo llegó el señor Whitewell? —preguntó la señora Dearborne.

—Esta tarde, en el avión, conmigo.

—¡Oh!

—¿Y sabe si Philip estaba dispuesto a acompañarlo? —preguntó la señora Dearborne a su hijo.

—No lo sé.

—Arthur vendrá después de comer —dijo la señora Dearborne, esperanzada y pronunciando con acento sutil la palabra «comer».

—¿Y qué hay con respecto a Elena Framley? —pregunté a Ogden.

—¡Oh, es típica! —contestó, riéndose.

—¿En qué?

—Pertenece a un tipo que encontrará aquí.

—¿Cuál?

Titubeó como si tratara de buscar palabras y su hermana, sin darle tiempo a que las pronunciase, exclamó:

—Una tunanta como tantas hay en Las Vegas.

—Mientras yo hablaba con ella —dijo Ogden—, llegó un individuo que me pareció ser su marido, pero…

—Vive con ella —interrumpió de nuevo Eloísa—. ¿Es eso lo que intentas decir al señor Lam, Ogden?

—Sí.

—Ten en cuenta, Ogden, que el señor Lam ha de conocer los hechos.

—Ya los tiene —contestó su hermano con algún embarazo.

—Bueno, muchísimas gracias —dije consultando mi reloj—. Voy a ver si consigo sacarle alguna palabra del cuerpo.

Me puse en pie y me imitaron los tres. Yo no tenía tiempo ni deseo de iniciar una conversación cortés y refinada, de modo que exclamé:

—Bueno, muchas gracias. Hablaré con ella.

Y me dirigí a la puerta, acompañado por Ogden.

—¿No sabe usted cuánto tiempo permanecerá aquí Arthur Whitewell? —me preguntó.

—No.

—Si puedo hacer algo, espero que me lo comunicará usted. Buenas tardes.

—Gracias; así lo haré. Y buenas tardes.

Eran las cuatro y media cuando subía la escalera de la casa de Elena Framley y oprimí el botón del timbre. Llamé dos veces y, en vista de que nadie contestaba, me volví hacia otra puerta del mismo piso. Se asomó tan rápidamente la cabeza de otra mujer, que no me costó trabajo comprender que había permanecido al lado de la puerta, escuchando. Y, con toda evidencia, podía oír el timbre en casa de Elena.

—Dispense —dije—. Vengo en busca de Elena Framley.

—Vive en este piso y en esa misma puerta.

—Ya lo sé; mas, al parecer, no está en casa.

—¿No? Se comprende.

Aquella mujer andaba ya muy cerca de los cuarenta años. Sus ojos negros y brillantes parecían muy inquietos. Se fijaron en mí, se alejaron luego, recorrieron todo el patio de la escalera y, por fin, se clavaron de nuevo en mí.

—¿Sabe usted dónde podría encontrarla?

—¿La conocerá usted si la encuentra?

—No. Estoy haciendo una investigación acerca de sus ingresos del treinta y nueve.

—¡Caramba! —exclamó, volviéndose para decir por encima del hombro—: Oye, tú, ¿has oído esto? Esa muchacha paga un impuesto sobre la renta.

—Sí —contestó una voz masculina, desde el interior del piso. La mujer de la puerta se humedeció los labios y aspiró una gran cantidad de aire.

—Dios sabe que no soy curiosa y que no me meto en los asuntos ajenos. Mi lema es vivir y dejar vivir, que cada uno haga lo que quiera. Pero no importa lo que esa muchacha pueda hacer, mientras no arme escándalo. Así se lo decía a mi marido hace dos o tres días. Y Dios sabe lo que será del mundo cuando una muchacha como esa Framley pueda convertir la noche en día, recibir a los amigos en su casa hasta altas horas de la madrugada y Dios sabe, también lo que

hará. Ciertamente, no trabaja y nunca se levanta antes de las once o las doce de la mañana. Y no creo ninguna noche de su vida se haya acostado antes de las dos. Desde luego, ya comprenderá usted que no digo nada contra ella. No se puede negar que tiene un aspecto muy decente, que es seria y todo lo demás, pero…

—¿Dónde podré encontrarla?

—Pues, como le decía, yo no digo nada contra ella. Por mi parte, no me gustaría ni tampoco puedo permitirme jugar dinero en esas máquinas tragaperras. Me han dicho que están dispuestas de tal modo que, cuando alguien echa unas monedas de cobre por la ranura, tanto valiera que las arrojase a la calle. Y, sin embargo, tres tardes que pasé cerca de aquel lugar, al levantar la mirada, pude ver a esa muchacha, de pie ante las máquinas tragaperras del Cactus Patch, ocupada en meter una moneda de cobre tras otra por la ranura y empuñando las manivelas con tanta rapidez como si estuviese estrechando la mano a alguien.

»No tiene trabajo y no creo que lo haya tenido nunca en su vida. Pero aun cuando sea una muchacha que lleva una vida así, tiene un aspecto muy decente. Y ahora viene usted a decirme que paga impuestos sobre la renta. ¡Bueno, no podía usted decirme nada más extraordinario! ¿Y cuánto paga?

Esta última pregunta fue hecha con tal rapidez, que daba la impresión de que todas las palabras que componían la frase habían salido al mismo tiempo de su boca.

Oí unos pasos a espaldas de aquella mujer y apareció un individuo de hombros redondeados, camisa desabrochada en el cuello, chaleco también sin abrochar sobre su pecho estrecho, gafas sobre la frente y, dirigiéndome la mirada propia de un búho, preguntó a su mujer.

—Y ¿qué quiere?

Sostenía entre sus dedos pulgar e índice de la mano derecha un periódico abierto por la página deportiva. Usaba un bigotito elegante y calzaba zapatillas de paño.

—Desea saber dónde podría encontrar a esa muchacha llamada Framley.

—¿Y por qué no se lo dices?

—Se lo estoy diciendo.

Él dio un empujón a su mujer y dijo:

—Pruebe en el Cactus Patch.

—¿Dónde está eso?

—En la calle principal. Es un casino o, mejor dicho, podríamos llamar un depósito de máquinas tragaperras. No puede confundirlo. Y ahora, ven, ocúpate de tus asuntos y deja a esa muchacha que se encargue de lo suyo —dijo, empujando a su mujer y obligándola a entrar en la vivienda.

Luego cerró la puerta.

No tuve ninguna dificultad en encontrar el Cactus Patch. Quería mantener la ficción de que el bar y el casino se hallaban en dos establecimientos diferentes, pero ambos abrían sus puertas a unos pasillos muy amplios que conducían a la calle y entre los dos se veía un compartimiento de cristal. El casino, en la parte posterior y frente a la calle, tenía una enorme rueda de la fortuna, un par de ruletas y diversas mesas para varios juegos. Detrás de eso había una sala donde servían bebidas alcohólicas. A la derecha había una serie de máquinas tragaperras, dispuestas en dos filas, de modo que, en conjunto, había, tal vez, un centenar de ellas.

Acá y acullá se veían algunos clientes diseminados. Aún era demasiado temprano para que llegasen los turistas, pero los concurrentes componían aquella mezcla especial de gente que sólo se puede encontrar en una población de Nevada.

Había allí jugadores profesionales, ganchos y algunas muchachas. Un par de individuos que estaban en el bar tenían tipo de mineros. Otros tres sujetos que se hallaban ante la rueda de la fortuna habrían podido ser ingenieros de la Presa. Y un grupito de turistas en automóvil recorría sin objeto aquel lugar.

Algunos de los turistas procedían del Oeste y conocían más o menos Nevada. Otros lo visitaban por primera vez y su reacción ante aquel juego descarado y la camaradería, llana y sin disimulos, de la gente en general, eran para ellos objeto de la mayor extrañeza.

Pedí que me cambiasen un dólar en monedas de níquel, me dirigí a una máquina tragaperras y empecé a jugar. Y, al parecer, cada vez que las ruedas se detenían iban a pararse ante un limón, que parecía mirarme irónicamente.

Una mujer estaba jugando en dos máquinas a la vez. Había cumplido ya los treinta años y su rostro recordaba el ocaso del desierto. No tenía tipo de ser Elena Framley. Yo estaba

introduciendo entonces mi última moneda de níquel cuando las ruedas se detuvieron ante las cerezas y cayeron unas monedas en el cuenco de la máquina. Precisamente en aquel instante entró una joven.

En voz alta me dirigí a la máquina, de modo que mis palabras pudieran ser oídas por la recién llegada y dije:

—No te pongas generosa ahora.

La joven se volvió, me examinó de pies a cabeza, pasó por mi lado sin decir nada y dejó caer una moneda en la máquina de diez centavos. Giraron los discos, señalaron tres naranjas y empezaron a llover con abundancia, las monedas en el cuenco receptor.

Pude creer que fuese Elena Framley, pero ella se quedó ante la máquina con expresión de asombro y como si se preguntara que debía hacer luego, de modo que me dije que, sin duda, no era práctica en aquel juego. Vi que echaba otra moneda.

Un individuo presuntuoso, de ojos rápidos e inquietos y cabeza que parecía muy bien aplomada sobre un cuello musculoso, pasó por delante de la máquina que admitía solamente monedas de un cuarto de dólar. Observé sus manos mientras dejaba caer la moneda y accionaba la palanca. No hizo un solo movimiento inútil, como si sus brazos fuesen émbolos que trabajaban en un baño de aceite.

—¡Oh, tal vez he roto algo! —exclamó la joven que estaba ante una máquina cercana.

Y miró, pero el otro individuo estaba más cerca, de modo que me aventajó preguntando:

—¿Qué pasa?

—He echado una moneda en la ranura —dijo ella— y quizá he roto algo, porque las monedas empezaron a salir a torrentes y se han diseminado muchas por el suelo.

Él se echó a reír de buena gana y se acercó a la joven.

Me fijé más especialmente en los anchos y esbeltos hombros, la línea recta de su espalda y la cintura, y las caderas muy estrechas.

—No ha roto usted la máquina. Por lo menos aún no. Pero si continúa usted con esa suerte, quizá lo consiga. Acaba de ganar el primer premio.

Miró hacia mí e hizo un guiño.

—¡Ojalá me dijera cómo se hace! —exclamó.

Ella se rió, insegura.

El joven se puso luego a gatas, recogió un par de docenas de monedas, sacó otro puñado del recipiente de la máquina y dijo:

—Ahora vamos a cerciorarnos de que no queda ninguna más en la taza. —Y sus dedos exploraron aquel lugar—. No, nada más —observó.

Yo sorprendí el reflejo de una moneda que había en el suelo. La recogí, se la tendí a la joven y le dije:

—No se olvide usted de ésa, porque puede traerle a buen seguro la suerte.

—Ahora lo veremos —contestó ella con rápida sonrisa.

Sentí que alguien me vigilaba y me volví en el acto. Vi a un empleado que llevaba un delantal verde, con los, bolsillos llenos de monedas para cambiar y que nos contemplaba con el mayor recelo.

La joven metió la moneda en la máquina y oprimió la palanca. Aquella otra mujer de rostro rojizo pasaba por delante de nosotros. Y, al encontrar la mirada del empleado del delantal verde, dio una tosecita que, al parecer, era una señal. El empleado se dirigió rápidamente a nosotros, en tanto que giraban ruidosos los discos de la máquina tragaperras.

Hubo una cascada de monedas que cayó a la taza de la máquina y al rebosar fueron a parar a las manos de la joven. El empleado se ocupó inmediatamente en una máquina que estaba detrás de nosotros.

—Así se hace —exclamó el joven, riéndose—. Adelante, señorita. Está usted de suerte, aunque no se lo figure. Ahora voy a ver lo que podré hacer yo en esa máquina doble, mientras usted sigue sacudiendo esas monedas.

Metió un cuarto de dólar en la máquina y oprimió la palanca y dirigiéndose a mí preguntó:

—¿Y a usted cómo le va, amigo?

—He estado alimentando esta máquina hasta un punto en que no tendrá más remedio que empezar a soltar cuartos. Ahora está tan llena de níquel, que tengo miedo de que reviente.

Introduje otro níquel en la ranura y oprimí la palanca.

Los tres discos empezaron a girar rapidísimamente, produciendo una confusión de colores. Después de breve chasquido se detuvo el disco de la izquierda. Medio segundo después, el del centro se detuvo a su vez. Vi dos barras. El tercero se paró luego. Se oyó en el

interior de la máquina un chasquido metálico y se abrieron las puertas. Los níqueles llenaron la taza con ruido alegre, rebosaron en mis manos y se cayeron luego al suelo.

Recogí dos puñados, pero aún seguían cayendo. Empecé a guardar las monedas en mis bolsillos laterales, limpié la taza y me dispuse a recoger las monedas que habían caído al suelo. El empleado se dirigió a mí, diciendo:

—Tal vez podré ayudarlo a recogerlas.

Se inclinó hacia mí y, de pronto, sus manos salieron disparadas y me agarraron las muñecas.

—¿Qué pasa? —pregunté, mientras intentaba soltarme.

—Venga conmigo, compañero —dijo—. El gerente quiere hablar con usted.

—¿Qué demonio está graznando?

—¿Prefiere seguirme a las buenas o a las malas?

Hice un esfuerzo por soltarme y en vista de que no podía, dije:

—Voy a recoger esos níqueles que hay en el suelo. Son míos.

—Un momento —dijo.

Sus dedos se deslizaron por las mangas de mi traje y palparon mis antebrazos.

Pude libertar uno de ellos y le dirigí un puñetazo. Él esquivó el golpe, me agarró por las solapas de la chaqueta y las echó hacia atrás, de modo que la prenda resbaló por encima de los hombros y me retuvo los brazos inmóviles. Yo no podía hacer nada. Y las monedas que había en los bolsillos laterales, a causa de su peso, se convirtieron en péndulos que me golpeaban al andar.

A mi espalda pude oír el ruido de otra máquina y luego un chorro de monedas que caía en la taza y rebosaba de ella. Un momento después, se oyó otro golpe de fortuna y aquella vez las monedas que salían eran de veinticinco centavos.

El empleado retorció sus dedos en el cuello de mi chaqueta y, empujándome con todo su peso me obligó a correr hacia la otra máquina.

—Bueno, muchacho —dijo aquel hombre—. Voy a registrarte los bolsillos de la chaqueta.

—¿Los míos? —preguntó el interpelado.

—Sí, los tuyos.

—¿Qué pasa con ese hombre? —dije—. ¿Se ha vuelto loco?

El ganancioso, apoyado en la máquina, se balanceaba sobre las plantas de sus pies. La joven que había estado jugando exclamó:

—Voy a dejarlo —y al mismo tiempo se dirigió a la puerta.

El empleado, al verla, le dijo:

—Un momento, niña.

Y se apresuró a sujetarla, pero ella lo eludió, en tanto que la gente se congregaba alrededor de ellos.

—Ustedes tres son unos sinvergüenzas; van a ver lo que sucede ahora. La ley tiene una cita con cada uno de ustedes.

—Conmigo no —contesté.

Él volvió su hombro derecho, vi un movimiento rapidísimo y algo me golpeó un lado de la mandíbula. Aquel golpe lo sentí a lo largo de mi sensible columna vertebral.

—A ver si te gusta esto —exclamó mi agresor.

Mis ojos estaban desenfocados, pero cerré los puños y, tambaleándome, reanudé la pelea. Una izquierda fue a dar en su cara, una derecha le rozó la sien y, de repente, una mula me dio una coz. Fui a chocar contra las máquinas tragaperras y tuve la sensación de que una casa de diez pisos me utilizaba como cimientos.

Miré con unos ojos que me ofrecían dobles y alternadas imágenes de lo que sucedía. Vi cómo el empleado asestaba una rápida derecha al otro individuo, cuyos hombros retrocedieron para situarse más allá del golpe y acercarse luego. Vi cómo su espalda se ponía rígida y pude oír el ruido de la carne al ser golpeada como si un carnicero hubiese dejado caer sobre el tajo una pata de ternera. La cabeza del empleado se elevó en el aire y sus pies perdieron el contacto con el suelo. Por un momento pareció que iba a elevarse como un cohete y me dispuse a verlo pasar a través del techo.

Al tropezar con una de las máquinas tragaperras las hizo estremecer a todas.

Oí el pito de un policía y luego un hombre corpulento me sujetó por el brazo. Me golpeó varias veces y yo traté de replicar. Pero en aquel momento llegó hasta mi mente la voz de un hombre que decía:

—Es uno de ellos. Ya los estamos vigilando hace dos semanas. Han dejado esto limpio de dinero. Tengo la seguridad que forman una banda.

—Andando —dijo la Ley, en tanto que una mano enorme se enroscaba en torno del cuello de la chaqueta y tiraba de él.

Quise hablar, pero no conseguí decir lo que habría deseado. La muchacha que había estado jugando con las máquinas y el individuo que golpeó al empleado habían desaparecido. El hombre del delantal verde estaba tendido en el suelo. Le temblaban los párpados y, por entre ellos, pude ver el blanco de sus ojos.

En un círculo de personas curiosas descubrí una colección de rostros.

Una mano retorció con dureza mi chaqueta. Aspiré profundamente el aire y conseguí empezar a hablar, aunque las palabras sonaban de un modo raro, como si alguien dijera lo que yo me proponía expresar y lo estuviese oyendo.

—Procedo de Los Ángeles. Y apenas hace una hora llegué a Las Vegas. Vine en avión del Lago Salado. Nunca había estado aquí, me gasté un dólar con la máquina de los níqueles y, con el último, conseguí el premio mayor.

Hubo un silencio. Gradualmente se aclaraban mis ideas.

El individuo que me sujetaba miró a otro que llegaba entonces y cuyo aspecto parecía indicar que era el gerente. Se acercó a nosotros y dijo:

—No cuesta nada hablar. Esos ladrones siempre tienen preparada una buena coartada.

Sin embargo, sus palabras no tenían gran acento de convicción.

El empleado del delantal verde, que estaba tendido en el suelo, empezó a rebullir, se apoyó en un codo y miró más allá de nosotros, con ojos vidriosos que, al parecer, eran capaces de atravesar la pared del edificio. El gerente se inclinó hacia él y dijo:

—Oye, Louie, es preciso que no cometamos un error. ¿Estás bien?

El empleado masculló algunas palabras.

—Mira, Louie, es preciso que tengamos una seguridad absoluta. ¿Es éste uno de ellos? ¿Estás seguro?

Al mismo tiempo, el gerente me señalaba y el empleado, que estaba *groggy*, replicó:

—Es él. Es el director de la cuadrilla. Trabajan muy bien. Ya los conocía. Ése es el jefe. Los demás llegaron antes y se llevaron todo lo que les fue posible.

—Adelante —me dijo la ley—. Vamos de visita.

Mis ideas se habían aclarado ya y repliqué:

—Esto va a costar dinero a alguien.

—Bueno, que le cueste. Ven a dar un paseíto. Queremos hacerte visitar nuestra ciudad. Y como has llegado en el avión de la tarde, seguramente no has podido ver nada.

La enorme mano de la ley me agarró de nuevo por la chaqueta y empezó a empujarme hacia la puerta, pero el gerente dijo:

—Espera un minuto, Bill. —Y, volviéndose a mí, preguntó—: ¿Cómo se llama usted?

—Donald Lam. Vivo en Los Ángeles y me dedico a negocios.

—¿Cuáles?

—No puedo decirlo.

Ellos se echaron a reír y yo me volví al policía, diciéndole:

—En la cartera del bolsillo de la derecha del pantalón encontrará usted una tarjeta, pero no la lea en voz alta.

El policía obedeció mis instrucciones, abrió la cartera y examinó mi tarjeta de identificación como detective particular. Eso le causó alguna impresión. Mostró la cartera al gerente y vi que se alteraba la expresión del rostro de éste.

—¿Dice usted que ha llegado en el avión del Lago Salado?

—Sí.

—Tráelo acá —dijo luego.

Desapareció la fila de curiosos que teníamos delante para congregarse por detrás, como si hubiesen sido nubecillas de niebla. El gerente tomó un teléfono, marcó un número y preguntó:

—¿Había en el avión de hoy de Lago Salado un pasajero llamado Donald Lam? ¿Sí…? Un individuo de veintitantos años, facciones regulares, cabello ondulado, unos cincuenta y cinco kilos de peso, un metro sesenta de estatura… ¡Caray…! Bueno, gracias.

Colgó el auricular y dijo al agente:

—Llévalo arriba, Bill.

Abrió una puerta. Subimos una escalera que nos condujo a una oficina fresca, provista de amplias ventanas que daban a la calle principal de la población, cuya actividad aumentaba por momentos. El gerente tomó un teléfono y ordenó:

—Que traigan inmediatamente a Louie.

Colgó el auricular y casi en el mismo instante oí pasos en la

escalera, se abrió luego la puerta y el empleado, que aún parecía estar *groggy*, penetró en la estancia.

—Fíjate bien en ese individuo —ordenó el gerente.

El empleado me miró muy bien y dijo luego:

—Es el nuevo individuo que ingresó en la banda para limpiar las máquinas. Eso indica que es el jefe. Y estaba ordeñando la máquina.

—¿Y cómo lo sabes?

—En primer lugar, por su actitud y por el modo en que se apoyaba.

—Pero tú ¿has visto, realmente, que hiciese algo delictivo?

—No. Pero pude ver que iba con los otros dos y que hablaba con la muchacha.

—¿Y dónde están los otros?

—Se han marchado —contestó el interpelado.

—¡Estoy harto! —exclamó el gerente—. Te contraté porque me asegurabas ser capaz de manejar este asunto. Y tienes la obligación de conocer a todos los sinvergüenzas que se dedican a ordeñar las máquinas.

El empleado se esforzaba en librarse de las telarañas que, aparentemente, le rodeaban el cerebro.

—Oiga —dijo—, ese individuo que me pegó es un boxeador de primera categoría. De momento no lo reconocí, pero en cuanto me dio el puñetazo, reconocí su estilo. Es Sid Jannix. Una vez estuvo a punto de competir para alcanzar un campeonato. Pero alguien le levantó una calumnia y tuvo que retirarse. Es un tío muy bueno. —Miró al agente, luego a mí y dijo—. Ese individuo es el director, aunque para mí, un hombre nuevo, porque nunca lo había visto.

—Buena ocasión para decir todo eso —exclamó el gerente—. ¿Por qué no te apoderabas de sus instrumentos para tener alguna prueba?

El empleado guardaba silencio.

—¿Y eso andaba usted buscando cuando me agarró por la muñeca, me sujetó los brazos y me quitó la chaqueta? —pregunté.

El rostro del gerente se iba oscureciendo por momentos y el empleado no contestó. Después de unos momentos, el primero dijo:

—Bueno, Louie, lárgate de aquí cuanto antes.

Louie salió sin pronunciar una palabra y el gerente se volvió a mí, diciendo:

—Este asunto es muy desagradable.

—Para usted.

—Para uno de nosotros. Y como estoy metido en harina, no estoy dispuesto a abandonar. Háblame de usted.

—¿Qué debo decir?

—¿Quién es usted, qué hace aquí y cómo me demuestra que todo eso no lo hace una banda organizada? Y como es preciso que dé cuenta de la historia de su persona ante un tribunal, valdrá más que se explique ya desde ahora.

—Soy un detective particular —dije— y he venido para un asunto confidencial. Me emplea la agencia de detectives de Bertha Cool. Ésta y un cliente se alojan ahora en el hotel Sal Sagev. Llámela, si quiere, por teléfono. Bertha Cool ha estado en una clínica durante algunos meses y éste es su primer día de salida. Yo, mientras tanto, he dirigido la oficina de Los Ángeles. He venido con objeto de encontrar a determinada persona. Cuando fui a visitarla había salido, de modo que quise matar algún tiempo jugando en las máquinas tragaperras. —Trataron de interrumpirme, pero yo seguí diciendo—: Me gaste un dólar sin que me hubiese correspondido ningún premio, ni grande ni pequeño. El último níquel me dio dos cerezas. Recogí las ganancias y el próximo níquel me dio el premio mayor. Nunca había visto en mi vida a las otras personas y no sé una palabra acerca de esa banda que se dedica a ordeñar el dinero de las máquinas tragaperras. Y les digo todo eso porque no quiero que me lleven ante el jurado, acusándome de no haber cooperado con ustedes oportunamente, diciéndoles todo lo que sé. Ahora le toca jugar a usted. Adelante.

—Voy a descubrirle a usted las mentiras.

—Adelante.

Llamó al hotel Sal Sagev.

—¿Está ahí registrada una tal Bertha Cool? —preguntó—. Sí, de Los Ángeles. Póngame en comunicación con ella.

Sostuvo el teléfono un momento y luego dijo al agente:

—Mejor será, Bill, por si acaso, que todo eso lo llevemos ya de un modo oficial.

—Bueno —contestó el agente.

Sus gruesos dedos rodearon el aparato telefónico. Con su enorme mano ocultó casi el receptor, lo llevó a su oído y, al observar su

rostro, pude darme cuenta de que Bertha empezó a hablar con él.

—Es el teniente William Kleinsmidt, de la policía de Las Vegas. ¿Tiene usted a sus órdenes a un individuo llamado Donald…? Comprendo… ¿Cuál es su apellido…? ¿Quiere hacerme su descripción?

Mientras sostenía el teléfono me miraba como para comprobar los datos que le daban. En una ocasión sonrió comprendí que la descripción de Bertha debería ser muy picante en algún detalle.

—¿Y usted posee una agencia de detectives en Los Ángeles? Muchas gracias, señora Cool… No, no ha hecho nada. Me limitaba a comprobar. Nada más. ¡Ah, un momento! Haga el favor de aguardar. —Cubrió con la mano el transmisor y dijo—. Todo concuerda. Quiere hablar con él.

—Déjelo hablar —contestó el gerente, dando un suspiro.

El teniente de policía me entregó el aparato. La empuñadura estaba caliente y húmeda en los lugares que había tocado su mano.

—¡Diga! —exclamé ante el aparato.

—¿Qué demonio has hecho ahora? —preguntó Bertha.

—Nada.

—¡Y un cuerno!

—Sé dónde vive su amiga —añadí.

—¿Has hablado con ella?

—No.

—Pues eso no nos hará cobrar ninguna prima.

—Ya lo sé. Pero no estaba.

—Bueno, ¿y que demonio has estado haciendo?

—He salido para visitar a otras personas. Luego fui a ver a esa joven, pero no estaba. Y, para esperar, me he metido en un casino y, una vez allí, empecé a jugar en una máquina tragaperras.

—¿Qué? —chilló Bertha por teléfono—. ¿Y por qué has hecho eso?

—Porque la persona a quien ando buscando suele, según me han dicho, entregarse a ese pasatiempo.

—¡Óyeme bien, Donald Lam! —gritó Bertha—. Para encontrar a una mujer no tienes necesidad de jugar en las máquinas tragaperras. Lo malo en ti… —De pronto cambió su voz, preguntando—. ¿Cuánto jugaste?

—Diecinueve monedas de níquel sin ganar nada. Ni siquiera…

—Merecido lo tienes —me interrumpió—. Y no intentes siquiera cargar eso como gasto. Cuando juegues, lo haces por tu cuenta. No me interesa. Eres…

—Luego —interrumpí— gané tres monedas de níquel con la última.

—Y después, seguramente, perdiste las tres —contestó Bertha, sarcástica.

—Y el último níquel —dije— me permitió ganar el premio mayor.

Hubo un silencio y luego Bertha, con voz suave, preguntó:

—¿Cuánto ganaste, querido?

—No lo sé, porque en aquel momento la ley se desplomó sobre mí, acusándome de que me dedicaba a ordeñar las máquinas tragaperras.

—Oye, Donald Lam. Se supone que tienes sesera. Y si no tienes bastante para mantenerte lejos de la cárcel, quedas despedido. ¿No te das cuenta de que hemos de trabajar de prisa?

—Claro —contesté al mismo tiempo que colgaba.

El gerente miró al teniente Kleinsmidt.

—¿Concuerda bien la descripción, Bill?

—Sí. Dice que es un paquetito de dinamita, animado por el valor de un campeón, y que tiene un puñetazo incapaz de obligar a una mosca a separarse de una botella de jarabe, pero que, sin embargo, intenta siempre dar un golpe fuerte.

El gerente dio un suspiro que parecía proceder de sus botas y luego dijo:

—Bueno, Lam. ¿Cuánto?

—¿A cambio de qué?

—Por todo. Un olvido completo.

—No puedo poner precio.

—Está loco. Con seguridad trabaja usted por diez dólares al día. Cincuenta dólares creo que resolverán el caso.

—Seguramente ya ha oído lo que dijo Bertha al teniente.

—Bueno, le daré cien dólares.

Me puse en pie, alisándome la ropa. Las monedas de níquel que llevaba en los bolsillos daban mala forma a la chaqueta.

—¿Cómo se llama usted? —pregunté.

—Harvey Breckenridge. Deseo que me comprenda, Lam. En este

asunto no hay nada personal. Cuando se dirige un lugar como éste hemos de habérnoslas con…

—Bueno, señor Breckenridge. No le guardo rencor —dije, levantando la mano—. En resumidas cuentas, éste es, simplemente, un negocio. Haré de modo que mi abogado se ponga en contacto con el de usted.

—Oiga, Lam, sea razonable. En esta región hay una serie de individuos que se dedican a ordeñar las máquinas tragaperras. Todos los años nos cuestan millares de dólares. Nos esforzamos en alejarlos. Pero son muy difíciles de atrapar. Louie es empleado mío. Vino una semana atrás pidiendo trabajo. Dijo que conocía a todos los sujetos que se dedicaban a este entretenimiento. Él era campeón de boxeo de la marina y, en efecto, no le cuesta nada manejar los puños. Pero, en este caso, perdió la cabeza. Tengo la seguridad de que está arrepentido. ¿Por qué, pues, no quiere usted ser razonable y…?

—El único razonable aquí soy yo —contesté—. Usted no. Se me ha expuesto al ridículo. Se me ha humillado. Y no sólo eso, sino que llamó a mi jefe y me ha obligado a explicarle las circunstancias. Y ella…

—Bueno, acabemos de una vez. Tome quinientos dólares en billetes, firme un recibo y no nos acordemos más.

—No le guardo rencor —dije—; pero éste es un asunto de negocio.

Y me dirigí a la puerta. Él no dijo nada.

Una vez en la puerta me volví.

—Tenga usted en cuenta, Breckenridge, que no estoy de acuerdo con usted. Si no me encontrara trabajando en un asunto muy importante, la cosa no habría tenido importancia para mí. Pero me preguntó mi nombre en presencia de toda aquella gente…

—Eso no le causó ningún perjuicio.

—La muchacha que jugaba en aquella máquina tragaperras era la persona a quien andaba yo siguiendo. Y no se puede usted imaginar ahora lo que me costará encontrarla otra vez.

Se oyó el timbre, él profirió una maldición, rabioso, y luego dijo:

—Vuelva y siéntese.

Lo hice y el teniente me miraba. Y dije a Breckenridge:

—También en eso está envuelta la ley.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Kleinsmidt.

—Usted.

—¡Y un cuerno! Yo no pagaré un centavo.

—A pesar de todo, se halla envuelto en este asunto.

—Yo cumplía instrucciones —contestó el teniente.

—¿De quién?

—Suyas —dijo, indicando al gerente.

—¿Cuánto, Lam? —preguntó éste.

—Diez mil dólares o nada. Y prefiero que no me dé usted nada.

Los dos me miraron y yo dije:

—Tal vez pasaré aquí algún tiempo y necesito un poco de cooperación. Cuando empezaba con buen pie, ustedes dos me estropearon el asunto. Quiero que se den cuenta. Luego me ofrecerán la compensación debida. Y eso es todo lo que deseo percibir.

—¿Nos está usted tomando el pelo? —preguntó Breckenridge, con cara de *poker*.

—Hablo en serio. Soy hombre formal.

Breckenridge hizo retroceder su sillón, tendió la mano por encima del escritorio y dijo:

—Ésta es la conducta de una persona decente, Lam. Venga esa mano.

Nos estrechamos las manos y cuando Breckenridge me soltó la mía, vi la enorme garra del teniente ante mis ojos.

La estreché también. Estaba caliente y húmeda. Y tenía una fuerza capaz de destrozar los dedos de cualquiera.

—¿Qué desea usted, exactamente? —preguntó Breckenridge.

—En primer lugar, quiero hablar con Louie. Enterarme de lo que sabe con respecto a la muchacha que jugaba con la máquina.

—Creo —me contestó el gerente— que Louie no sabe una palabra. Vino aquí desde San Francisco, diciéndome que había trabajado en los establecimientos semejantes a éste y que conocía los tunos que se dedicaban a saquear las máquinas tragaperras, En la marina debió de ser un hombre notable por sus puños. Y eso es lo malo; A fuerza de puñetazos le han desprendido el cerebro de sus amarras. Y ahora no piensa más que en pegar.

—Pues hoy le han dado lo suyo —contesté, frotándome el dolorido rostro.

Ambos se echaron a reír, y el gerente, tomando el teléfono de comunicación interior, ordenó que hicieran subir a Louie.

—Encontramos a mucha gente como usted —dijo el teniente— que no está dispuesta a cooperar. Y, como es natural, no perdemos mucho tiempo con ellos. Pero usted es diferente. Pida todo lo que quiera y procuraré que lo obtenga.

Louie volvió a entrar y su jefe le dijo:

—Mira, Louie, ese joven es de la familia. Le darás todo lo que pida. Todas sus bebidas van por cuenta de la casa. Y por lo que se refiere a ti, hazte cargo que es el dueño del establecimiento.

Pude observar la mayor sorpresa en los ojos de Louie.

Me puse en pie y dije:

—Gracias. Ahora hablaré con él.

—¿Dice usted *todo lo que quiera*? —preguntó Louie, mirando a su jefe.

—Todo lo que haya aquí —contestó Breckenridge.

Louie me dirigió una mirada y yo exclamé:

—Venga, porque deseo examinar el mecanismo de una máquina tragaperras, para darme cuenta de cómo consiguen falsearla.

Louie se reanimó al oír estas palabras.

—Puedo mostrárselo muy bien —dijo—. Nadie en el Oeste conoce esas máquinas mejor que yo. Además, conozco también a todos esos tunos. Ninguno de ellos es capaz de engañarme. Y como, además, sé manejar muy bien los puños, no hay necesidad de andarse con rodeos. En cuanto los veo ordeñar una máquina, les doy el «uno dos» antes de que puedan destruir las pruebas, y…

El gerente tosió de un modo sarcástico y Louie se calló en seco.

—Venga —dije, empujándolo hacia la puerta. Miré luego hacia atrás, por encima del hombro, y Breckenridge me guiñó solemnemente el ojo, llevó el dedo índice a la sien y lo, hizo girar.

—¿Tiene usted una máquina en la que pueda jugar? —pregunté a Louie—. Deseo desmontarla. Son ahora las cinco y cuarto. Tengo media hora.

—Abajo, en el sótano —dijo Louie.

—Pues vamos allá.

Bajamos, atravesamos el Casino hasta llegar a una puerta posterior y continuamos el descenso hasta el sótano, que era muy fresco. Louie encendió algunas luces y preguntó:

—¿Qué desea usted saber primero?

—Cómo hacen las trampas.

—Hay muchas maneras. Por ejemplo, practican un agujerito aquí y meten un pedazo de cuerda de piano. Así la máquina no cierra después de cada juego y ellos pueden seguir manejando la palanca hasta dejarla sin un cuarto. También con cuerda de piano hacen descender el gatillo que suelta el premio mayor. De igual modo meten un alambre por el tubo de descenso de las monedas y juegan hasta que ganan una vez. El tope ya no funciona entonces y ellos lo mantienen separado de modo que no puede cerrar y de este modo se apoderan de todas las monedas que hay en el tubo. Pero, ¿no ha visto usted cómo funcionan estas máquinas? —añadió.

—No.

—Ahora veo que metí la pata —me dijo mirándome muy confuso—. ¿No me guarda rencor por el golpe que le di?

—Ninguno en absoluto.

—Gracias. Ahora voy a enseñarle a usted algo con respecto a una máquina. —Señaló un banco de trabajo sobre el cual había una. La descubrió por detrás y sacó el mecanismo interno—. Su modo de funcionar es muy sencillo. Mete usted la moneda. Eso hace retroceder ese pequeño tope. Oprime usted la palanca y así comunica la fuerza para que funcione la máquina. Aquí hay un pequeño resorte en espiral. Éste empieza a dar vueltas y en cuanto llega a la primera ranura se cierra la primera rueda. Poco después se interrumpe la segunda y, por fin, la última, Una máquina tragaperras tiene cinco topes. Los tres primeros están en la rueda, el cuarto en el cierre y el quinto funciona en cuanto hay algún premio. Cuando no funcionan esos cinco cierres, la máquina no da nada, ¿comprende?

Miré las tres esferas que tenían diversas figuras.

—Esos dibujos no significan nada —dijo Louie—. Todo se debe a las ranuras que hay en la parte posterior. Fíjese usted dónde entran las tres primeras ranuras, que corresponden a las ruedas. Lo que importa son estas ranuras.

—¿Y qué es este tubo?

—Siempre está lleno de monedas. En cuanto queda lleno, lo que rebosa se dirige a las cajas de la máquina. Ésta tiene dos y en cuanto la primera se vacía, la segunda se sitúa en la posición de

pago y el dinero sobrante vuelve a almacenarse en la primera caja.

—De modo que en cuanto las ruedas empiezan a girar, el resorte que hay detrás determina el momento que van a pararse.

—Eso es. Una cuestión de tiempo. Y es lo mismo que ocurre en muchas cosas.

Estudié el mecanismo de la máquina y Louie dijo:

—¡El tiempo! Así es como gané el campeonato de la Marina.

Fue a situarse en el centro de la sala, inclinó la cabeza, levantó el hombro izquierdo y empezó a dirigir puñetazos a un adversario supuesto, esquivando y dando vueltas, bailando ligeramente sobre las plantas de los pies, de modo que las suelas de sus zapatos rozaban suavemente el suelo. Y yo no dije nada, porque deseaba estudiar la máquina.

—Ahora fíjese —dijo Louie—. Él vino contra mí con una rápida izquierda. Así, ¿ve? —y Louie disparó su mano izquierda—. ¿Me comprende? —preguntó lleno de ansiedad, e interrumpiéndose para mirarme.

—Sí, comprendo. Pero volvamos…

—Pues bien, la tercera vez yo lo esperaba ya y le preparé una parada. Pero ¿qué pasó? Pues que lo adivinó y su mano derecha salió disparada contra mí, como un martillo pilón. Conseguí esquivar y…

—Bueno, déjelo.

Pero Louie empezó a bailar, de nuevo, dando la vuelta al sótano, y sus pies levantaban una columna de polvo mientras inclinaba de un lado a otro los hombros disparando rápidos golpes en aquella fingida lucha. No pude contenerlo. Estaba en el *ring* y no me era posible sacarlo de allí. Por último desistí, esperando pacientemente que terminara, y lo hizo frente a mí.

—Venga usted aquí. Quiero enseñarle cómo fue eso. No le haré daño. Simplemente limítese a adoptar la posición debida. Así. Ahora dispare un puñetazo con su mano derecha a mi barbilla. Adelante. No tenga miedo. Pégueme.

—No podría —contesté.

—Pues es muy fácil —contestó, modesto.

—Parece ser que la caída que sufrió hace poco no le ha molestado demasiado.

De sus ojos desapareció la animación.

—¡Caray! —exclamó—. Era Sid Jannix. Lo vi luchar una vez. Es estupendo. Pero no demasiado. Si yo hubiese adivinado quién era, habría podido precaverme, pero ya sabe usted cómo pasan estas cosas, compañero. En mi oficio se vuelve uno descuidado, y lo que menos importa es defenderse, en el deseo de no perder un solo puñetazo. Por eso, Sid Jannix pudo sorprenderme. Cuando un pugilista está en pie, conviene tomar precauciones contra él. Se limitó a darme un puñetazo que me cogió desprevenido. Nada más. Y ahora voy a demostrarle una cosa, compañero. No pega usted bien. Pega solamente con los brazos.

Y eso no se hace. Detrás del golpe ha de lanzar usted su cuerpo. Mire, voy a enseñárselo.

—Deseo examinar la máquina tragaperras.

—Sí, hombre, tiene usted razón. Desde luego, no he querido ser indiscreto, sino que solamente deseaba enseñarle algo que no sabe.

—Gracias —contesté.

—¿Qué más quiere usted saber de la máquina?

—¿Cuáles son las probabilidades de ganar?

—Bastante buenas. Desde luego, si tuviera usted que jugar cien dólares en una de esas máquinas, lo más probable es que sólo recuperase cuarenta. Los sesenta restantes representan el beneficio de la casa. Pero al jugar esos cien dólares podría usted meter cinco dólares en la máquina sin recibir siquiera, en cambio, cincuenta centavos. Y también podría jugar cincuenta centavos y ganar cuatro dólares. ¿Comprende? La máquina funciona así. La gente echa unas monedas de cobre para ver si está de suerte. O bien, si se encuentra en el restaurante y tiene en la mano monedas de níquel, procedentes de un cambio, meten cincuenta o veinticinco centavos por la ranura, y si se entusiasman sacan del bolsillo todas las monedas de níquel que tienen y las juegan. Y si, por casualidad, consiguen una pequeña ganancia, también se la juegan. Ésta es la razón de que en los restaurantes haya máquinas de ésas y de que den tanto dinero. No hay necesidad de que permitan ganar al cliente. Aquí creemos, que es propaganda el hecho de que se oiga caer de vez en cuando el dinero en la taza, pero, claro está, que no podemos dedicarnos a dar limosna. Además, fíjese usted en ese rodillo que hay en la primera rueda. Está detrás de una de las naranjas. Hay tres naranjas en la primera rueda, cuatro en la

segunda y seis en la tercera. Ahora bien, la máquina se para de este modo, uno, dos, tres. Suponga usted que el jugador obtiene una naranja en la primera, rueda y otra en la segunda. Antes de que se detenga la tercera, él se entrega a sus reflexiones y, si también sale una naranja, se figura que él es el autor de esa casualidad. Tal es la razón de que haya tantas naranjas en la tercera rueda. Seis entre veinte, ¿comprende? En cada rueda hay veinte figuras. Pues bien, con seis naranjas en la tercera rueda casi hay una probabilidad por cada tres de que la rueda se pare en una naranja, después de haber conseguido las otras dos. El truco, pues, está en obtener las dos naranjas primeras.

»Y ahora viene el contrapeso. ¿No se ha fijado usted que, cuando se juega en una de esas máquinas, se ve como la figura que gana parece titubear ante la ventanilla y luego pasa de largo para detenerse en la figura siguiente? Pues bien, entonces ha obrado el contrapeso. Fíjese en esta máquina. Hay tres naranjas en la primera rueda. Eso significa que tiene usted una probabilidad por cada siete de obtener la primera naranja. Se pone un contrapeso en la ranura correspondiente a esta naranja y eso quiere decir que ya solamente quedan dos útiles, ¿comprende? Dos entre veinte, o sea que sólo tiene usted una probabilidad por cada diez de obtener la primera naranja. Quizá le parezca poco importante entre una probabilidad en siete y una en diez, pero, cuando funciona la máquina, no tarda en observarse la importancia que tiene eso.

—¿Y cómo hacen trampas esos individuos?

—Llevan consigo una pequeña broca y practican un agujerito aquí, ¿ve? Fíjese en esos remaches. Tapan el agujerito que han hecho con la cabeza de un remache, de modo que este remache es ficticio y el que examina la máquina no observa nada de particular. No se le ocurre contar los remaches, porque haya uno más.

—¿Qué más? —pregunté.

—En cuanto han conseguido agujerear la máquina, vuelven. Por lo regular son tres o cuatro y, entre ellos, casi siempre hay una mujer guapa. Fingen estar algo borrachos y haberse divertido mucho. Se excitan ante las máquinas tragaperras y una de esas mujeres guapas saca la cabeza del remache. Meten por el agujero una pieza de alambre que se introduce en este agujerito y, si han hecho el agujero exterior en lugar debido, levantan este tope y

pueden seguir jugando sin necesidad de meter dinero en la máquina. Y si ésta no tiene un cuchillo para el queso o ha de ser desconectado…

—¿Qué es un cuchillo para el queso?

—Una pieza que rueda sobre el níquel. No se suelta, a no ser que primero resbale sobre la parte redonda de una moneda. Pero es un mecanismo muy delicado que, a veces, se encasquilla y por eso, en algunos sitios, lo sacan. Entonces es frecuente que la máquina se pare y no quiera funcionar.

»También hay el medio de meter un alambre por la tubería, a lo largo de la cual descienden las monedas, dejando el paso abierto, y aquéllas se vacían en la taza hasta que ya no queda ninguna.

—¿Y todas las máquinas que hay aquí tienen ese contrapeso? —pregunté.

—Sí, señor. Y más especialmente las que están en la parte anterior de la fila, porque suponemos que el cliente que entra para echar cuatro o cinco monedas en la máquina se marcha después de haberlas perdido. Juega por hacer algo. Quizá se trate de un turista, que luego querrá alabarse de haber estado aquí.

—¿Y por qué no permiten ustedes que esos individuos ganen alguna vez? —inquirí.

—Por regla general no llevan más que cuatro o cinco monedas destinadas a eso y no cambian piezas de medio o de un dólar. Y, a veces, tal vez, les dejamos ganar dos o tres monedas de cobre. Pero los premios grandes llevan todos su contrapeso. Como comprenderá, no hay ninguna ventaja en dejar que un hombre gane cinco dólares, con el premio mayor, cuando el límite de lo que él habría jugado es de veinte centavos, ¿comprende?

Afirmé.

—Las máquinas que hay en la parte posterior tienen contrapesos más ligeros, porque allá van los clientes aficionados. Siempre andan imaginándose que una máquina será mejor que otra y vuelven con la esperanza de ganar en grande, pero las probabilidades que tienen para eso son muy escasas. Sin embargo, las últimas máquinas tienen una cantidad de trampa mucho menor, porque calculamos que, cuando el cliente ha llegado hasta allí ha dejado su dinero en las máquinas anteriores y, por consiguiente, bien podemos estimularlo con un pequeño premio. Y cuando gana, es posible que se marche

con la ganancia, pero no importa, porque volverá al día siguiente y luego a los subsiguientes. Por esta razón, cuando usted ganó el premio grande en esa máquina que hay cerca de la entrada, lo tomé por uno de esos bandidos.

—¿Y qué me dice usted con respecto a esa muchacha?

—Pues que se dedica a ordeñar las máquinas.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque hace ya días que la conozco.

—¿Lleva usted aquí mucho tiempo?

—Diez o quince días. Al principio ella jugaba correctamente, y por eso llegó a engañarme. Sin embargo, cuando se marchaba yo iba a repasar la máquina, por si le había hecho algo. Y, cuando ya estuve tranquilo con respecto a ella, perforó dos máquinas. Las ha ordeñado por espacio de un par de días. Esta noche acudieron ella y su amigo para dejar secas un par de máquinas. Y si no llega a ser por usted, que ganó el premio mayor, los habría atrapado.

—¿De dónde es usted?

—De Nueva Orleans, pero vine aquí desde San Francisco. Examiné las máquinas y pude ver que más de la mitad estaban falseadas. Fui al encuentro de Harvey Breckenridge y le dije que era un tonto, que esa gente lo estaba dejando seco. Después de hablar un rato y de mostrarme las máquinas, me dio el trabajo de cuidarlas. Le dije que conocía a todos los individuos que se ganan la vida así y no me engañé. Ignoraba, sin embargo, que Sid Jannix se dedicara ahora a eso. Y en cuanto a esa muchacha, también es nueva. En cambio, conozco a los de siempre. Y ya comprenderá usted que no son peores en Las Vegas que en California.

—¿Y por qué no?

—Porque en otros Estados esas máquinas son ilegales. En cambio, en Las Vegas están permitidas por la ley.

—¿Y qué tiene que ver?

—Fíjese, compañero. Suponga usted que las máquinas son ilegales y que coge usted a un individuo en el momento de quedarse con todos los cuartos que tiene. Pues lo arroja usted del local a puntapiés y lo maldice, pero no lo hace detener, porque él no ha robado nada, ya que usted no tiene ninguna máquina tragaperras, y no la tiene porque la ley dice que no puede tenerla. ¿Comprende?

—Comprendido.

—¿Quiere saber algo más?

—¿No conoce el nombre de esa muchacha?

—No.

—¿Y cómo se conduce?

—¿Con los hombres? ¿Eso desea saber?

—Sí.

Se quedó pensativo, se rascó la cabeza y dijo:

—Verá usted, Las Vegas es un lugar muy distinto de otros. Aquí vienen las mujeres a obtener el divorcio y han de esperar algún tiempo para probar su residencia. No es mucho tiempo, pero, cuando se ha de pasar aquí, resulta siempre muy largo. Esas pobres mujeres se sienten muy solas y si un muchacho guapo les hace la corte, acaban por consentir. No tienen nada más que hacer y caen. Si estuviera en la población en que habitualmente residen, le dirigirían una mirada de hielo, pero aquí necesitan algo que rompa la monotonía y como, además, han venido para divorciarse, se dicen que, al fin y al cabo, un poquito de charla y de diversión no tiene nada de extraordinario. ¿Comprende?

—Sí, comprendo.

—De modo que cuando me pregunta usted si una mujer es seria o no, me es imposible contestarle con precisión.

—¿Recuerda usted a alguien que haya ido con ella?

—No. Pero espere, ahora recuerdo que ayer la acompañaba una muchacha.

—¿Puede usted describirla?

—Tenía el cabello rojizo, no pude fijarme en sus ojos, pero el conjunto parecía de crema y de fresas y, al moverse, lo hacía con la misma facilidad que la jalea en un plato.

—¿Gruesa? —pregunté.

—No, no era gruesa, sino delgada, pero no estaba envarada. Algunas mujeres se someten a una dieta y se mueren de hambre hasta que se les envaran las articulaciones y se mueven como si fuesen muñecos de madera. Esta muchacha, en cambio, se movía como si tuviera articulaciones dobles. Me fijé bien en ella.

—¿Algo más con respecto a esa persona?

—Nada más.

—¿Qué edad tendría?

—Veintitantos años.

—¿Cuántas veces ha estado aquí?

—Con esa muchacha ha venido dos veces. Y ahora recuerdo otra cosa de ella. Tenía la nariz de conejo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Ya sabe usted cómo mueven los conejos la nariz. Así le ocurría a ella en cuanto se excitaba un poco. Pero era guapa.

—Muchas gracias, Louie.

—De nada. Supongo que no me guarda rencor por el golpe que le di.

—Sinceramente, no le guardo mala voluntad.

—Y ahora debo decir una cosa. No sabe usted andar a puñetazos. Cuando se lucha así es preciso poner el cuello de manera que si, por casualidad, penetra un puñetazo, se recibe sobre el hombro.

—Ahora no tengo tiempo para eso —contesté—, pero volveré otro día para que me lo enseñe.

—¿De veras? —preguntó, esperanzado—. ¡Será magnífico! Yo mismo necesito practicar y me gustaría mucho enseñarle a usted. Primero empezaremos con el antiguo «uno, dos»…

Y, de nuevo, se acurrucó en el suelo y luego sus pies empezaron a avanzar ligeros.

—Muy bien —dije—. Volveré.

Y me dirigí a la puerta cuando mi reloj señalaba las seis menos cinco.

capítulo cuatro

SUBÍ la escalera hasta el piso de Elena Framley.

Tenía la cara dolorida y, con la yema de los dedos, toqué un enorme chichón que había en la parte derecha de mi mandíbula y otro precisamente debajo de uno de los pómulos. Supuse que no serían muy visibles, pero dolían muchísimo. Oprimí el botón del timbre y, en vista de que no había respuesta, volví a llamar.

De repente, se abrió la puerta del piso de enfrente y la mujer que antes hablara conmigo dijo:

—¡Ah!, ¿es usted? Me parece que ahora está dentro. Me figuré que llamaba usted a mi piso. ¿Qué pasa? ¿No quiere contestar?

—Dele tiempo —contesté—. Quizá no ha oído el timbre.

—Pero hombre, si se oye en mi casa, como si fuera el mío propio. Ya le dije que me dio la impresión de que había llamado a mi puerta. Tal vez…

La voz masculina e impaciente llamó desde el interior:

—Mira, cierra la puerta y no curiosees más en los asuntos ajenos.

—No me he metido en averiguar nada.

—No, no mucho.

—Me figure que había llamado a nuestra casa, y…

—Aléjate de la puerta.

Ésta fue cerrada con violencia y yo fui a llamar otra vez a Elena Framley.

Se abrió la puerta cautelosamente, por espacio de tres centímetros. Pude observar la cadena que impedía abrir más la hoja de madera y vi también unos ojos fríos y grises que me miraban. Después llegó a mis oídos una exclamación de sorpresa. Era la joven a quien conocí ante las máquinas tragaperras.

—¿Cómo ha podido descubrirme? —preguntó.

—¿Puedo entrar?

—De ningún modo. ¿Qué quiere usted?

—No me trae nada relacionado con lo que sucedió en el Cactus Patch. Y el asunto es muy importante.

Titubeó un momento, como si reflexionara, y luego retiró la cadena. Cuando yo entraba me examinó atentamente.

—No haga usted caso de la cara —dije—. Dentro de poco recobrará su normalidad.

—¿Le pegó muy fuerte?

—Me parece que sí. Sentí como si me clavaran un mazo de alfileres.

—Venga usted aquí y siéntese —dijo ella, echándose a reír.

La seguí hasta la sala, me señaló una silla y tomé asiento en ella.

—¿No se sentaba usted aquí? —pregunté.

La silla estaba caliente.

—No.

—¿Me permite fumar?

—Desde luego. Cuando entró usted, estaba fumando yo.

Y tomó un cigarrillo que había en un cenicero al lado de su silla.

—Voy a poner las cartas sobre la mesa —dije.

—Así me gusta.

—Soy detective particular.

Palideció y se quedó seria.

—¿Y qué pasa? —pregunté.

—N-a-nada.

—¿No le gustan los detectives particulares?

—Depende de lo que anden buscando.

—Yo busco informes acerca de un amigo.

—Siento mucho decirle que no podré ayudarlo.

Oí el chirrido de una bisagra. Ella miró más allá del lugar que ocupaba yo, desvió luego los ojos y guardó silencio en espera de algo. Yo, sin volver la cabeza, añadí:

—Vale más que se acerque usted a charlar con nosotros, Sid.

Oí un rápido movimiento a mi espalda y sentí la presencia de alguien que se hallaba detrás de mi silla.

—Vale más que ponga *todas* sus cartas encima de la mesa, amigo —dijo una voz masculina.

—Las que le interesan a usted están ya sobre la mesa.

Me volví para mirarlo. Era el mismo individuo de la chaqueta deportiva que jugó en la máquina de un cuarto de dólar, y pude fijarme entonces que en la oreja derecha tenía la señal de una coliflor. Aquel hombre estaba inquieto y era peligroso.

—Siéntese —dije—, y tome parte en la conversación. No trate de disimular nada en absoluto.

—Esta noche cayó usted en un mal momento en el Cactus Patch. Tal vez se debió a la suerte y luego…

—No hable tan alto —dijo—. La vecina de este piso es muy curiosa.

—Ya lo creo —exclamó la señorita Framley.

Su compañero tomó asiento y dijo:

—Nosotros guardaremos silencio durante cinco minutos y, mientras tanto, va usted a hablar mucho.

—Pues habrá cuatro minutos de silencio —contesté—. Me llamo Donald Lam, trabajo en la Agencia de Detectives B. Cool. Voy buscando a Corla Burke y tengo razones para suponer que la señorita Framley conoce su paradero.

—¿Y para qué quiere usted encontrar a esa mujer? —preguntó él, mientras hacía una mueca.

—En beneficio de un cliente.

—¿Y se considera usted hombre muy listo?

—No demasiado, pero, en cambio, no soy bastante tonto para ir divulgando por ahí los nombres de nuestros clientes, en presencia del primero que me los pida.

—Pues bien —dijo—, la señorita Framley no tiene ninguna idea del paradero de Corla Burke, por la sencilla razón de que no la conoce siquiera.

—Pues ¿por qué le envió una carta?

—Eso no es cierto…

—Conozco a algunas personas que aseguran lo contrario… y están en situación de saberlo.

—Están locos, porque ella no escribió ninguna carta.

—Ni siquiera sé quién puede ser esa Corla Burke —dijo la señorita Framley—. Es usted la segunda persona que me pregunta por ella.

—¿Quién es la primera? —exclamó Sid dirigiéndole una rápida mirada.

—Un ingeniero de la Presa.

—¿Y por qué no me lo habías dicho? —preguntó Sid, con ojos centelleantes.

—¿Por qué tenía que decírtelo? Apenas comprendí sus palabras. Lo informaron mal. —Se volvió a mí para decirme—: Y supongo que él mismo lo habrá informado y por eso ha venido aquí.

—¿Cómo se llama ese hombre? —pregunté.

—¿El que me interrogó por primera vez?

—Sí.

Disponíase ella a contestar, pero se interrumpió.

—Continúa —dijo él.

—No sé cómo se llama, porque no me lo dijo.

—¡Mientes!

—¿Y por qué crees que miento, gorila? —exclamó ella, enojada —. ¿Acaso habré de darte cuenta de la llamada de cada uno de los agentes que vienen a venderme aspiradores de polvo?

Él se volvió a mí y dijo:

—¿Por qué se figura usted que le envió una carta?

—Algunas personas lo sospechan.

—¿Quiénes son?

—Las mismas que fueron a comunicarlo a la Agencia. Y la Agencia me ha enviado aquí.

—¿Quiénes son esas personas?

—Pregunte usted a la Agencia.

—¿Y tú no escribiste ninguna carta? —preguntó a Elena Framley.

—Desde luego, no.

—¿Qué nombre me ha dado usted a mí? —me preguntó.

—No comprendo.

—En cuanto entré dijo usted algo…

—¡Ah, sí! Lo llamé Sid.

—¿De dónde ha sacado usted ese nombre?

—¿No es suyo?

—No.

—Dispense. ¿Cómo se llama, pues?

—Harry Beegan.

—Lo siento.

—¿Quién le dijo que me llamaba así?

—Me figuré que su nombre era ése.

—Mire, vamos a ver si nos entendemos de una vez —dijo mirándome ceñudo—. Me llamo Harry Beegan y mi apodo es Pug. Y no quiero que se me llame de otra manera.

—Me es igual.

Se volvió a Elena Framley. Sus ojos centelleaban airados y al fin dijo:

—Si estuviera seguro de que me engañas…

—¡No pienses estupideces, hombre! —contestó ella—. Ni te figures tampoco que vas a asustarme, porque no soy tu esclava. Tengo derecho a vivir mi propia vida. Entre nosotros no hay más que asociación comercial, y eso es todo.

—¡Ah!, ¿sí?

—Ya lo has oído.

—Deseo saber algo más con respecto a ese cliente de usted —me dijo volviéndose a mí.

—Pregunte a Bertha Cool acerca de eso. Se aloja en el Sal Sagev.

—¿Está su cliente en esta población, eh?

—Pregúntele a ella.

—Creo —dijo— que voy a interesarme mucho por ese cliente de ustedes.

—En su lugar no lo haría —repliqué— y menos todavía después de lo que Kleinsmidt me dijo acerca de usted.

—¿Quién es Kleinsmidt?

—Aquel corpulento agente que me agarró por el cuello cuando hubo la pelea.

—¿Y cómo se metió usted en eso?

—Yo no. Simplemente estaba jugando y gané el premio mayor.

—¿Y por qué demonio hizo usted eso con una máquina de monedas de níquel, cuando podía haber operado con otras de moneda de más valor y que, además, ya estaban maduras y a punto?

—Como tenía monedas de níquel, jugué con la máquina correspondiente.

Observé que me examinaba extrañado.

—¿Sacó usted un remache fingido y lo dejó al descubierto?

—No sé de qué me habla —contesté—. Empecé a meter monedas de níquel y no gané nada hasta que salieron un par de

cerezas. Y en la jugada siguiente acerté con el premio mayor.

—¿Y qué más?

—Pues que compareció el empleado y empezamos la discusión. Luego se presentó el gerente y, por fin, vino la ley. Ésta se llamaba teniente William Kleinsmidt. Me llevaron al despacho del gerente y allí me volvieron al revés.

—¿Y le encontraron algo?

—Un puñado de monedas de níquel y…

—Ya sabe lo que quiero decir. Cuerdas de piano, brocas, alambres o algo por el estilo.

—Pug —dijo la muchacha—, creo que este individuo no sabe una palabra de eso.

—No tengas tanta seguridad —replicó Pug sin dejar de mirarme —. ¿Y qué encontraron?

—Pues, simplemente —contesté—, que había llegado a Las Vegas dos horas antes, en avión. Averiguaron también que no había estado aquí durante seis meses. Que soy un detective particular, que trabajo a las órdenes de Bertha Cool y que ésta se hallaba en el hotel Sal Sagev, para que le diese el parte de lo que había hecho.

—¿Y no le parece a usted bien —dijo Pug, mirándome atentamente— que por una vez siquiera dijese la verdad?

—Kleinsmidt —contestó— quedó persuadido de que digo la verdad.

—Es tonto.

—Y Breckenridge, el gerente, creyó también que decía la verdad.

—¿Quiere usted darme a entender que llegó aquí sin saber una palabra acerca de cómo están preparadas las máquinas tragaperras?

—Esta mujer que vive en el piso de enfrente me dijo que podría encontrar a Elena Framley ante las máquinas tragaperras del Cactus Patch.

Los dos cambiaron una mirada y Pug profirió luego un silbido.

—¿Y cómo lo sabía? —preguntó ella.

—Dijo que la había visto varias veces al pasar por delante del Casino.

—¡Ojalá se ocupara de sus propios asuntos! —exclamó la joven rabiosa—. Y, sin duda, también le dijo que Pug vivía aquí, ¿no es verdad?

—Sí —contesté—, pero no había necesidad de eso, porque yo

estaba persuadido de que se había ocultado en el armario.

—¡Y un cuerno! —replicó Pug, burlón.

—Esta silla, cuando me senté —dije—, estaba caliente. Esa señorita fumaba un cigarrillo, pero estaba en el otro cenicero, como lo demuestra el hecho de que la punta está manchada con el rojo de los labios. Y, en cambio, los cigarrillos de este otro cenicero no muestran ninguna señal de pintura.

—¡Caramba! No hay duda de que es un detective —observó Pug.

—¿Van a decirme ustedes lo que deseo con respecto a Corla Burke?

—No sabemos una sola palabra. Y hablamos en serio —contestó la joven.

—¿No sabe usted nada con respecto a ella?

—Únicamente lo que he leído en los periódicos.

—¿Se enteró de lo que decían?

—Sí.

—¿Los periódicos de Las Vegas?

—No se acuerde más de eso —me dijo Pug—. Y supongo que no hará usted víctima de un interrogatorio a esta señorita.

—Creo que puedo hacerle algunas preguntas, ¿no es verdad?

—No.

—Estoy persuadido —repliqué— de que no se publicó nada en absoluto en los periódicos de Las Vegas. Los de Los Ángeles tampoco dieron demasiada importancia a este asunto, porque el individuo con quien iba a casarse esa muchacha no era bastante conocido para que el suceso pudiera interesar al público. Fue, simplemente, una de tantas desapariciones.

—Bien, pues esta señorita dice que no sabe una palabra con respecto a eso.

—A excepción de lo que leyó en los periódicos —hice observar.

—Oiga, amigo —dijo Pug arrugando la frente—. Me parece que ha ido usted demasiado lejos, ¿comprende?

—No comprendo —contesté.

—Pues bien, tal vez le suceda algo que pueda mejorarle la vista.

—Sepa usted que cuesta dinero hacerme trabajar.

—¿Y qué tiene que ver eso con lo que estábamos diciendo?

—Pues que los individuos que han contratado mi agencia para encontrar a Corla Burke están dispuestos a gastar dinero.

—Bien, que lo gasten.

—Y —añadí—, si al tribunal de Los Ángeles se le metiese en la cabeza la idea de que en el fondo de esa desaparición hay algo raro, quizá llamaría testigos.

—Me parece una medida muy acertada. Continúe usted.

—Los testigos que prestaran declaración ante el tribunal, lo harían bajo juramento. Cuando ocurre eso, una mentira es considerada como perjurio. Y ya sabe usted las consecuencias que suele tener eso. Ahora tenga usted en cuenta que yo he venido aquí en calidad de amigo. Usted puede decirme todo lo que sepa y yo me esforzaré en encontrar a Corla Burke. Y, en caso de obtener resultados satisfactorios, haría de modo que usted no resultara comprometido, ni siquiera relacionado con el asunto. En cambio, si es usted llamado a declarar en Los Ángeles y ante el tribunal, la situación podría ser muy diferente dadas sus consecuencias.

—No se acuerde más de eso, porque no tengo ningún deseo de comparecer ante ningún tribunal.

Yo encendí un cigarrillo y Elena Framley dijo:

—Bueno; voy a decírselo todo. Yo…

—Cállate —dijo Pug.

—Cállate tú, Pug. Sé muy bien lo que hago. Y no me interrumpas.

—Hablas demasiado.

—De ningún modo. Oiga usted, señor Lam. Yo soy una mujer como otra cualquiera. Soy curiosa. Bueno. Después que este señor… Dearbor… ese ingeniero empezó a hacerme preguntas, decidí averiguar el asunto de que me hablaba, de modo que escribí a un amigo que tengo en Los Ángeles, con objeto de que mandase recortes de la Prensa acerca de este asunto.

—Eso —observé—, ya va muchísimo mejor. Diga usted algo más acerca de esos recortes.

—Pues, simplemente, que los recibí.

—¿Y qué averiguó usted?

—Nada que usted no sepa. Con seguridad también los ha leído usted.

—No —contesté—. Hace muy poco tiempo que intervengo en este caso. ¿Tiene usted esos recortes?

—Están en el cajón de la mesa escritorio.

—¿Me permite verlos?

—¡Quieto! —dijo Pug.

—No seas así, hombre —exclamó ella—. No hay ninguna razón para que no vea esos recortes de periódico.

Se puso en pie de un salto, eludió la tendida mano de Pug haciendo un movimiento rápido y gracioso, se metió en el dormitorio y, poco después, entró de nuevo llevando algunos recortes de periódico. Les pasé revista quitándoles antes el sujetapapeles que los sostenía. Y noté que una de las líneas de aquellos recortes era muy irregular, como si hubiera sido cortado a toda prisa.

—¿Podría usted prestármelos unas horas? —rogué—. Mañana por la mañana se los devolveré.

—No —dijo Pug.

Yo los devolví a la joven, quien observó:

—No veo ninguna razón que se oponga a eso, Pug.

—Mira, niña, no vamos a ayudar a la Ley en este asunto. Si esa muchacha tomó las de Villadiego, sus razones habrá tenido para hacerlo. Nosotros ocupémonos en nuestros asuntos, sin meternos en lo que no nos importa.

Luego, volviéndose a mí añadió:

—Y en cuanto a usted, no acabo de comprender su conducta.

—¿A qué se refiere?

—A la máquina tragaperras. En todo eso hay algo raro. ¿No se dedica usted a este asunto?

Negué moviendo la cabeza.

—¿Ni siquiera de un modo indirecto?

—Mire —le dije—, con respecto a las máquinas tragaperras soy tan inocente e incauto como un niño de pañales. En el Golden Motto, es decir, en el restaurante de Los Ángeles adonde voy a comer, hay una de esas máquinas. Desde luego, no está allí oficialmente, pero se halla en uno de los comedores particulares y los clientes están enterados. Bertha Cool se pone furiosa cuando ve el dinero que me cuesta esa máquina. Cada vez que voy por allá, meto la mano en el bolsillo, en busca de monedas de níquel. Corrientemente gasto quince o veinte centavos. Yo creo que, a excepción de dos o tres veces, en que la máquina me ha entregado tres o cuatro monedas de níquel, no he ganado nunca más.

—Merecido lo tiene —contestó—. Las máquinas que se hallan en los restaurantes, están destinadas a los jugadores de poca importancia, pero no a los clientes fijos. Y las falsean de tal manera, que ganar un par de centavos en ellas es una victoria tan considerable como alcanzar el premio mayor en una máquina como Dios manda.

—Hay individuos —repliqué—, que, dos o tres veces por semana, consiguen una pequeña ganancia. La encargada de aquella dependencia del restaurante me dice que algunos viajantes tienen mucha suerte.

—¿Se supone que ganan?

—Creo que han obtenido el premio mayor tres o cuatro veces.

—¿Lo ha presenciado usted?

—No. Así lo asegura la mujer encargada de la máquina. Y me habla de eso con mucha frecuencia.

—Eso son cuentos para niños —dijo Pug, dando un ronquido de desprecio—. Y con toda seguridad cuenta a los viajeros la suerte extraordinaria que tiene un detective particular que frecuenta el establecimiento y que muchas veces alcanza premios importantes.

—Verdaderamente es usted hombre valeroso —me dijo Elena Framley.

—¿Por qué?

—Por permanecer en presencia de Pug como lo hace. Muchos hombres le tienen miedo. Y seguramente, Pug, te molesta ver eso.

—¿Qué?

—Que ese hombre se muestre tan independiente y dueño de sí mismo.

—¡Cállate!

—No he querido molestarte, Pug.

—Bien, me gusta esa actitud.

Y volviéndose hacia mí añadió:

—Sin duda está usted acostumbrado a tratar a mucha gente. Y debe de encontrarse con infinidad de tipos muy distintos entre sí.

—No mucho.

—¿Qué hará usted con Corla así que la encuentre?

—Hablar con ella.

—¿Y luego comunicará con el individuo con quien había de casarse?

—Se lo diré a mi jefe —contestó, sonriendo—, y ella hablará, si quiere, con nuestro cliente, el cual utilizará la información del modo que mejor le convenga. A mí me importa un pito. Él paga a Bertha Cool y ella, a su vez, me paga a mí. Ésta es la situación.

—Ya te lo había anunciado, niña —dijo Pug—. En este mundo todos se esfuerzan en ganar dinero y es preciso apoderarse de él cuando se le encuentra.

—Pug se figura —observó ella al dirigirme una sonrisa— que me está naciendo la conciencia.

—¿Con respecto a las máquinas tragaperras?

—Eso es.

—No te acuerdes de eso, niña —dijo Pug.

—Esas máquinas son unas ladronas —observó la joven—. Roban a los clientes y, por lo tanto, ¿por qué nosotros no habremos de quitarles algún dinero?

—Eso no es robar —dijo Pug—, sino recobrar una parte de los gastos del público, teniendo en cuenta que nosotros también formamos parte de este último. Ellos utilizan mecánicos para impedir que las máquinas den dinero al público y nosotros nos valemos igualmente de medios mecánicos para obligarlos a pagar. La cosa, pues, no puede ser más equitativa.

—Pues yo tengo la impresión —dije—, de que ese Kleinsmidt anda buscándolo a usted y…

—Desde luego —replicó Pug—. Hemos de largarnos. Siempre me avisaron que no intentara trabajar en Nevada de un modo continuado, a pesar de las leyes especiales de este país, pero quise hacer una tentativa. California es muy diferente. Por ejemplo, fíjese usted en lo que ocurre en Calermo Hot Springs. Allí siempre se puede operar bien. Y eso es lo peor, porque, como es natural, hay mucha competencia. Recuerdo una vez que tratamos de trabajar en un punto donde había operado ya otra banda. Los dueños habían estado comprobando el funcionamiento de las máquinas y al observar el escaso beneficio que rendían, instalaron allí algunos detectives particulares para ver lo que sucedía y quién lo hacía.

Elena Framley se rió muy nerviosa, y dijo:

—Ahí es donde adquirí yo mi complejo con respecto a los detectives particulares. Casi nos atrapan.

—De nada les hubiese servido —contestó Pug.

—Por lo menos, podían habernos molestado mucho.

—Sí, es posible que hubiesen hablado, pero nada más.

—De todos modos no me gusta, Pug. Preferiría que tuvieses otra ocupación.

—Ésta es estupenda, niña.

—Bueno, yo tendré que regresar a Los Ángeles —dije, sin dar importancia al asunto.

—Está usted portándose de un modo muy raro en todo este asunto. Supongo que no tiene ningún mal propósito con respecto a nosotros.

Meneé negativamente la cabeza y Pug me miró muy receloso. Luego, volviéndose a la joven, le dijo:

—Prepara todas tus cosas, niña.

—¿Qué quieres decir?

—Existe la posibilidad de que ese individuo quiera entretenernos por aquí hasta que nos sorprenda la Ley. ¿Dónde tienes esas monedas?

—En mi… Ya lo sabes.

—Bueno, pues sal inmediatamente y cámbialas. De este modo, aunque hagan un registro no nos encontrarán gran cantidad de monedas de pequeño valor. Y usted, compañero, mejor será que se marche, porque, como dijo antes muy bien, tiene mucho que hacer.

—Quisiera preguntar algunas cosas más.

—Ya lo sé, pero tenemos mucho que hacer —dijo Pug, poniéndose en pie y apoyando su mano en mi hombro—. Ya se hará usted cargo.

—Mira, Pug, no hagas daño…

—No te apures, niña. Reúne esas monedas y cámbialas. Este amigo se marcha ahora mismo y tú tienes mucho trabajo.

Ella lo miró un instante y luego fijó en mí sus ojos.

Sonrió y me ofreció su mano.

—Es usted una buena persona —dijo—. Y, además, me gustan los hombres valientes. No tengo duda de que es usted valeroso.

—Bueno, andando. Vete al dormitorio y toma esas monedas —ordenó Pug.

—Voy allá.

—Adiós —dije a Elena Framley, mientras Pug me empujaba hacia la puerta—. ¿Dónde podré verla si deseo ponerme en contacto

con usted?

Esta pregunta la contestó Pug, dirigiéndome una fría mirada.

—Precisamente quería decirle eso, compañero, en cuanto hubiese salido de aquí. Pero puedo decirlo ahora. No podrá usted comunicar con esta señorita.

—¿Por qué no?

—Por dos razones. Una, que no sabrá dónde está, y la otra es que yo no quiero. ¿Comprende?

—No seas así, Pug —dijo Elena.

—Tú a lo tuyo —replicó él, mientras oprimía mi codo con sus dedos. Me empujó con suavidad, pero de un modo insistente. Y volviendo la cabeza añadió—: Tú, niña, ve a buscar las monedas y date prisa. Hasta la vista, amigo —añadió, abriendo la puerta—. Su visita ha sido muy agradable. Pero no vuelva. Adiós.

Y cerró de un portazo.

Me quedé mirando a la puerta del piso inmediato y vi que por debajo de ella pasaba una línea de luz. Sin hacer ruido, empecé a bajar la escalera. Salí, me oculté en el hueco de una puerta, vigilando la acera y dispuesto a esperar. Habían encendido ya los faroles.

Poco después, vi a Elena Framley que salía de su casa, llevando bajo el brazo un paquetito que, sin duda, no llamaría la atención a nadie. Eché a andar en pos de ella.

Vi cómo se metía en uno de los casinos y empezaba a jugar con la rueda de la fortuna, donde permaneció bastante tiempo para que todo el mundo pudiera fijarse en que había permanecido allí. Luego se dirigió al escritorio del cajero, abrió su bolso, sacó cierta cantidad de monedas fraccionarias de distinto valor y las cambió por billetes. Cruzó la calle, se dirigió a otro casino y repitió la operación. Y al salir, yo la esperaba. La saludé y pude notar que en sus ojos aparecía una expresión de temor.

—¿Qué hace usted aquí? —me preguntó vivamente.

—Pasear.

—Bueno. Es preciso que no le vean conversar conmigo.

—¿Por qué no? Deseo hacerle dos preguntas reservadas.

—No. No puede ser.

—¿Por qué?

—¿No lo comprende? —exclamó en tono aprensivo—. Pug está

celoso. En cuanto se marchó usted tuvimos una escena. Él cree que lo he tratado a usted demasiado bien y que me esforzaba en protegerlo.

—Eso está muy bien —dije, echando a andar a su lado—. Iremos por esa calle y…

—No. Por aquí no. Si desea usted pasear, vaya por otro camino. Dé la vuelta hacia la derecha, métase por ese callejón oscuro… ¡Caramba! Me gustaría mucho que no se expusiera usted de este modo.

—Usted escribió una carta a Corla Burke —le dije—. ¿Por qué y qué le decía?

—Le aseguro que nunca escribí a esa mujer.

—¿Tiene usted la certeza absoluta de que es así?

—En efecto.

—¿No le envió usted una carta dos días antes de su desaparición?

—No.

—Era rubia —añadí—. No creo que fuese capaz de obrar obedeciendo a un impulso repentino. ¿Quiere que le muestre su retrato?

—¡Oh, sí, desde luego! ¿Tiene usted alguno?

La conduje hasta una puerta bien alumbrada y saqué las fotografías de mi bolsillo. Estaban algo arrugadas, porque Louie me había agarrado la chaqueta para sujetarme los brazos.

—Mire. La chica, a pesar de su aspecto, es reflexiva.

—¿Cómo lo sabe?

—Fijándome en las arrugas de su rostro.

—¡Caramba! ¡Cuánto me gustaría adivinar así las cosas!

—Pues también puede hacerlo. Sin darse cuenta, cuando se ve usted ante una persona desconocida, estudia a fondo su carácter. Tal vez ha conocido usted a alguna persona que tuviese muy delgadas las aletas de la nariz y…

—Sí, pero me equivoco cuando quiero llegar a una conclusión. No puede usted imaginarse cuántas veces me he visto engañada, precisamente a causa de mi franqueza y de mi escaso disimulo. Y cuando veo a una persona desconocida, únicamente sé si me es simpática o antipática. Ahora dígame. Se llama usted Donald, ¿verdad?

—Sí.

—Bueno, pues, óigame bien, Donald. Hemos de acabar este asunto como sea. Pug es un hombre temible cuando está celoso y esta noche es víctima de los celos. A juzgar por su actitud, en el momento en que salí de casa, no dudo de que debió emprender el camino para seguirme. Esto es lo malo de Pug, porque cuando se pone nervioso es capaz de cualquier tontería.

—¿Dónde podría ponerme en contacto con usted, Elena?

—No es posible.

—¿No hay manera de comunicar con usted por medio de algún amigo…?

Ella meneaba enfáticamente la cabeza. Le entregué una de mis tarjetas, diciendo:

—Aquí están mis señas. ¿Querrá usted reflexionar por si acaso encuentra el modo de que podamos comunicarnos en caso necesario? Por ejemplo, podía ocurrírsele algún lugar donde yo pudiera encontrarla en caso de que fuese muy importante disponer de su testimonio.

—No quiero declarar cosa alguna. Me niego a que la gente se entere de mi existencia y de que me hagan multitud de preguntas.

—Puede confiar en mí. Si se conduce con franqueza, yo obraré con la mayor lealtad.

Se guardó la tarjeta en el bolso y dijo:

—Lo pensaré, Donald. Tal vez podré enviarle una tarjeta postal para comunicarle dónde encontraríamos ocasión de vernos sin ser interrumpidos.

—¿Querrá usted hacerlo?

—Quizá, Donald. Hasta ahora no le he dicho toda la verdad. Pero me gustaría que fuésemos a algún lugar, porque Pug puede presentarse en el momento en que menos lo esperemos.

—¿Le parece bien en el vestíbulo del hotel o…?

—No. Deseo un lugar cerrado. Mire, acompáñeme… Y ahora dígame, Donald, exactamente cuáles son sus impresiones, de verdad.

—Simplemente, me lo pareció —contesté—. Además, tengo pruebas de que envió usted una carta a Corla Burke.

—Pues no mentí. Lo único es que me he reservado una parte de la verdad. Y ahora voy a darle una buena oportunidad. Había

deseado decírselo todo antes, pero no pude, a causa del Pug. No sé qué hacer. Y decidí, al fin, que si usted se hallaba en la calle, esperándome a mi salida, se lo diría todo…

—¿Y qué es eso?

—Pues que ella me escribió.

—Eso ya me gusta más. ¿Cuándo?

—Supongo que debió ser el día antes de su desaparición.

—¿Y usted no le escribió a ella?

—No, señor. Juro que le digo la verdad. No la he visto en mi vida y no sé una palabra acerca de ella.

—Adelante.

—Pues casi no hay nada. Me fue entregada esa carta, dirigida a Elena Framley, Lista de Correos, Las Vegas. Pero en Correos se dieron cuenta de ello, recordaron que yo tenía un piso a mi nombre, cambiaron las señas y me la entregaron con el correo ordinario.

A corta distancia se divisaba la luz de una farmacia que iluminaba lo bastante para ver con alguna claridad si la calle. Detuve la joven al lado del escaparate y dije:

—Veamos esa carta.

—Si Pug llega a saber…

—¿Y qué le importa eso?

—Tiene usted razón —contestó ella—. Desde el primer momento le dije que nuestras relaciones serían puramente comerciales, pero él está celoso a más no poder. Desde luego, cada día quiere más y más, y por otra parte, odia la Ley. Él asegura que, con toda evidencia, hubo en Las Vegas una Elena Framley que estaba de paso y que yo recibí la carta destinada a ella. No sé. No puedo comprenderlo, pero Pug asegura que la verdad no es otra.

—A ver la carta.

—¿Usted me promete que no…?

—¡De prisa! —dije—. No disponemos de toda la noche. Veámosla.

Abrió el bolso, sacó un sobre y me lo entregó. Yo me apresuré a guardarlo en mi bolsillo.

—No, no haga usted eso. Necesito esa carta. Pug me preguntará por ella en cuanto esté de regreso. Querrá quemarla.

—Yo necesito leerla tranquilamente y estudiarla tranquilamente en busca de alguna pista.

—No haga usted eso, Donald. Véala y léala si quiere, aunque también puedo decirle yo cuál es su contenido. ¡Oh, Dios mío!

Levanté la mirada para seguir la dirección de sus asustados ojos. Pug se hallaba en la esquina de la calle principal y miraba en ambas direcciones. Elena Framley me agarró el brazo al mismo tiempo que me decía en voz baja:

—¡De prisa! Ocúltese…

Pug, en aquel momento, se volvió para mirar a la callejuela, nos vio, dio un paso adelante, dudoso, como si se esforzara en ver mejor y se acercó rápidamente.

—¿Qué haremos? —preguntó ella—. Usted eche a correr y yo procuraré contenerlo. Dé la vuelta a la esquina y lo entretendré hasta que… No, ya no puede ser. Tenga en cuenta, Donald, que ese hombre es peligroso y, además está como loco.

La tomé por el brazo y eché a andar hacia él. No pude ver claramente su rostro y el ala de su sombrero ocultaba la expresión de sus ojos. La luz de la callejuela era muy tenue. Un automóvil dio la vuelta a la esquina, a nuestra espalda y sus focos inundaron de blanca luz el rostro de Pug, poniendo al descubierto sus facciones duras y animadas por el odio. Elena Framley, al verlo, hizo fuerza sobre mi brazo, obligándome casi a dar media vuelta. Pug no dijo una palabra. Tenía los ojos fijos en mi cara. Extendió su mano derecha, cogió a la muchacha por el cuello de la chaqueta y la alejó a unos metros de distancia, al mismo tiempo que la obligaba a dar varias vueltas sobre sí misma.

Mientras tanto, yo dirigí un puñetazo a su mandíbula. No sé si fue a causa de la mala luz o porque él estuviese demasiado colérico para darse cuenta de lo que hacía o bien no le importó mi ataque, porque ni siquiera hizo una sola tentativa para esquivar. El puñetazo le dio en la barbilla.

Inconscientemente, recordé algo de lo que Louie me había dicho acerca de acompañar los golpes con el peso de todo el cuerpo y así fue cómo le di con tal dureza, que tuve la impresión de que me había roto el brazo.

Él no dobló siquiera la cabeza sobre el cuello. Era como si yo hubiese dado un puñetazo en la pared de un edificio de cemento armado. Y mientras me dirigía un insulto, su puño cayó en mi mandíbula.

Habíame pegado con la mano izquierda y me vi obligado a retroceder, tambaleándome. Sabía muy bien que, inmediatamente después, recibiría un puñetazo de la derecha. Quise apartarme del camino que habría de seguir, perdí el equilibrio y de este modo levanté el hombro. El puñetazo me alcanzó allí, arrojándome a través de la acera, hacia la alcantarilla.

El automóvil acabó de dar la vuelta. Sus faros nos iluminaron y pude temer, por un momento, que el vehículo iba a atropellarme. Me puse en pie y Pug, mientras tanto, se acercaba a mí, no con prisa, pero sí decidido y amenazador.

El automóvil se había parado. Oí cómo se cerraba una portezuela y unos pasos a mi espalda. Una voz exclamó:

—No hagas eso… no lo hagas… no…

Pug no hizo ningún caso de aquella advertencia y no separó los ojos de mí. En aquel momento creí ver la posibilidad de darle un puñetazo y lo disparé.

Un cuerpo enorme pasó por delante de mí. Oí el ruido de los puñetazos al chocar contra la carne y luego Pug y un hombre muy corpulento empezaron a dar vueltas en un círculo reducido. El hombro de aquel individuo me golpeó, arrojándose a un lado, y antes de que pudiera regresar, Pug había conseguido librarse del ataque. Vi cómo movía los hombros y luego la enorme espalda y los vigorosos hombros del otro individuo se interpusieron entre Pug y yo.

Algo resonó como una pelota de fútbol al ser tomada por las manos del guardavalla. Aquel individuo corpulento se inclinó y me hizo caer con él.

Oí cómo gritaban algunas personas y también el chillido de una mujer. Luego sonaron pasos que se acercaban a nosotros.

Alguien se inclinó sobre los dos y yo hice esfuerzos por recobrar la libertad. Los faros del automóvil iluminaron el rostro de Pug, todavía animado por el odio. Se inclinaba también hacia nosotros. Echó a un lado el cuerpo inerte de aquel hombre corpulento como si realmente no pesara nada. Luego se acercó a mí y con la mano izquierda me agarró por la camisa y la corbata para levantarme.

Alguien se situó detrás de él. Vi una porra que describía un brillante semicírculo y oí el golpe que recibía Pug en el cráneo. La mano que agarraba mi camisa se aflojó en el acto y caí sobre el

paragolpes del automóvil.

Al levantarme, pude notar que entre la multitud reinaba la mayor actividad. Oí respiraciones ruidosas; me di cuenta de que alguien asestaba otro golpe y luego percibí unos pasos que corrían y que se alejaban.

Aquel hombre corpulento que se cayó arrastrándome en su caída hizo esfuerzos por ponerse de rodillas. Llevó la mano derecha a la cintura y a la luz reflejada de los faros del automóvil vi un centelleo azulado. Entonces pude distinguir el perfil de aquel sujeto y vi que era el teniente Kleinsmidt.

Un individuo atravesó el pequeño grupo y preguntó:

—¿Todo va bien, Bill?

—¿Dónde está ese individuo? —preguntó Kleinsmidt, con lengua estropajosa.

—Se ha escapado. Le di con la porra en la cabeza, pero ni aun así logré dejarle sin sentido.

Kleinsmidt hizo un esfuerzo por ponerse en pie. Yo me había enredado más o menos con el paragolpes del automóvil, de modo que tuve que apoyar una mano en él para levantarme. Kleinsmidt me alzó, me obligó a dar media vuelta y profirió una exclamación de asombro.

—Lo siento mucho, teniente —dije. Y en un centelleo de inspiración añadí—: Me esforcé en detenerlo para que pudiese usted apoderarse de él.

—Verdaderamente es usted un tío de pelo en pecho —dijo Kleinsmidt, mientras se frotaba la barbilla.

—¿Por qué quiere prenderlo, Bill? —preguntó el individuo de la porra.

—Porque pertenece a esa banda que se dedica a ordeñar las máquinas tragaperras —contestó Kleinsmidt. Y, después de breve reflexión, añadió—: Además, ha opuesto resistencia a un agente de la autoridad.

—Bueno, ya lo atraparemos.

—¿Sabe usted dónde vive? —me preguntó Kleinsmidt.

—No —contesté, mientras me sacudía la ropa, para limpiar el polvo.

Media docena de personas estaban dispuestas a proporcionar datos e informes.

Kleinsmidt dirigió una mirada al automóvil, titubeando, y luego echó a andar a pie, llevando a su compañero. El pequeño grupo echó a andar detrás de ellos para no perder la diversión que se prometían todos.

Yo me alejé cojeando en la oscuridad. Eran las siete y Bertha estaría esperando.

capítulo cinco

ME dirigí al Hotel Apache y en el vestíbulo encontré asiento. Saqué la carta que Elena Framley me había dado y la examiné muy cuidadosamente.

Estaba escrita en un papel excelente, pero la hoja tenía unas proporciones muy raras. El borde superior mostraba algunas pequeñas irregularidades, casi imperceptibles si no se observaban con el mayor cuidado. Además, el papel difundía un débil aroma que no pude reconocer. Y en el carácter de la letra se advertía cierta angulosidad. El texto rezaba así:

«Querida Elena Framley:

»Le agradezco mucho su carta, pero es inútil. Ahora ya no puedo seguir adelante con el matrimonio. Él no se merece eso. Lo que usted me aconseja es imposible completamente. Y he decidido desaparecer. Adiós.

»
CORLA
BURKE
».

Examiné el sobre que había contenido la carta. Estaba franqueado y era del correo aéreo. Las señas habían sido trazadas por la misma mano que la carta y alguien en la oficina de correos borró la indicación «Lista de Correos» para consignar la calle y el número del piso de Elena.

Volví a meter la carta en el sobre, metí éste en el bolsillo, pero lo pensé mejor. Saqué de nuevo la carta del sobre, la guardé en mi

bolsillo interior de la chaqueta y el sobre lo introduje en el bolsillo exterior de la misma prenda. Luego emprendí el regreso hacia el hotel Sal Sagev. Al verme, Bertha exclamó:

—¿Qué demonios has estado haciendo, Donald?

—Trabajar.

—Ya veo que has tenido otra agarrada. Estás hecho una lástima. Toma este cepillo. Pero no; dime antes qué has averiguado.

—Tengo algunas pistas.

—No seas tan reticente y dime lo que ha ocurrido.

—Me enteré de que esa muchacha es aficionada a jugar en las máquinas tragaperras, de modo que me habría visto obligado a esperar su regreso a casa hasta las tres o las cuatro de la madrugada; por eso decidí ir en su busca, al lado de las máquinas.

—Todo eso está muy bien, pero no tenías ninguna necesidad de jugar tú, mientras la esperabas.

—Todo el mundo se habría fijado en mí si no hubiese jugado mientras tanto —repliqué.

—Bueno, no importa. En definitiva, trabajamos por el dinero y no de acuerdo con lo que puedan pensar en Las Vegas, Nevada, acerca del traje que ha de llevar un detective particular bien vestido. Y ni por un momento te imagines que en la lista de los gastos podrás hacer figurar lo que hayas invertido en el juego.

—Está bien.

—¿Y qué sucedió?

—Pues que hubo un poco de lucha.

—No hay necesidad de que lo digas, porque bastante se te ve en la cara.

—¿Tiene muy mal aspecto?

—Terrible.

Me dirigí al espejo de cuerpo entero. Delante de él había una mesa y, mientras me miraba, pude observar que en el mueble aún estaba la segunda barra de chocolate, envuelta en papel de estaño, de las dos que había comprado Bertha. El traje estaba sucio de polvo y mi rostro tenía un aspecto muy raro.

—¿Cuál fue el motivo de la lucha? —preguntó Bertha.

—La primera, porque alguien se figuró que yo hacía trampas con las máquinas.

—¿Y luchaste por este motivo?

—No. Pero me prendieron.

—Eso ya lo sabía. ¿Qué ocurrió después?

—Volví a ver a esa muchacha. ¿Dónde está Whitewell?

—Vendrá de un momento a otro. Recibió un telegrama avisándole la próxima llegada de su hijo y ha ido a esperarlo.

—¿De dónde viene?

—De Los Ángeles.

—¿Y cómo viene?

—En automóvil. Ha habido algún asunto de negocios urgente y Philip trae consigo al empleado principal de la oficina de su padre y que, según parece, lleva ya muchos años a su lado.

—¿Está enterado Philip de lo que hace su padre?

—Me parece que no. Pero seguramente el padre se lo dirá.

—De modo que, según cree usted, le comunicará también quiénes somos nosotros y el motivo de nuestras permanencias aquí.

—Creo que sí. ¿Y no te parece, Donald, que es un hombre simpatiquísimo?

—¡Hum!

—Es viudo y no me extrañaría que se sintiese demasiado solo. Desde luego, no piensa en casarse porque da mucho valor a su propia independencia, pero, sin embargo, no se basta a sí mismo. En el fondo es un chiquillo, como les ocurre a todos los hombres que necesitan una mujer que los trate maternalmente y, de un modo más especial, cuando las cosas no son agradables.

—¡Hum!

—Pero oye, ¿haces caso de lo que te digo?

—Claro está.

—Bueno, pues, entonces contribuye un poco a la conversación y deja de gruñir.

—¿Quiere que me muestre de acuerdo con usted?

—Cuando un hombre es tan agradable como el señor Whitewell, podrías añadir algo a lo que yo te decía.

—No es posible.

—A veces —replicó ella— eres tan antipático que acabas por parecer odioso.

—¿No va usted a comerse esa barra de chocolate?

—Si quieres, cómetela tú. Te la cedo.

—No la necesito. ¿Qué le pasa? Dígame.

—No lo sé. La otra me dio un poco de acidez. ¿Has cenado ya, querido?

—No. He tenido mucho que hacer.

—Pues mira, el señor Whitewell propuso que cenásemos juntos en el caso de que volvieras. Dijo —y al mismo tiempo dulcificó la voz— que deseaba presentarme a su hijo. Al parecer, eso le interesa mucho.

—Muy amable.

Alguien llamó a la puerta con los nudillos.

—Abre, querido.

Abrí la puerta y vi a Whitewell en el umbral. Detrás de él apareció un muchacho, sin duda su hijo. Tenía, como él, la frente alta, la nariz larga y recta y la boca bien formada. En los ojos del padre se advertía cierta expresión humorística. Las pupilas de su hijo eran del mismo color, pero su mirada no era tan aguda ni parecía ser tan inclinado a hacer un guiño alegre. Cualquiera hubiese podido creer que aquel muchacho se limitaba a vivir sin que la vida le pareciese agradable o placentera. Y más allá vi a un individuo de unos cuarenta y tantos años, calvo, grueso, de aspecto competente y que tenía la apariencia general de un oso gris.

—Te presento a Donald Lam, Philip —dijo su padre—. Señor Lam, mi hijo Philip Whitewell.

El joven inclinó la cabeza, tendió la mano y estrechó la mía cortésmente, pero sin ningún calor.

—Me alegro muchísimo de conocerlo.

—¿Quiere hacer el favor de pasar? —pregunté.

El padre, ceremoniosamente, continuó diciendo:

—Señora Cool, me permito presentarle a mi hijo Philip. Ésta, Philip, es la señora de quien te he hablado.

El joven la examinó curioso un instante antes de inclinar la cabeza y luego dijo:

—Me siento muy honrado en conocerla, señora Cool. Mi padre me ha hablado mucho de usted.

El hombre grueso que, al parecer, había sido olvidado, sonrió, me ofreció la mano y dijo:

—Me llamo Endicott.

—Yo, Lam —repuse.

Nos estrechamos las manos. Whitewell se volvió exclamando:

—¡Oh, dispénseme! —Se dirigió a Bertha y añadió—. Permítame que le presente a Paul Endicott. Lleva ya muchos años conmigo. Es el cerebro de la casa. Yo solamente me limito a quedarme con los beneficios y a pagar la contribución. Lo demás lo hace él.

Endicott sonrió con la expresión benévola de un hombre que es demasiado corpulento, poderoso y saludable para consentir que algo pueda molestarlo.

Bertha le dirigió una sonrisa. Se puso en pie para ocuparse en sus deberes de anfitrión, telefoneó a la sección de servicio a las habitaciones y pidió algunos combinados.

Whitewell se volvió y me dijo:

—Me permití indicar a la señora Cool que podríamos cenar juntos cuando me enteré de la llegada de mi hijo. ¿Ha hecho usted alguna investigación por la ciudad?

—Sí, señor.

—¿Ha encontrado algo?

—Un poco.

—¿Con respecto a la señorita Framley?

—Sí.

—¿Ha hablado usted con ella?

—Sí.

Me observó un momento, como si yo hubiera dicho algo que no esperase oír. Luego se rió, añadiendo:

—Se lo he contado a Philip y, por lo tanto, mi hijo sabe que la señora Cool dirige una agencia de detectives y que he solicitado sus servicios para que averigüe qué fue de Corla Burke. Sabe también que usted trabaja en este asunto, de modo que, si ha descubierto algo interesante, no hay necesidad de que se lo calle.

Saqué el sobre de mi bolsillo y se lo mostré al joven Whitewell, preguntándole:

—¿Es su carácter de letra?

Con vehementes dedos tomó el sobre y se quedó mirándolo. Al fin dijo:

—Sí; es su escritura.

Su padre tomó el sobre y, volviéndose a Bertha, le dijo:

—Tenía usted razón, señora Cool. Ese muchacho trabaja muy de prisa.

—Ya se lo había advertido.

Whitewell metió los dedos en el sobre y, al observar que no encontraba la carta, pareció muy extrañado.

—¿No había una carta ahí dentro? —preguntó.

—Me parece que sí.

—Eso podría haber sido un indicio muy interesante. —Yo afirmé inclinando la cabeza—. ¿Dónde está esa carta?

—La señorita Framley no la tiene.

—¿Que no la tiene?

—No.

—¿Y qué hizo con ella?

Me encogí de hombros.

—¿Recordaba su contenido?

—No lo sé.

—¿Cómo es posible? —preguntó Bertha Cool—. ¿No estuviste hablando con ella?

—Sí, pero su amigo, al parecer, no era aficionado a mi técnica. Y me utilizó como balón de entrenamiento… eso fue el todo.

—Ya se ve por tu aspecto.

—Lo haremos prender —dijo Whitewell.

—No hay necesidad. Cuando se disponía a darme los últimos toques, intervino un agente.

—¿Y que le sucedió?

—Pues que tiene ahora tan mal aspecto como yo.

Bertha Cool y Whitewell cambiaron una mirada.

—Bueno —dijo el último—, ahora podrá usted ir al encuentro de la señorita Framley, para averiguar lo que ha sido de la carta.

—Más vale dejar que se enfríen un poco las cosas.

Bertha frunció el ceño, como si le preocupase algo y luego dijo:

—Mira, Donald, ve a tu cuarto, ponte una camisa limpia y cepíllate el traje. Supongo que tendrás otro.

—No.

—Pues haz todo lo que puedas con éste.

—Me parece que tendremos tiempo de expedir unos telegramas, Arthur —dijo Endicott, añadiendo—: Philip, más vale que me acompañes. ¿Querrá usted excusamos, señora Cool?

Después de cepillarme el polvo de la ropa, observé que la corbata estaba rota y el cuello de la camisa sucio y arrugado. Cambié la camisa y la corbata, me apliqué toallas calientes en la

cara, hasta que hube conseguido algún alivio, me peiné y volví luego a la habitación de Bertha Cool.

En cuanto se hubo cerrado la puerta, se volvió a mí, diciendo:

—Ésta es la primera vez que he sido testigo de que tienes miedo. No te censuro por eso pero no llego a comprender por qué no has salido ya en busca de esa carta.

La saqué del bolsillo y se la entregué.

—¿Qué es eso?

—La carta de Corla.

—¿De dónde la has sacado?

—Me la dio Elena Framley.

—Entonces mentiste al contestar a Whitewell.

—No, yo no le dije que no la tenía. Me limité a decirle que Elena Framley no la tenía. Y así era, porque me la había dado.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Bertha, mirándome y parpadeando.

—Lea usted.

Así lo hizo Bertha y luego, levantando los ojos, dijo:

—No comprendo. ¿Por qué no la has entregado a nuestro cliente?

—¿Tiene usted aquí —pregunté— la carta que escribió Whitewell?

—¿La que me entregaste tú?

Y al ver que afirmaba añadió al instante:

—¿Por qué?

—Examinémosla.

—Nada de eso —replicó ella, impaciente—. Hablemos antes del asunto de esa muchacha Corla.

—Me parece que podremos averiguar algunas cosas, examinando la carta de Whitewell. Fíjese en ella. Está escrita en un papel excelente, de hilo. La marca al agua es «Scribear Bond». Observe usted las dimensiones de la hoja y también cómo está doblada. ¿Comprende lo que quiero decir? Esa hoja de papel fue antes de tamaño comercial y tenía una cabecera impresa. Alguien cortó la parte superior correspondiente a la cabecera, utilizando un cuchillo muy afilado.

—Me parece que empiezo a comprender, pero sigue hablando —dijo Bertha.

—A Whitewell no le gustaba la idea de que su hijo se casara con Corla Burke. Llamó a ésta a su oficina. Le hizo alguna proposición, y ella la aceptó. Convino en desaparecer, pero quería quedar bien. En ninguna circunstancia debía parecer que ella hubiera sido obligada a marcharse, ni tampoco que había desaparecido a causa de algo que le diese miedo.

—¿Por qué, pues, la carta? —preguntó Bertha.

—Esta carta lo demuestra. Equivale a la formalización del contrato, por lo que se refiere a nosotros. Corla Burke no conocía a ninguna Elena Framley y ésta tampoco a aquélla. En cambio, Arthur Whitewell tenía amigos aquí, en Las Vegas. Esos amigos se hallaban en situación de hacer algunas investigaciones y encontrar a una muchacha que sirviera para el caso. Whitewell hizo escribir esta carta para que le sirviera de segunda cuerda en su arco, de áncora de salvación en caso necesario.

—Hay algo que no comprendo todavía.

—Recuerde que es el padre de Philip y, por lo menos, le interesan muchísimo los asuntos de su hijo. Ésta fue la razón de que interviniera.

—Naturalmente.

—Un hombre como él deseaba que su hijo no sufriese innecesariamente. Si se trata tan sólo de la desaparición de la mujer amada, Philip acabaría resignándose y el padre lo sabía. Pero si Philip tuviese la sospecha de que su novia había sido raptada, y estaba en peligro y que, por lo tanto, él tenía el deber de salvarla, nunca llegaría a consolarse. Sufriría entonces una depresión nerviosa tan intensa, que nunca más se repondría de ella, y eso sería la causa de que cambiara todo su porvenir. Y, al parecer, eso es lo que sucede.

—¿Qué más? Dime cuanto piensas ahora.

—Su padre fue bastante astuto para preverlo. Recuerde usted que es aficionado a la psicología y, con toda seguridad, no pasó por alto esa posibilidad.

—Ahora te comprendo. Él no podía sacar esta carta del bolsillo, diciendo: «Mira lo que he encontrado, hijo». Por lo tanto había de colocar la misiva en algún lugar donde pudiese encontrarla un detective particular.

—Así es. Esta carta demuestra que Corla Burke se marchó por su

propia voluntad. El padre desea que nosotros encontremos el documento y está dispuesto a pagarnos a cambio de eso. Luego podrá mostrar la carta a su hijo.

—Bien, querido —dijo Bertha, parpadeando—. Puesto que ese hombre ha querido dar tantos rodeos, los daremos nosotros con él. Empezaremos a describir círculos, le pediremos dinero y encontraremos la carta cuando haya transcurrido el plazo para poder cobrar luego una prima. Y así le enseñaremos a no utilizarnos como si fuésemos tontos. ¿Es esa su idea?

—No.

—¿Cuál, pues?

—Más o menos tendrá los mismos resultados. Si le acusó de haber escrito la carta para librarse de Corla Burke, nunca podré saber si él hizo o no…

—¿Qué estás diciendo, Donald? Es un cliente. Y no puedes acusarlo de nada.

—No —contesté—. Pero si retenemos un poco más esta carta, empezará a hacer presión en un lado y en otro, con objeto de que la misiva venga a parar a nuestras manos. Y, cuando empiece a actuar, podremos sorprenderlo con las manos en la masa.

—¿Y qué más?

—Estaremos mejor enterados.

—Mira, Donald, ya vuelves a extraviarte —dijo Bertha—. Estás pensando ahora en el corazón destrozado de Corla Burke.

—Me gustaría mucho que la tratasen humanamente. La pobre se ve ante un hombre rico, que, con toda evidencia, ha hecho uso de alguna forma de chantaje.

—¿Qué te imaginas?

—No lo sé. No creo que ella haya convenido en marcharse por dinero. Me parece que Whitewell pertenece a esa clase de individuos capaces de poner a la muchacha en la rueda y torturarla despacio, rompiéndole, a veces, un miembro y, al fin, dejarla destrozada de cuerpo y alma. Lo creo capaz de torturar a cualquiera que se interponga en su camino.

—¿Cómo puedes decir esas cosas, Donald? Es un hombre muy agradable.

—Cuando quiere, pero es cruel y despiadado si se propone obtener alguna cosa.

—¿No somos todos así?

—Algunos lo somos, en efecto —contesté sonriendo.

—Mira. Abre esa maleta y busca en el compartimiento del cierre de cremallera. Su carta está ahí.

La saqué y la expuse a la luz. La marca de agua del papel era también «Scribear Bond». Sostuve las dos hojas de papel una al lado de otra. La carta de Corla Burke estaba escrita en una hoja de papel absolutamente igual a la de Whitewell. La parte superior, que contenía el membrete, fue doblada y cortada luego con un cuchillo afilado. Bertha Cool me miraba en tanto que yo doblé otra vez la carta de Corla Burke y me la guardaba en el bolsillo.

—¿Y ahora qué hacemos? —me preguntó.

—Quisiera llevar a cabo algunas investigaciones en Los Ángeles. ¿Cuánto tiempo va a permanecer aquí Whitewell?

—Supongo que uno o dos días más.

—¿Quiere usted acompañarme esta noche a Los Ángeles?

—No. Estoy algo fatigada y, además, me gusta este clima del desierto. Sería mucho mejor…

—Hay un tren a las nueve veinte —dije—. Podría adquirir billetes y camas.

capítulo seis

LOS combinados que tomaron no consiguieron mejorar las cosas. Philip Whitewell estaba malhumorado y daba muestras de su tristeza. Su padre seguía mirándome como el jugador de póker que contempla a un individuo que, después de pedir cuatro naipes, pone sobre la mesa un póker de ases. Bertha se empeñaba en revolotear por entre nosotros, como paloma de paz, y, aunque se esforzaba en que la situación fuese agradable para todos, era evidente que ya no le quedaba energía para seguir representando aquella comedia.

Ese papel era muy poco acostumbrado para Bertha, tanto, por lo menos, como la silueta relativamente esbelta que tenía entonces. Whitewell había conseguido hipnotizarla, porque, de pronto, se dio cuenta de que era una mujer. Quedaba por ver qué efecto tendría esto en su buen juicio para los negocios y cabía la posibilidad de que fuese catastrófico. Sentía temores de fracaso.

Por mi parte, desempeñaba perfectamente el papel que me había impuesto y manifestaba mi inclinación y agrado por hablar de política, de armamentos o de desarme y de los probables términos de un tratado de paz. Pero dejé de hablar de Corla Burke.

Cenamos. La noche era muy cálida y los insectos zumbaban continuamente. Los indígenas y la mayor parte de los turistas iban de un lado a otro, en mangas de camisa. Y nadie se daba cuenta del sudor, hasta que se reclinaba sobre un almohadón y el aire no podía circular. En cuanto se abandonaba aquella posición, se sentía la camisa mojada. En otros casos, el aire seco evaporaba el sudor casi con la misma rapidez con que aparecía.

Whitewell se encargó de pagar la cuenta. Mientras aguardaba el cambio, Philip me dijo:

—Me inspira usted mucha confianza, Lam.

—Gracias.

—¿Encontrará usted a Corla?

—Su padre es el que nos ha contratado —contesté.

—No entiendo. Él desea que usted encuentre a Corla, ¿verdad, papá?

—En efecto, Philip —contestó Whitewell—: siempre y cuando pueda lograrse con un gasto razonable de dinero y tiempo.

—Pero hazte cargo, papá. No se trata de dinero. En el fondo de eso hay algo siniestro y terrible…

—No hablemos de eso mientras digerimos la cena, Philip.

—Prométeme, pues, que conservarás al señor Lam… es decir, a la señora Cool y al señor Lam ocupados en este asunto.

—Será preciso, Philip, que confíes ese detalle a mi buen juicio. —Me miró y dijo—: Lam, si puede usted encontrar esa carta y en el caso de que nos demuestre de un modo definido que Corla se marchó voluntariamente, creo que Philip y yo estaríamos dispuestos a aceptar tal resultado como término de sus gestiones.

—Lo comprendo, pero usted no quería conocer las ideas que yo tuviese con respecto a la carta.

—Me parece que ella hablaría por sí misma.

—Pero oye, papá. No es posible contentarse con eso. Hemos de encontrar a Corla. Es preciso.

Llegó la camarera con el cambio. Whitewell le dio el diez por ciento de propina y se guardó el resto.

—No tiene usted el apetito acostumbrado. ¿Lo ha perdido acaso? —pregunté a Whitewell.

—No tengo tanta hambre. No puedo quejarme, sin embargo. Pero no tengo aquella sensación constante de hambre que me atormentaba cuando… cuando pesaba más.

—¿Has estado alguna vez en uno de esos casinos de juego, Philip? —preguntó Whitewell a su hijo.

—No —contestó él, inclinando la cabeza.

—¿Quiere usted acompañarnos para jugar un poco —dijo Whitewell, dirigiendo a Bertha una significativa mirada—, o prefiere ir al hotel y tener una conferencia con su ayudante?

—Nos iremos al hotel —dijo Bertha, que había comprendido su mirada.

Según recordé luego, serían entonces las ocho de la noche. Subimos a la habitación de Bertha y ella cerró la puerta con llave.

—Mira, Donald —dijo—. Vale más que me entregues esta carta.

—¿No le parece a usted mejor —repliqué, mientras consultaba mi reloj— dejarme acabar mis investigaciones?

—¿Acerca de qué?

—De la carta.

—¿Pero qué demonio estás buscando, Donald? ¿Qué te figuras descubrir en Los Ángeles?

—Tengo varias razones para ir allí. En primer lugar, si quiere usted quedarse aquí, a causa del clima, alguien ha de encargarse de la oficina de Los Ángeles.

—¡Maldito seas Donald! —exclamó ella con ojos centelleantes—. ¡A mí no me vengas con esos cuentos! ¿Por qué quieres marcharte?

—Es una simple indicación.

—Bueno, testarudo —dijo—. Ve a tomar el tren.

—¿Cuándo la veré a usted?

—No lo sé. Me gusta esta población.

—¿El clima?

—Desde luego el clima. ¿Por qué, si no, me quedaría aquí?

—Lo ignoro.

—Claro está. Vete a tomar el tren.

—Hasta después de mi partida no les diga a los Whitewell adónde he ido.

—¿Y qué les diré?

—Pues que estoy llevando a cabo otra investigación. Dejaré en el despacho de abajo una nota para usted, comunicándole que he decidido tomar el tren de Los Ángeles y que, por lo tanto, puede usted esperarme aquí. Daré el encargo de que le entreguen ese billete a las nueve y media. O, si quiere, podrá llamar y preguntar si he dejado algún mensaje para usted puesto que no he vuelto.

—Tal vez no le guste eso al señor Whitewell.

—Es muy posible —contesté.

Ella volvió a mirarme deseosa de leer mis pensamientos y luego se volvió, al parecer muy irritada. No llegaba a comprenderme.

Abrí la puerta, me dirigí rápidamente a mi habitación y metí todas mis prendas de ropa en un saco de mano ligero. Mi trabajo con Bertha me había enseñado la conveniencia de viajar con un equipaje que pudiera llevarse en un pequeño saco de mano. Aún tenía media hora a mi disposición y la dediqué a estudiar la carta y

a recordar algunas conversaciones.

capítulo siete

LLEGÓ el tren a su hora, subí y tuve que aguardar quince minutos. Me habían dado una cama inferior. Los vagones estaban dotados de aparatos de ventilación. Aun hacía calor en la estación y, después del que procedía del desierto, aquellos coches bien ventilados parecían fríos. Como no había nada más que hacer, me desnudé antes de que el tren reanudara la marcha, y me metí en cama. Observé entonces que una manta no me parecía nada incómoda y me eché a dormir de modo que ni siquiera me di cuenta de la partida del tren.

Por el camino soñé que ocurría un tremendo terremoto. La vía se retorció como torturada serpiente, que se esforzaba en alejarse de un hierro candente. El tren se ladeó y los coches empezaron a rodar por la pendiente. Una voz áspera, y al mismo tiempo baja, me llamaba por mi nombre y, de pronto, comprendí que el terremoto no era ni más ni menos que unas manos tiraban de mi manta.

—¿Qué pasa? —pregunté frotándome los ojos.

—¡Levántese cuanto antes! —contestó la voz.

—¿Qué demonio…? —exclamé, luchando con mi propia irritación y por la extrañeza del caso.

—Encienda la luz —ordenó la voz.

Me senté en la cama y descorrí las cortinas.

El teniente Kleinsmidt estaba en el corredor y a su lado vi al mozo, que vestía una chaqueta blanca y tenía los ojos desorbitados por el asombro.

El vagón rodaba suavemente por la vía, adquiriendo velocidad. Al frente y a lo lejos pude oír el silbido suavizado de la locomotora. El pasillo mostraba una serie de cortinas verdes, que oscilaban con el movimiento del tren. Acá y acullá se asomaron algunas cabezas de los pasajeros curiosos, extrañados por lo que ocurría.

—¿Qué pasa? —pregunté mirando a Kleinsmidt.

—Va usted a regresar, Lam.

—¿Adónde?

—A Las Vegas.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—Me parece que no —contesté—. He de estar en Los Ángeles a las ocho y treinta de la mañana.

—A las dos y media —dijo, consultando el reloj—, he subido al tren, en Yermo. El convoy hará una corta parada en Barstow, a las tres y diez. Mientras tanto, se vestirá usted y nos apearemos allí.

—Supongo —dije— que ésta es la cooperación que me da usted en pago de haberle hecho un favor.

Se disponía a decir algo, pero cambió de parecer y exclamó:

—Vístase, Lam. Ésta es una visita oficial y le hablo también oficialmente, de modo que no se resista.

—¿Y cómo ha llegado aquí? —pregunté, aceptando la situación, mientras me quitaba el pijama.

Apoyó un codo en la parte inferior de la litera superior y, mirándome, dijo:

—Por avión. Ahora tengo un automóvil que sigue al tren. Regresaremos y…

Una voz irritada, de la litera superior, exclamó:

—¿Y por qué no se ha procurado usted un teléfono para celebrar esa conferencia interurbana?

—Dispénseme —dijo Kleinsmidt.

—Perdonen, señores, pero si me hiciesen el favor… —dijo el mozo.

—No se apure —contesté—. Ya no haremos ruido.

Me vestí en silencio. Kleinsmidt extendió su enorme mano y, cuando hube terminado de hacer mi equipaje, se apoderó del maletín. Echó a andar hacia el lavabo destinado a los hombres.

—¿Qué necesita usted para lavarse, Lam?

—El cepillo de los dientes y el de la cabeza.

—Bueno —dijo después de consultar su reloj—. Voy a hacer de ayuda de cámara.

Me peiné. Me limpié los dientes, me lavé y me puse la camisa que me entregaba Kleinsmidt.

Metí de nuevo en el saco el cepillo de la cabeza, el de los dientes, y el tubo de pasta y Kleinsmidt cerró el maletín y se encargó de llevarlo.

—Démelo —dije.

—No se apure. Ya lo tengo yo.

—Dentro de pocos minutos estaremos en Barstow —dijo el mozo —. Allí nos detenemos apenas un segundo, de modo que deberán ustedes disponerse a saltar con la mayor rapidez.

Kleinsmidt afirmó inclinando la cabeza.

—En la cola del tren hay una portezuela —añadió el mozo.

—¿Qué pasa? —pregunté a Kleinsmidt, mientras encendía un cigarrillo.

—Lo siento mucho, Lam, pero no puedo decirle nada.

—Sí, ya lo veo y, a juzgar por su conducta, cualquiera pudiera creer que ha ocurrido un asesinato o bien algo catastrófico.

Apenas lo hube dicho, cuando sentí tentaciones de morderme la lengua, porque la mirada que me dirigió fue elocuentísima.

—¿Cómo sabía que ha ocurrido un asesinato, Lam?

—Pero, ¿se ha cometido, en efecto, ese crimen?

—Eso es lo que dice usted —contestó el teniente.

—No sea tonto. Me he limitado a indicar que se conduce usted como si se hubiese cometido un asesinato.

—Eso no es exactamente lo que dijo.

—¡Vaya usted a pasear!

—Y, además, le consta.

—Sí, ya lo sé. Me he limitado a usar una figura de dicción. Pero podría usted decirme qué pasa.

—Hasta que lleguemos a Las Vegas será necesario que nos refiramos a otras cosas.

El tren disminuyó su marcha y nosotros echamos a andar, hacia la cola del convoy. El mozo estaba al lado de la portezuela, con la mano apoyada en la cerradura. En cuanto se detuvo el tren abrió la puerta, saltó a tierra y se quedó mirando de modo que vi el blanco de sus ojos.

El aire puro y cortante del desierto llegó hasta mi olfato. A pesar de que el interior del convoy estaba bien ventilado, no pude dejar de notar las emanaciones de los dormidos compañeros de viaje. Una vez en el desierto, el aire frío y seco, puro y agudo, se llevó aquellas

impurezas que habían penetrado en mis pulmones.

Entregué medio dólar al mozo. Él extendió la mano para tomarlo, pero la retiró luego diciendo:

—No, señor. Muchas gracias, señor. No le deseo mala suerte. Muy buenos días, señor.

Volví a guardarme la moneda y Kleinsmidt sonrió.

Miré hacia el tren. Soplaba un aire bastante vivo y el humo y el vapor de la locomotora eran arrebatados por el aire, que los disolvía rápidamente. Kleinsmidt echó a andar llevando mi maletín y, al parecer, sabía muy bien adónde se dirigía. Más allá de la estación miré al cielo. Brillaban las estrellas sin parpadear, con luz muy intensa y, al parecer, no había una sola pulgada de firmamento que no contuviese numerosos puntos de luz.

Y, como es corriente en los climas desérticos, el calor había desaparecido para dar paso a un frío intenso y seco.

—¿Tiene usted gabán? —preguntó Kleinsmidt.

—No.

—Bien, importa poco, porque el interior del automóvil está abrigado. No tendrá frío.

Se dirigió al encuentro de un automóvil parado. Se apeó un hombre de un salto para abrir la portezuela del *tonneau*.

Kleinsmidt me hizo subir, tiró el maletín al interior del coche y subió a su vez.

—Vámonos —dijo al conductor.

Emprendimos la marcha, iniciando una curva acentuada para llegar a la carretera a través de un puente. Dentro del automóvil, la temperatura era más agradable, pero la brillantez de las estrellas y el enorme espacio del desierto, que se extendía por todas partes, daba una impresión de fría, insignificancia.

—Tenemos un tiempo muy agradable —dije a Kleinsmidt.

—Nada de eso.

—¿Qué pasa? ¿Se me acusa de algún crimen?

—Por ahora regresa usted a Las Vegas y nada más.

—Si no se me acusa de ningún crimen, no tiene usted autoridad bastante para obligarme a salir del tren y volver allá.

—Es posible, pero, sea como fuere, el jefe ordenó el regreso de usted y ahora vuelve a Las Vegas.

—¿De quién es este coche?

—¡Oh, lo he alquilado! Tengo un avión que nos aguarda.

—Bueno, sea como fuere —dije—, me alegro de que seamos amigos. En caso contrario, podría usted haberse puesto tonto, decidido a no decirme nada.

Se echó a reír, en tanto que el chófer, después de volver la cabeza, fijaba los ojos en el camino. El automóvil corrió a su velocidad máxima, rugiendo, y el traqueteo que sufríamos era tan rápido e intenso, que llegó a resultar desagradable.

Me acomodé en el rincón, sumido en el silencio. Kleinsmidt mordió la punta de un cigarro y se dedicó a fumar. No se oía más ruido que el del motor y los alaridos del helado viento del desierto. Una o dos veces se arrojó contra nosotros una nube de arena volandera.

La luna en cuarto menguante se asomó en el cielo después de media hora de viaje y, pocos minutos después, el automóvil empezó a disminuir su marcha.

Al frente, un cuadrado de luces multicolores señalaba la situación de un campo de aterrizaje. El chófer disminuyó la velocidad del vehículo, buscó una bifurcación de caminos que señalaba un faro, lo encontró y se aproximó al campo. Casi en seguida oí el rugido del motor de un avión y vi las luces del aparato.

—Necesitaré un recibo del dinero que voy a pagarle —dijo Kleinsmidt al chófer—, con objeto de poder cobrar a mi vez a su tiempo.

El conductor tomó el dinero que recibió del teniente y luego le entregó un recibo. Kleinsmidt abrió la portezuela, se encargó de mi maletín y nos apeamos. El conductor del automóvil dio marcha atrás y se dirigió de nuevo a la carretera. El motor del avión funcionaba con la mayor regularidad. Y pude oír la arena gruesa que crujía al ser hollada por nosotros.

—Me daría un disgusto si se enterasen de que he hablado —dijo Kleinsmidt en voz baja—. Se supone que usted llegará a la oficina del jefe sin saber una palabra de lo ocurrido.

—¿Por qué? —pregunté.

El teniente midió la distancia que lo separaba del avión y disminuyó su paso para no llegar demasiado pronto.

—¿A qué hora se separó usted de Bertha Cool, en el hotel Sal

Sagev? —preguntó.

—No lo sé. Pero, sí, aguarde. Poco después de las ocho. Sí, a esa hora.

—¿Y adónde fue luego?

—A mi habitación.

—¿Qué hizo usted allí?

—Preparar mi equipaje.

—¿Y no pagó usted la cuenta?

—No. Dejé este detalle al cuidado de Bertha Cool. De todos modos, me habrían hecho pagar otras veinticuatro horas por la habitación y Bertha es el tesorero. Y ella ya estaba enterada de mi marcha.

—¿No habló usted con ninguna persona del hotel?

—No, me limité a salir llevando el maletín. En la oficina dejé una nota para Bertha Cool.

—¿No tiene usted más equipaje que ese maletín?

—No; ¿por qué lo pregunta?

—Se ha cometido un crimen —añadió en voz baja jefe cree que usted tiene algo que ver con eso. No sé por qué se lo figura así, pero alguien se lo ha dado a entender. Por consiguiente, procure no desconcertarse y ahora no me diga una palabra hasta que estemos en el avión.

—Gracias, teniente —dije ya preocupado.

—No hay de qué. Reflexione y busque su coartada.

—¿Para qué hora?

—Entre las nueve menos diez hasta el momento en que salió el tren.

—No me es posible. Llegué a la estación hacia las nueve. El tren salió a las nueve y veinte y yo estaba ya acostado en mi litera.

—El mozo no lo recuerda a usted.

—Lo comprendo. Estaba hablando con alguien. Mi maletín no pesaba nada y me metí en el vagón. Estaba muy cansado, me desnudé en el acto y…

—¡Cállese! —dijo al divisar la figura del piloto que estaba ante el avión.

—¿Todo a punto? —preguntó Kleinsmidt.

—Sí, suban a bordo.

Subimos a una cámara de bajo techo del avión de un solo motor.

El piloto me preguntó si había volado antes y si sabía cómo ponerme el cinturón de seguridad y en vista de mi respuesta afirmativa corrió una cortina a su espalda, dio gas al motor, que empezó a rugir, y el avión se puso en marcha. Después de algunos minutos, durante los cuales las ruedas dieron varios saltos sobre el suelo, el aparato apuntó la proa al cielo y empezamos a volar. Al frente el haz giratorio y luminoso de un faro aéreo atravesaba la oscuridad. Kleinsmidt me dio un golpecito en la rodilla y llevó el índice a los labios, para recomendar silencio e hizo deslizar por el suelo mi maletín de modo que su pierna lo oprimía con fuerza contra la pared de la camareta, lejos de mi alcance. Cerró los ojos y casi en seguida empezó a respirar con fuerza.

Creo que no estaba dormido. Debió de ser una trampa para darse cuenta de si yo quería sacar algo de mi maletín.

Observé que lo oprimía con el pie, de modo que se habría dado cuenta si yo lo hubiese tocado.

Recordé entonces que, desde su llegada al tren, se apoderó del maletín y no lo había soltado. También recordé cómo había examinado mi camisa en el lavabo. Con toda evidencia, el jefe de policía estaba persuadido de mi culpabilidad.

capítulo ocho

EL jefe Laster me miró desde el otro lado del escritorio y me ordenó que tomara asiento. Así lo hice. Kleinsmidt se sentó en el extremo más lejano de la estancia y cruzó las piernas.

Estaba amaneciendo. Las nubes del cielo oriental aparecían teñidas de rojo y reflejaban esta luz en el rostro del jefe. Las luces eléctricas de la calle habían palidecido, pero aún no era innecesaria la iluminación.

—¿Se llama usted Donald Lam y asegura ser un detective particular? —preguntó Laster.

—Sí.

—Y trabaja usted en la Agencia de Detectives B. Cool.

—Sí.

—Llegó usted ayer tarde en avión, ¿no es así?

—En efecto.

—E inmediatamente originó una serie de alteraciones de orden público.

—No.

—¿No? —preguntó en tono sarcástico.

—No. Lo que ocurre es que una serie de alteraciones de orden público me hicieron su víctima.

Me miró como preguntándose si quería burlarme de él.

—Sea como fuere, obligó usted al teniente Kleinsmidt a intervenir en una lucha, anduvo a puñetazos con el empleado que estaba a cargo de las máquinas tragaperras en Cactus Patch, y luego sostuvo otra lucha con un individuo llamado Beegan.

—El empleado de Cactus Patch —contesté— me agredió y luego llamó a la policía. Acudió el teniente Kleinsmidt. En cuanto al otro individuo, era un hombre que, injustificadamente, nos agredió al teniente y a mí. Kleinsmidt estaba dispuesto a prenderlo, pero aquel

hombre se fugó a toda prisa.

Miré al teniente con el rabillo del ojo. Noté que sonreía agradecido por la versión del hecho. Laster se dispuso a interrogarme de otro modo.

—Ayer visitó usted a Elena Framley, ¿no es así?

—En efecto.

—¿Cómo averiguó sus señas?

—Me las dio un cliente de la agencia.

Él consultó sus notas y dijo:

—Harry Beegan era el amigo de ella, ¿verdad?

—No lo sé.

—¿Se condujo como tal?

—No estoy en condiciones de juzgar acerca de eso.

—¿Se hallaba usted en el tren de Los Ángeles que sale de aquí a las nueve y veinte?

—Sí, señor.

—¿Lo tomó usted en el último instante?

—No, señor.

—¿A qué hora subió usted al vagón?

—En cuanto llegó el tren.

—¿Quiere usted dar ya entender que esperaba en la estación y subió al tren en cuanto se detuvo?

—Sí, señor.

—Ahora, Lam, piense muy bien lo que va a decir, porque su respuesta es importante.

—¿Para quién? —pregunté.

—Para usted, en primer lugar.

—No comprendo la importancia de reflexionar con cuidado acerca de la hora en que tomé el tren.

—¿Se atiene usted a lo que ha dicho?

—Sí, señor.

—¿No tomó usted el tren cuando empezaba a marchar?

—No, señor.

—¿No lo tomó tampoco después de algún tiempo de su llegada?

—No.

—¿De modo que subió al vagón en cuanto se detuvo el tren?

—Esperé a que bajaran algunos pasajeros; tal vez tardé un minuto o dos.

—Pero ¿estaba usted al lado del vagón; esperando a que bajasen algunos pasajeros?

—Sí, señor. ¿Qué tiene que ver eso?

—Deseo precisar bien este detalle. ¿Estaba usted en la estación a las nueve y cinco?

—A las nueve.

—¿En qué lugar de la estación?

—Donde encontré un poco de aire fresco.

—¡Oh! —exclamó, como si me hubiese cogido en un renuncio—. ¿Estaba usted en la estación?

—Nunca dije tal cosa.

—¿Esperaba usted fuera?

—Sí.

—¿Por cuánto tiempo esperó antes de que llegara el tren?

—Lo ignoro. Cinco o diez minutos.

—¿Vio usted, mientras tanto, a algún conocido?

—No.

El jefe se dirigió a Kleinsmidt y le dijo:

—Haga el favor de hacer entrar a los Clutmer, Bill.

Kleinsmidt salió por una puertecilla que daba al corredor y yo dije al jefe:

—Ahora que ya he contestado a sus preguntas, quizá querrá usted decirme de qué se trata.

Un momento después se abrió la puerta y entró en la estancia la vecina de Elena Framley. La seguía su marido.

Ambos tenían cara de haber pasado mala noche, los ojos enrojecidos y desencajado el rostro.

—¿Conoce usted al señor y a la señora Clutmer? —me preguntó el jefe.

—Los he visto.

—¿Cuándo les vio por última vez?

—Ayer.

—¿A qué hora?

—No recuerdo.

—¿Los vio anoche después de las ocho y media?

—No.

—Este hombre —dijo el jefe a Clutmer— sostiene que estuvo aguardando en la estación el tren de las nueve y cinco. ¿Qué dice

usted a eso?

—Que es imposible —contestó la señora Clutmer—. Ya le dije a usted que no podía haber estado allí. Si acaso tomó el tren, fue en el último instante, porque nosotros no nos movimos del andén hasta el momento en que el tren empezaba a marchar.

—¿Está usted segura de que no se encontraba allí?

—En absoluto. Habíamos estado hablando de él y si hubiese estado en el andén lo habría visto.

—¿A qué hora llegaron ustedes a la estación?

—Creo que a las nueve menos cinco o menos diez. Tuvimos que esperar cosa de diez minutos la llegada del tren, que fue puntual.

—Ya lo oye usted —me dijo Laster.

—¿Me permite fumar? —pregunté.

Frunció el ceño y Kleinsmidt sonrió. Luego Laster dijo a la señora Clutmer:

—Este hombre asegura que estaba en la parte exterior de la estación, en un sitio fresco, esperando la llegada del tren. ¿Dónde estaban ustedes?

—Permanecimos un rato dentro de la estación, y luego salimos al andén, pero vimos cómo se apeaban los viajeros y también a los que tomaban el tren. Desde luego, no soy curiosa, pero siempre me gusta saber que pasa. Y en todo momento hago uso de mis facultades de observación.

Laster se volvió a mí, dirigiéndome una mirada interrogadora. Encendí el fósforo, lo apliqué a mi cigarrillo y aspiré.

La señora Clutmer continuó dando informes, que nadie le había pedido.

—Elena Framley parece sentir mucha simpatía por ese joven. Me consta que ella y su amigo se pelearon anoche por su causa.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Laster.

—Porque se oye desde mi piso como si estuviese en él. Hablaban a gritos. Él la acusó de manifestarle demasiada simpatía y ella contestó que hacía lo que le daba la gana, porque Beegan no tenía ningún derecho sobre ella. Él le replicó que ya le enseñaría a vivir, añadiendo que había dado muchas noticias que podía haberse callado. Luego empleó una expresión muy rara… es decir, que dio un nombre; ofensivo.

—¿Ha oído usted eso, Lam? —preguntó el jefe.

—Sí.

—¿Y qué tiene usted que decir?

—Nada.

—¿Va usted a negarlo?

—¿Qué?

—Que se pelearon por su causa.

—No lo sé.

—¿Y sigue usted sosteniendo que se hallaba en la estación?

—Ya se lo he dicho.

—Esos dos individuos sostienen que usted no pudo subir al tren inmediatamente después de su llegada a la estación.

—Ya lo he oído.

—¿Y qué contesta?

—Qué pueden opinar lo que tengan por conveniente. Yo estaba en el tren.

—Tengo la seguridad absoluta —exclamó la señora Clutmer.

—Un momento, señora Clutmer —dijo Kleinsmidt—. Usted fue a recibir a unos viajeros que llegaban del Este, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—¿Y esperaba usted verlos?

—Claro está.

—¿Estaba usted muy excitada?

—No lo creo.

—¿Conocía usted la hora de llegada del tren?

—Sí, señor.

—¿A qué hora salió usted de su casa?

—Hacia las nueve menos veinte.

—¿Y se encaminó hacia la estación?

—Sí, señor.

—De modo que debió usted llegar quince minutos antes de la hora.

—Eso es. Y eso es lo que acabo de decir. Estábamos allí y si hubiese habido alguien lo habríamos visto.

—¿Y por qué fue usted a la estación con tanto tiempo anticipado?

—Para estar seguros de que no perderíamos el tren.

—¿Conocía usted ya el detalle de que tardaría quince minutos? ¿Y no estaba usted muy excitada ante la esperanza de ver a sus

amigos?

—En realidad, teníamos mucho gusto en verlos.

—Y en cuanto se detuvo el tren, empezó usted a buscarlos con la mirada.

—Como es natural, examinábamos a todo el mundo.

—¿Dónde estaban sus amigos?

—En pie, en el vestíbulo.

—Y, como es natural, charlaron un rato en el andén.

—Sí, señor.

—Sus amigos, ¿no se detuvieron?

—No. Continuaron el viaje hasta Los Ángeles. Iban acompañados de otras personas.

—¿Y ustedes siguieron hablando, hasta que se dio la señal de partida y sus amigos volvieron a subir al tren?

—Sí, señor.

—¿Esperaron ustedes a que se alejara el tren o se marcharon inmediatamente?

—Nos alejamos en seguida y el tren emprendió inmediatamente la marcha. Oímos cómo lo hacía en el momento en que salíamos de la estación. Y puedo asegurar que esperamos hasta que el empleado hubo cerrado la puerta del andén. Ésa es la verdad.

Kleinsmidt miró al jefe, pero no dijo una palabra.

Laster me miró ceñudo y luego fijó los ojos en la señora Clutmer. Después examinó a su marido y le preguntó:

—¿Cuál es su nombre de pila?

—Robert.

—¿Estaba usted en compañía de su esposa?

—Sí, señor.

—¿Está de acuerdo con todo lo que ha dicho?

—En cierto modo, sí.

—¿En qué detalle no está conforme?

—¡Oh, en ninguno!

—¿Cree usted que existe la posibilidad de que ese joven se hallase en la estación y ustedes no lo vieran?

—Desde luego es posible, pero también muy difícil.

—¿Podría preguntarles —exclamé— a qué viene ese interrogatorio?

—Pero, ¿no lo sabe usted? —exclamó la señora Clutmer—.

Pero…

—Cállese, señora Clutmer. Ya hablaré yo —interrumpió el jefe.

—Por eso no tiene usted necesidad de obligarme a callar —contestó ella, airada—. Sólo quería decirle…

—Bueno, ya lo leerá en los periódicos. Me parece que no se trata de ningún secreto.

El jefe dirigió un ademán a Kleinsmidt. Éste se puso en pie y, volviéndose a los Clutmer, les dijo:

—Bueno, nada más, amigos.

—Pueden marcharse —dijo el jefe.

—¡Ya era hora! ¿Les parece a ustedes bien sacar a una persona de la cama, a medianoche, y hacerle aguardar…?

—¡Váyanse! —gritó el jefe. Y mientras el teniente los sacaba de la estancia, se volvió a mí, para observar—: Este asunto tiene muy mal aspecto para usted, Lam.

—Al parecer, alguien ha sido muerto. ¿Quién?

El teniente volvió a entrar y cerró la puerta. Laster examinó unas notas consignadas en un librito de bolsillo, añadió algunas más y volviéndose, finalmente, a mí, dijo:

—Harry Beegan fue asesinado anoche, a tiros, entre las nueve menos cuarto y las nueve y veinticinco.

—¡Malo!

Ambos me miraron, pero yo no dije nada más, ni mi rostro les permitió adivinar mis impresiones.

—Ha desaparecido la muchacha que vivía con él —añadió el jefe —. Pero rato antes de la muerte de Beegan, visitó usted a esa muchacha y se presentó él. Tuvieron ustedes una discusión. Se marchó usted y Beegan acusó a la muchacha de haberle demostrado simpatía. Estaba celoso. La acusó de que se disponía a ir al encuentro de usted. Ella juró que se equivocaba y salió. En efecto, se encontraron ustedes. Beegan los siguió. Luego sostuvieron una pelea a causa de ella. Creo muy probable que usted se pusiera de acuerdo con ella para que abandonara a Beegan y fuese a reunirse con usted en Los Ángeles. Y ella acudió a la cita que le había dado.

—No comprendo bien su razonamiento.

—Usted trabaja en un caso. Su jefe estaba aquí y además usted tenía el propósito de continuar en Las Vegas durante dos o tres días.

—¿Quién lo ha dicho?

—Es una deducción plausible. La señora Cool continúa aquí.

—El asunto que me ocupa era encontrar a alguien que desapareció en Los Ángeles. Aquí es donde empieza la pista y por esa razón vine.

—De repente —continuó el jefe, sin hacer caso— anunció usted su propósito de regresar a Los Ángeles en el primer tren. Salió del hotel que está al lado de la estación, con mucho tiempo por delante. Y tenía todos los motivos, todos los incentivos y todas las oportunidades para matar a tiros a Harry Beegan. Y lo sabe usted tan bien como yo.

—¿Fue muerto en el piso de la joven? —pregunté.

—Sí.

—¿Y cómo fija usted con tanta exactitud el tiempo y, sin embargo, deja un período tan indefinido?

—Los Clutmer estuvieron en su casa hasta el momento de salir hacia la estación, con objeto de recibir a algunos amigos que viajaban en ese tren. Luego volvieron inmediatamente a su casa. No habían oído ningún ruido procedente del vecino piso. De no haberse ausentado, tal vez oyeran una disputa o un tiro. Eso fija el momento del asesinato entre los límites señalados.

—A no ser que esa gente mienta.

—¿Para qué?

—Suponga usted que sintieran antipatía por ese Beegan y que esperasen una oportunidad para hacer algo con respecto a él. ¿Cuándo fue descubierto el cadáver?

—Poco antes de las doce.

—Pues suponga usted que volvieron a su casa y encontraron a Beegan en pie, ante la puerta del piso de la joven o bien, en la escalera. Pudieron tener una discusión, o bien lo siguieron, para pegarle un tiro por la espalda. Si los considera usted sospechosos, la muerte pudo haber ocurrido en cualquier momento, antes de ser descubierto el cadáver.

—Eso no tiene sentido común.

—Usted puede creer lo que guste, pero aún me parece más tonto imaginar que yo pueda haberlo muerto.

—Usted deseaba a esa muchacha.

—Del mismo modo como deseo a otras doscientas muchachas atractivas.

—Y le gustaba lo bastante para aventurarse al riesgo de recibir una paliza.

—Estaba trabajando.

—Ya lo sé —dijo—. Y, al parecer, es usted un fiel cumplidor de su deber.

—Cuando trabajo en un asunto, deseo resolverlo, como le ocurre a usted mismo.

—Bueno, es imposible pensar en los Clutmer. Eso significa que no ha variado el período de tiempo en que se cometió el asesinato. Y ahora, Lam, sea usted franco. Si había convenido una cita con esa muchacha, lo averiguaremos. Si no hay nada más, pasaremos este detalle por alto. Pero usted sabe muy bien para qué quería ir a Los Ángeles.

—No comprendo.

—¿Convino usted con ella en que se encontrarían en Los Ángeles?

—No.

—Esa negativa no me impresiona.

—Lo siento. Y lamento más aún que me hiciera sacar del tren.

—¿Qué quiere usted decir?

—No soy más que un detective particular —dije—. No tengo la pretensión de decirle cómo debe llevar a cabo su trabajo, pero si me hubiera dejado llegar a Los Ángeles, y allí me hiciera seguir y yo en verdad me hubiese encontrado con esa muchacha, sus suposiciones habrían tenido alguna base. En cambio, ahora no puede probarlas.

—Es una decisión plausible.

—¡Y un cuerno!

—Hay otra circunstancia muy sospechosa —añadió Laster—. Cuando Kleinsmidt le preguntó si estaba enterado de dónde vivía Beegan, le contestó usted que no.

—Así es.

—Y, sin embargo, había estado usted en el piso.

—Él no vivía allí.

—Pero sí esa muchacha.

—El teniente no me preguntó eso.

—Y ¿no es usted demasiado preciso?

—Él me preguntó si yo sabía dónde vivía Beegan.

—Bien pudo comprender el significado de esa pregunta.

—Y porque yo estaba enterado de donde vivía su amiguita y no le dije a Kleinsmidt, ¿cree usted que quería reservarme algún dato?

—Sí.

—No vi ninguna razón para comprometer a esa muchacha; al menos así lo consideré.

—Por ahora nada más —dijo Laster.

—¿Puedo marcharme?

—Sí.

—Quisiera ir al hotel Sal Sagev.

—Puede ir.

—No veo ninguna razón para dirigirme a pie allá. Recuerde usted que me sacaron a la fuerza del tren que se dirigía a Los Ángeles. Había pagado mi billete. ¿Y qué van ustedes a hacer con respecto a eso?

Laster, después de breve reflexión, contestó:

—Nada.

—Deseo dirigirme a Los Ángeles.

—No podrá usted ir allá hasta que hayamos terminado nuestras investigaciones.

—¿Cuándo será eso?

—Lo ignoro.

—Me comunicará con Bertha Cool —contestó—, y si ella me da orden de ir a Los Ángeles, iré.

—No se lo permitiré.

—Si me encierran, no podré ir, pero, en caso contrario, iré. ¿Y qué le parece si el teniente me conduce él mismo al hotel Sal Sagev?

—No sea usted tonto —replicó Laster—. Se halla a dos manzanas de distancia. Es usted un descarado, Lam. Ya me lo había advertido Kleinsmidt. Pero…

—Nada de eso. Les ofrezco una buena oportunidad. Si quisiera, podría obligarlos a que me hicieran conducir a Los Ángeles. Y aún quizá me lo proponga, después de hablar con Bertha Cool. Ahora me limito a decirles que deseo ser transportado al hotel Sal Sagev.

Kleinsmidt se puso en pie y me dijo:

—Venga conmigo, Lam.

Afuera había un automóvil de la policía y cuando subí a él, el teniente sonrió.

—¿Qué hay? —pregunté.

—Yo le dije que lo dejaran llegar a Los Ángeles, que la policía de allí lo siguiera a usted para cerciorarse de si se ponía en contacto con esa muchacha. En caso afirmativo; que los hiciera prender a los dos, pero que, de no ser así, que lo dejaran en paz. Él no quiso hacerme caso, asegurando que, con toda probabilidad, era usted el asesino. Que a juzgar por las noticias que teníamos era usted un individuo que lo diría todo si lo sacábamos del tren para traerlo aquí, y en el supuesto caso de que en el camino lo obligaran a guardar silencio.

Di un bostezo y, mientras tanto, el automóvil de Kleinsmidt corría por la calle. Al fin me dejó ante el hotel Sal Sagev.

—¿Y qué hay con respecto a usted, teniente? —pregunté.

—¿Qué quiere decir?

—¿Qué hacía usted, anoche, entre las ocho cuarenta y cinco y las nueve y veinticinco?

—Andaba en busca de Beegan.

—¿Y lo encontró?

—¡Vaya usted al diablo! —contestó Kleinsmidt sonriendo.

capítulo nueve

BERTA Cool estaba dormitando. Tenía la puerta abierta y estaba vestida como para salir. En cuanto abrí, me quedé en el umbral para verla tendida en un sillón, con la cabeza inclinada y respirando rítmicamente, mientras profería algunos suaves ronquidos.

—¡Hola, Bertha! —dije—. ¿Se había acostado ya y se ha levantado luego, o esperaba…?

Abrió los ojos y enderezó el cuerpo en el sillón. En el acto estuvo despierta por completo y fijaba en mí sus ojos duros y brillantes.

—¡Dios mío, Donald! Ésta es una población desagradable a más no poder. ¿Te sacaron del tren?

—Sí.

—Así me lo anunciaron y yo les dije que les pediría daños y perjuicios si lo hacían. ¿Qué les has dicho?

—Nada.

—¿No les has dado ninguna satisfacción?

—Que yo sepa, no.

—El teniente es una buena persona —dijo— y el jefe un idiota. Entra y siéntate. Dame ese paquete de cigarrillos y enciende un fósforo. ¿Quieres que pidamos café?

Le entregué los cigarrillos, le ofrecí un fósforo, pedí por teléfono un par de jarros de café, con mucha leche y azúcar, y Bertha me preguntó:

—Tú tomas el café sin leche, ¿verdad?

—Sí.

—Pues para mí no pidas leche ni azúcar.

La miré sorprendido.

—Me parece que estropea el aroma del café.

—Bueno —dije por teléfono—. No manden leche ni azúcar. Únicamente dos cafeteras llenas, y de prisa. Ahora dígame qué pasa

—exclamé, dirigiéndome a Bertha.

—No lo sé. El golpe llegó a las doce y media. Media hora antes encontraron el cadáver y se armó un gran escándalo. Quisieron enterarse de todos los detalles del caso, de quién era nuestro cliente y dónde podrían encontrarlo.

—¿Se lo dijo usted?

—¡De ningún modo!

—Supongo que debió de costarle bastante esa reticencia.

—No mucho. Les dije que era un secreto profesional. Pero quizá me hubiesen dado un disgusto, de no haber averiguado tu viaje a Los Ángeles. Eso les dio motivo para entretenerse. Dijeron que alcanzarían el tren con un avión y que te obligarían a regresar.

—¿Hasta qué hora la tuvieron a usted despierta?

—Durante gran parte de la noche.

—¿Y no dieron con Whitewell?

—Sí, poco después.

—¿Cómo?

—Buscando por ahí.

—¿Y cuándo regresó Whitewell? —pregunté—. ¿Anoche, después de mi marcha?

—No volvió.

—¿De modo que no lo vio usted?

—No.

—¿Y cuándo lo ha visto?

—Hacia las cuatro de la madrugada.

—¿Dónde?

—Vino aquí, después de haber sido interrogado por la policía. Pidió mil perdones por habernos metido involuntariamente en todo ese lío. Es un hombre agradabilísimo.

—¿Y qué quería?

—¿Qué quieres decir?

—Cuando vino a las cuatro de la madrugada.

—Enterarse de cómo me había ido a mí y también se disculpó por haberme metido en un asunto como éste y en una situación tan desagradable.

—Y después, ¿dijo lo que quería?

—No, nada.

—¿Y no mencionó cosa alguna?

—¡Oh! Deseaba saber qué habíamos contestado nosotros, y yo le dije que no se preocupara, porque tú no dirías nada. Manifestó la esperanza de que no los hubieses informado del asunto en que estabas trabajando o con respecto a alguna carta. Y yo le dije que podía irse a dormir tranquilo.

—¿Y Philip? ¿Estaba con su padre?

—No. Por eso no regresó éste. Al parecer, entre los dos hubo alguna diferencia.

—¿Acerca de qué?

—No lo sé. Pero supongo que sería acerca de ti.

—¿Por qué?

—Creo que Philip siente mucho entusiasmo por ti. Desea que su padre te dé libertad de acción para hacer cuanto sea preciso, a fin de encontrar a Corla. Pero su padre le contestó que eso sería muy raro y que en cuanto tú hubieses hallado pruebas de que Corla desapareció por su propia voluntad, ya no era necesario hacer nada más. Philip sugirió entonces que quizá la joven se marchó por haber sido víctima de un chantaje o algo por el estilo. Su padre le contestó que, en tal caso, esa muchacha ya no sería deseable en la familia. Supongo que Philip se enojó mucho. Tuvieron una discusión y el padre se marchó, dejando a Philip en el Casino.

—Eso —dije entornando los párpados, mientras reflexionaba— debió de ocurrir hacia las ocho de la noche o unos minutos después.

—Así parece.

—¿Y no ha hablado de eso con la policía?

—Les dije que se ocuparan en sus asuntos y que yo cuidaría de los míos —contestó Bertha—. Son unos asnos impertinentes. Incluso me pidieron pruebas de mi permanencia en el hotel. Aquí estuve esperando al señor Whitewell, pero, a consecuencia de la disputa que sostuvo con su hijo, no vino…

—¿Adónde fue?

—Estaba muy trastornado. Ten en cuenta que quiere mucho a su hijo y, por consiguiente, estaba muy apenado por lo ocurrido. Incluso olvidó visitarme para decirme que no estaría aquí y…

—Pero ¿adónde fue?

—A ninguna parte.

—¿Quiere decir que volvió a su habitación del hotel?

—Ahora comprendo a qué te refieres. No, estaba muy nervioso.

Dio un corto paseo y luego volvió e intentó dormir. Él, Philip y el señor Endicott habían tomado una serie de habitaciones. Philip no compareció hasta cerca de las siete de la mañana. La policía averiguó que Whitewell era mi cliente y lo sometió a un interrogatorio… ¡Pobre hombre! Supongo que no habrá dormido mucho esta noche.

—¿Y cuáles son los detalles que conoce usted acerca del asesinato?

—Casi nada. Que le pegaron un tiro. No sé otra cosa.

—¿De qué calibre era el arma?

—No lo sé.

—¿Encontraron la pistola en el piso?

—No lo creo.

—¿Y nadie oyó el disparo?

—No. Ya sabes cómo es esa casa. Se halla en una callejuela y sobre el almacén de la planta baja no hay más que esos dos pisos. El almacén cierra a las seis. Alguien debió de buscar algo en la cocina. Estaban abiertas las puertas del armario que hay debajo de la fregadera y en el suelo había dos Sartenes. Me parece que había unas gotas de sangre cerca de la puerta que conduce a la cocina. Me enteré de algo gracias a las preguntas de los policías, pero apenas me permitieron averiguar esos detalles.

—Bueno —dije—, me alegro de que lo hayan matado, porque se lo estaba buscando.

—No hables así, Donald.

—¿Por qué no?

—Te acusarán del crimen.

—Ya lo sospechan ahora, pero no conseguirán llegar a ninguna conclusión.

—¿Y el mozo de la estación no te recordaba?

—No.

—¿Y tu billete?

—No me lo pidieron.

—¿Ni tampoco el de la litera del *pullman*?

—No. Me metí en el tren, me tendí en la litera y me dormí.

—Es raro que el revisor no te despertara para pedirte el billete.

—Eso se debe a que el mozo no me vio. Y no comunicó al revisor que alguien había subido al tren para ocupar la cama baja

del nueve.

—Esta situación resulta bastante difícil para ti.

—Tal vez.

—Bueno, eres un pequeño diablo lleno de recursos —dijo Bertha —. Supongo que conseguirás evitar la cárcel, pero hemos de hacer algo por ayudar al señor Whitewell. ¿Crees que ese asesinato se relaciona en algo con la desaparición de Corla Burke?

—Aún no lo sé. Muchas personas pueden haber matado a Harry Beegan y entre ellas figura mi muy estimado amigo el teniente William Kleinsmidt, de la policía de Las Vegas.

—No seas tonto, Donald —contestó Bertha—. Si Kleinsmidt lo hubiese muerto, lo habría confesado, adoptando el papel de héroe. «Un valeroso oficial de policía mata a un criminal que había sembrado el terror en la ciudad», y todo lo demás.

—No he afirmado nada. Simplemente he expresado una posibilidad.

—Ni siquiera la creo posible.

—Pues yo sí, porque a los ciudadanos no les gusta ver que un agente de policía sea muy ligero de manos con su pistola. Kleinsmidt iba en busca de Pug y, además, estaba resentido y dolorido. Pug sabía menear muy bien los puños y con seguridad no estaba dispuesto a dejarse castigar.

—Pero Kleinsmidt pudo haber alegado que obró en legítima defensa.

—¡Hum!

—Donald, no debes tratarme así. ¿He dicho alguna tontería?

—Pug estaba desarmado —contesté—. Se hallaba en su casa y eso tendría mucha importancia ante un jurado. Además, se supone que un agente de policía es capaz de prender a un hombre desarmado, sin más daño que alguno que otro puñetazo.

—Pero Pug era un buen boxeador.

—Se supone que un policía es capaz de prender a un hombre desarmado —repetí.

—¿Y por qué sospechas que Kleinsmidt pudo matar a ese hombre?

—Me he limitado a decir que era una posibilidad.

—¿Y por qué lo crees así?

—Por haberme fijado en el deseo de la policía de colgar esta

muerte a otro.

—¿A ti, por ejemplo?

—Entre otras personas.

—Arthur Whitewell me hizo prometer que lo avisaría en cuanto llegases.

—¿Estaba enterado de que Kleinsmidt salió a buscarme?

—No lo sé. Se había enterado de que alguien salió con objeto de prenderte.

—Bueno, llámelo por teléfono.

Al mismo tiempo le entregué el receptor del aparato. Ella carraspeó dos veces y luego dijo:

—Hágame el favor de llamar al señor Whitewell. Buenos días Arthur. Habla Bertha. ¡Oh, adulador! Donald está aquí. Sí… Magnífico…

»No tardará en llegar —dijo mientras colgaba el receptor.

—¿Cuánto tiempo viene durando este asunto? —pregunté mientras me sentaba y encendía un cigarrillo.

—¿Cuál?

—Eso de «Arthur y Bertha».

—No lo sé. Empezamos a llamarnos por nuestros nombres de pila. En realidad ya nos conocemos bien después de todo lo sucedido.

—¿Y qué me dice usted de Philip?

—No lo he visto más que un momento cuando la policía se dedicaba a interrogar a todo el mundo.

—¿Sabe usted si Endicott ha ido a Los Ángeles?

—No. Está aquí todavía, pero desea marcharse.

—¿También Whitewell quiere regresar?

—Aun permanecerá aquí unos días. Dame un cigarrillo.

Se lo entregué y le ofrecí un fósforo. Alguien llamó a la puerta con los nudillos y en cuanto abrí aparecieron Whitewell y Endicott.

—Bueno —dijo el primero mientras me estrechaba la mano—, eso es bastante diferente de lo que imaginábamos, Lam, ¿no le parece?

Endicott me estrechó, a su vez, la mano, sin pronunciar palabra. Su jefe se inclinó hacia Bertha, sonriente con cierta coquetería.

—No sé cómo lo hace usted.

—¿Qué?

—Pues pasar una noche en vela y por la mañana estar tan fresca y despierta como si hubiera estado toda la noche en la cama. Nunca acabo de asombrarme de su estupenda vitalidad.

—¡Ojalá fuese una décima parte tan perfecta como usted cree! —contestó Bertha algo confusa.

—Supongo —dijo entonces— que ustedes habrán referido su historia a Kleinsmidt.

Ellos afirmaron.

—Pues ha hecho una serie de comprobaciones, de modo que volverán a tener noticias de él. Es muy insistente y quizá pudiera añadir peligroso.

Hubo un corto silencio y Endicott observó:

—Me parece que tiene usted razón.

—Por consiguiente, convendría que todos nosotros examináramos los hechos… —Me interrumpí al oír en el corredor pasos de alguien que calzaba botas con suelas de goma. Y al oír la llamada a la puerta, añadí—: Apuesto lo que quieran a que es la policía.

Nadie aceptó mi apuesta. Abrí la puerta y apareció Kleinsmidt.

—Entre —le dije—. No me extrañaría que alguien propusiera desayunar.

—¡Hombre! —exclamó Whitewell—. Es una buena idea. Buenos días, teniente.

—He de hacer algunas comprobaciones —dijo—. Usted, Whitewell, no me dijo todo lo que ocurrió anoche.

—Temo no comprender —contestó Whitewell.

—¿No estaba usted anoche en la esquina de las calles Beech y Washington, hacia las nueve?

—No lo sé —contestó Whitewell, titubeando—. Y no comprendo cómo voy a cooperar con usted, teniente. Me parece decidido a…

—No se ande usted con rodeos —contestó el policía—. ¿Era usted o no?

—No —contestó Whitewell, mirándolo ceñudo.

—¿Está usted seguro?

—Sí, señor.

—¿Y no estuvo allí en ningún momento, por ejemplo, entre las ocho cuarenta y cinco y las nueve y quince?

—No estuve allá en toda la noche.

Kleinsmidt dio un paso atrás, abrió la puerta se asomó al vestíbulo e inclinó la cabeza. Al verlo, dije a Whitewell.

—Agárrese bien, porque ahí viene la sorpresa.

Oímos el ruido de unos pasos en el corredor y luego apareció una muchacha en la puerta.

—Entre —dijo Kleinsmidt—. Observe a las personas que ve en la habitación y dígame si alguna de ellas es la misma que vio anoche.

La joven atravesó el umbral. Su aspecto era retador, cual si supiera de antemano que todos los que allí estaban le manifestarían hostilidad. Fingía indiferencia. Aquella muchacha no daba la impresión de que se hubiese levantado temprano, sino más bien de que aún no se había acostado. Su maquillaje era perfecto, vestía muy bien y llevaba bien cuidadas las manos. Tendría cerca de treinta años y sin duda había adquirido la costumbre de estar siempre vigilante y atenta. Nos miró sucesivamente y Bertha, dirigiéndose al teniente, le dijo:

—No puede usted hacer eso, ni levantamos un falso testimonio con tal facilidad. Si es preciso que haya una identificación, debe usted poner a la persona sospechosa en una fila donde haya otras que, aproximadamente, tengan igual tipo, una edad parecida y…

—¿Quién manda aquí? —preguntó Kleinsmidt, indignado.

—Tal vez usted, pero le he dicho lo que debe hacer para que eso sea legal.

—Para mí lo será. ¿Está aquí esa persona?

La joven apuntó uno de sus dedos a Whitewell.

—Nada más —dijo el teniente—. Espere fuera.

—Un momento —dijo Whitewell—. Deseo saber…

—Salga y espere.

La joven hizo un ademán de asentimiento y salió exagerando su contoneo. Se cerró la puerta a su espalda y el teniente exclamó:

—¿Qué?

Whitewell se dispuso a decir algo, pero yo lo interrumpí exclamando:

—Espere un momento.

Me miró arqueando las cejas, para expresar su sorpresa.

—Ya ha dicho usted —advertí— que no estaba allí. No puede añadir nada a eso. —Hice una significativa pausa para añadir—: Y tampoco puede sustraerse a eso.

—¿Abogado? —preguntó el teniente, mirándome ceñudo.

Yo no contesté.

—Porque si no lo es —exclamó Kleinsmidt, con acento ominoso —, no queremos que alguien pueda ejercer sin licencia. Por lo menos no podrá hacerlo en este Estado. Y cuando se dispone usted a dar consejo a un acusado.

Se interrumpió y yo me apresuré a preguntar:

—¿Acusado de qué?

Él no contestó. Kleinsmidt se volvió a Endicott y le preguntó con cierta acritud:

—¿Se llama usted
Paul C.
Endicott?

Éste afirmó.

—¿Es usted socio de Whitewell?

—Trabajo para él.

—¿Con qué cargo?

—La oficina corre a mi cuidado durante su ausencia.

—¿Y qué hace usted allí cuando está su patrono?

—Procuro que las cosas marchen debidamente.

—Supongo que será usted una especie de director general.

—Así lo sospecho.

—¿Cuánto tiempo lleva usted a su lado?

—Diez años.

—¿Conoció usted a una joven llamada Corla Burke?

—La he visto, en efecto.

—¿Y ha hablado con ella?

—Muy poco.

—¿Dónde?

—Una noche, cuando se dirigió a nuestra oficina.

—¿Estaba usted enterado de la proyectada boda entre ella y Philip?

—Sí.

—¿Cuándo llegó usted aquí?

—Ayer tarde.

—¿Cómo?

—Con Philip.

—¿En su automóvil?

—Sí.

—¿Cómo se explica que yo no hubiese oído hablar antes de usted?

Endicott lo miró tranquilamente. En sus ojos no había ningún antagonismo, pero tampoco la menor muestra de sumisión. Era, simplemente, una mirada de indiferencia, algo humorística y un tanto desdeñosa.

—Lo ignoro en absoluto —dijo con la debida inflexión de su voz.

Aquel hombre tenía verdaderamente el tipo apropiado de quien está encargado de dirigir un negocio. No simplemente del que cuida de los detalles, sino del que lleva a cabo el trabajo de dirección y toma las decisiones oportunas. No era capaz de asustarse fácilmente. Tomó su decisión acerca de lo que haría y se atuvo exactamente a su plan. Y todo esto se hizo visible en el momento en que los dos hombres se contemplaban.

Kleinsmidt comprendió con quién se las había, de modo que abandonó sus maneras truculentas y dijo:

—En vista de eso, Endicott, deseo saber lo que hizo usted anoche.

—¿Cuándo?

—Dígame qué hacía, por ejemplo, hacia las nueve.

—Estuve en el cinematógrafo, ahí cerca.

—¿Dónde?

—En el Teatro Casa Grande.

—¿A qué hora llegó usted allí?

—No lo sé exactamente. Tal vez a las nueve menos cuarto o antes. Sí, creo que fue después de las ocho y media.

—¿Cuánto tiempo permaneció allí?

—Hasta que hube visto todo el programa. Tal vez dos horas.

—¿Cuándo se enteró usted del asesinato?

—Esta mañana me lo comunicó Whitewell.

—¿Qué le dijo?

—Que tal vez se viese obligado a permanecer algún tiempo aquí y que, ante esa posibilidad, deseaba que yo regresara a Los Ángeles por avión.

—¿Por qué tanta prisa?

—Porque es preciso que el negocio siga marchando.

—¿Y cómo me demuestra usted que se dirigió usted anoche al

cine, entre las ocho y media y las nueve menos cuarto?

—No lo sé.

—¿Qué película dieron?

—Una comedia ligera. Trataba de un marido divorciado que, a su regreso, se encontraba con que su mujer iba a casarse de nuevo. Había algunas situaciones muy interesantes.

—¿Y no puede usted describir algo mejor el argumento?

—No.

—Con toda seguridad —observó el teniente— no tendrá usted en su poder el fragmento de su billete de entrada.

—Tal vez sí —dijo Endicott empezando a buscar, metódicamente, por sus bolsillos. De uno del chaleco sacó varios billetes, los examinó, tomó uno de ellos y dijo—: Probablemente es éste.

Kleinsmidt se dirigió al teléfono y pidió un número.

—A esta hora de la mañana no estará abierto el teatro —observó Endicott.

—Estoy llamando a casa del director.

Un momento después, Kleinsmidt dijo ante el aparato:

—Frank, habla Bill Kleinsmidt. Siento haberlo molestado; pero un vaso de agua caliente con limón y un paseo más tarde le reducirá la cintura. Espere un momento y no se enoje. Quiero preguntarle algo acerca de los billetes. Tengo en la mano una parte de uno que se vendió anoche. Lleva un número. ¿Hay manera de saber cuándo fue vendido? ¿Sí? Un momento. No suelte el receptor.

Kleinsmidt examinó el billete, lo estudió y dijo:

—El número es seis, nueve, cuatro, tres… ¿Cómo? Sí, también está. Dos letras. B. Z. ¿Está usted seguro? Bien, muchas gracias. Es necesario —dijo a Endicott— que precise usted mejor esa hora de anoche.

Endicott hizo caer la ceniza de su cigarrillo en el cenicero y contestó:

—Lo siento, pero no me es posible.

—Estos billete tiene una indicación —explicó Kleinsmidt—. Para evitar falsificaciones y complicaciones, decidieron poner en los billetes una señal indicatoria del momento en que fueron vendidos. Así, pues, la letra A indica las siete, la B las ocho, la C las nueve, la D las diez. Y XYZ sirven para señalar períodos de quince minutos.

Por ejemplo, B en un billete indica que se vendió entre las ocho y las ocho y cuarto, BX, que se vendió un cuarto de hora después, BY quince minutos más tarde y BZ que la venta se realizó entre las nueve menos cuarto y las nueve. Tienen un sello automático que funciona de acuerdo con el reloj y las letras se cambian automáticamente.

—Lo siento —dijo Endicott—, pero sigo persuadido de que llegué al local antes de las ocho y cuarenta y cinco.

—Pues, en tal caso, es decir, si estaba usted allí antes de las ocho y cuarenta y cinco, quizá salió del local y se marchó.

—Siento mucho darle otros disgustos, teniente —dijo Endicott —. Entonces no me di cuenta de mi suerte extraordinaria. Pero si averigua usted algo más con respecto a la sesión de anoche, observará que la proyección de la película terminó, más o menos, a las nueve menos cinco e inmediatamente después se celebró un sorteo. Llamaron el número de un billete. Yo leí el mío de un modo incorrecto y me puse de pie para dirigirme al escenario. Entonces noté mi error y el público me silbó. Fácilmente podrá comprobar eso.

—¡Ah!, ¿sí? —preguntó el teniente.

—Sí, señor —contestó Endicott con desdeñosa tolerancia.

—Ya averiguaremos eso —dijo Kleinsmidt—. Y necesitaré hablar otra vez con usted.

—En tal caso, vaya a Los Ángeles.

—No se marche hasta que le dé permiso.

—Mi querido señor —dijo Endicott riéndose—. Si quiere usted preguntarme algo más, hágalo en este momento, porque dentro de dos horas emprenderé el viaje a Los Ángeles.

—¿De modo que quiere usted ser independiente? —exclamó Kleinsmidt.

—Nada de eso, teniente. Pero no puedo olvidar mis negocios hasta que ustedes hayan terminado su investigación. Comprendo muy bien la situación en que se halla usted, teniente, y no se lo censuro, pero también tengo mis responsabilidades.

—Puedo hacerlo llamar como testigo ante el *coroner*.

—Es verdad —contestó Endicott.

—Y entonces no podrá marcharse hasta que el asunto haya sido aclarado.

—Es cierto. Y podría ser muy desagradable. Para usted el caso es muy importante y para mí no es más que una interrupción desagradable, de modo que procuraré que sea lo menos inconveniente posible.

—Hagamos un trato —dijo Kleinsmidt—. Si no me opongo a su marcha, ¿volverá si lo hago llamar?

—Sí, con dos condiciones. Una es que sea verdaderamente necesario y otra que podré disponer de algún tiempo para arreglar mis asuntos antes de venir. —Y dirigiéndose a la puerta, añadió—: Si le parece bien, Arthur, saldré de aquí hacia las diez, para llegar a las doce. —Whitewell afirmó inclinando la cabeza—. Ahora, si desea usted escribir una carta aceptando la opción que le da…

—Sí —interrumpió Whitewell, deseoso, al parecer, de no descubrir sus asuntos a los oídos indiscretos.

Endicott separó la mano del pomo de la puerta e indicando el escritorio, añadió:

—Escriba usted una nota. Bastará mencionar la opción cuya fecha es el dieciséis del mes pasado.

Whitewell trazó unas líneas, firmó, y, mientras tanto, Kleinsmidt lo observaba atento.

—Aquí no hay sellos de correo —dijo Endicott—. Voy al vestíbulo a comprar algunos. Hay una máquina que los vende.

—No se moleste, Paul —observó Whitewell—. Siempre llevo sobres franqueados, para un caso necesario.

Tomó, en efecto, un sobre franqueado, de correo aéreo, que llevaba en el bolsillo, lo ofreció a Endicott y le dijo:

—Ponga las señas. Ya sabe usted cuáles son.

Miré rápidamente a Bertha, para observar si se había fijado en la costumbre de Whitewell de llevar en el bolsillo sobres franqueados. Mas, al parecer, no se había fijado.

Endicott puso las señas en el sobre, lo entregó luego a Whitewell, y éste le dijo:

—Échelo cuanto antes al correo, Paul.

—No estoy seguro acerca de las correspondencias aéreas en esta región, pero aun cuando esta carta tenga que ir a San Francisco y regresar, llegará mañana por la mañana, a lo sumo, y eso ya basta.

Kleinsmidt lo observaba con mirada amenazadora. De repente se volvió para sonreír a Bertha y decirle:

—Lamento mucho, señora Cool, haberla molestado a esta hora de la mañana. Procure olvidarlo. Si ustedes aceptan filosóficamente estas interrupciones, les parecerá todo menos desagradable.

Se dirigió rápidamente a la puerta, se volvió al llegar al umbral y salió.

Me fijé entonces en Arthur Whitewell. Ya no era el hombre cortés y lisonjero, ni tampoco el padre preocupado. En cambio, se mostraba hombre dotado de mente rápida y certera, y capaz de adoptar decisiones instantáneas.

Dio una serie de instrucciones a su gerente acerca de lo que debería hacer una vez que estuviera en Los Ángeles, y en cuanto hubo terminado, Endicott se inclinó ante Bertha Cool, me estrechó la mano, sonrió a Whitewell y salió.

Whitewell lo acompañó hasta la puerta, la cerró luego y se dirigió a mí con ánimo decidido.

—Vamos a ver, Lam, ¿qué puede usted hacer?

—Arthur —dijo Bertha—, puede usted confiar en que la agencia…

Él ni siquiera se volvió, pero hizo un gesto con la mano para recomendar silencio.

—Si quiere usted decirnos…

—¡Cállese! —replicó Whitewell con acento tan autoritario, que Bertha Cool, sin darse cuenta, obedeció—. ¿Qué hay de eso, Lam? ¿Qué desea usted y que puede hacer?

—Ante todo, dígame cuáles son las dificultades. Kleinsmidt está ya enterado con respecto a Corla y eso significa que uno de los Clutmer ha oído algo.

—Esa muchacha está equivocada —contestó—. Yo no estuve siquiera cerca del piso de la señorita Framley.

—Pues yo no creo que mienta.

—Tampoco yo. ¿No se ha dado usted cuenta de lo que eso significa? Mi hijo y yo nos parecemos mucho y con toda seguridad lo vio a él. No tuvo razón ni posibilidad de fijarse mucho, sino que, sencillamente, lo vio como un transeúnte cualquiera. Si Philip hubiese estado aquí esta mañana, ella lo habría identificado, pero no lo vio. Además, deseaba ayudar a la policía. Y, al verme, creyó que me reconocía. Es preciso, pues, arreglar las cosas de modo que esa muchacha no pueda ver a Philip.

—Ahora ya lo ha identificado a usted y no se volverá atrás en lo que ha dicho…

—Muy bien. ¿Puede usted darme un buen consejo?

—Desde luego. Procure que lo vea usted unas cuantas veces más y busque la ocasión de moverse y de hablar en presencia de ella. De este modo, si acaso ve, más tarde a Philip, lo clasificará como absolutamente desconocido.

—¿Tiene Philip alguna coartada?

—Lo ignoro. Pero conviene que lo averigüe usted.

—¿Podré darle a entender que trabajo acerca de esto?

—No. Y por esta razón quería hablar con usted. Dígale únicamente que trabaja acerca de la desaparición de Corla Burke.

—Eso ocasionará otros muchos gastos —contesté—. Y…

—Está bien.

—Dispense —dijo Bertha Cool, irguiéndose en su sillón—. Pero…

Whitewell movió la mano para imponerle silencio, pero ella exclamó:

—¡Vaya usted al diablo! No se forje la ilusión de que en nuestra agencia alguien pueda fijar precios, aparte de Bertha Cool.

—Dispénseme, Bertha —dijo él, sonriendo y, al parecer, recobrando su buen humor—. Nadie ha tenido la intención de restarle ninguna autoridad. Simplemente deseaba que Lam comprendiera bien lo que es preciso hacer, porque conviene que empiece inmediatamente.

—Ya comprenderá usted, Arthur —dijo Bertha, sonriendo, con dulce voz—, que hemos de cargar algo más cuando trabajamos en un caso de asesinato.

—¿Cuánto?

Bertha me miró, indicando la puerta con un movimiento de cabeza.

—Bueno, hijo. Vete a trabajar.

capítulo diez

EL frío intenso de la noche del desierto había desaparecido ante los rayos del sol. La vivienda de los Dearborne parecía desprovista de vida. La luz brillante del sol iluminaba la casa, haciendo centellear las paredes de estuco, hasta el punto de que era imposible fijar los ojos en ella.

Yo ocupaba mi automóvil alquilado y lo dejé en el centro de la manzana y de la calle, para esperar mientras hacía esfuerzos por resistir el sueño que me daba el calor.

Probé de fumar algunos cigarrillos, que solamente aliviaron mi tensión nerviosa, y así aumentó aún mi deseo de dormir. En el ambiente reinaba una somnolencia suave. Cerré los ojos para aliviarlos de aquel resplandor blanco y ya no pude abrir otra vez los párpados. Quizá transcurrieron diez segundos o diez minutos. Me desperté sobresaltado, bajé una de las ventanillas del coche, me esforcé en respirar profundamente, para oxigenar bien mi sangre, y pensé en algo que despertase mi ira. De pronto se abrió la puerta de la casa y salió sin prisas, Ogden Dearborne.

Permaneció un minuto en el soportal de la fachada, estirando sus brazos por encima de la cabeza. Yo me deslicé hacia abajo, sobre el asiento, de modo que sólo mis ojos estuvieron al nivel del extremo inferior del cristal.

Miró al cielo, después al césped que había ante la casa y bostezó, como hombre que no tiene un solo cuidado en el mundo. Luego se metió otra vez en su casa.

Tres segundos más tarde, apareció su hermana Eloísa. No perdió tiempo en mirar a ninguna parte y echó a andar con paso firme y seguro, y sin duda con propósito definido. Al amparo de mi automóvil la vi alejarse. Tres manzanas más lejos torció a la izquierda. Puse en marcha el motor y conservé la distancia para no

ser visto. Luego hice avanzar el automóvil siguiendo la línea de la acera.

Era ya fácil no perder de vista a la joven. Aquella calle era mucho más transitada y abundaban en ella las tiendas. Se metió en una pequeña, de drogas, y yo cerré la llave del motor a corta distancia del establecimiento. Esperé durante diez minutos y por fin vi que salía, llevando dos grandes bolsas de papel. Luego se dirigió a la mitad de la manzana siguiente, deteniéndose ante una puerta y un letrero que decía: «Pisos de alquiler».

Me apeé, penetré rápidamente en el establecimiento de droguería, compré una lata de leche condensada de diez centavos y me dirigí a la casa en que había penetrado la joven. Vi a una mujer que barría el zaguán. Le mostré la lata de leche sonriendo y le pregunté:

—¿Dónde podría encontrar a esa señorita que acaba de subir provista de dos bolsas de papel?

Aquella mujer interrumpió su barrido y exclamó:

—¿Qué pasa? ¿Ha perdido algo?

—Así parece.

—Supongo que estará en las habitaciones dos, A. Suba usted y la encontrará en la parte delantera.

Después de darle las gracias, empecé a subir. Noté luego cómo cesaba el roce de la escoba y oí el ruido de una puerta al cerrarse. Entonces retrocedí, subí a mi automóvil, eché la lata de leche condensada al asiento posterior y me encaminé a la cabina telefónica.

—Conferencia interurbana —dije—. El número de la Agencia de Detectives Bertha Cool, de Los Ángeles. Dese prisa.

Contestó Elsie Brand inmediatamente.

—¡Hola, Elsie! ¿Cómo van los amores? —preguntó.

—Muy mal. ¿Cómo está la dueña?

—No lo creerá usted. Pero ha adelgazado y apenas pesa setenta y dos kilos.

—¿De veras?

—Y lo más notable es que por momentos se va convirtiendo en una coqueta.

—Está usted borracho. ¿Cuándo vuelve usted?

—No lo sé. Óigame bien. Diríjase a la oficina de un periódico

donde tenga amistades. Busque en el fichero todo lo que pueda encontrar acerca de un hombre llamado Sid Jannix, y que antes era boxeador. En cierta ocasión llegó a alcanzar alguna celebridad. Procúrese alguna fotografía y busque un fotógrafo que reproduzca las que encuentre, en caso necesario. Deseo que me las envíe por correo aéreo al hotel Sal Sagev.

—¿Se ha registrado usted con su nombre verdadero?

—Sí. Y Bertha ha hecho lo mismo. Estamos los dos en el hotel indicado. Otra cosa. Vaya usted al registro civil y entérese de cómo se llamaba la mujer con quien se casó Sid Jannix. Vea también si se han divorciado. Procúrese cuanto antes esos informes y comuníquemelos en seguida, por telégrafo.

—Bueno. Está bien. Aquí hay un par de personas deseosas de encargar unos asuntos. Uno de ellos es un caso de chantaje y el otro una agresión. ¿Qué les digo?

—Que Bertha Cool no puede comprometer los valiosos servicios de su agencia si no recibe un anticipo en metálico. Observe usted su reacción y si la cosa presenta buen aspecto…

—¡Tres minutos! —exclamó una voz femenina.

Separé el receptor de mi oído, lo colgué y pude oír perfectamente cómo Elsie hacía lo mismo.

Bertha Cool no había pagado nunca una conferencia que excediese de los tres minutos. «En menos de tres minutos pude decir a mi marido que se largase», solía decir. «Y desde entonces nadie ha podido decir cosa alguna que tuviese mayor importancia. Así, pues, si en tres minutos sois incapaces de dar cuenta de un asunto, es preciso que lo aprendáis».

Desde la cabina telefónica me dirigí a un restaurante, pedí una cafetera llena, jamón y huevos, y luego me encaminé al Cactus Patch. El empleado me dijo que Louie no entraría de servicio hasta las cinco de la tarde. Y cuando ya me marchaba, otro individuo me llamó. Al parecer, Louie se hallaba en el sótano, ocupado en reparar algunas máquinas.

Esperé a que lo llamaran y, al poco rato, llegó. Me dirigió, por un instante, una mirada de duda, pero en cuanto me hubo reconocido, sonrió, avanzando hacia mí con la mano tendida.

Quise estrecharla, pero ni él ni la mano estaban allí. Habíase movido con gran rapidez y me asestaba un furibundo puñetazo a la

boca del estómago.

—Nunca está usted precavido, compañero —dijo—. Y es preciso no distraerse en ningún momento.

Me fijé en sus ojos turbios, vi de cerca su destrozada nariz y la amplia sonrisa que dejaba al descubierto dos huecos entre sus dientes.

—Es preciso estar siempre en guardia para llegar a ser un buen luchador —dijo—. Yo, desde luego, podría convertirlo en tal, enseñarle a boxear y transformarlo en un cartucho de dinamita, porque tiene usted condiciones y valor. Me gustaría mucho darle alguna lección.

—Ya lo haremos, algún día —dije, tomándole el brazo—. ¿Dónde podemos hablar?

—¿Qué quiere, compañero? —dijo, mientras me llevaba a un rincón.

—Deseo que haga usted una cosa en mi obsequio.

—Cuente con ello. Ya sabe que, desde el primer momento, me fue simpático. Y en cuanto le di el primer puñetazo en la mandíbula… Dígame, ¿cómo está?

—Aún duele.

—Sabe usted encajar, amigo. Deme seis meses de tiempo y lo convertiré en un magnífico boxeador.

—Deseo que haga usted una cosa en mi obsequio, Louie.

—Hable.

—¿Ha visto el periódico de la mañana?

—No.

—Pues véalo. Adonde mataron a un hombre, a tiros.

—¿Quiere usted decir que lo asesinaron? —preguntó.

—Sí. Y voy a darle una sorpresa. ¿Sabe quién es?

Meneó la cabeza de un modo vago.

—Pues el mismo individuo que ayer tarde estuvo aquí, jugando en las máquinas tragaperras.

—¿Se refiere usted a Sid Jannix?

—La policía cree que se llama Harry Beegan.

—Pues es Sid Jannix. Lo reconocí en el momento en que me dio un puñetazo.

—Oiga, Louie; deseo que haga algo en mi obsequio.

—Lo que quiera, desde luego. ¿De qué se trata?

—Pues que vaya al depósito de cadáveres e identifique el de ese hombre. Y no diga que es el mismo individuo con quien tuvo ayer tarde una cuestión a consecuencia de las trampas que hizo con las máquinas tragaperras. Se limitará a decir que es Sid Jannix, un boxeador antiguo amigo suyo. Y cuente que peleó una vez con él…

—¡Pero si no llegamos a pelear!

—Bien. No hay necesidad que se diga que se trató de un *match* formal, sino de un combate que se convino en un gimnasio.

—El caso, amigo, es que no deseo ir al depósito de cadáveres.

—Eso no le hará ningún daño.

—Ya lo sé. Pero tampoco ningún bien.

—Bueno, si no quiere ir…

—No he dicho tanto. Lo cierto es que no me gusta. Pero, en fin, lo haré.

—Pues ahora mismo.

Se arregló la corbata y la chaqueta, y me sonrió cordialmente.

—Voy allá, compañero. Tal vez me sentará mal el desayuno, pero voy allá. ¿Dónde nos veremos luego?

—Volveré dentro de un rato.

—Pues, hasta la vista. Y lo dicho, dicho está. Puedo convertirlo en un boxeador de primera categoría, porque tiene usted condiciones.

—Lo pensaré —prometí.

Vi cómo se alejaba y me dirigí al bar. Y en cuanto el encargado me preguntó que deseaba, le pregunté si había llegado ya Breckenridge.

—Sí. Está arriba —contestó—. ¿Quiere verlo?

—Deseo hablar con él.

—¿Cómo se llama?

—Lam.

—¿Es usted Donald Lam? —Y en vista de que yo afirmaba, añadió—: El jefe dejó una nota para usted. Anoche yo estaba de guardia, pero sé que todo lo que usted pida se le ha de dar en el acto. ¿Qué desea?

—Ahora nada más que ver a Breckenridge.

El encargado del bar fijó la mirada en un individuo que parecía un turista y le dijo:

—Desea ver al jefe.

Aquel individuo me dirigió una fría mirada y el encargado del bar se apresuró a añadir:

—Es Lam. El jefe dejó una nota.

La mirada de aquel hombre perdió su frialdad. Extendió su mano bien cuidada y adornada por una sortija de brillantes y estrechó la mía.

—Me alegro de verlo, Lam. ¿Quiere usted unas fichas y probar suerte, o bien…?

—No, gracias. Deseo ver al señor Breckenridge.

—Pues acompáñeme hasta la oficina.

Me llevó hacia la puerta, tras de la cual se iniciaba la escalera. Entonces me fijé en un micrófono encajado en la pared y muy bien disimulado. Mi acompañante dijo:

—Aquí está Donald Lam, Harvey.

La puerta se abrió en silencio y empezamos a subir la escalera.

Al llegar así a la parte superior, mi compañero emprendió el regreso al casino para continuar su vigilancia.

No me di cuenta del momento en que me dejó, porque Harvey Breckenridge avanzaba sonriendo y con la mano tendida. Me dio la impresión de que no tenía costumbre de sonreír.

—Entre y siéntese. ¿Quiere beber algo? —añadió.

—No, gracias. Todo el mundo me ha invitado ya.

—Bien. Lo esperaba, Lam. Siento muchísimo lo que ocurrió ayer tarde. Se condujo usted como un hombre decente y me doy buena cuenta de lo que hizo. Y también pida lo que quiera. Y diga quién es a todos los empleados de la casa y ya verá cómo le sirven.

—No deseo nada. Muchas gracias. Sin embargo, he de hacerle una petición. Quisiera pedirle prestado a uno de sus hombres.

—¿Cuál? —preguntó, dejando de sonreír.

—Louie Hazen.

Se suavizó su mirada, sonrió y luego se echó a reír.

—¿Para qué lo quiere? —preguntó—. ¿Para asesinarlo?

—No. Pero me será útil. ¿Querrá usted cedérmelo por algún tiempo?

—¡Hombre! Lléveselo de una vez, si quiere. No le pondré ningún inconveniente.

—Desde luego, le pagaría su jornal, mientras…

—¡Nada de eso! Le daré treinta días de permiso y su nombre

continuará en la nómina. ¿Le bastan a usted treinta días?

—Me parece que será suficiente una semana.

—Pues tómelo todo el tiempo que necesite. Me sabe muy mal despedir a ese pobre diablo, pero… Ya sabe usted lo que vale. Es inofensivo, buen muchacho, pero no piensa más que en boxear. Si lo tengo aquí, me va a meter en cualquier lío gordo. Me sabe muy mal echarlo. Y, por lo tanto, Lam, me hará usted un favor muy grande si, durante una temporada, me libra de él. Mientras tanto, trataré de buscarle otra ocupación.

—Creo que lleva muy poco tiempo a sus órdenes.

—Sí, en efecto. No le debo, pues, ninguna consideración y estoy en libertad, moralmente hablando, de echarle a la calle, pero no puedo hacerlo. Este hombre tiene algo que lo conquista a uno. Parece un perrito extraviado, que va de un lado a otro, meneando el rabo y tan cariñoso que uno no tiene el valor de mandarlo, de un puntapié, al callejón de donde ha llegado. Ese hombre estaría muy bien en su rancho y tal vez sería útil, pero está constantemente borracho con el recuerdo de sus hazañas pugilísticas. Seguramente llegaron a darle tantos puñetazos que le desprendieron el cerebro de sus amarras. ¿Cuándo lo necesita usted? ¿Ahora?

—En seguida.

—Pues bien. En cuanto llegue, mándemelo aquí y se lo diré. ¿Y para qué lo quiere usted, si me permite preguntarlo?

—Pues, simplemente —dije, contestando a su mirada inquisitiva —, para que me enseñe a boxear.

—Es suyo —dijo Breckenridge.

Pero ya no sonreía. Y en sus ojos apareció una expresión preocupada, mientras yo le estrechaba la mano, y pude notar que aún seguía igual cuando me marché.

capítulo once

MI primera llamada a la habitación 2A fue muy suave e insistente.

—¿Quién va? —preguntó una voz femenina, tratando de ocultar el temor que sentía.

No contesté y veinte segundos más tarde volví a llamar con mayor insistencia. La voz sonó a menor distancia de la puerta y, con acento de pánico, volvió a preguntar quién era.

Tampoco contesté. Aguardé cosa de treinta y cinco segundos y entonces llamé con mayor fuerza.

—¿Quién…?

Pero ya no pude seguir. Levantaba la mano para llamar por cuarta vez cuando oí girar la llave de la cerradura y la puerta se abrió unas pulgadas. La empujé con el hombro y abrí. Elena Framley retrocedió ante mí cuando entraba en la estancia y me dirigía hacia ella. Tenía el rostro blanco como un papel, y se llevó la mano a la garganta.

—¿Qué hay? —pregunté.

—Cierre… Cierre la puerta, Donald.

Di media vuelta, empujé la puerta con el tacón de mi zapato y la cerré de golpe.

—¿Qué hay? —repetí.

—Siéntese, Donald. ¡Dios mío, no me mire así!

Me senté, tomé un paquete de cigarrillos del bolsillo, le ofrecí uno, cogí otro para mí y luego encendí un fósforo.

Para guiar la llama a su cigarrillo, tocó mi mano y pude sentir que la suya temblaba y que tenía frías las puntas de los dedos.

—¿Cómo me ha encontrado?

—Es muy fácil.

—No, no es posible.

—¿Ha olvidado usted que soy detective?

—Aunque fuese usted todo el Cuerpo de Policía. No puede haber sido fácil. Conozco bastante el mundo para saber cómo debo protegerme si me veo en un apuro.

—Todo eso está muy bien, pero, ¿qué importa que sea fácil o difícil? El caso es que la he encontrado, ¿no es verdad?

—¿Para qué?

—Porque deseo conocer su historia.

—No la tengo.

—Es lástima.

—¿Qué quiere decir?

—Que a la Policía no le gustará.

—Donald, ¿va usted…? ¿Va denunciarme?

—La Policía la encontrará.

—Le aseguro que no.

Sonreí con expresión de superioridad.

—La Policía no puede acusarme de nada.

—A excepción de que la víctima vivía con usted en su piso y que…

—No vivía conmigo.

—Pasaba la mayor parte del día allí. ¿No es cierto?

—Algunas horas, pero… no vivía conmigo.

—¿Puede probarlo?

—¡Claro que no! —contestó—, porque no tengo relaciones con ningún notario.

Separé el cigarro de mis labios y bostecé.

—Pero, ¿qué le pasa a usted, Donald? ¿Acaso se figura que lo maté yo?

—¿No fue usted?

—¡No sea tonto!

—Pues alguien lo hizo.

—Por si quiere saberlo, andaba buscándoselo.

—A la Policía le interesará mucho esta afirmación.

—Pero no sabrá nada de mis labios. ¿Se figura que voy a hablar?

—Probablemente, no.

—Puede apostar su último dólar a que no hablaré.

—¿Tiene coartada?

—¿Para qué hora?

—¡Oh, desde las nueve menos diez a las nueve y veinte!

—No.

—Mala suerte.

—Óigame, Donald, ¿cómo ha podido encontrarme? Me figuré estar protegida por completo.

—Fácilmente.

—Bueno, ¿cómo?

—Es un secreto profesional.

—Bueno, supongo que ha venido a someterme a un interrogatorio de primer grado.

—No. Tanto si lo cree como en caso contrario, he venido a ayudarla.

Se alivió un tanto la expresión de alarma de sus ojos.

—Es usted un buen muchacho.

—No puede continuar aquí.

—¿Por qué no?

—Es demasiado fácil encontrarla.

—Pues yo me figuré que no me descubrirían ni en mil años.

—La habrían encontrado en menos de mil minutos.

—¿Y qué iba a aconsejarme?

—Podría sacarla de la población.

—¿Cómo?

—Es un secreto.

—Bueno, ¿cuál es su precio?

—Quiero saber lo que sucedió.

—¿Y verdaderamente quiere sacarme de la población, Donald?

—A cambio de otra cosa.

—Es usted un tipo raro.

—Deseo algo.

—¿Qué?

—Información.

—Nada más.

—¿Nada más?

—Me parece que nunca he conocido a un hombre como usted —exclamó, haciendo un mohín—. Y ahora, dígame, ¿anda buscándome la policía?

—¿Usted qué cree?

—¿Por qué no se preocupa en buscar al culpable?

—Andan buscando indicios.

—Bueno, ¿qué voy a hacer? ¿Se figura que van a caer pistas desde mis mangas hasta el suelo, que sacaré otras de las medias, las pondré todas en una bandeja de plata y diré: «Aquí están, señor policía»?

—Eso es un asunto que le interesa a la Policía. Si no les dice lo que sabe, quizá se verá en una situación desagradable. Fue usted la última persona que vio vivo a Harry Beegan.

—No es verdad. Me separé de él inmediatamente después de la lucha.

—Pero se alejó en su compañía.

—Eché a correr por el callejón y él me alcanzó y siguió conmigo unos minutos. Me agarró el brazo y al llegar al fin del callejón casi corríamos los dos. Había allí una valla de tablas bastante alta. Me levantó para que alcanzara el borde superior, y cuando estuve allí, le tendí la mano y él salió a su vez.

—¿Y qué más?

—Esperamos un poco a que se alejaran los policías. Pudimos oír cómo se alejaban, vimos el resplandor de sus lamparillas de bolsillo y oímos cómo se preguntaban unos a otros. Acudió mucha gente detrás de ellos y pudimos alejarnos sin ser observados.

—¿Y qué más?

—Entonces —prosiguió ella— le dije que era un traidor y que ya estaba harta de él. Y comprendió que hablaba en serio.

—¿Y le pegó?

—Nada de eso. Empezó a suplicarme y a prometer que nunca más intervendría en mis asuntos; díjome que no había podido evitarlo, pero que estaba celoso porque me amaba mucho. Sin embargo, había aprendido la lección y se daba cuenta de que nunca más podría inmiscuirse en mis asuntos.

—Y usted cambió de actitud.

—No, señor. Me marché.

—¿Qué fue de él?

—Empezó a seguirme y yo me volví y le dije que si no me dejaba en paz le daría un disgusto.

—¿Lo amenazó con llamar a la Policía?

—Nada de eso. La Policía y yo no hemos sido nunca amigos.

—¿Lo amenazó con gritar?

—No, sencillamente, lo que he dicho. Que le daría un disgusto.

—¿Y qué quería usted significar con eso?

—Realmente no lo sé, pero estaba ya harta.

—¿Pensó en asesinarlo? —pregunté.

—De ningún modo. Me limité a decirle que me dejara en paz.

—¿Pero no le amenazó con darle un disgusto?

—Sí.

—¿Y no quería decir con eso que lo mataría?

—Repito que no di ningún significado especial a esas palabras. Solamente quería lograr que se alejara de mi camino. Y si le hubiese amenazado con agarrar la luna y golpearle la cabeza con ella, quizás hubiese expresado mejor mi sentimiento. Estaba loca de cólera.

—¿Tiene usted idea de si la oyó alguien?

—Creo que no.

—¿Se había encaramado usted por aquella valla?

—Sí.

—¿Y cómo volvió a la calle?

—Seguí a lo largo de la valla y vi las luces de una sala de juego. Atravesé la puerta posterior y de este modo salí a la calle.

—¿Pudo observar si había algunos hombres en la sala juego?

—Sí.

—¿Y a qué jugaban?

—Al billar. Había dos o tres.

—¿La observaron bien?

—Creo que sí.

—¿Le parece que la recordarían?

—Supongo que sí —dijo, con acento de fatiga—. A juzgar por su modo de mirarme, si yo tuviese una peca del tamaño de una punta de alfiler debajo de la rodilla de mi pierna izquierda, lo recordarían durante veinte años. ¿Contesta eso a su pregunta, señor detective?

—Sí. Y ahora dígame si observó algún otro detalle significativo.

—Nada en absoluto.

—Volvamos a referirnos a Harry Beegan.

—Déjelo en paz. Oiga, Donald, deseo salir de aquí. ¿Podría usted sacarme?

—Sí.

—¿Y qué habré de hacer?

—Seguir mis instrucciones.

—¿Durante mucho tiempo?

—Quizá dos o tres semanas.

—¿Para salir de aquí?

—En parte. Lo demás será el precio que me cobraré por sacarla.

Se quedó muy extrañada y preguntó:

—¿Me está usted haciendo proposiciones?

—No es ninguna proposición, sino un convenio comercial.

—¿Qué quiere de mí?

—Creo que puede ayudarme.

—¿En qué?

—En esclarecer un caso que estoy investigando.

—¡Oh! *¿Eso?* —exclamó.

Sacudí la ceniza de mi cigarrillo.

—Bueno —dijo de pronto—. ¿Cuándo empezamos?

—¿Cuándo tendrá listo su equipaje?

—Ya está hecho. No traje nada conmigo. No tuve tiempo para ello.

—¿Ni siquiera un maletín?

—Nada más que un bolso.

—¿Cuándo lo tomó? Quiero decir, ¿cuándo fue a su piso para tomarlo?

—¿Para qué quiere saberlo?

—Se descubrirá antes o después.

—Pues averígüelo.

—¿Qué me dice de Eloísa Dearborne?

—¿Qué quiere saber de ella?

—¿Desde cuándo la conoce?

—No la conozco —dijo, meneando la cabeza.

—¿Dónde vive?

—Aquí.

—¿Aquí? ¿Y qué hace en esta casa?

—Su hermano es ingeniero en la presa.

—¿Y quién es —pregunté— esa muchacha de cabello rojizo y de nariz de coneja que la acompañaba algunas veces al «Cactus Patch»?

—No sé a quién se refiere.

—¿No conoce a nadie de estas señas?

—No. Quizás, a veces, me ha acompañado alguien, pero no

tengo ninguna amiga que responda a esas señas.

—¿Qué edad tiene?

—¡Oh! Veintitrés o veinticuatro años.

—Bueno. Dispóngase a salir —dije—. Quizá tengamos que hacerlo a toda prisa.

—Está bien.

—Otra cosa. En nuestro viaje no necesitamos llamar la atención de nadie. Quizás en algunas ocasiones se verá usted obligada a tener…

—Mucho le ha costado decirme eso, ¿verdad, Donald? —preguntó, riéndose.

—Sí —contesté.

Me puse en pie y salí.

capítulo doce

EN respuesta a mi llamada, Bertha Cool preguntó quién era y contesté dando mi nombre.

—Adelante. La puerta no está cerrada con llave.

La abrí y vi a Bertha Cool ante un espejo de cuerpo entero y mirando hacia atrás a su imagen reflejada.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Pues que me miro —contestó irritada—. ¿Acaso una mujer no puede darse cuenta de cómo le sienta el vestido, sin que eso parezca una cosa rara?

Me acerqué a una silla y me dejé caer en ella. Bertha Cool continuó examinando su imagen desde varios puntos de vista.

—¿Cuántos años me supones? —preguntó.

—No lo sé.

—Bueno, di lo que te parezca.

—No tengo ninguna necesidad de eso.

—¡Dios mío! Alguna opinión habrás formado. Siempre nos imaginamos una edad para cada persona que conocemos. ¿Cuántos años me echaste cuando me viste por primera vez? Pero, no, entonces no. ¿Qué edad me supones ahora?

—No tengo ninguna idea acerca de sus años —conteste—. Ni tampoco de los que representa. He venido a decirle que me despido.

Volvió rápidamente la cabeza clavó en mí sus ojos duros y brillantes.

—¿Que te despides?

—Eso he dicho.

—No es posible.

—¿Por qué no?

—Pues, porque… estás trabajando en un asunto y ahora… Bueno, ¿qué voy a hacer sin ti?

—Pues prescindirá fácilmente de mí. Hace pocos días dijo que antes de conocerme podía dirigir una verdadera agencia de detectives y que desde que me tomó a sus órdenes siempre se veía metida en compromisos.

—¿Y por qué quieres marcharte? —preguntó, acercándose y tomando asiento de modo que pudiera ver bien mi rostro.

—Me marcho.

—¿Adónde? ¿Por qué?

—No sé adónde. Estoy enamorado.

—¿Y porque estás enamorado abandonas tu empleo?

—Sí. Porque creo que así será mejor.

Bertha Cool contestó en tono sarcástico:

—Mira, hijo, mucha gente se ha enamorado y ha seguido trabajando. Y son muchos también los que se casan y continúan su trabajo. No me preguntes cómo lo hacen, porque no lo sé. Pero el hecho es innegable. Y si eres hombre de recursos, tal vez conseguirás encontrar algún medio. Me han dicho que son numerosos los hombres que desean mantener a sus mujeres y para eso trabajan. Algunos aplazan su casamiento hasta que han podido encontrar un trabajo. Eso es vergonzoso, pero también es la verdad de lo que ocurre. Y aún aseguran que se puede demostrar por medio de estadísticas.

—Ya lo sé —dije—. Pero me marcho.

—¿Y cómo vas a mantener a tu novia? ¿Acaso es rica?

—De un modo u otro viviremos.

—Mira, Donald Lam, atiéndeme. No puedes dejarme así, en la estacada, y, por otra parte, te diré otra cosa. No estás enamorado. Te has dejado pescar por alguna tunanta que te ha dirigido una mirada asesina. ¡Dios mío, si supieras tanto como yo de las mujeres no pensarías jamás en casarte con una de ellas! No te engañes ni te dejes engañar. Las mujeres desean seguridad y evitar la posibilidad de llegar a solteronas. Por lo demás, Donald, son cazadoras despiadadas, crueles, están llenas de argucias y de astucias, carecen de principios y de moralidad; pronuncian melosas palabras y dirigen tiernas miradas, pero, mientras tanto, están pensando: «Bueno, este hombre no es lo que me gustaría, pero se dejará llevar, y además, es tan bondadoso y cortés que podré gobernarlo a mi antojo. Además, le obligaré a que me pida la mano sin darse cuenta

de que lleva una anilla en la nariz. Y es demasiado caballero para abandonarme. Por otra parte…».

—Esa mujer no es así.

—¡Oh, no! Desde luego, no. Ella es diferente.

—Sí.

—Bueno, pues, entonces, ¿por qué no te permite continuar con tu trabajo?

—Porque no le gusta la Policía. Le son antipáticos los detectives y, desde luego, no me aceptaría si yo continuara dedicado a este trabajo.

—¿Y qué tiene de malo?

—Algunas personas no lo ven con buenos ojos. Nada más. Y esa muchacha ha opinado así durante toda su vida.

—¿Quién es?

—No la conoce.

—¿Quién es?

—Es una muchacha muy buena, que nunca ha tenido ninguna ocasión y…

—¿Quién es?

—La muchacha que vivía en el piso donde encontraron el cadáver de Harry Beegan.

Bertha Cool aspiró profundamente el aire, cruzó las manos en el regazo, me miró fijamente y luego, despacio, exhaló el aire aspirado y meneó la cabeza.

—Me he quedado de una pieza —dijo—. No sé qué hacer contigo.

—Busque usted a otro que ocupe mi lugar.

—Pero, ¿hablas en serio, Donald?

—Desde luego.

—¿Te das cuenta de lo que dices?

—Naturalmente.

—¿Quieres darme a entender que abandonas un empleo simple y exclusivamente para convertirte en juguete de una tunantuela que falsea las máquinas tragaperras para poder comer y además, vivía con un boxeador fracasado?

—Bien, no hablemos más de ella.

—Mira, muchacho, no te engañes. Ella está enamorada de tu sueldo y no de ti. Y en cuanto dejes tu trabajo, te despedirá con

cajas destempladas.

—Ella no. Tenga usted en cuenta que sabe quién asesinó a Harry Beegan.

—¿Y cómo se explica eso?

—Ella estaba asociada con Harry Beegan y, como es natural, él se lo había contado todo.

—¡Asociada! —exclamó Bertha en tono despectivo.

—Sí, señora. Eran socios. Y tenían relaciones puramente comerciales.

—¿Ah, sí? —exclamó Bertha, burlona—. Una sociedad comercial y, como se comprende, él vivía en el piso de ella, sin que, entre ambos, hubiese más que una relación comercial. Esa muchacha es una linda niña; suave, tierna y delicada, que no consentiría en casarse con un detective particular. ¡Oh, no, de ningún modo! Como Beegan era su socio, se lo dijo todo. Sin duda alguna, eso significa que habló con ella después de haber muerto.

—¿Quiere usted dejarla en paz?

—Únicamente deseo que no te conduzcas como un idiota. Dentro de seis meses tú mismo no te explicarás cómo has podido ser tan asno.

—No lo creo así.

—Pues yo lo creo y lo sé, Voy a decirte otra cosa. Si esa muchacha sabe quién asesinó a Harry Beegan, debería comunicarlo a las autoridades. Si me preguntas mi opinión, te diré que tengo la convicción de que lo mató ella misma. No puede ser otra cosa. El cadáver fue encontrado en el piso de esa muchacha.

—¿Quiere usted tender un cheque por la parte que tengo devengada de mi sueldo y callarse de una vez?

—¡Que me maten si lo hago, a no ser que recobres el sentido común! Si estuvieras borracho no te daría tu dinero y tampoco te lo doy ahora, porque estás loco. Además, ¿qué vamos a hacer con objeto de encontrar a Corla Burke?

—Podrá usted contratar a alguien que se encargue de este trabajo; alguien que tenga más experiencia que yo y un deseo intenso de ocupar el empleo.

—Yo tengo la seguridad —dijo Bertha Cool—, de que el asesino de Harry Beegan está relacionado con la desaparición de Corla Burke.

—Elena Framley es una buena muchacha —dije—. Y no sabe una palabra de eso. De lo único que está enterada es del asesinato de Harry Beegan y ya sabe usted cómo son esas muchachas. No quieren hablar. Hay otra razón que me obliga a abandonar mi empleo. Entonces ella me dirá todo lo que sepa. Mientras yo trabaje para usted, habría de hacer traición a sus confidencias y no quiero verme en este caso.

—Estás loco, Donald.

—No. Estoy enamorado.

—Aunque así sea, no por eso han de paralizarse tus células cerebrales. Y tampoco es preciso…

Se oyó una suave llamada a la puerta y ella exclamó:

—Adelante.

Se abrió la puerta y apareció Arthur Whitewell.

—¡Hola, Arthur! —exclamó Bertha—. Entre.

—Se me ha ocurrido la idea de que quizá quisiera dar un paseo por la ciudad —dijo él— y visitar alguno de sus juegos de ruleta. No conviene dejar que los asuntos serios monopolicen absolutamente nuestro tiempo. No es prudente trabajar y no distraerse. ¿Lleva usted un vestido nuevo?

—Sí, y me sienta bastante bien. Acaban de traerlo.

—¡Ya lo creo! Está usted elegantísima.

—Nunca creí posible que volviera el momento en que pudiese llevar otra vez trajes hechos —dijo Bertha.

—Pues nadie lo diría —contestó Whitewell—. Y estoy persuadido de que si se pusiera usted un trapo le caería perfectamente. Tiene usted una figura maravillosa y admirablemente proporcionada.

—¡Adulador! —exclamó Bertha Cool, un tanto confusa.

—No. Hablo en serio. ¿Y qué me contesta usted acerca del paseo que le he propuesto? Podríamos aventurar unos cuantos dólares en la rueda de la fortuna.

—¿No sabe usted lo que acaba de sucederme? —preguntó Bertha.

—No.

—Pues que Donald Lam quiere marcharse. ¿Puede usted imaginarse eso?

—¿De dónde se quiere marchar?

—Que no quiere seguir trabajando para mí.

Whitewell levantó las cejas y me miró.

—¿Y cuándo se dispone a dejar su empleo?

—Ahora mismo —contesté—. En el acto.

—¿Qué le pasa? —preguntó, mirándonos, alternativamente; a Bertha y a mí.

—Está enamorado —explicó Bertha—. Y ella es una muchachita buena, inocente y sencilla, que…

Me puse en pie y me dirigí a la puerta.

—Si se proponen ustedes discutir mis asuntos particulares —dije —, estarán más a sus anchas cuando les haya librado de mi presencia. Y, si van a hablar de esa muchacha, no deseo oírlos. Es demasiado buena para que ustedes puedan comprenderla.

Cerré la puerta a mi espalda y eché a andar por el corredor. Apenas había dado media docena de pasos cuando se abrió la puerta y oí la voz de Bertha Cool que decía:

—Déjelo que se marche, Arthur. Es inútil. Cuando se ha decidido por algo…

La puerta, al cerrarse, interrumpió en seco lo que ella estaba diciendo.

Volví al «Cactus Patch».

Louie Hazen aún no había regresado. Me dirigí a la oficina telegráfica, y una vez allí, dije:

—Soy Donald Lam, de la Agencia de Detectives de Bertha Cool. Espero un telegrama de Los Ángeles que me dirigirán al Hotel Sal Sagev. Y…

—Un momento —me contestó la empleada—, voy a ver. — Volvió unos minutos después y dijo—: Precisamente se estaba recibiendo cuando llegó usted.

—Bueno, lo recogeré aquí y así les evitaré la molestia de llevarlo al hotel.

Me miró un momento y dijo:

—¿Tiene usted alguna tarjeta?

Le di una de la agencia. Ella la miró, abrió un cajón, guardó allí la tarjeta y me entregó el telegrama. Era de Elsie Brand y decía:

«Por correo aéreo envío material Sidney Jannix. Stop. *Catorce diciembre mil novecientos treinta y tres se casó con Elva*

Pickard. No está registrado ningún divorcio. Otros han consultado estos datos. Stop. *Se cree fue un detective que representaba alguna agencia y se interesaba por Elva Pickard.* Stop. *Complejo dietético puede ser debido a impulsos biológico. No permita que exagere porque tal vez no pudiese reaccionan».*

Me guardé el telegrama en el bolsillo y volví al «Cactus Patch», dispuesto a esperar.

El empleado del zaguán acudió a mi encuentro, ofreciéndome un puñado de fichas con los saludos de la casa. Dijo que Breckenridge estaría muy satisfecho si yo me acomodaba como si estuviese en mi casa.

Agradecí el ofrecimiento y contesté que aguardaba a Louie Hazen y que, hasta su llegada, prefería ir de un lado a otro, para observar a la gente.

Intentó obligarme a aceptar una bebida y pareció muy desalentado al observar que yo no quería dejarme obsequiar por la casa. Al parecer, no comprendía mi actitud y, después de unos momentos, se alejó.

Llevaba allí un cuarto de hora cuando apareció Louie Hazen.

—¿Todo va bien? —pregunté.

—Depende de lo que usted llame bien. Esos individuos están locos. ¿Sabe usted lo que se proponían? Pues cargarme el crimen a mí.

—Está usted loco —dije.

—No. Son ellos los que están locos.

—Bueno, ¿y cómo ha ido la cosa?

—En realidad es Jannix. Lo identifiqué y ellos quisieron averiguar cómo lo conocía. A su juicio, como no había visto más que una vez a ese hombre, en el *ring*, luego ya no podía identificarlo tendido sobre la mesa de mármol. Por otra razón, tuve que explicarles que la tarde anterior lo había visto y que hablé con él. Además, les dije que cuando un hombre se gana la vida dando puñetazos, ha de fijarse mucho en las características de sus contrarios. Sin embargo, me hicieron hablar mucho y luego llamaron también a Breckenridge para que confirmara algunas cosas que les había dicho yo.

—¿Y qué dijo Breckenridge?

—Que aparte de que estoy un poco chiflado, soy digno de confianza y buena persona. Me costó bastante convencerlos de que ignoro en absoluto quién lo mató, pero, al fin, parece que lo conseguí.

—Bueno, Louie —dije—; he podido ahorrar algún dinero y Breckenridge está dispuesto a darle a usted un mes de permiso. ¿Qué le parece a usted si nos dedicamos a esas lecciones de boxeo?

—¡Así me gusta, hombre! —exclamó, entusiasmado—. Con toda seguridad, podremos hacer algo con usted. Tiene todas las condiciones imaginables. ¿Y está dispuesto a subir al *ring*?

—No. Sencillamente quiero aprender a boxear.

—Eso está muy bien. Pero…

—Como le he dicho, Louie, he podido ahorrar algo y le pagaré el mismo sueldo que le daban aquí. Y por eso no perderá el empleo, porque podrá volver en cuanto hayamos terminado.

—Si quiere —dijo—, podríamos buscar un sitio apropiado en el sótano para dar lección todos los días y…

—No, nada de eso. Estoy cansado de vivir en una ciudad y desearía alejarme de todo. Iremos a acampar por ahí, por los alrededores de Reno, y, además, le advierto que nos acompañará una muchacha.

—¿Una muchacha?

—Eso es.

Parpadeó, mirándome, sonrió luego y, al fin, preguntó:

—¿Cuándo salimos?

—Inmediatamente —le contesté—. Voy a adquirir un coche de segunda mano que pueda contener todo el equipo. Acamparemos a lo largo de la carretera y haremos el viaje sin darnos prisa. Eso nos costará muy poco dinero.

—Oiga —exclamó—, le advierto que tengo mucha práctica en cuestión de campamento. Y, más especialmente, soy un cocinero estupendo.

—Bueno, pues vaya en busca de sus efectos. Convendrá que salgamos cuanto antes, porque tengo la sospecha de que, si no lo hacemos en seguida, la Policía nos lo impedirá.

Por un momento, sus ojos expresaron cierto temor, pero luego dijo:

—Por mi parte, cuanto antes mejor… Tengo algunos guantes de

boxeo, pero son muy ligeros. Para enseñarle a usted habremos de usar otros más gruesos. También necesitaremos un balón de entrenamiento. Vendí el mío al salir de Los Ángeles, pero podremos adquirir uno bueno, por…

—Ya lo encontraremos en Reno —le dije.

capítulo trece

ESTABA persuadido de que Bertha me aguardaba en el hotel; de modo que no volví allí, Todo el dinero que había conseguido ahorrar lo llevaba en el bolsillo, en forma de cheques de viaje y compré un automóvil antiguo, una camisa de lana gruesa, un mono, una chaqueta de cuero, equipo de cama, un hornillo de gasolina, algunos potes y sartenes para guisar, unas cuantas latas de conservas y algunas otras pequeñas cosas y, de este modo, estuve dispuesto a emprender la marcha aquella tarde a las tres y media.

Cuando salimos de la población parecíamos un grupo de típicos refugiados. Nadie intentó siquiera impedirnos el paso. Pasamos por el lado de un camión cargado de agentes que, después de dirigirnos una mirada, continuaron su camino.

Avanzaron por la carretera Beatty y el coche desarrollaba una marcha constante de treinta y siete millas por hora.

A última hora de la tarde tomé un camino transversal que se internaba en el desierto y que no consistía más que en unas rodadas en la arena. Después de habernos alejado por espacio de doscientos metros de la carretera, nos internamos por entre las matas de salvia y, al fin, paramos en una faja de arena lisa.

—¿Qué le parece? —pregunté a Louie Hazen.

—Es estupendo.

Elena Framley se apeó sin pronunciar palabra y se dispuso a sacar una serie de cosas del automóvil.

—Ha traído usted muchas mantas —me dijo.

—Las necesitaremos.

—¿Dos camas o tres? —me preguntó.

—Tres.

—Está bien.

Extendió las mantas en el suelo. Louie tomó el hornillo de

gasolina de la caja de cartón en que estaba guardado, lo dispuso en el estribo del coche, lo llenó de combustible y pocos minutos después silbaba una llama azulada debajo del pote para hacer café.

—¿Qué hayo yo? —pregunté.

—Nada —me contestó—. Pasee usted por ahí. Es el jefe de la familia…, el amo, ¿no es verdad? —preguntó a Elena Framley.

—Sí.

—¿Cómo la llamaré a usted cuando sea hora de comer? —preguntó Louie, sonriendo a la joven.

—Elena.

—Muy bien. Yo soy Louie. Supongo que no me guardará rencor por el asunto de las máquinas tragaperras.

—Nada en absoluto —dijo ella, ofreciéndole la mano.

Él la cubrió con su estropeado puño y le dijo:

—Vamos a ser buenos amigos.

Luego Louie empezó a ir de un lado a otro, tomando potes y sartenes, y sacando algunas cosas de la caja de provisiones. No hacía un solo movimiento inútil. Al parecer, no trabajaba de prisa, pero hacía las cosas en un espacio de tiempo increíblemente corto.

Una o dos veces Elena y yo tratamos de ayudarlo, pero él, impaciente, nos rechazó diciendo:

—Eso no va a ser ningún festín. No tenemos mesa ni refinamientos. No disponemos de bastante agua para lavar bien los platos y como tampoco habrá muchos platos, será preciso que la comida sea sustanciosa.

Pocos momentos después, la brisa del desierto llevó hasta nuestro olfato un aroma muy agradable de habas con un poco de ajo y cebollas fritas.

—¿Qué es eso, Louie? —pregunté.

—Un plato de mi propia invención —contestó orgulloso.

Elena y yo nos sentamos en las mantas, uno al lado del otro, observando el cielo occidental en el que, al parecer, un invisible artista pintaba una puesta del sol del desierto y trabajaba a toda prisa, con unos colores muy vivos y un pincel atrevido y hábil Seguíamos contemplando aquella maravilla, cuando Louie nos entregó unos platos llenos de comida humeante.

—Aquí tienen su ración —dijo—, deberán ustedes comer en un solo plato, lo cual quiere decir que habrán de limpiarlo bien.

Empezamos a comer y no puedo negar que aquello me supo mucho mejor que cuanto había probado durante los meses anteriores. Elena dio un suspiro y dijo:

—Me parece que es lo mejor que he comido en la vida. ¿Por qué no se le ha ocurrido antes esta excursión, Donald?

—Sin duda, porque soy tonto —contesté.

El cielo occidental empezó a oscurecer y luego todo el firmamento se llenó de estrellas. Elena dijo:

—Voy a lavar los platos.

—¿Y qué sabe una joven refinada como usted de lavar los platos? —exclamó Louie, como si lo hubiesen insultado—. Por lo menos, no sabe lavarlos como debe hacerse en el campamento. Tenga usted en cuenta que aquí escasea mucho el agua. Ahora le voy a enseñar cómo se hace.

Se llevó los platos a quince metros de distancia del coche, encendió los faros, se acurrucó y tomó unos puñados de arena, con los cuales frotó, los platos. Así los limpió de toda la grasa y los dejó limpios. Luego vertió un poco de agua hirviendo encima de ellos, a razón de unas cuantas cucharadas por cada plato y así los dejó limpios y brillantes.

—Ya ve usted cómo, así, quedan mucho más limpios que si se hubiese empleado un litro de agua por cada plato. Ahora los dejaremos de canto sobre el estribo del coche y, mañana por la mañana, estarán secos. ¿A qué hora quieren acostarse?

—Ya se lo diré —contesté.

—Quisiera extender mis mantas por aquí —dijo Louie—, y…

—Está bien —contestó Elena—. Yo había hecho las tres camas, una al lado de otra.

Louie se conformó y los tres continuamos sentados un rato.

—¿Encendemos una hoguera? —preguntó Louie.

Yo me opuse, diciendo que tal vez podrían vernos desde la carretera y entonces Louie propuso un poco de música. Extrañado, le pregunté si tenía alguna radio portátil y él me contestó que disponía de algo mejor. Del bolsillo sacó una armónica. La tomó con suavidad y se la llevó a la boca.

No resultó la música que esperaba yo, porque lo natural habría sido oír alguna de las piezas clásicas que los aficionados tocan en las armónicas. En realidad, ignoro cuáles eran los títulos de las

composiciones que tocó, pero sí estoy persuadido de que aquello armonizaba con la noche del desierto, con la oscuridad y el silencio que allí reinaba a la luz de las brillantes estrellas.

Elena vino a apoyarse en mi hombro y yo le rodeé la cintura con brazo. Podía sentir su respiración regular, el calor de su mejilla y percibí también el aroma de su cabello. Me tomó una mano con una de las suyas, esbelta, suave. Sentí cómo movía los hombros al aspirar profundamente el aire y luego dio un largo suspiro.

La noche era templada, Por dos veces, en el espacio de una hora, oímos el lejano gruñido de dos automóviles que se acercaban. Los faros danzaban de un modo vago por la carretera principal, proyectando extrañas sombras. Los vehículos, al acercarse, proferían una especie de gemido y luego se desvanecían rápidamente, y el resplandor brillante de sus faros era sustituido por el leve centelleo de sus rojas luces de cola.

En una hora sólo pasaron por allí aquellos dos automóviles y, aparte de eso, pudimos gozar nosotros solos de la inmensidad del desierto.

La música de Louie tenía la majestad propia del órgano. En parte se debía, desde luego, al ambiente, al desierto, a la luz de las estrellas en un cielo que parecía haber sido recientemente lavado y pulimentado por alguna ama de casa cósmica. Louie tocaba de oído, pero era un artista y lograba, con aquella armónica, realizar cosas imposibles.

Al cabo de un rato dejó de tocar y los tres permanecimos quietos y mirando a las estrellas, el vago perfil del automóvil, las matas de salvia sobre el fondo arenoso del desierto, estábamos envueltos por aquel silencio eterno.

—Nunca hubiese creído que nuestra permanencia aquí fuese tan agradable —dijo Elena en voz baja.

A través de su ropa pude sentir el calor de su cuerpo y del mío, así como también el peso de su cabeza sobre mi hombro. Una o dos veces sus músculos se estremecieron involuntariamente, a medida que se relajaba la tensión nerviosa y su cuerpo se dejaba ganar por la somnolencia.

Poco después, una brisa imperceptible empezó a soplar por el desierto, pero era muy fría. El calor desapareció, sencillamente. Se podía percibir muy bien el movimiento del aire y Elena se acercó

más. Dobló las piernas y empujó sus rodillas hacia mi pierna. Por un momento recobramos el calor, pero cuando volvió a soplar la brisa, ella se enderezó, estremecida.

—Hace frío —observó Louie.

—¡Ah la cama! —dijo Elena—. La mía es la del extremo. Usted, Donald, duerme en el centro.

Se dirigió a sus mantas y se quitó la ropa exterior. Era demasiado intensa la oscuridad para que se pudiesen apreciar detalles, pero la luz de las estrellas mostró el contorno general de su figura, en cuanto se hubo quitado el traje exterior. Yo la observaba sin curiosidad y apenas dándome cuenta de lo que veía. Me daba la impresión de estar contemplando una hermosa estatua a la luz de la luna.

Se metió entre mantas, se revolvió varias veces a fin de quitarse la ropa interior y luego se sentó para ponerse y abrocharse el pijama.

—Buenas noches —dijo.

—Buenas noches —contesté.

Louie guardó silencio, como si ella hubiese hablado tan sólo conmigo. Pero la joven se incorporó sobre el codo y lo llamó, diciéndole:

—¡Eh, Louie! Buenas noches.

Esperamos unos minutos hasta que ella se hubo instalado entre mantas y luego Louie y yo nos desnudamos y, una vez tapados con las mantas, nos quitamos nuestra ropa interior.

Temí que habríamos de pasar mucho frío al observar que se me helaba la punta de la nariz. En el cielo, las estrellas brillaban encima de mí y me pregunté si alguna se caería sobre nosotros. De repente abrí los ojos y vi en el cielo una disposición completamente nueva de las estrellas. El suelo estaba muy claro, sentía los músculos envarados, pero aquel aire fresco y claro, cortante como un cuchillo frío, y sin polvo, había purificado mi sangre, librándome de los venenos que había asimilado y me dejaba tan descansado como si hubiese estado durmiendo un mes entero.

Cerré otra vez los ojos, Antes de amanecer desperté de nuevo para ver que el cielo tenía un color verde azulado y que el oriente empezaba a teñirse de rojo. Observé que este tono se hacía más intenso y que una nubecilla adquiría intenso relieve, al ser

alumbrada por aquella luz. Presté oído a la rítmica respiración de la joven, que estaba a un lado, y a los ronquidos de Louie, que se hallaba en el opuesto. Pensé en levantarme, pero luego, reflexionando mejor, volví a sumirme en el calor de mis mantas.

Al despertar, el sol estaba ya bastante alto sobre el horizonte y proyectaba las largas sombras de las mantas. Una serie de contorsiones de las mantas que tenía a un lado me demostraron que Elena Framley se estaba vistiendo. Louie se hallaba inclinado sobre el hornillo de gasolina y el olor del café recién hecho llegó hasta mi olfato. No hay nada tan satisfactorio como el aroma del café en el campo, cuando el aire fresco y puro ha hecho ya su efecto y uno se da cuenta de que está hambriento como un lobo.

Elena Framley salió de entre sus mantas para erguirse esbelta y graciosa. Los dorados rayos de sol de la mañana tocaron con su luz rojiza las líneas juveniles de su figura. Me miró, vio que yo también la miraba y, con la mayor naturalidad, me dijo:

—Buenos días, Donald.

—Buenos días.

Al oír su voz, Louie se volvió, para inclinarse de nuevo sobre el hornillo. La joven lo saludó y él, sin volverse, le devolvió el saludo.

—Me parece imposible —dijo Elena Framley— que esta vida no se haya inventado antes.

—Estaba ya inventada, pero nosotros queríamos ignorarla —observé.

Se quedó mirando al sol que iluminaba su rostro. De repente extendió los brazos hacia el astro, con gesto impulsivo, luego se volvió, se acurrucó y se dispuso a calzarse.

—Media jofaina de agua para cada uno, y nada más —dijo Louie —. El desayuno estará listo dentro de cinco minutos.

Nos lavamos, nos limpiamos los dientes, y nos sentamos luego en nuestras mantas, en tanto que Louie nos daba huevos revueltos, café claro y fuerte, tocino asado, que sabía a nueces y que, sin estar reseco, crujía de modo muy agradable. Había encendido una pequeña hoguera y como dejara apagar las llamas, quedó reducida a brasas. Luego, con unas piedras, hábilmente dispuestas, preparó una especie de horno, en el cual pudo tostar algunas rebanadas de pan, que untó con mantequilla.

Aquel desayuno nos supo a gloria. Me pareció que ya no

necesitaba ninguna lección de boxeo, que era capaz de resistir a cualquier hombre de la tierra y derribarlo con la sola fuerza de mis puños.

Después de desayunar, pasamos un rato fumando cigarrillos y tomando el sol. Luego, Louie y yo miramos a nuestra compañera que, en silencio, afirmó. Arrollamos las mantas, las metimos en el coche y apenas cruzamos alguna palabra, porque no teníamos necesidad de hablar.

Media hora más tarde, lavados y guardados los platos y todo lo demás, continuamos el camino a través del desierto y cuidando de que no disminuyese la velocidad de treinta y siete millas por hora. El sol se elevó por el cielo y aumentó el calor. El neumático de la rueda posterior derecha sufrió un pinchazo, y entre Louie y yo lo cambiamos, cosa que no nos pareció muy molesta, porque no estábamos nerviosos ni teníamos prisa. Todo marchaba perfectamente. No ocurría como en otras ocasiones en que tuve pequeñas averías cuando, a toda prisa, iba con el coche de Bertha Cool de un lado a otro.

De vez en cuando nos deteníamos para mirar el paisaje. Durante todo el día continuamos el camino; por la noche acampamos en el desierto y, hasta el mediodía siguiente no llegamos a Reno.

—Bueno —dijo Louie—, ya estamos aquí. ¿Cuáles son tus órdenes, patrón?

El automóvil estaba sucio de polvo del desierto. Yo tenía que afeitarme y lo mismo le ocurría a Louie. Los tres teníamos el cutis quemado por el viento y el sol, pero nunca me había sentido yo tan descansado como entonces.

—Buscaremos un campamento para automovilistas, nos limpiaremos y adecentaremos para ver qué se hace luego.

Encontramos un campamento para automovilistas. La mujer encargada nos cedió una cabaña de dos habitaciones y tres camas. Nos dimos una ducha cada uno. Louie y yo nos afeitamos y después salí para hacer un reconocimiento.

Llamé a la Compañía Telefónica para preguntar si la señora Jannix tenía teléfono. Me contestaron que no. Telefoneé luego a todos los hoteles y pregunté en cada uno si se alojaba allí la señora Jannix. Obtuve igual respuesta.

Repetí la tentativa en las pensiones y casas de huéspedes, sin

obtener mejor resultado. Por fin pregunté al Ayuntamiento, con objeto de averiguar si podía indicarme el domicilio de aquella señora y no quisieron darme ningún informe.

Volví al campamento, recogí a mis compañeros y salimos en busca de alojamiento.

Al oscurecer encontramos un lugar muy apropiado para nuestro objeto. Un individuo que tenía una pequeña estación de gasolina, a siete millas de distancia de la ciudad, había intentado instalar un campamento para automovilistas, pero le faltó el dinero, y sólo tenía una cabaña bastante grande, situada a un centenar de metros de la carretera.

Cargamos con provisiones el automóvil y aquella misma noche hicimos el traslado. Louie tocó unos valses en su armónica y Elena y yo bailamos un rato. En la cabaña había una estufa para leña y así pudimos gozar del agradable calor que da la leña en una cocina.

Louie, a la mañana siguiente, me sacó de la cama, pues, según me dijo, era la hora más apropiada para empezar el entrenamiento. Elena me dirigió una soñolienta sonrisa, expresando su deseo de que me divirtiese y se durmió otra vez. Me calcé los zapatos de tenis, de suela de caucho, estreché mi cinturón, bebí un vaso de agua caliente con limón y seguí a Louie al exterior donde hacía mucho frío.

Estaba ya saliendo el sol, y el aire fresco penetraba a través de mi escasa ropa. Louie vio cómo me estremecía, pero me aseguró que en breve ya no tendría frío. Emprendió un trote lento y yo lo imité. En cuanto hubimos recorrido ciento cincuenta metros, empecé a sentir calor, pero también alguna dificultad para respirar. Louie continuaba corriendo y, al fin, ya cansado, le pregunté si faltaba mucho. Me recomendó que no hablase y continuamos nuestra carrera. Sentía las piernas como si estuviesen lastradas con algo metálico y experimentaba un cansancio terrible. De pronto, Louie se detuvo y emprendió un paso vivo. Yo le imité, aspirando profundamente el aire, pero el cambio de ejercicio constituyó un verdadero alivio.

Pocos minutos después, Louie emprendió, de nuevo, el trote, recomendándome que me esforzara en hacer funcionar la parte inferior de mis pulmones. Me indicó que me calzara los guantes de boxeo.

—Tenga usted en cuenta —me dijo— que el golpe más inesperado y el más difícil de dar es el puñetazo en línea recta. Vamos a ver si me da usted un directo de izquierda.

Yo disparé el puño, pero él me contestó que aquello no era un directo, porque el hombro se levantó al mismo tiempo que daba el golpe. Me enseñó a ejecutar aquellos movimientos y yo traté de seguir sus instrucciones, pero sin acertar por completo. Él con mucha paciencia, seguía instruyéndome, cuando, de pronto, desde la ventana de la cabaña, una voz aun soñolienta preguntó:

—¿Y no sería mucho más cómodo dejarse dar una paliza que sufrir tantas molestias, Louie?

Miré hacia allá y vi a Elena Framley envuelta en mi kimono, con los codos apoyados en el antepecho de la ventana y mirándonos muy divertida, al parecer.

—Algunas veces —contestó Louie, muy serio—, un hombre no puede resignarse a que le peguen, señorita Elena. ¡Quién sabe si algún día habrá de luchar por usted!

—No importa —contestó ella—. Me gustan los hombres con ojos a la funerala y, además, aún me he de limpiar los dientes.

Se alejó de la ventana y Louie me dirigió una sonrisa.

—Es una muchacha magnífica —exclamó.

Yo afirmé para manifestar mi asentimiento. Él pareció inclinado a decir algo más, pero, sin duda, no hallaba las palabras. Por último se decidió y dijo con cierta timidez:

—Oiga, compañero. Ya sabe usted cómo soy yo. Puede confiar en mí, ¿comprende? Estoy dispuesto a apoyarlo en todo y por todo. Y sea lo que fuere lo que se dispone usted a hacer, puede contar conmigo. Y ahora vamos a continuar la lección.

Al terminar, estaba tan cansado, que apenas podía moverme. Mi cuerpo empezó a cubrirse de sudor.

—No debe usted tomar duchas frías, compañero —dijo Louie, mirándome—. Éstas son apropiadas para los individuos que tienen una capa de grasa bajo la piel, pero aun así no les hacen tanto bien como ellos se figuran. Tome usted una ducha tibia, un poco más caliente que su propia piel. Pruebe usted la temperatura con las manos y luego póngase debajo. Al principio le parecerá que está fría y sentirá el deseo de abrir la llave del agua caliente. Pero no lo haga. Continúe debajo de la ducha, jabónese bien y enfríe un poco

el agua. No para sentir una impresión desagradable, sino el deseo de salir y luego hágalo rápidamente. Después de frotar con una toalla, se extiende en la cama y entonces entro yo.

Seguí sus instrucciones y en cuanto salí de la ducha y me tendí en la cama. Louie me esperaba ya. Tenía una botella en las manos, y se las humedeció con el líquido que contenía. Me pareció que aquello olía al alcohol medicinal.

Luego Louie empezó a trabajar, sometiendo mi cuerpo a un intenso masaje, que duró largo rato. Experimenté una deliciosa sensación. No tenía sueño y sentí por las venas la palpitación de la sangre limpia y oxigenada que me llenaba los músculos de vigor.

Oí desde la cocina el ruido de cacharros. Louie profirió una alegre exclamación, atravesó la estancia, abrió la puerta y gritó:

—¡Eh! Aquí el cocinero soy yo.

—Eso era antes —contestó Elena Framley—. Ahora ha sido usted promovido al cargo de entrenador. Yo, mientras tanto, me ocupo del desayuno.

—Es una muchacha estupenda —exclamó Louie, acercándose a la cama.

Empleó media hora en hacerme masaje a su gusto. Luego me vestí, sintiendo un leve cansancio, pero no verdadera fatiga. Elena había puesto ya la mesa y nos dio uvas, café, tostadas, bistecs de jamón muy gruesos y huevos fritos. Y cuando empezamos a comer se puso en pie para ocuparse en hacer algunas frutas de sartén.

Estaba hambriento y por más que comí, el estómago no acababa de satisfacerse.

—Si continúa de esta manera —observó Elena— va a engordar de un modo espantoso.

—Ni siquiera llegará a aumentar un par de kilos —contestó Louie—. Gracias al ejercicio quemará todo el alimento que ingiere y aun cuando no producirá una sola onza de grasa, en cambio adquirirá mayor solidez.

—¿Tiene usted mucho deseo de ser notable en el arte de defenderse? —me preguntó Elena.

—Me he cansado ya de ser un balón humano de entrenamiento —le contesté.

—Y por esta razón ha abandonado su trabajo, contrata los servicios de un entrenador de boxeo y empieza a hacer ejercicio

para convertirse en un boxeador.

—Es cierto.

—De modo que cuando usted persigue algo, no hace uso de medidas incompletas, ¿verdad?

—No.

—Bueno —dijo Louie—, después de desayunar no se hace nada. Siéntese durante una hora y haga la digestión. Y no se mueva para no malgastar energías.

Así lo hice, pero, una hora después, anuncié que tenía trabajo que hacer y, a pesar de las recomendaciones de Louie, me encaminé a la ciudad. Elena me dijo que necesitábamos algunas provisiones y me dio una lista. Louie ofreció encargarse de aquellas compras y, en cuanto a Elena, dijo que permanecería en la cabaña para poner orden en todo.

—Es una muchacha maravillosa —me dijo Louie, cuando nos dirigíamos a Reno.

Llevé el coche a un lugar de estacionamiento, entregué a Louie la lista de las provisiones y un billete de veinte dólares y le recomendé que estuviese de regreso al cabo de media hora.

Me dirigí a uno de los hoteles de la población, hice una lista de números telefónicos, me encerré en una cabina y empecé a trabajar. Llamé a las asociaciones de venta de abacería al por menor, a las instituciones de crédito, a las lecherías y también a la Compañía productora de hielo. Les dije que pertenecía al *Preferential Credit Bureau*, de San Francisco, y que trataba de obtener algunos informes sobre la señora Elva Jannix. Desde luego, me constaba que ellos no tendrían ninguna solicitud de crédito, pero les agradecería que tomaran nota de sus entregas durante algunos días y que si obtenían algún informe, me hiciesen el favor de reservarlo hasta que yo volviera a llamar.

Hay el hecho peculiar y extraordinario de que no se pueden obtener informes de una casa comercial, a no ser que uno se finja acreedor. Entonces no tienen reparo en decirlo todo. Y casi nunca exigen credenciales. En cuanto se les dice que se tiene un crédito contra alguien, ya no hay nada más que hablar.

Di una vuelta por los Bancos, les dije que trataba de localizar un cheque robado, les pregunté si tenían alguna transacción comercial con la señora Jannix, que igualmente podía hacerse llamar señora

Sidney Jannix o señora Elva Jannix.

Casi todos cayeron en la trampa. Uno de ellos, en cambio, se resistió. El gerente quería saber algo más acerca de mí y se me ocurrió que la señora Jannix pudiera ser cliente de aquel Banco.

Volví al automóvil una hora y algunos minutos después de separarme de Louie, pero no lo vi. Sólo encontré en el coche una caja de cartón llena de latas de conservas y dos bolsas muy grandes que contenían diversas provisiones.

Esperé quince minutos más. El sol seguía subiendo y aumentaba el calor, de modo que tuve sueño. Me importaba en aquel momento muy poco Bertha Cool, la agencia de detectives o todo lo que se relaciona con ella. Cerré los ojos y desperté sobresaltado y sin saber dónde me encontraba. Consulté el reloj y vi que habían transcurrido más de dos horas desde que me separé de Louie.

Dejé una nota en el volante diciendo: «Regresaré dentro de diez minutos. No se mueva». Fui a hacer otras llamadas telefónicas, para no dejar ningún hueco olvidado. A mi regreso vi que la nota continuaba en el mismo sitio y que Louie no había comparecido aún. Emprendí el viaje hacia la cabaña.

Elena se había ocupado en barrer y llevaba el cabello envuelto con un pañuelo.

—¡Hola! —me dijo al verme—. ¿Qué ha hecho usted con Louie?

—No lo sé.

—¿Qué ha sucedido?

—Salió a comprar más provisiones. Le dije que, a su regreso, me esperase en el coche y que no tardase más de media hora. Pero no estaba allí, y aun cuando esperé una hora más, no he vuelto a verlo.

Se quitó el pañuelo de la cabeza, dejó la escoba en un rincón, fue a lavarse las manos en el cuarto de baño y al salir se frotaba la tez con una loción aromática.

—Ahora podría ser un momento muy apropiado para hablar —dijo.

—¿De qué?

—De muchas cosas.

Me senté a su lado en el diván, pero ella se puso en pie para ocupar una silla que estaba enfrente.

—Quiero verle la cara —dijo—, porque si miente deseo darme cuenta.

—Eso no me parece muy alentador.

—Usted me gusta mucho —dijo ella.

—Gracias.

—Y me gustó desde el primer momento en que lo vi.

—¿Adónde quiere ir a parar? —pregunté.

—Ya lo verá.

—Pues, adelante.

—La técnica ortodoxa para una muchacha joven es mostrarse esquiva, y si un hombre se interesa por ella, procurar que el asunto vaya avanzando despacio y muy suavemente. Pero a mí no me gusta ese sistema. Cuando siento simpatía por alguien, voy a su encuentro. Y si, en cambio, me resulta una persona desagradable, ya no hay más que hablar. La primera noche que pasamos en el desierto —dijo—, tal vez fue la más feliz de toda mi vida. La segunda me resultó casi tan agradable como la otra.

—¿Y ahora? —le pregunté.

—No me gusta.

—¿Por qué?

—Creí que estaba usted enamorado de mí.

—Así es.

—No lo creo —contestó ella, haciendo un mohín. Y, fijando los ojos en mí, añadió—: ¿No es verdad que se ha enfriado conmigo a causa de lo que yo hacía, o sea ordeñar las máquinas tragaperras?

—Le aseguro que no se han enfriado mis sentimientos y que me gusta usted mucho.

—Sí, ya lo sé. —Guardó silencio unos instantes y añadió—: Sea como fuere, el hecho de vivir con Pug y de pertenecer a esa banda que se ocupaba en limpiar las máquinas tragaperras, me daba la sensación de que yo vivía a un lado de la valla y los policías al otro. No hay ninguna razón particular para que sintiera tal cosa, aparte de que en alguna ocasión he tenido unos cuantos sustos y, más especialmente, en lo que se refiere a ese asunto de las máquinas tragaperras. Una o dos veces, Pug fue sorprendido. El dueño de las máquinas se fingía deseoso de denunciar el caso, y aun cuando nosotros comprendíamos que aquello era una fanfarronada, por lo menos servía para que los policías nos tuviesen en su poder y no nos dejaran en paz hasta que, por fin, se veían obligados a soltarnos. Y así llegué a ver con muy malos ojos a los agentes de

policía.

No contesté una palabra. Ella evitó una vez más mi mirada, para fijarla en la punta de los zapatos y al fin exclamó:

—Está bien, Donald. Si usted cree que conozco algo con respecto al asesinato de Pug, y si se figura que podría jugar conmigo, aprovechándose de que me gusta y fingiendo que abandonaba su empleo de detective para inducirme a que le dijese todo lo que sé… en tal caso, Donald —dijo, clavando en mí la mirada de sus ojos grises—, creo que sería capaz de matarlo, porque no le perdonaría que hubiese tratado de engañarme de ese modo.

—Y yo lo comprendería muy bien —contesté.

—¿Va usted a decir algo más? —replicó ella, después de examinarme atentamente.

Sonreía, al mismo tiempo que meneaba la cabeza.

Ella se puso en pie.

—¡Maldito sea! ¡Pero no sabe usted cuánto me gustaría conocer sus verdaderas intenciones! Y debo decirle que estoy persuadida de que aún sigue trabajando en ese caso. Recuerde lo que me dijo.

—Me acordaré. Y ahora dígame: ¿adónde habrá ido Louie?

—Que me maten si lo sé. ¿Le ha dado usted dinero?

—Sí.

—Hay algo en Louie que no me gusta —dijo ella, al fin.

—¿Qué?

—No lo sé, pero estoy segura de que no anda muy bien de la cabeza y esto acaba manifestándose un día u otro. Y ahora óigame, Donald. ¿Se figura que si continúa usted danzando a mi alrededor y yo me enamoro como una tonta de usted acabaré diciéndole todo lo que sé?

—No se me había ocurrido esa idea.

—Pues reflexione de vez en cuando acerca de eso.

—Está bien, lo haré.

—Y si alguna vez trata de sonsacarme acerca del particular, tenga por seguro que lo mataré. No solamente lo odiaría, sino que, además, con tal conducta destruiría en mí algo precioso que no acabo de comprender. Por consiguiente, Donald, sea franco conmigo. Si tal es su propósito, despidámonos ahora mismo, y yo podré, tal vez, perdonarlo. En cambio, si esperamos unos días más, tal vez no me consolara nunca de eso.

—¿Tiene usted amigos aquí? —le pregunté.

—No.

—¿Adónde iría, pues, y qué haría?

—Mire —dijo mirándome con dureza—. No se figure que va a asustarme con eso. En cuanto tenga necesidad de un hombre para ir viviendo, podré tomar una dosis exagerada de cualquier narcótico, Soy muy capaz de marcharme de aquí sin llevar nada en las manos y, sin embargo, seguir viviendo, sin necesidad de venderme.

—¿Y qué haría usted?

—No lo sé. Encontraría algo. Dígame, pues, si nos separamos o no. ¿Me marcho?

—Por mi parte, no lo deseo.

—Supongo que no querrá ser sincero conmigo.

—Si no quiere decirme nada —repliqué— acerca de lo que le sucedió a Pug, espero que nunca se decidirá a hacerlo.

—Está bien —dijo, situándose ante mí—. Voy a decirle algo muy claro. De mí tendrá usted todo lo que quiera; pídame lo que sea y lo haré. Y si me pregunta algo referente a Pug y qué detalles conozco acerca de su asesinato… probablemente también se lo diría, pero en cuanto me hiciese usted esa pregunta, conocería ya la razón de toda su conducta. Y así que me convenciese de que ha obrado como lo hace para obligarme a hablar, me sentiría tan desalentada y desengañada, que ya nunca más creería en la posibilidad de que en el mundo hubiera una persona decente. ¿Me comprende bien?

—Sí.

—Bueno, pues, ¿qué hacemos?

—Por de pronto —contesté—, ir a la ciudad para ver si podemos encontrar a Louie en algún bar.

Me miró por espacio de un par de segundos y se echó a reír, aunque con cierta amargura.

—¿No comprende usted —dije acercándome a ella— que no quiero nada si no tengo derecho a ello?

—Prosiga —contestó ella.

—Tiene razón acerca de una cosa. Soy detective y estoy trabajando, aunque no para la agencia de Cool. Me ocupo en un caso, procurando que otras personas sean tratadas con decencia. Y tanto si lo saben cómo no, dependen de mí; de modo que si yo no llevo a cabo ese trabajo, nadie más se encargará de él.

—Y por eso quiere que le diga todo lo que sé acerca de…

—No tengo empeño en que me diga nada —contesté—. La quiero. Creo que es una de las muchachas más bonitas que he encontrado en la vida. Pero si no se hubiese tratado de un asunto de negocios, nunca le habría rogado que saliese de Las Vegas. Esta situación me complace mucho y me hace feliz. Me agrada verme a su lado, me gusta ver cómo hace usted las cosas; todo cuanto emana de usted o lleva a cabo me resulta sumamente grato. Pero estoy trabajando en un asunto, y la razón de que me vea ahora a su lado es porque sigo un camino que me llevará al éxito.

—¿Y cuando haya terminado su trabajo?

Yo estaba temiendo aquella pregunta y contesté:

—Entonces es probable que tenga un cuidado más.

—¿Y no va usted a preguntarme nunca lo que sé con respecto a Pug?

—No.

—¿Nunca?

—No.

—¿Y porque no quería obtener nada bajo un falso pretexto, me dijo…?

Afirmé inclinando la cabeza.

—¿Y no se le ha ocurrido siquiera la idea de que aún no me ha dado un beso?

—¡Naturalmente! —exclamé.

Sus ojos brillaban ante los míos como nunca lo hicieron antes y dijo:

—Me parece, Donald, que ahora hemos ganado el premio mayor.

capítulo catorce

HACIA las dos de la tarde, encontré a Louie sentado a una mesa de una sala del fondo de un bar de ínfima categoría. Sobre la mesa y ante él había una botella de *whisky* de mala calidad. Tenía los ojos vidriosos, que miraban con fija intensidad, y cuando me acerqué a la mesa estaba murmurando para sí. Levantó los ojos y, al verme, exclamó con estropajosa voz:

—¡Ah! ¿Está usted aquí?

Empujé a un lado la botella de *whisky* y le pregunté:

—¿Qué le parece si volvemos a casa, Louie?

—¡Caramba! —exclamó frunciendo el ceño—. ¿Tengo una casa? ¡Dios mío!

Se puso en pie, metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó dos billetes de un dólar y otras monedas de menor valor.

—¿Sabe usted lo que he hecho, compañero? —dijo fijando en mí sus vidriosos ojos—. Pues me he gastado el dinero que me dio, mejor dicho, todo el que me quedó después de hacer las compras, a excepción de esa miseria que ve usted aquí. Ésta es mi debilidad. A veces siento el deseo de beber, y cuando me acomete, no puedo…

—¿Y a quién ha pegado usted, Louie? —pregunté.

—¡Caramba, que raro! —exclamó, mirándose los nudillos—. Me figuré que había pegado a alguien, pero luego creí que sería sólo una fantasía hija de la bebida. Pero aguarde un momento para ver si doy con eso.

»Le diré quién era Sid Jannix. En otra ocasión estuve a punto de combatir por el título de campeón. Un buen muchacho. Muy bueno, pero yo le di el uno dos. Voy a enseñarle cómo se hace eso. Gané el campeonato de la Marina… Eso fue en Honolulú… Espere que recuerde… Fue…

—Vamos a casa, Louie.

—¿Y no está usted enojado por ese dinero? ¿Comprende lo que ha pasado?

—Sí.

—Es usted el mejor compañero que ha tenido hombre alguno. La primera vez que le pegué, me di cuenta de que me era simpático. Es como cuando se da la mano a un individuo… Bueno, vámonos a casa.

Lo saqué a la acera, lo sostuve y lo acompañé hasta el coche. A medio camino, la enormidad de su crimen lo dejó anonadado. Quería apearse.

—Déjeme, compañero. No soy digno de viajar en el mismo automóvil que usted. No tendré bastante valor para mirar a la cara a la señorita Elena. ¿Sabe lo que he hecho? Pues que le he robado su dinero. Además, sé que no le sobra… que ese dinero lo ahorró con mucho trabajo… Y, sin embargo, se lo he robado. No sirvo para nada. Seguramente, a fuerza de golpes me han estropeado. Y no tengo ningún dominio sobre mí mismo.

Apoyé la mano en el brazo de mi compañero, que quería abrir la portezuela.

—No se acuerde más, Louie —le dije mientras guiaba con la otra mano—. Nadie es perfecto. También yo tengo mis propios defectos.

—¿Quiere decirme que me perdona?

—Desde luego.

—¿Sin rencor?

—Sin rencor.

Se echó a llorar y estaba sumido en lacrimoso arrepentimiento cuando llegamos a la cabaña. Entre Elena y yo lo metimos en la cama.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos? —preguntó ella, después que hubo dejado un jarro de agua a la cabecera de Louie.

—Me quedaré con él —le dije—. Tome usted el automóvil, diríjase a la ciudad y hágase la permanente en el salón de belleza de que me habló.

Ella me miró indecisa y añadí:

—Tendré que darle un cheque de viaje.

—Nada de eso —exclamó ella, riéndose—. Tengo dinero.

—¿Tiene bastante?

—Desde luego. Me llevé todo el de Pug. Además, Donald, si

anda usted escaso, puedo ayudarlo. Me doy cuenta del dinero que eso le cuesta, de modo que si en algún momento se ve apurado, dígamelo.

—Gracias. Así lo haré.

—Adiós.

—Hasta la vista —contestó alegremente.

Se dirigió a la puerta, se volvió a mirarme y luego me tomó la cara entre las manos, clavó sus ojos en los míos y me besó.

—Durante su ausencia vino el amo de la cabaña —dijo—, y me llamó señora Lam. Por consiguiente, no destruya sus ilusiones. Hasta luego.

Atravesó la puerta y yo me senté a la mesa de la cocina. Tomé el listín telefónico e hice la lista de las comunicaciones que deseaba llevar a cabo. Encontré algunas revistas antiguas, leí un rato y al fin empecé a sentir los efectos de mi ejercicio desacostumbrado. Eché un sueñecito, despertando a veces, deseoso de ver cómo seguía Louie. Pero el esfuerzo de levantarme de aquel sillón parecía demasiado grande, de modo que volví a dormirme. Desperté, al cabo, lo bastante para ir a visitar a Louie. Él oyó cómo abría la puerta. Me mostró sus ojos enrojecidos y me pidió un poco de agua. Le indiqué el jarro y, sin hacer caso del vaso, se bebió la mitad.

—Sabe usted que soy un ser indigno —exclamó evitando mis ojos—. Y yo también lo sé.

—No se apure, hombre.

—¡Ojalá no fuese usted tan decente!

—¡Bah!

—Me gustaría hacer algo por usted, compañero… Es decir, asesinar a alguien o algo por el estilo.

—¿Cómo está esa cabeza? —le pregunté sonriendo—. ¿Le duele?

—Siempre duele. Quizá por esta razón me entregué a la bebida. Hace ya tanto tiempo que me duele la cabeza, que he llegado a acostumbrarme. Siempre procuré dar a los clientes un equivalente por su dinero y a veces cambiaba puñetazos con mis contrarios, cuando debiera haber permanecido en el suelo y escuchando los pajaritos. Y aquí me tiene usted ahora, borracho perdido y con un dolor de cabeza que no me deja.

—Pronto se encontrará mejor. ¿Quiere usted dormir?

—No, voy a levantarme y a beber toneladas de agua. ¿Qué fue

del resto de aquella botella de *whisky*?

—La dejé allí.

—Pues ya estaba pagada —dijo con acento de tristeza.

—Mejor está en el bar que dentro de su cuerpo.

—Tiene razón —contestó—, pero lo malo es que seguiré acordándome de aquella media botella de licor. Mire, compañero, antes de que lo meta en un compromiso, expúlseme a puntapiés. No valgo la pena.

—Cállese. En cuanto se le haya arreglado el estómago, se encontrará mejor. ¡Créame!

—Voy a decirle una cosa —exclamó, fijando en mi sus congestionados ojos—. Le enseñaré todo lo que sé, todos los ardides y tretas del *ring*. Y lo convertiré en un buen luchador.

—Está bien. Y ahora escuche. Voy a dar un paseo. Elena se ha ido a la ciudad y volverá dentro de un par de horas. ¿Se siente usted capaz de cuidar la cabaña?

—Desde luego.

—¿No se marchará?

—¿Dónde están mis pantalones? —preguntó.

—Sobre esta silla.

—Pues vuelva los bolsillos del revés, saque todo el dinero que encuentre y así no me marcharé.

—Ya me había dado el cambio… o lo que quedaba de él.

—Entonces todo va bien —dijo, dando un suspiro—. Adelante.

Amontonó las almohadas detrás de la espalda y añadió:

—Deme un cigarrillo, compañero, y en cuanto el agua deje de chapotear en mi estómago, me encontraré bien.

Le di un cigarrillo y me encaminé a la carretera. Apenas había recorrido media milla, cuando un automóvil se detuvo al verme y su propietario me invitó a subir.

En el quiosco de periódicos vi los de las principales ciudades de la nación y, entre ellos, pude encontrar el de Las Vegas. La policía estaba muy preocupada por la desaparición de Elena Framley. Consiguieron descubrir el piso en que se había ocultado desde la noche del asesinato, pero luego había desaparecido y la policía, al comprobar las actividades de un tal Donald Lam, investigador particular, que había sido empleado para que trabajase en otro aspecto del asunto, se convenció de que la joven, un ex boxeador

llamado Hazen y Lam habían salido juntos de la población. La policía se inclinaba a creer que Elena Framley estaba complicada en el asesinato o poseía datos muy importantes y que el detective particular, en su deseo de aventajar a la policía oficial, le ofreció la oportunidad de escapar a cambio de los informes que ella pudiera darle. Con toda seguridad los altos funcionarios de la policía darían a eso la mayor importancia, de modo que Lam podía verse perseguido por complicidad en el crimen. Hazen, según parecía, estaba también complicado. Antes de marcharse identificó sin duda alguna el cadáver, diciendo que pertenecía a un antiguo pugilista, llamado Sidney Jannix.

Con toda evidencia, la policía ignoraba aún mi compra del automóvil de lance.

Telefoneé a algunas casas, diciéndoles lo de costumbre. Recorté el artículo del periódico de Las Vegas, dejé el resto en una cabina telefónica y me dirigí de nuevo a la cabaña.

Tuve que recorrer a pie una milla, antes de encontrar un automóvil que se ofreciera a llevarme.

Elena regresó cosa de una hora más tarde. Louie preparó la cena, lavó y secó los platos. Luego los tres nos fuimos al cinematógrafo y al salir nos acostamos.

Antes de darme cuenta de que me había dormido, Louie, Hazen me sacó de la cama. Hacía mucho frío y yo me negué a dedicarme aquella mañana al entrenamiento. Pero él no se anduvo con chiquitas, sino que tomó la ropa, la arrojó al exterior y, apoderándose de mí como si no pesara nada, me sacó de la cabaña y cerró la puerta.

Hacía tanto frío, que no tuve más remedio que vestirme temblando. Y luego me vi obligado a seguir a mi entrenador, aunque cada uno de mis movimientos me ocasionaba un dolor muy vivo, porque tenía los miembros envarados a consecuencia del ejercicio del día anterior.

Aquel entrenamiento me pareció interminable, y cuando por fin, después de haberme dado una ducha, Louie me sometió a un intenso masaje, llegó hasta mi olfato el aromático olor de la comida que había preparado Elena Framley.

Aquella mañana, a hora muy avanzada, me dieron una noticia muy interesante. Una abacería sirvió un pedido de varios productos

a la señora Sidney Jannix, que vivía en un piso de California Street.

Fui allá, dejé estacionado el automóvil, subí la escalera y oprimí el botón del timbre.

La mujer que me abrió la puerta era Corla Burke.

—¿Puedo entrar? —pregunté.

—¿Quién es usted?

—Un amigo de Elena Framley.

Me miró ceñuda, y luego en sus ojos apareció una expresión de alarma.

—¿Cómo ha conseguido encontrarme?

—Es una historia muy larga —repliqué—. ¿Quiere usted que se la refiera aquí o dentro?

—Dentro —contestó, abriendo la puerta para darme paso.

Me senté al lado de la ventana. Corla Burke lo hizo frente a mí, donde la luz alumbraba bien su rostro, y dijo:

—No me fue posible aprovechar el ofrecimiento de la señorita Framley, de modo que le escribí diciéndoselo.

Yo adopté la actitud de un hombre agraviado.

—No comprendo la razón.

—No habría sido decente.

—Me habría parecido mejor que su desaparición.

Me di cuenta de que había dado en el blanco.

—Lo cierto es —contestó— que no podía adivinar lo que… Bueno, no pude prever el futuro.

Y, nerviosa, profirió una corta carcajada.

—La señorita Framley se esforzó en hacer lo debido con usted y, en cambio, pudo notar que usted no se daba cuenta, y que no apreciaba tampoco su conducta.

—Lo siento. ¿Y cómo ha podido usted llegar hasta aquí?

—Porque era el lugar en que más lógicamente podía encontrarla.

—¿Y para qué deseaba verme?

—Se me ocurrió la idea de que tal vez se pudiese hacer algo para remediar las cosas.

—Ahora, no.

—Yo creo lo contrario.

—Temo que sea usted demasiado optimista. Haga el favor de dar las gracias a la señorita Framley en mi nombre y dígale que no debe considerarme desagradecida. Eso… eso es cuanto puedo decirle…

Miré a mi alrededor y vi una maleta abierta. Además, sobre una mesa había unas prendas de ropa doblada. En una mesita del rincón y al lado de la ventana había un sombrero de señora, guantes y un bolso, y en la esquina de aquella mesita vi un sobre, también franqueado.

—¿Me permite fumar?

—Desde luego.

Le di un cigarrillo y luego un fósforo encendido y conseguí situarme de modo que, al extender el brazo para tomar un cenicero, me acerqué al borde de la mesita. Y en el acto me apoderé de la carta.

Ella se dio cuenta y de un salto se arrojó a tornar el sobre, pero yo pude apoderarme de él. Ella lo agarró y le dije:

—Si no está dirigido a Las Vegas, no me interesa. En caso contrario, voy a leer esta carta.

Renovó sus esfuerzos y me agarró del brazo. Yo la rechace, conseguí librarme de ella y saqué del sobre una hoja de papel.

En ella y apresuradamente, alguien había escrito:

Un detective particular, llamado Donald Lam, está encargado del asunto. Se ha puesto en contacto con Elena Framley. El amigo de Elena, llamado Beegan, fue asesinado anoche. No está usted segura en Reno. Busque un escondrijo en otra parte.

A. W.

Tal era la carta y aquéllas las dos iniciales que la firmaban.

—Vamos a hablar con franqueza y así ahorraremos tiempo. Soy Lam, Arthur Whitewell me contrató para que la encontrase a usted. Y, desde luego, hizo lo posible para que Philip se enterase de ello. Ahora sería conveniente que me refiriese usted su historia.

Se quedó mirándome y ya sin ánimo para luchar. Era evidente que se consideraba vencida.

—Tengo una teoría —añadí— y si le parece a usted que eso ha de facilitar su declaración, puedo darle cuenta de ella.

Continuó callada y mirándome como si yo fuese lo único que hubiera quedado en pie después de un ciclón.

—Tengo la opinión —dije— de que Arthur Whitewell no

deseaba que su hijo se casara con usted, por creer que podría hallar mejor partido. Pero Philip estaba muy enamorado de usted, y su padre es algo psicólogo. Sabía que, después de todo, él no podría hacer gran cosa por evitarlo. Philip era inexperto en algunas cosas, pero muy hombre en otras. Su padre no acabó de comprenderlo nunca, pero, sin embargo, se dio cuenta de que entre ambos había un abismo que él nunca consiguió franquear. Adivinó que toda tentativa de interponerse entre ustedes dos traería como resultado una separación definitiva entre su hijo y él. Y entonces ocurrió algo que le permitió tomar el asunto en sus manos. Era la oportunidad que había estado buscando, y manipuló de tal manera, que usted no tuvo más remedio que abandonar la escena, dejando a Philip en libertad de consolarse lo mejor que pudiera.

»Pero ocurrió que Philip tomó la cosa mucho peor de lo que su padre se había imaginado y fue patente la necesidad de hacer algo. No se trataba de un disgusto amoroso corriente y vulgar. Philip es sentimental, muy sensible en todas sus cosas. Nunca ha aprendido que, a veces, no es posible tomar a la gente por su aspecto exterior, de modo que aquello fue demasiado para él.

Ella estaba llorando en silencio. No intentó decir cosa alguna y con seguridad no habría podido.

Me dirigí a la ventana, por la cual vi un patio posterior lleno de cajas de embalaje. Entre dos postes estaba tendida una cuerda para secar ropa. Unos charquitos diminutos reflejaban la luz del sol. Sobre una pila de arena húmeda había un cubo y una pala de juguete. Seguí de espaldas a la habitación, para que la joven pudiese llorar a su gusto y recobrar su compostura, sin que se diera cuenta de mi vigilancia. Transcurrieron varios minutos antes de que recobrase la suficiente serenidad para hablar.

—¿Cree usted que el señor Whitewell confiaba en que me encontraría? —preguntó.

—No lo sé. Lo único que me consta es que contrató nuestros servicios para que la encontrásemos.

—Pero él estipuló que debía disponer mi desaparición de modo que nunca pudieran encontrarme. Ésta fue una de las cosas en que más insistió.

—Exactamente.

—De modo que, al contratarlo a usted, sólo quiso apaciguar a

Philip.

—Eso es —contestó, dándome cuenta de que se agarraba a una leve esperanza.

—Tengo entendido que cuesta mucho dinero contratar a un detective. ¿No es así?

—En efecto.

—Y usted debe ser muy hábil.

Como la cosa le importaba a ella y a nadie más, y quería lisonjearme, yo no tuve ningún inconveniente en ello y le dije:

—Creemos que realmente somos buenos.

—¿Y no podría usted decirme algo que me diese alguna indicación acerca de los actuales sentimientos del señor Whitewell?

—Nada puedo decirle hasta que me dé usted cuenta de lo ocurrido. Entonces podré comprobar algunos datos y tal vez encontraré una respuesta.

—Mas, al parecer, está usted enterado. Por ejemplo, sabe todo lo referente a Elena Framley.

—No. Solamente estoy enterado de que ella le había escrito una carta. Y tuve que suponer su contenido.

—¿Qué se imaginó usted?

—Me pareció que sería alguna trampa.

—¿Preparada por esa Elena Framley?

—No creo siquiera que ella escribiese esa carta.

—No tenía más remedio.

—Será mucho mejor que me dé cuenta de todo lo que sabe y me permita sacar mis propias conclusiones.

—Supongo que está ya enterado de la causa que me obligó a marcharme —dijo.

—¿Sid Jannix?

Ella afirmó.

—Pues háble me de él en primer lugar.

—En mi primera juventud, yo era una tontuela —dijo—. Además, siempre sentí alguna rebeldía, que me dominaba. Me gustaba mucho luchar y sentía admiración por los que luchaban. Jamás manifesté ninguna preferencia por el baseball, pero, en cambio, el fútbol me encantaba. Sidney asistió a la misma escuela que yo y formaba parte del equipo de fútbol. Luego, en la escuela, se organizó la práctica del boxeo y Sidney se manifestó muy pronto

el mejor de todos, convirtiéndose en una especie de héroe. Por fin, en la escuela dejó de practicarse el boxeo, a causa de la oposición de los padres. Pero. Sidney continuó siendo el ídolo de todos sus condiscípulos. Creo, también, que se convirtió en el tirano de todos ellos. Entonces no me di cuenta de eso. Era el último año que pasábamos juntos en la escuela superior.

»Continué sintiendo amistad por Sidney, aunque a mi familia no le gustaba. Él se dedicó a la lucha profesional y adoptó la actitud de mártir. Yo… bueno, cuando Sidney empezó a ganar lo bastante para sostenerme, me fugué con él y nos casamos. —Se encogió de hombros y añadió—: Desde luego cometí una equivocación espantosa y terrible.

Hizo una corta pausa, cual si quisiera buscar el camino para contar lo que le faltaba, y una vez más adoptó el tono de quien recita una historia.

—Vivimos juntos por espacio de tres meses. Las dos o tres primeras semanas yo estaba hipnotizada. Luego, poco a poco, empecé a verlo como realmente era. Mostrábase brutal, pero se dejaba dominar por la cobardía. Cuando se sentía superior a otro, era cruel e implacable en el castigo que podía darle, pero, en caso contrario, nunca le faltaban las excusas. Siguió progresando hasta llegar casi a la cumbre y entonces, cuando encontró a otros hombres mejores que él… Pero me estoy desviando de mi historia. En la época en que nos casamos, él se hallaba entre el grupo de luchadores de escasa categoría, que empiezan a llamar la atención. Eso lo tenía como loco, porque se dejaba dominar por las emociones y sentía unos celos intensos. Empezó a tratarme como si yo fuese un objeto de su propiedad personal. Y lo habría resistido por mi parte, si no fuera por las cosas pequeñas y sin importancia, porque en los momentos en que desaparecía el barniz que lo cubría, me era posible ver lo que tenía debajo.

—No hay necesidad de que siga usted detallando. Dígame tan sólo qué ocurrió en cuanto lo hubo usted dejado.

—En la escuela aprendí algo acerca de los negocios y encontré trabajo. Me esforcé en perfeccionar los conocimientos propios de una secretaria. Tuve la satisfacción observar que alcanzaba el éxito y seguí trabajando.

—¿No se divorció?

—Me figuré que Sid había obtenido el divorcio y éste fue el engaño de que me hizo víctima. Le dije que deseaba recobrar mi libertad. Y él contestó que mejor sería esperar un año y obtener el divorcio motivado por el abandono. No deseaba que yo alegara haber sido tratada con crueldad, porque eso podría perjudicar su carrera.

»Esperamos, pues, el transcurso de aquel año, que fue muy favorable para Sidney. Vivió espléndidamente, durante seis o siete meses de aquel año, pero luego descendió en extremo en los tres meses, siguientes. Ignoro lo que ocurrió, pero su *manager* acabó convencido de que era cobarde. Cuando en el *ring* se encontraba con un hombre a quien pudiese dominar, se mostraba terrible, pero… bien, no lo sé. Es una larga historia y creo que hizo algo sucio… engañó a su *manager* y no acudió a un combate o algo por el estilo. No tengo bastantes detalles para hablar de eso. Solamente oí rumores, pero lo cierto es que cosa de diez meses después de habernos separado vino a mi encuentro. Estaba desesperado y me dijo que, a partir de nuestra separación, nunca más pudo ser dueño de sí mismo, porque yo me llevé, con mi ausencia, la inspiración de su vida.

—¿Y eso fue diez meses más tarde?

—Sí —añadió con acento de amargura—. Cuando las cosas le iban bien, adoptaba una conducta protectora con respecto a mí, pero cuando se vio caído, solicitó mis simpatías. Acabó diciéndome que era uno de aquellos hombres que necesitaban a una mujer como fuente de inspiración y que ya sabía que nunca podría convencerme de que volviese a su lado, que había encontrado otra muchacha, a la que nunca querría como me quiso a mí, pero que ella, en cambio, estaba desesperadamente enamorada y que a él, simplemente, le gustaba. —Se rió amargamente—. Ése era Sidney. Ella lo amaba desesperadamente y a él, en cambio, tan sólo le gustaba aquella mujer.

—¿Y que quería? —pregunté.

—Ir a Reno y obtener el divorcio.

—Y le indicó que usted pagara los gastos, ¿verdad?

Ella afirmó.

—¿Por qué no lo hizo usted?

—Sí lo hice —contestó— y él me dijo que habían concedido el

divorcio.

—¿Y aquella muchacha?

—Se casó con ella. Por esta razón no me preocupé de si se había concedido el divorcio.

—¿Y cree usted que no lo obtuvo?

—No. Resultó luego que él, sencillamente, se había quedado con el dinero que yo le di y que lo utilizó para impresionar a la otra muchacha, a la que convenció para que se casara con él. Ella, según parece, tenía algún dinero ahorrado y Sidney se quedó con él.

—¿Y esa muchacha era Elena Framley? —pregunté.

—No. Se llamaba Sadie y algo más que no recuerdo. Sólo sé que él hablaba de Sadie.

—¿Qué más?

—Durante algunos años no ocurrió nada. Yo había perdido su pista y ni siquiera pensaba en él. Sé que abandonó el boxeo. Creo que la Comisión de Boxeo tenía algunas pruebas contra él que lo imposibilitaban para seguir luchando. Además, no creo que lo deseara, porque habría sido incapaz de aguantar el castigo en el *ring*.

—¿Y conoció usted a Philip?

—Sí. Yo había adoptado el nombre de Corla Burke para borrar mi pasado y empezar de nuevo. Tenga usted en cuenta que mi padre…

—Ahora comprendo lo del nombre —dije—. Y podemos seguir adelante.

—Al principio…

—No necesita usted entrar en eso. Refiérase al asunto desde el momento en que intervino Elena Framley.

—Recibí una carta, muy rara, de Elena Framley, que pudo enterarse, por medio de un periódico, de que me disponía a casarme casi inmediatamente; que ella era amiga de Sidney y que había oído a éste cuando hablaba de mí. Y añadía que, posiblemente, yo no estaba enterada de que Sidney no había obtenido el divorcio. Continuaba diciendo que Sidney estaba muy cambiado desde la época en que lo vi por primera vez, que se había corregido bastante y que realmente, quería esforzarse en progresar. A su juicio, él no tenía bastante dinero para pedir el divorcio, pero si yo no quería esperar, ella arreglaría las cosas de manera que pudiese seguir

adelante con mi matrimonio y después de haberme casado con Philip, Sidney pediría el divorcio. Añadía la carta que él, hasta entonces, había tenido muy mala suerte. Pero que dentro de pocas semanas tendría ya algún dinero. Yo, entonces, podría fingir ante mi marido que hubo alguna pequeña irregularidad al consignar mi edad, o algo por el estilo, en la licencia para casarnos, con objeto de que realizara nuevamente la ceremonia o bien podría seguir viviendo con él y, en este caso, nuestro matrimonio sería, simplemente, un contrato particular, sin intervención de las autoridades civiles o religiosas.

—Realmente, esa carta es muy rara. ¿Y cuánto dinero pedía? —pregunté.

—Ella no mencionaba nada de eso y menos me lo pedía. Dijo, sencillamente, que si él podía obtener lo suficiente para emprender un negocio, ya no necesitaría nada más y no volvería a oír hablar de él.

»Ella me decía que él no sabía una palabra de la carta, que Sidney se proponía escribir a Philip Whitewell en el caso de advertir que continuaba en su propósito de casarse conmigo, porque no quería exponer a Philip a que contrajera matrimonio bígamo.

—Sin duda, se mostraba muy considerado con respecto a Philip.

—Eso era muy propio de Sidney. Aquella señorita Framley parecía muy buena muchacha y examinaba el caso desde mi punto de vista.

—¿Y cómo pudo enterarse de que usted era la esposa de Sidney? ¿Cómo consiguió encontrarla bajo el nombre de Corla Burke?

—No me lo dijo. Se limitó a escribir la carta, cuyo contenido le he indicado.

—Ya comprendo. Y en cuanto hubiera usted aceptado la proposición, a no ser que prometiera usted a Sidney Jannix el dinero suficiente para emprender su negocio, él trataría de impedir su casamiento. Y en caso de que le prometiese darle dinero, que obtendría de su marido, él viviría muy satisfecho, considerando que en usted tenía a una gallina que le pondría huevos de oro.

—Así es, si le place verlo de tal manera.

—No hay otra.

—Entonces usted cree que Elena Framley era…

—Estoy persuadido de que nunca le escribió tal carta.

—Me recomendó, sin embargo, que le contestase.

—¿Y lo hizo usted?

—Sí, señor.

—¿Y ésa fue la carta que dictó Arthur Whitewell?

—No la dictó.

—Pero él conocía su contenido.

—Sí.

—Háble me de eso —dije.

—Bueno, lo cierto es que yo merecía lo que sucedió. Quizá no conseguirá explicárselo, porque aún no lo he comprendido yo misma. Cuando llevaba ya tres meses casada con Sidney Jannix, procuré olvidarlo como un suceso desagradable, y…

—Así, se deduce que usted no dijo una palabra a Philip acerca de Sidney Jannix, o de que usted había estado casada.

—Eso es.

—Por consiguiente, esa carta de Elena Framley cayó sobre usted como si hubiese sido una bomba.

—Exactamente.

—¿Y qué hizo usted?

—Pues tomé la carta y me encaminé a ver a Philip.

—¿Adónde?

—A su oficina. Aquella noche teníamos una cita.

—Pero no vio usted a Philip.

—No. Había tenido que salir para ocuparse en un negocio muy importante y dejó una nota diciéndome que lo sentía muchísimo, pero que aquella noche no podríamos vernos. Añadía que trató de comunicar por teléfono conmigo, pero que no le fue posible. Y prometió llamarme hacia las once, para averiguar si al día siguiente podría tomar el *lunch* con él.

—Y en la oficina encontró usted a Arthur Whitewell, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—¿Y usted refirió su historia a Arthur Whitewell?

—Sí, señor.

—Y él, al ver el rostro de usted, comprendió que sucedía algo desagradable.

—No lo creo así. Se mostró muy considerado y agradable. Habíase reconciliado ya con la idea de nuestro matrimonio. Yo

estaba enterada, desde luego, de que él, antes, no lo aprobara, pero que siempre se mostró muy delicado.

—Y supongo —añadí, observándola atentamente—, que eso le causó una sorpresa extraordinaria.

—Para él fue un choque terrible —dijo la joven—. Pero se condujo de un modo admirable. Me dijo que al principio yo no le gustaba como novia de su hijo, pero que, por último, comprendió que Philip estaba locamente enamorado de mí y que él lo quería bastante para desear, ante todo, su felicidad; por lo tanto, se resignó la aceptarme, de modo que nunca pudiese darme cuenta de su oposición anterior. Fue lo bastante franco, para decirme todo eso, de modo que conquistó por completo mi simpatía. Se mostró comprensivo y tolerante, y, además, lleno de buen sentido.

—¿Y qué dijo?

—Que, desde luego, no podíamos seguir adelante con la idea del matrimonio y que si Philip se daba cuenta de que había estado casada y que otro hombre, vivo, fue él en merecer mi afecto como marido y que había vivido conmigo, Philip tendría un disgusto horroroso. Es un hombre que tiene una sensibilidad anormal, y su padre confirmó mis temores acerca del particular.

—Adelante —dije.

—Le mostré la carta de Elena Framley y él me agradeció muchísimo mi sinceridad y mi lealtad, añadiendo que muchas mujeres habrían tenido la tentación de seguir adelante, ateniéndose a los consejos de la señorita Framley. Y me aconsejó escribirle, diciéndole que ya no se podía seguir tratando del matrimonio, con objeto de que Jannix no se pusiera nunca en relación con Philip.

—¿Y por qué quería evitar esto último?

—Deseaba que Philip no sufriera una desilusión tan brutal. Éste era su móvil. Es decir, que, ante todo, se proponía proteger a Philip.

—¿Y quién lo sugirió?

—En realidad, fue una especie de colaboración entre ambos. Él me aconsejó que por lo menos de momento, yo debería desaparecer, de modo que Philip no se enterase de lo ocurrido hasta después de haberse acostumbrado a mi ausencia. Entonces podríamos enterarlo de la verdad. Dijo que tal vez en lo venidero, si yo podía obtener el divorcio de Jannix, podría casarme con otro. Y, además, también podría ver a Philip y explicárselo todo.

—¿Y no se le ocurrió a usted ir al encuentro de Philip y explicarle francamente…?

—Sí, se me ocurrió, señor Lam. Y tal es la razón de que yo me dirigiera a la oficina. Quería descargar mi conciencia ante Philip y explicárselo todo. Y me proponía hacerlo de manera que le resultase lo menos doloroso posible. Pero su padre me aseguró que conocía a Philip mucho mejor que yo y que, de momento, lo que más convenía era que yo desapareciese en tales circunstancias y que todo el mundo pudiese creer que me había ocurrido algo extraordinario. Yo creo que, al hablar así, no sólo pensaba en Philip, sino también en sí mismo. Tenga usted en cuenta que se había ya anunciado la boda y también fijado la fecha. Y si… Bueno, ya sabe usted lo que pasa en estos casos. Es preciso dar alguna explicación, la que sea. Y la familia de los Whitewell se hallaba en una situación muy delicada.

—En otras palabras, Whitewell no quería que, al entrar él en el club, uno de sus amigos pudiera decirle: «¿Se ha casado hoy su hijo?». Y él se viera obligado a contestar: «No, porque, en definitiva, descubrimos que la novia tiene otro marido, aún vivo, de modo que nos vimos obligados a desistir».

Ella dio un gemido y yo añadí:

—Me veo obligado a hablarle con cierta brutalidad, con objeto de que pueda examinar el asunto desde mi punto de vista.

—¿Y cuál es?

—Aún no lo conozco bien, pero me parece que lo he adivinado. ¿No lo ve usted? Philip la habría perdonado, insistiendo en que usted no tenía ninguna culpa y que debía obtener el divorcio, de modo que, en resumidas cuentas, sólo se habría aplazado la boda.

—No creo que Philip pudiese haberme perdonado acerca de mi primer matrimonio.

—Pues yo estoy convencido de lo contrario.

—Se engaña usted. Yo lo conozco mucho mejor.

—Su padre lo conoce mucho mejor todavía —dije— y pensaba lo mismo que yo.

—¿Por qué dice usted eso?

—Su padre se aprovechó de lo que sucedía para librarse de usted, obligándola, al mismo tiempo, a hacer algo que Philip no perdonaría nunca. ¿No lo comprende? Si algún día resolvía usted

volver al lado de Philip, para explicarle lo sucedido, lo perdería sin remedio, porque él no le perdonaría nunca el sufrimiento que le causó su desaparición en tales circunstancias y cuando él no pudo sospechar siquiera lo que le había sucedido. Él podía haber sido torturado por la idea de que tal vez hubiera usted sido raptada o se viera en un peligro grave. Y eso es lo que deseo hacerle comprender a usted, aunque siento muchísimo que la haya obligado a llorar de nuevo.

—Pero el señor Whitewell me prometió decírselo todo a Philip, en el caso de que éste se preocupara demasiado, y…

—Esto es lo que deseaba saber.

—¿Qué?

—Eso significa que Whitewell la utilizó a usted para sus fines.

—No comprendo.

—¿Es posible? Si él explicaba alguna vez a Philip el asunto, necesariamente habría de decirle cómo se había enterado de él y se vería obligado también a admitir que había contribuido al engaño, que había hablado con usted, que fue él quien le impidió a usted ver a Philip, para contárselo todo. El joven, probablemente, la habría perdonado a usted y, sin duda, hubiesen acabado poniéndose de acuerdo. Arthur Whitewell podría obligar a su hijo a dirigirse a Nueva York, por ejemplo, con objeto de que se ocupara en un asunto importante y, en tal caso, se aplazaría la boda hasta su regreso y Whitewell podría explicar a sus amigos que sólo se trataba de un aplazamiento. Mientras tanto, usted podría haber obtenido su divorcio de Jannix. Philip no perdonaría nunca a su padre por haber manejado el asunto de esa manera. Y si ahora conoce los hechos verdaderos, no la perdonará nunca a usted. ¿Eh?

—No puedo comprenderlo —dijo—. Me figuré que usted trabajaba en beneficio del señor Whitewell.

—En efecto, me empleó en este asunto.

—Pues…

—Me empleó para que la encontrase a usted, para que averiguara la razón de su marcha y me enterase de lo que había sucedido. Eso era lo que tenía que hacer y lo que verdaderamente he hecho.

Ella me miraba como si estuviera recobrándose de un fuerte golpe.

—¿Y qué va usted a hacer?

—Nada. Quien va a hacer algo es usted para fallar el as que tiene el viejo.

—No comprendo.

—Usted desapareció —dije— en unas circunstancias tales que pudieron deberse a un ataque de amnesia.

—Sí, eso, precisamente, es lo que deseaba él.

—Desde luego, la aconsejó escribir a Elena Framley con objeto de que Sidney no escribiera, a su vez, a Philip.

—Eso es.

—Y le proporcionó una hoja de papel y también un sobre franqueado.

—Sí, señor.

—Y aun cuando a usted pudo parecerle que la idea fue hija de los dos y fruto de una colaboración entre ambos, el caso es que el proyecto esencial de esta desaparición fue imaginado por él.

—Tal vez tenga usted razón. Me dijo que había de tener en cuenta el honor de la familia y que sería mejor y más bonito procurar que Philip siguiera amándome y recordando con cariño nuestro amor, en vez de verse desilusionado de un modo brutal, para que, tal vez, acabara odiándome.

—Muy bien. Y usted hizo precisamente lo que debía hacer de modo aparente.

—¿Qué?

—Pues que sufrió la pérdida de la memoria.

—No comprendo.

—Fíjese bien. Sufrió una pérdida completa de la memoria. Estaba usted en el despacho de Whitewell. Tomó un lápiz y… en aquel momento, perdió el recuerdo de todo en absoluto. Viose luego en la calle, sin tener la menor idea de quién era usted, ni de cómo se llamaba, ni de las circunstancias en virtud de las cuales se encontraba allí.

—¿Y qué bien puede hacerme eso? ¿Qué circunstancias favorables pueden resultar de ello?

—¿No lo comprende?

—Imagínese que la recogen cuando sufre un ataque de amnesia, la llevan a un hospital y la Agencia de Detectives Bertha Cool la encuentra. Es usted incapaz de recordar quién es o cómo se llama.

Su memoria se ha convertido en una hoja en blanco, pero la excelente Agencia de Detectives Cool ha conseguido encontraría y Philip llega para identificarla. En cuanto ve usted el rostro de Philip, experimenta un sobresalto, la imagen del hombre amado la devuelve la memoria y…

—¡Basta! —exclamó—. No puedo soportar lo que me está diciendo.

—¿Por qué no?

—Porque me destroza usted el corazón.

—Está usted loca. Le hablo en serio. Déjese de sentimentalismos y procure apoyarse en algo sólido.

—Es absolutamente imposible. Ni siquiera puedo oír hablar de eso. No sería capaz de engañar así a Philip.

—¿Por qué no?

—Porque no sería correcto.

—En efecto, no lo será, pero lo incorrecto lo ha hecho usted ya. Lo que le propongo sería el medio de corregir lo que se ha hecho hasta ahora. Debiera usted ver cuál es el aspecto de Philip, su cara de sufrimiento, sus ojeras, su enflaquecimiento…

—¿Quiere hacerme el favor de no continuar?

—No callaré si no me promete hacer lo que le propongo.

—No puedo.

—¿Por qué?

—En primer lugar, hay que tener en cuenta a Sid Jannix. Philip y yo no podríamos casarnos, porque…

—¿Por qué razón?

—Porque ya estoy casada.

—No, señora. Es usted viuda.

—¿Cómo?

—Viuda.

—Así, ¿no era cierto lo que me decía esa muchacha? ¿Ha muerto Sidney?

—Vivía cuando le escribieron esa carta, pero ha muerto.

—Vamos a ver —dijo después de observarme unos instantes—. ¿Qué se propone usted?

—Nada extraordinario y he venido dispuesto a demostrar que le digo la verdad.

Saqué del bolsillo el artículo recortado del periódico de Las

Vegas y se lo entregué.

—El amigo de Elena Framley —añadí—, era Sidney Jannix. Y ahora no está usted casada, sino que es viuda.

Leyó cuidadosamente aquel artículo y luego fingió que seguía leyendo pero, en realidad, reflexionaba acerca del caso.

—¿De modo que fue asesinado? —me preguntó al fin.

—Sí.

—¿Y quién fue el asesino?

—Nadie lo sabe.

—¿Y usted lo ignora también?

—Tengo unas sospechas.

—¿Ha sido usted encargado de esclarecer ese crimen? —me preguntó de pronto.

—No.

—¿Y en caso de que supiera quién es el autor, tendría necesidad de…?

—No.

—Señor Lam —me dijo entonces—, creo que es usted un hombre maravilloso.

—¿Hará usted lo que le aconseje?

—Sí.

—Muy bien. Recuerde que usted tomó este piso con el nombre de señora Sidney Jannix. Pero nadie deberá poder relacionarla con él, porque de lo contrario, eso podría ser catastrófico, Salga usted de aquí de una vez para siempre. Tome un billete para San Francisco, embarque su equipaje y guarde en su bolso los billetes correspondientes. Supongo que Whitewell le dio bastante dinero para que pudiera viajar, ¿no es así?

—Sí; insistió que tomara el dinero que me daba para dejar el mío propio en el bolso, cuando desaparecí. Ése fue un detalle de la *mise en scène*.

—Si Philip hubiese hecho uso de su propio cerebro —dije—, ese dilema habría podido convencerlo de que la desaparición de usted había sido planeada y que alguien proporcionó el dinero necesario. Pero, en fin, ahora lo que conviene es salir de aquí sin dejar rastro, con objeto de que nadie pueda hallar ninguna relación entre usted y este piso. Salga a la calle y empiece a ir de un lado a otro, sin objeto. Procure encontrar a un policía. Pregúntele qué población es

ésta y siga usted diciendo algunos despropósitos, fingiendo que ha perdido la memoria, hasta que alguien se haga cargo de usted. Pero, sobre todo, procure no beber nada en absoluto.

—¿Por qué?

—Porque si se dan cuenta de que su aliento huele a licor, la considerarán, simplemente, una mujer borracha. En cambio, si da la sensación de que está usted serena y de que no ha bebido nada en absoluto y, sin embargo, se conduce de un modo raro, llamarán a un médico. Éste procurará hacerla caer en una trampa, porque quizá sentirá algún recelo. Será, pues, necesario que desempeñe muy bien su papel. ¿Se cree capaz de lograr este resultado?

—Lo intentaré y, desde luego, haré todo lo que pueda.

—Pues ¡buena suerte! —dije, estrechándole la mano y despidiéndose de ella efusivo.

—¿Adónde va usted?

—A esperar su llegada al hospital y luego descubriré su paradero. Hecho esto, regresaré a Las Vegas para dar cuenta a Whitewell de lo ocurrido.

—Me proporciona usted la mejor oportunidad de mi vida —dijo ella.

—No veo ninguna razón para arrojarla a usted por la borda si puedo conducir el barco a puerto.

Me miró con ojos sonrientes.

—Se esfuerza usted en mostrarse duro y encallecido —dijo— y, en el fondo, no es más que un romántico. Me recuerda a Philip.

—Bien —contesté acercándome a la puerta—, procure usted estar en el hospital al oscurecer.

—Haré cuanto pueda.

Bajé la escalera y salí a la calle. A mi alrededor, la vida de Reno fluía en ininterrumpida corriente. Reno sostiene que es la pequeña ciudad más grande del mundo y también podría alardear de ser la más característica, porque posee una individualidad notabilísima; por las aceras de sus calles van los desilusionados *cow-boys*, calzados con botas de montar de alto tacón, las mujeres amargadas, que aguardan la terminación de su período de residencia, las muchas que juegan, alegres, con la vida y que han caído en Reno durante un período de transición; los jugadores se codean con los turistas, los vaqueros pasan el día con los propietarios de ranchos

de lujo. Algunos individuos de vacaciones, quemados por el sol, gozan de aquel clima sano y se mezclan con turistas pálidos que visitan los puntos más notables de la capital del divorcio.

Antes de regresar a la cabaña, quise entregarme unos momentos a mis reflexiones. Me dejé arrastrar por la multitud a través de la puerta de uno de los casinos más populares, quedé en un rincón, observando, distraído, las expresiones de los rostros de los que se habían situado en torno de la rueda de la fortuna. A mi espalda pude oír el funcionamiento continuado de una máquina tragaperras y con algunas intermitencias percibía la caída de las monedas en la taza.

Me moví para mirar.

Dándome la espalda, Elena Framley estaba ocupadísima en ordeñar una de las máquinas tragaperras.

Y me apresuré a dirigirme a la puerta para salir a la calle.

capítulo quince

ELENA Framley llegó de alegre humor a la cabaña.

—¡Dios mío, y cuánta hambre tengo! ¿Hay algo que comer?

—En seguida —dijo Louie—. En el horno tengo unos frijoles para que se conserven calientes. Han estado friéndose todo el día. Esperen a probarlos.

Louie se metió de nuevo en la cocina para continuar su trabajo al lado del horno. Elena me dijo como si se tratara de una cosa sin importancia:

—Antes, Donald, me preguntó usted por el dinero. ¿Cómo anda usted de él?

—Puedo ir tirando.

—No lo creo. ¿Cuántos cheques de viaje le quedan todavía?

—No se apure. No me faltará.

—Veámoslo.

—Le digo que tengo suficiente.

—Déjeme que lo vea. ¿Dónde está el talonario de cheques?

Lo saqué del bolsillo y pudo comprobar que aún quedaban tres cheques de veinte dólares.

—Eso no vale nada —exclamó, echándose a reír—. Por lo menos, no le sirve para el gasto que tiene a su cargo. Mire, déjeme pagar algo.

—Nada en absoluto.

—Tenga en cuenta que estoy muy bien de dinero por lo tanto, — quiero contribuir. No podrá impedírmelo.

Abrió el bolso, sacó un fajo de billetes, tomó tres de veinte dólares que volvió a guardarse en el bolso y me entregó el resto.

Yo meneé negativamente la cabeza.

—Bueno, si quiere tómelo a préstamo —dijo—. Ya me lo devolverá.

—¿Cuánto hay en ese fajo?

—No lo sé. Tres o cuatrocientos dólares. Cuéntelos.

Lo hice así y vi que había cuatrocientos cincuenta dólares.

—¿De dónde ha sacado usted este dinero? —le pregunté.

—¡Oh, lo tenía en el bolso! Acuérdese de que llevaba conmigo ese fajo cuando Pug y yo nos separamos.

Me guardé el dinero en el bolsillo y no le dije que la había visto en el casino.

Después de comer, nos dirigimos a la ciudad y fuimos al cine. Louie parecía haberse repuesto. Elena guardaba silencio y parecía satisfecha.

A nuestro regreso a casa cantó algunas tonadas populares y al llegar a la cabaña se quedó ante la puerta para contemplar las estrellas. De repente dijo:

—Desde luego, sé que esto va a terminar, y muy pronto. Pero mientras dura es magnífico, ¿verdad, Louie?

—¡Ya lo creo! —confesó éste—. Y cualquiera podría creer que nosotros nunca hemos llevado otra vida.

Riendo, penetramos en la cabaña. Esperé a que Elena estuviese ocupada en darse una ducha antes de acostarse, para decir:

—Ahora recuerdo, Louie, que he de expedir un telegrama. Volveré a la ciudad. No me espere y diga a Elena que quizá tardaré una hora o más; porque he de aguardar la respuesta.

Hablé con indiferencia y Louie se dejó engañar.

—Está bien —dijo—. No se meta usted por calles oscuras, y si alguien lo ataca, recuerde el puñetazo del viejo Hazen. Y también que el golpe ha de ser seguido por el cuerpo.

—Me acordaré —prometí.

Una vez en la ciudad, recorrí los hospitales, uno por uno. Explicaba el asunto al encargado de la oficina, diciéndole que buscaba a una persona desaparecida y que había la posibilidad de que hubiese sufrido un ataque de amnesia. Y acababa rogando que si tenían alguno de estos casos me lo comunicaran.

—Hace media hora vino una enferma —me dijeron en el segundo hospital—. Es una mujer joven.

Saqué los retratos del bolsillo y se los mostré, preguntándole:

—¿Cree usted que es la misma persona aquí retratada?

—No lo sé, porque no la he visto. Llamaremos a la enfermera de

sala.

Pocos momentos después, una enfermera, muy almidonada, me examinó recelosa y en cuanto vio los retratos manifestó cierta excitación.

—Es la misma —exclamó.

—¿Está usted segura? Convendría eliminar toda posibilidad de error.

—No, es imposible una equivocación. ¿Quién es?

—Trabajo para un cliente —dije con cautela— y no puedo dar noticias hasta haber consultado con él. Es un caso interesante. Esa joven desapareció en la víspera de su boda. Sufría depresión nerviosa. ¿Podría verla?

—Habrá de pedir permiso al doctor.

—Bueno, si está usted absolutamente segura de que se trata de la misma persona, no habrá necesidad de nada de eso. Ella no me conoce, de modo que me pondré en contacto con mi cliente.

—Tal vez —contestó la enfermera— podría usted devolverle la memoria, haciéndole algunas preguntas, puesto que sabe quién es.

—No quiero arriesgarme. Más valdrá que mi cliente hable con el doctor.

—Sí, tal vez será mejor —contesté la enfermera—, pero convendrá que me dé usted su nombre y sus señas.

La enfermera que estaba en el escritorio dijo que ya las tenía. Salí del hospital, tomé mi automóvil y volví a la cabaña. Elena Framley estaba sentada en el sofá y vestida con el pijama y un kimono.

—¿Por qué no está usted acostada?

—Lo esperaba. Tengo la seguridad de que durante toda la tarde ya tenía usted intención de volver a Reno.

—En efecto.

—Bueno, creo que eso ha terminado —dijo—. Vale más que hablemos claro. ¿Cuándo nos separamos?

—He de tomar un avión para ir a Las Vegas —contesté—, y mañana por la mañana pienso estar de regreso.

—¿Quiere que lo lleve hasta el aeropuerto?

—Louie podrá hacerlo.

—Preferiría ir yo.

Le di mi conformidad y ella se metió en su dormitorio para

vestirse. Mientras tanto, Louie se asomó para preguntar qué pasaba.

—Oiga, Louie —le dije—, voy a encargarle una de las cosas más importantes de su vida entera. —Y sin esperar que contestara, añadí —: Vigile bien a Elena.

—¿Qué pasa? —preguntó sorprendido—. ¿Acaso teme algún engaño por su parte?

—¡No, hombre! Quiero encargarle, simplemente, que la vigile y la proteja, porque estaré ausente esta noche.

—Pero, ¿qué pasa?

—Corre peligro.

—¿De qué?

—De ser asesinada.

—Compañero —dijo, mientras se animaban sus vidriosos ojos—, cuente usted conmigo.

Nos estrechamos las manos y Elena salió del dormitorio abrochándose las mangas de su blusa. Se volvió de espalda a mí, diciéndome:

—¿Quiere hacerme el favor de abrocharme los botones de la espalda?

Así lo hice y luego la ayudé a ponerse la chaqueta. Mientras yo levantaba la prenda en torno de su cuello, se volvió lentamente y así quedó rodeada por mis brazos. Me miró a los ojos que reflejaban cariño.

—Sí —dijo al observar que yo la miraba a mi vez.

La besé, y luego se separó.

—Bueno, Donald, vámonos.

Louie intervino:

—Los acompañaré a ustedes y así podré volver con el coche, en caso de que se produzca un pinchazo.

Ella lo miró y meneó la cabeza, en tanto que Louie fijaba en mí sus ojos.

—Por ahora no hay cuidado —le dije—, pero en cuanto esté de regreso, acuérdese.

Él afirmó, inclinando la cabeza.

—¿De qué hablan ustedes?

—He recomendado a Louie que la vigile y la cuide.

—Ha hecho usted mal, Donald —contestó, disgustada.

—No es por eso —dije—, sino por otra cosa.

—¿Cuál?

—Mañana podré decírselo.

No me dirigió ninguna otra pregunta. Subió al automóvil y puso en marcha el motor. A medio camino se volvió y me dijo:

—Tenga, entendida una cosa, Donald, y es que no debe explicarme nada, si no tiene necesidad de hacerlo.

»Si tiene usted necesidad de hacer algo, eso me basta y no quiero saber más —añadió—. Lo único que pido es que se valga de mí cuando me necesite.

Después de eso ya no volvimos a cruzar la palabra hasta que llegamos al aeropuerto.

Las estrellas parecían ojos cordiales que nos contemplaban desde lo alto. El aire era frío y vigorizador. Una vez más, Elena se hallaba a mi lado, contemplando las estrellas, pero entonces no dijo nada.

Yo la besé y le di las buenas noches.

—¿Quiere que aguarde hasta que haya salido?

—Preferiría que no lo hiciese, porque el frío es muy vivo.

—Pero, ¿le sabrá mal si me quedo?

—No.

—Deseo verle marchar.

—Pues acompáñeme.

Encontramos un avión en espera de pasajeros. Por suerte, el piloto propietario estaba en el campo, charlando con uno de los pilotos de transporte de viajeros, que se disponía a emprender el vuelo hacia San Francisco.

En cuanto hubieron sacado del hangar el rápido avión, provisto de camareta, lo llenaron de combustible y de aceite, le dieron un repaso general y luego pusieron en marcha el motor para que se calentase. Elena pasó la mano por mi brazo y se quedó observando el avión que se perfilaba en la negrura de la noche.

El piloto me hizo una seña. Elena se dirigió al avión y le dijo:

—Ten cuidado de él, aeroplano. —Luego me miró y antes de separarse de mí, dijo—: ¡Feliz aterrizaje!

La observé mientras se alejaba del campo, sin volver siquiera una vez la cabeza. El piloto me indicó la conveniencia de pasar a bordo. Así lo hice y me puse el cinturón de seguridad. Emprendimos la carrera por el campo; el avión dio media vuelta y regresó, rugiendo. Sentía perfectamente los empujones de la aceleración,

que me arrojaban contra el respaldo. De repente, la tierra se hundió y describimos una vuelta casi completa sobre la punta de un ala.

Miré hacia abajo y a través de la ventanilla del avión. Elena Framley estaba en pie, al lado del automóvil, con los ojos fijos en las luces del avión. Apenas pude distinguir el óvalo de su rostro y el automóvil. Luego el avión describió una curva y ya me impidió seguir viéndola. Pocos minutos después, el aparato emprendió su vuelo horizontal y las luces del campo se alejaron por la popa. Volábamos por encima de una llanura cubierta de matas de salvia. Arriba brillaban las estrellas. A nuestra espalda, las luces de Reno se agrupaban cada vez más y unos minutos después habían desaparecido por completo.

capítulo dieciséis

BERTA Cool estaba dando una fiesta. Me detuve ante la puerta del cuarto de su hotel y pude oír las risas y las voces indicadoras de que la habitación estaba llena y de que varias personas trataban de hablar a un tiempo. Llamé y Bertha preguntó quién era.

Una voz masculina le indicó que sería el muchacho que traía el hielo. Luego indicó a alguien que abriese la puerta y en cuanto descorrieron el pestillo, entré.

La reunión era numerosa. Estaban allí los tres Dearborne, Paul Endicott, Arthur y Philip Whitewell; estaba reclinada en una *chaise-longe* y se apoyaba en unas almohadas. Vestía un traje de sociedad, casi desprovisto de espalda.

Una mesa en el centro de la estancia aparecía cargada de botellas y por todas partes había vasos. Un cubo de plata, para el hielo, sólo contenía un poco de agua. Los ceniceros estaban llenos de colillas y cigarrillos y de puntas de puros. La atmósfera estaba muy cargada. Los hombres vestían de *smoking*.

Bertha Cool desorbitó los ojos al verme. La conversación se interrumpió en seco, como si alguien hubiese cerrado el conmutador de la radio en plena audición de una escena en que hablaran numerosos personajes.

—¿De dónde sales? —exclamó Bertha al verme.

Yo estaba en el umbral y todos dejaron sus vasos, como si hubiesen visto aparecer a un oficial de policía, cuando la Ley Seca estaba en vigor.

—¿Dónde demonio has estado? —preguntó Bertha, en tono ominoso.

—He estado en Reno. He encontrado a Corla Burke.

Reinaba allí un silencio tan extraordinario que permitía oír las respiraciones. Anita Dearborne aspiró ruidosamente el aire y al

mismo tiempo Eloísa suspiró. Philip Whitewell se acercó, tendiendo las manos.

—¿Dónde está? —preguntó—. ¿Está bien? ¿Acaso…?

—Está en el hospital.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó.

—Ligero trastorno mental —expliqué, mientras él me miraba como si le hubiese clavado un puñal—. Amnesia. No sabe quién es, quiénes son sus amigos, de dónde viene o qué ha sucedido. Por lo demás, goza de buena salud.

—¿En Reno?

—Sí.

—Hemos de ir allá inmediatamente, papá —dijo el joven, volviéndose a Arthur Whitewell.

Éste se pasó la mano por la calva, miró a Ogden Dearborne y me preguntó luego:

—¿Cómo lo ha conseguido usted, Lam?

—Elena Framley sabía más de lo que dio a entender —contesté.

—¿Y cómo logró hacerla hablar?

—Desde luego, enamorándola —contestó Bertha Cool—. Todas se vuelven locas por él. ¿Y qué te dijo, querido?

—Luego le daré a usted el parte —contesté—. Confidencial, por escrito y a usted.

Me volví para mirar a Arthur Whitewell y su hijo exclamó:

—Vamos, papá. Hemos de pedir un avión.

—Sí, claro está —contestó el padre—. ¿Y hay esperanzas de curación, Lam?

—Tengo entendido que su estado físico es excelente. Se trata solamente de una reacción mental. Los médicos dicen que puede haber sido causada por nerviosidad, exceso de trabajo o un sobresalto.

—¿Y ha dicho usted a los médicos…?

—Nada en absoluto.

Whitewell se volvió a la señora Dearborne e incluyendo en su observación a Eloísa y a Ogden, dijo:

—Eso es un verdadero golpe, una sorpresa… Supongo que lo comprenderán ustedes así.

—Claro está, Arthur —dijo la señora Dearborne, poniéndose en pie—. Desearíamos poder hacer algo, pero no es posible, porque es

asunto que le compete de un modo exclusivo. —Volvió los ojos a mí, dirigiéndome una mirada tan fría, que acabé por sentirme como la rama pelada de un árbol, después de una ventisca—. ¿De modo que la ha encontrado usted? —Y en vista de que yo inclinaba la cabeza, asintiendo, añadió—: Ya podía habérmelo figurado, Vámonos, Eloísa.

Ogden las ayudó a ponerse los abrigos y Bertha las acompañó a la puerta. La señora Dearborne se detuvo para pronunciar algunas frases convencionales acerca de la fiesta, pero Bertha no perdió tiempo ni malgastó palabras.

Esperó que salieran, cerró la puerta y dijo:

—Ya me pareció raro que te despidieras para seguir a esa muchacha. Claro está que estabas haciendo investigaciones. ¿Cuánto has gastado?

—Bastante.

Ella dio un ronquido de disgusto y Philip se volvió a su padre, diciendo:

—No perdamos un minuto, papá.

—Será difícil —contestó su padre— encontrar aquí un buen avión, pero podremos intentarlo. Si acaso, telefonearemos a Los Ángeles para que nos envíen uno en seguida. Tú, Philip, podrías ir al aeropuerto para ver si encuentras algo aceptable. Te acompañará Paul y te ayudará. Haced lo que os parezca mejor…

—Puedo ofrecerles un avión que me ha traído desde Reno —dije —. Tiene capacidad para tres pasajeros, aparte del piloto.

—Bien —dijo Bertha—, yo me quedo y el señor Endicott podrá aguardar conmigo. Usted y Philip, Arthur, podrán marcharse con Donald.

—No nos demos excesiva prisa —dijo Endicott—. Tengamos en cuenta que la señorita Corla está perfectamente atendida. Con toda probabilidad, no nos permitirán que la veamos antes de mañana por la mañana, de modo que me parece mucho más urgente buscar un médico especialista. ¿No le parece, Arthur, que podríamos telefonear al doctor Hinderkeld, para que tomase un avión y se reuniera con nosotros en Reno? En casos parecidos, una sorpresa puede despertar la memoria del paciente, pero también podría ocurrir que ello resultara desastroso. Todo depende del estado de la enferma.

—Tiene razón, Paul. Telefonee al doctor Hinderkeld. Pero antes convendrá ver qué se puede hacer aquí con respecto a encontrar un avión. Si hemos de pedirlo a Los Ángeles, lo podría tomar Hinderkeld y así iríamos todos juntos a Reno.

Philip estaba en pie, al lado de la puerta y con la mano en el porno.

—Vamos, Paul —dijo. Y, volviéndose a su padre, añadió—: Haz lo que quieras con respecto al médico, pero yo voy inmediatamente a su lado.

Endicott dirigió a Arthur Whitewell una mirada y luego salió en compañía de Philip.

Whitewell se volvió a mí, diciendo:

—Supongo que debo darle las gracias por eso.

—¿Por qué?

—¿Quiere dar a entender que no lo sabe?

—Usted deseaba que la encontrase, ¿no es así? Pues la he encontrado.

—Dijo usted a la señora Cool que, a su juicio, yo podría haber dictado aquella carta y que, además, quizá le di dinero. Es evidente, joven, que no tiene usted una opinión muy elevada de mí.

—Me han empleado para realizar un trabajo —contesté—. La carta que la señorita Corla dirigió a Elena Framley, estaba escrita en una hoja de papel de la oficina de usted. La parte superior, correspondiente al membrete, fue cortada con un cuchillo. Las mujeres no suelen llevar cuchillos consigo. Una mujer que quisiera cortar la parte superior de una hoja de papel de cartas, utilizaría un cortapapeles o unas tijeras, y también podría rasgar el papel, pero nunca utilizaría un cuchillo afilado.

—¿Y qué importa eso?

—La carta fue escrita por la noche, porque fue recogida por el correo antes de las doce. Fue escrita en un papel de cartas de su oficina y sospecho que también se hizo todo eso en el despacho de usted.

—¿Y qué más?

—Estaba presente un hombre. Ella, antes de ir a aquella oficina, no tenía la menor intención de escribir semejante carta, porque, de otro modo, ya la habría llevado escrita o bien hubiese esperado a estar de nuevo en su habitación para escribirla. Se dirigió, pues, a la

oficina de usted y allí encontró a un hombre. Conversaron. Como resultado de esa conversación, ella resolvió escribir esa carta. Por alguna razón que ahora importa poco, se consideró necesario que escribiera aquella carta entonces y allí. Así lo hizo. El hombre cortó el membrete con su cuchillo y alguien proporcionó un sobre franqueado. Corla Burke desapareció misteriosamente al siguiente día. Las circunstancias que rodearon su marcha eran tales, que resultaba imposible creer que no lo hubiese hecho por su propia voluntad. Sobre su mesa escritorio dejó un bolso con todo el dinero que tenía, Sin dinero no podría haber ido muy lejos y de eso se deduce que alguien le proporcionó la cantidad necesaria.

»En aquella carta, dirigida a Elena Framley, se indicaba lo suficiente para dar a entender que se marchaba por su propia voluntad y a consecuencia de alguna circunstancia que, a su juicio, la ponía en mal lugar con respecto al hombre con quien había querido casarse. Usted, con toda evidencia, conocía esa carta y tenía buena idea de su contenido. Se mostró dispuesto a contratar a unos detectives particulares para que empezaran a trabajar acerca de ese acaso. Tuvo buen cuidado de que los detectives se entrevistasen con usted en Las Vegas, para empezar a trabajar con usted aquí. Y estaba tan deseoso de que encontraran a la señorita Elena Framley, que ya lo había preparado todo, como si fuese un paquete ya envuelto, atado, precintado y dispuesto para su entrega. Además, siempre lleva consigo sobres franqueados. Ahora ate usted todos esos cabos y vea lo que le parecería en el caso de que fuese un detective.

—¡Maldito seas, Donald! —exclamó Bertha—. Ten en cuenta que es un cliente… y, además, un amigo.

—No se apure —le dije—. Estoy dando el parte. Y todavía no he dicho nada contra nadie.

—Esa palabra «todavía» parece una amenaza —observó Whitewell. Yo no contesté y él añadió—: ¿Cuánto hay de verdad en ese ataque de amnesia?

—Tuve el recelo de que su desaparición pudiera haber sido originada por un matrimonio anterior.

—¿Y cómo se le ocurrió esta idea?

—Corla se marchó por su propia voluntad, con objeto de que ni ella ni Philip pudieran verse en una situación desagradable.

Además, esa muchacha no era de las que se venden y usted no habría podido comprarla, de modo que, examinando el asunto desde varios puntos de vista, la única explicación plausible era la de que en todo ello, estuviera mezclado un matrimonio anterior.

—¿Y por esta razón se dirigió usted a Reno?

—Sí, señor. Las personas que sufren a consecuencia de un matrimonio desgraciado y desaparecen de pronto, es muy probable que hayan ido a Reno.

—Y supongo que, una vez allí, haría usted indagaciones en los hospitales —exclamó Whitewell sarcástico.

—Eso es. Había tan sólo dos soluciones prácticas. Una podía ser un matrimonio anterior y la otra un ataque de amnesia.

—¿Y en el caso de que hubiera existido un matrimonio anterior, ella habría ido a Reno?

—Exactamente.

—¿Y para qué tenía que ir a Reno, de haber sufrido el ataque de amnesia?

—Fue una complicación de ambas circunstancias —dije, sonriendo.

—Y la encontró en el hospital, ¿verdad? ¡Qué bonito!

—Sí. Al dar la última ronda de la tarde, averigüé que una mujer de las señas de la señorita Burke fue recogida en la calle, aquejada de un ataque de amnesia. Hice las indagaciones correspondientes y me convencí de que era Corla Burke. Las autoridades del hospital estaban deseosas de encontrar a alguien que la conociera y, como es natural, trataron de sonsacarme. Yo guardé silencio.

Whitewell se llevó la mano a la calva, se acarició los pocos cabellos que le quedaban y dijo:

—Si usted se hubiera limitado a descubrir a Elena Framley, a encontrar y entregarme esta carta, para no acordarse más del asunto, sus servicios me habrían parecido más valiosos.

—¿Por qué, pues, no me dijo exactamente lo que deseaba? Recuerde que me encargó buscar a Corla Burke.

—En el periódico —me contestó, metiéndose las manos en los bolsillos—, he leído que el individuo que vivía con Elena Framley era Sidney Jannix.

—No vivía con ella. Entre ambos no había más que una asociación comercial.

Bertha Cool dio un ronquido de indignación.

Whitewell dijo:

—Ahora que ha declarado públicamente su hallazgo de Corla, Philip irá a verla, como se comprende. Jannix ha muerto… asesinado, por suerte para ella. Corla no recuerda lo ocurrido. La pobre muchacha sufría un desgaste nervioso. ¿No le parece que sería magnífico que, al ver a Philip, recobrase la memoria? Entonces no recordaría nada en absoluto de lo que ha ocurrido desde que salió de la oficina y, por su parte, no tendría ningún inconveniente en casarse con mi hijo.

—Creo que eso —contesté, mirándolo fijamente— haría muy feliz a su hijo.

—Es posible —me contestó—, pero me importa mucho más la felicidad de mi hijo dentro de uno o diez años, que la satisfacción de un capricho pasajero.

—Lo comprendo. Pero tenga en cuenta que usted me contrató para que encontrase a Corla Burke. Y lo he conseguido.

—Tiene razón en eso, Arthur —observó Bertha Cool—. Debió usted de habernos hablado con la mayor franqueza. Ya le dije que Donald es muy competente y que trabaja muy de prisa. Y…

—¡A callar! —dijo Whitewell, sin dejar de mirarme.

Bertha Cool se puso en pie como impulsada por un resorte.

—¿Con quién demonio se figura que está hablando? —preguntó —. ¡A mí no me manda usted callar! Parece mentira que un caballero tan refinado sea capaz de hablar así a una señora. Nos contrató usted para que nos encargásemos de un trabajo y lo hemos llevado a cabo. Ahora saque su talonario de cheques y páguenos.

Whitewell no le hizo ningún caso y, volviéndose a mí, exclamó:

—Supongo que también estaría usted dispuesto a practicar un poco de *chantaje*.

—¿Acerca de qué?

—Que me amenazará con decírselo todo a Philip, si no le pago la suma que pretende.

—Yo doy el parte a Bertha Cool —repliqué—. Ella dirige la agencia del modo que mejor le place. No tengo nada que decir de eso. Pero, si quiere obrar como los avestruces y ocultar la cabeza en la arena, recuerde que la policía de Las Vegas puede mostrar algún interés.

—¿Y qué les importa eso?

—Ya no se acuerda usted del asesinato.

—¿Quiere darme a entender que todo eso tiene alguna relación con el asesinato?

—Pudiera ser.

—En cuanto haya logrado aclarar esa observación enigmática —dijo, mirándome ceñudo—, creo que encontrará punto flaco en el asunto. Y eso tiene todas las señales de ser la iniciación de una campaña de chantaje.

Encendí un cigarrillo y Bertha dijo:

—Mejor será que deje de soñar, vuelva a la tierra y se convenza de que aún no ha terminado con nosotros. Va a necesitar quien lo proteja para alejar de usted ese crimen.

—¿Alejar ese crimen de mí? —exclamó Whitewell.

—Parece usted tonto —dijo Bertha, dirigiéndole una dura mirada—. No olvide que aquella muchacha lo vio.

—Bueno —dijo Whitewell, sonriente con expresión de triunfo—. Será muy interesante ver lo que sucede. Corla Burke ha perdido la memoria y no sabe lo que puede ocurrir desde el momento en que acabó de tomar unas cartas al dictado, el día de su desaparición. Lo primero que recordará es la entrada de Philip en el hospital, llamándola, porque la sorpresa y la emoción le devolverán la memoria. Es usted un magnífico maestro de ceremonias, Lam.

—Adelante —le dije—. Cuéntenos usted el resto.

—Voy a hacerlo. Corla Burke era una aventurera. Se había casado anteriormente y ocultó este matrimonio a mi hijo, a quien conquistó por completo. Se disponía a casarse con él. Luego, pocos días antes de la ceremonia, su marido se presentó de modo inoportuno. Corla Burke desaparece inmediatamente. Poco después su marido muere asesinado. En cuanto ella se ve viuda y, por lo tanto, en situación de contraer matrimonio, un detective particular la encuentra en un hospital, aquejada de amnesia, y no insultaré la inteligencia de ustedes insinuando que no puede ocurrir otra cosa sino la curación inmediata de Corla en cuanto vea a mi hijo. Y espero que ustedes tampoco insultarán a mi inteligencia, pretendiendo que me trague esa comedia, como si fuese algo real. Pero lo interesante es que ella era la única persona que tenía motivo e interés para matar a Sidney Jannix. Deseaba quitarlo de en medio.

Tenía toda clase de razones para saber que lo encontraría por medio de Elena Framley; y convendría, Lam, que reflexionase usted acerca de todo eso.

—¿Por qué?

—Porque si ella no sabe dónde ha estado durante todo ese espacio de tiempo, no podrá negar que estuvo en Las Vegas y tampoco que mató a su marido.

—¿Y qué más?

—Tiene usted un avión que lo espera. Nosotros tomaremos otro. Si saliera usted inmediatamente, podría llegar a Reno antes que nosotros. Si Corla Burke no está en el hospital a nuestra llegada, por lo que se refiere a mí, ya no habrá ninguna tentación para relacionarla con el asesinato de su marido.

—No entiendo —dije.

—¿Y por quiénes nos ha tomado usted? —preguntó Bertha Cool.

Whitewell hizo un leve gesto con las manos y añadió:

—Bueno, vamos a examinar el asunto de otra manera. Philip es mi hijo único y también el único pariente que tengo. Comprendo que es un muchacho aficionado a hacer análisis introspectivos, anormalmente sensible e inclinado a la melancolía. Me doy cuenta de que su felicidad no sólo depende de él y que se deja influir por el ambiente. Eso indica que su matrimonio será algo muy importante y que influirá extraordinariamente en él la mujer con quien se case.

»Supongo que me hará el obsequio de concederme alguna inteligencia y que se darán cuenta de que conozco a mi hijo mejor que nadie. Su felicidad es, para mí, algo esencial, y si creyera que ha de ser feliz con Corla Burke, removería cielos y tierra para dársela. Cuando me oponía a ese casamiento, fue por creer que ella no era la mujer que le convenía. Y aun llegué a imaginar que esa boda podría ser el preludio de una tragedia. Ella no es el tipo que conviene a mi hijo. Destrozaría su corazón. Algunos hombres pueden casarse más de una vez, pero mi hijo no se halla en este caso.

—¿Y qué opinará cuando sepa que ella estuvo ya casada?

—Lo que quiere usted indicar es cómo va a descubrirlo. Yo no se lo diré, y ella tampoco, gracias a esa oportunísima pérdida de la memoria. Tal vez se entere después de la boda, pero eso sería más tarde y ya veríamos. Ahora, Lam, no olvide que si alguien me

contratara, puedo ser hombre duro y violento. Por lo tanto, si no procura usted que Corla haya desaparecido cuando mi hijo llegue a Reno, ella se verá presa y acusada de asesinato, y todo se irá a paseo, porque si insiste en que ha perdido la memoria, ya no tiene salvación posible.

Yo di un bostezo, y él se quedó mirándome, airado.

—Hablo en serio, ¡insolente! —exclamó.

Llevé la mano al bolsillo y, mientras tanto, él cruzó la estancia, se dirigió al teléfono y dijo:

—Voy a llamar a la Jefatura de Policía.

Saqué la carta que había tomado en el piso de Corla Burke, en Reno. Whitewell dirigió una mirada al sobre y soltó el receptor telefónico como si hubiese sido un hierro candente. Entonces dije:

—En Reno fui a preguntar a Correos, figurándome que tal vez hubiese alguna carta para Corla Burke y, en efecto, había ésta.

Él se quedó inmóvil.

—Eso ha sido un quebrantamiento de las leyes postales y puede costarle a usted muy caro.

—Pude observar —añadí apaciblemente— que Paul Endicott parecía muy ansioso de expedir su carta con respecto a aquella opción. Me alegro de que usted la aceptara. Con toda evidencia, él está muy bien enterado de todos sus asuntos.

—¿De qué demonios está hablando, Donald? —preguntó Bertha.

—Suponga usted que Philip encaja bien el golpe y continúa amando a esa mujer —dije—, sin tener en cuenta las veces que pueda haber estado casada. Usted es un hombre que quiere a su familia, señor Whitewell, y estará muy solo sin la compañía de su hijo y le resultará doloroso verse alejado de sus nietos.

Si le hubiese dado un puñetazo en el plexo solar, no se habría puesto más pálido.

—Si yo me viera en su caso —añadí—, consideraría que ese ataque de amnesia es la mejor oportunidad que ha tenido en el espacio de diez años.

—Cuando mi hijo se entere de cómo lo ha engañado ella —dijo convencido—, la abandonará. Desde luego le dolerá, pero, sin embargo, lo hará.

—Se equivoca —contesté—. En primer lugar, no se enterará. Y ahora voy a comer algo. Volveremos a vernos dentro de veinte

minutos.

Salí dejándolo solo con Bertha. Me encaminé a un bar, tomé un mondadientes y volví a la habitación de Bertha Cool. Estaba sola y le pregunté adónde había ido Whitewell.

—En busca de algunas cosas. Realmente, Donald, no debieras haberlo tratado así.

—Le he dado una buena oportunidad con ese asunto de la amnesia y ha sido lo bastante tonto para no comprenderlo —dije.

—No, no ha sido tonto, sino, que está seguro de que Philip hará lo que él desea.

—Philip está enamorado…

—Dime, Donald, ¿qué había en la carta que envió?

—Poca cosa.

Me miró ceñuda. Sonó el teléfono, tomó el receptor, escuchó unos momentos y exclamó luego:

—Está bien. Vamos allá. —Colgó el receptor y añadió—: Philip ha tomado un avión y entre ése y el que trajiste de Reno, nos llevarán a todos. Vamos en seguida, Donald. ¿Y qué decía en esa carta?

—Vámonos —exclamé, dirigiéndome a la puerta.

capítulo diecisiete

BERTA subió al avión conmigo. Los demás tomaron el que había contratado Philip. En el último momento, Endicott decidió acompañarnos, por el gusto de hacer el viaje.

El zumbido del motor me indujo al sueño poco después de haber despegado. A veces, Bertha me despertaba de un codazo, para hacerme preguntas, pero yo contestaba con un monosílabo y volvía a sumirme en el sueño.

—No debías de haberte puesto así con Arthur Whitewell, Donald. Además, ya sabía yo que ibas a encapricharte por una mujer. Y no puedes enamorarte de ninguna, porque, en realidad, estás enamorado de tu profesión.

—Es posible.

—Oye, ¿fue Elena Framley la que mató a ese hombre?

—Espero que no.

Sus ojos brillaron observaban mi rostro para advertir mi expresión.

—Elena Framley sabe mucho acerca del asesinato —observó.

—Tal vez.

—Algo que no ha dicho a la policía.

—Es posible.

—Apostaría a que te lo ha dicho. Oye, Donald, ¿cómo lo hiciste para obligarla? ¿Y cómo consigues tal sumisión por parte de todas? ¿Las hipnotizas? No tienes más remedio. Estoy segura de que las dominas hasta el punto de que no tienen más recurso que obedecerte. Quizá se debe a tu combatividad, a pesar de que estás convencido de que van a pegarte. Sí, será eso, porque a las mujeres les gusta mucho un hombre luchador.

Volví a dormirme, pero Bertha me despertó de nuevo, preguntando:

—Oye, Donald. ¿Se te ha ocurrido imaginar lo que va a suceder?

—¿Qué?

—Whitewell tiene dinero, influencia y, además, es inteligente, de modo que no se dejará dominar. —Y en vista de que no contestaba, añadió—: Apostaría a que esa muchacha Framley hará lo que tú le pidas.

Aquello no merecía respuesta y Bertha continuó:

—No hay duda de que el asesino debe de estar sudando sangre en estos momentos. ¿Crees que esa Framley sabe quién es?

—Me parece que sí.

—Entonces, ¿te lo ha dicho?

—No.

—Pero lo dirá a la policía… si se lo preguntan.

—No lo creo.

—Donald.

—¿Qué?

—¿Supones que el asesino sabe que ella no hablará?

—Todo depende de quién sea el asesino —contesté.

—Tú lo sabes, Donald, ¿verdad?

—No lo sé.

—¿Qué cosa no sabes?

—Si lo sé o no lo sé.

—Es una respuesta muy rara —observó ella.

—Se engaña.

Luego me dormí profundamente, durante los cortos segundos de silencio que siguieron. Al despertar nos disponíamos a aterrizar en el aeropuerto de Reno y precisamente me había despertado el cambio del ritmo del zumbido del motor. Bertha Cool estaba muy erguida sobre su asiento, deseosa de demostrar su desagrado por medio del silencio. El avión describió un círculo para aterrizar y el otro aparato nos seguía a corta distancia, de modo que aterrizó inmediatamente después.

—Observo —dijo Paul Endicott— que hay aquí un avión que saldrá dentro de quince minutos hacia San Francisco. No veo ninguna razón para acompañarlos a ustedes a la ciudad y volver luego aquí. El vuelo me ha parecido muy bien y creo que todos estamos ya tranquilos. —Miró a Whitewell y le dijo—: Buena suerte, amigo.

Se estrecharon las manos y Philip dijo:

—Yo necesito la suerte mejor que los demás. ¿Crees que me reconocerá, papá?

—Me parece que sí —contestó secamente su padre.

Endicott estrechó la mano de Philip y le dijo:

—Valor, muchacho. Recuerde que todos estamos dispuestos a apoyarlo.

Philip trató de decir algo, pero sus temblorosos labios apenas le permitieron pronunciar las palabras. Endicott disimuló su turbación charlando sin parar, de modo que Philip no tuvo necesidad de replicar.

Formábamos allí un grupo compacto, en espera de los taxis que habíamos encargado por teléfono. Yo dije a los demás que me veía precisado a celebrar una conferencia telefónica y me excusé. Quería obtener noticias de Elena y de Louie, pero la pequeña estación de servicio de gasolina inmediata a nuestra cabaña no figuraba en el listín telefónico. Regresé al lado de mis compañeros y, a causa del frío, empecé a golpear el suelo con los pies, en espera del taxi.

Por último llegó el vehículo y subimos. Arthur Whitewell subió al coche.

—¿Cómo se llama ese hospital? —preguntó Bertha.

—El Puerto de Misericordia —dije al conductor, mientras fijaba la mirada en Arthur Whitewell. Era inexpresiva y guardaba la mayor inmovilidad. Philip, en cambio, se mordía los labios, se daba tirones a las orejas, se revolvía en su asiento, miraba por la ventanilla, evitando los ojos de las demás y deseoso, sin duda, de que no nos fijásemos en él.

Nos apeamos ante el hospital. Y yo, dirigiéndome a Bertha, le dije:

—Tenga usted en cuenta que en adelante el asunto será ya estrictamente familiar.

—Creo, Philip —dijo Arthur a su hijo—, que será mejor que subas tú primero. Si la emoción de verte no arregla el asunto, no deberás desalentarte, porque llamaremos al doctor Hinderkeld, que lo resolverá todo.

—¿Y si recobra la memoria al verme? —preguntó Philip.

—Yo estaré aguardando —contestó el padre, apoyando la mano en el hombro de su hijo.

Bertha me miró y dije:

—Me da muy mala impresión esperar en un hospital. Volveré dentro de una hora. Será muy pronto para el caso de que pueda ayudar en algo, pero, de otro modo, usted tendrá tiempo para terminar el asunto.

—¿Y adónde vas? —preguntó Bertha.

—He de hacer algunas cosillas —contesté—. Me llevaré el taxi.

—Me parece —dijo Whitewell a Bertha— que usted y yo habremos de pasear un buen rato por la sala destinada a los padres.

—Yo no —replicó Bertha—. Me marcho con Donald. Estaremos de regreso dentro de una hora y luego iremos a desayunar.

—¡Magnífico! —dijo él.

Bertha me hizo una señal y Whitewell, dirigiéndose a ella, exclamó de modo que pudiera oírlo su hijo:

—No puedo manifestarle a usted cuánto le agradezco… bueno, ya hablaremos de eso más tarde. Estoy seguro de que ya me comprende. —Afectuoso, apoyó la mano en el hombro de Bertha—. Su comprensión y su simpatía han sido para mí mucho más valiosas de lo que puede imaginarse. Y espero que se encargará usted todavía de todo este asunto… Usted…

Murió su voz y, dando una rápida palmadita a Bertha, se volvió.

Philip, que había estado haciendo algunas averiguaciones en el escritorio, entró en la cabina del ascensor, acompañado de una enfermera. Arthur Whitewell se acomodó en un sillón, en tanto que Bertha y yo salimos para recibir el frío del aire de la montaña.

—Bueno —dije—, tomaré el taxi y…

—¿Se puede saber adónde vas? —preguntó Bertha.

—¡Ah! A ver a Elena Framley.

—Yo también —exclamó ella.

—No necesito ninguna dama de compañías.

—Eso es lo que te figuras.

—Sea usted razonable —le dije—; sin duda ella estará en la cama. Y yo no puedo ir allá, a despertarla y decir: «Permítame que le presente a la señora Cool».

—¡Y un cuerno! Si está en la cama, no vas a entrar en su cuarto. No te atreverás. Te quedarás ante la puerta. Por consiguiente, Donald, dime qué demonio te propones.

—Ya se lo he dicho.

—Sí. Pero debo advertirte que sé leer en ti como si fueses un libro abierto. Ahora tienes un truco acerca de algo.

—Bueno —dije—, si quiere, acompáñeme y lo verá.

—Eso me gusta más.

Nos dirigimos al taxi, di al chófer las instrucciones necesarias acerca del lugar adonde debía ir y cuando estuvieron en el interior del coche, Bertha se volvió y me dijo:

—Dame un cigarrillo y dime qué demonios pasa.

—¿Quién mató a Jannix? —pregunté, mientras le daba el cigarrillo.

—¿Cómo puedo saberlo?

—Pues fue alguien que estaba cerca de Arthur Whitewell.

—¿Por qué? —preguntó.

—Es como le digo. Jannix había empezado a practicar el chantaje y alguien le hizo traición.

—Mira, cuéntamelo más claro —dijo Bertha, sin acordarse de que aún no había encendido el cigarrillo.

—La primera parte está muy clara. Elena Framley no escribió a Corla Burke. Lo hizo una persona que utilizó su nombre, indicando a Corla que contestase a Elena.

—¿Y qué más?

—Si Corla hubiese caído en esa trampa y luego continuara adelante, casándose con Philip Whitewell, el matrimonio habría sido bígamo. Ella había estado persuadida de que Jannix, mientras tanto, obtendría el divorcio. Pero ya sabe usted lo que habría ocurrido. Este divorcio ni siquiera se habría solicitado. Y su primer marido continuaría sangrándola constantemente. Una vez ella se hubiese casado con Philip, Jannix se guardaría muy bien de pedir su divorcio, porque tendría a su primera mujer en el lugar y la situación que más le convenía.

—¿Y crees que Elena Framley no escribió esa carta?

—Estoy seguro de ello. En primer lugar —añadí al observar el rostro de mi interlocutora—, porque ella me lo dijo así. Y, además, no habría escrito semejante carta a una mujer que se hallara en la situación de Corla Burke. Sin duda, esa carta fue escrita por otra persona, por alguien que vivía cerca o en frecuente contacto con Elena Framley.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque el autor de la carta indicó a Corla que contestase a Elena Framley, mandando la respuesta a Lista de Correos.

—¿Y por qué no había de mandar la carta a su casa?

—Porque Elena Framley no había de recibirla. Cuando llegó a Las Vegas recibió algunas cartas por medio de la Lista de Correos. Jannix había reconocido algunas veces esas misivas y tal vez obrase en su poder una autorización escrita por ella, para que recogiese las cartas que hubiesen llegado a su nombre.

—Ya comprendo —dijo Bertha.

—Pero los empleados de Correos fueron demasiado amables y eso, naturalmente, no pudieron preverlo los conspiradores.

—Comprendo muy bien —dijo Bertha—. Prosigue. Entregaron la carta personalmente a Elena Framley y, como es natural, la misiva no tenía ningún sentido para ella. Pero, ¿por qué resultó muerto Jannix?

—Porque estaba metido en este asunto, aunque no lo dirigía él. En el fondo había otra persona deseosa…

—¿De llevar a cabo un chantaje? —preguntó Bertha.

—No —contesté—. Ése fue el cabo que le ofrecieron a Jannix. Pero quienquiera que fuese, conocía muy bien a Corla Burke, para estar persuadido de que, en tales circunstancias, no se casaría. Por consiguiente fue alguien deseoso de interrumpir la boda. No actuó, pues, con el propósito de un chantaje.

—¿Y quién fue? ¿Quién sería ese individuo?

—Podían ser varias personas del grupo de Arthur Whitewell o de los Dearborne. También pudo haber sido Endicott, y quién sabe si fue el mismo Philip.

—Adelante.

—La escena estaba muy bien preparada y se desarrolló a la mayor perfección. La única dificultad consistió en que después Jannix se dio cuenta de que había sido burlado y, por consiguiente, amenazó con hablar.

—¿Y recibió, como consecuencia, una dosis de plomo? —preguntó Bertha.

—Eso es.

—Arthur Whitewell no es capaz de hacer eso —añadió.

—No tiene ninguna coartada.

—¿Y los Dearborne? —indicó Bertha—. Son un grupo de gente

hambrienta, astuta, que no me inspiran confianza.

—Lo mismo creo.

El automóvil penetró entonces en la calle principal de Reno, donde se hallaban todas las casas de juego, y nos llevó hacia el barrio de casas particulares, abundante en árboles.

—De modo —dijo Bertha— que ahora vas a ver a Elena Framley con objeto de que te dé algunos informes.

—Voy a dejarla al margen de todo eso. Todo lo que deseo hacer es asegurarme de que la otra persona la deja libre de todo compromiso.

—No te comprendo.

—Cuando me despedí de usted, en Las Vegas, tuve el mayor cuidado de hacerlo en tales circunstancias que usted se creyera obligada a quejarse en alta voz. Deseaba que comunicase a todos los que estuviesen relacionados con ese asunto que yo era una mala persona, un ingrato y que me había fugado con Elena Framley. Y esta información sólo habría interesado a una persona, es decir, al asesino.

—No te creo. Estás enamorado de esa muchacha, Donald. Y por esta razón te preocupas por ella. Pero si no te equivocas, yo también asistiré al epílogo.

—Si usted quiere, puede esperar en el automóvil.

—No es posible que nadie haya ido por ahí y aún en el caso de que quisiera tomar esa dirección tardaría bastante.

—No estoy muy seguro de eso. Recuerde que Endicott se quedó en el aeropuerto de Reno; que Arthur Whitewell no subió con su hijo a la habitación de la enferma; que Ogden Dearborne es piloto de aviación y copropietario de un avión. Y, sin embargo, no dijo una palabra de poner el aparato a la disposición de Philip. ¿Por qué?

—Quizá por la razón de que el aeroplano no es de su exclusiva propiedad.

—Es posible y también puede ser que él lo necesitara para dirigirse a toda prisa a alguna parte.

—O bien con su hermana —observó Bertha.

—O con su madre.

—Bueno; eso es lo que resulta de tener a un detective enamorado —exclamó Bertha—. Habría estado mucho más cómoda

en el hospital. Creo que estás loco.

—Ninguna necesidad tiene de acompañarme. Ya le dije que el automóvil puede llevarla de nuevo a la ciudad.

—Lo malo es —observó Bertha— que si me quedo ahí para helarme un rato, no ocurrirá nada. Si, en cambio, me llevo el automóvil a Reno, sorprenderás al asesino dentro de media hora, te pavonearás, a causa del éxito y te burlarás de mí. Por consiguiente, Donald, te acompaño a donde vayas.

—Bueno —dije—. Lo que quiera.

—Deberías conocerme ya para saber que siempre obro así.

—Miré hacia el exterior, en busca de algunos puntos de referencia. Subimos una ligera cuesta, describimos una curva y empezamos a bajar por el otro lado. La estación de servicio de gasolina y la cabaña solitaria que había más allá se mostraron como manchas negras sobre el fondo del cielo. Y luego no tardaron en quedar detrás de nosotros.

Abrí la ventanilla y di orden al chófer de que parase el coche.

Bertha se apeó conmigo. En el cielo oriental aparecía una línea de luz muy pálida y sin color. El frío del desierto parecía mucho más intenso después del calor que habíamos gozado en el interior del coche.

Echamos a andar. El conductor nos miró unos instantes dio marcha atrás y por fin se abrigó bien con su gabán.

—¿Está muy lejos? —preguntó Bertha.

—A cosa de tres cuartos de milla.

—Mira, yo vuelvo al coche —exclamó—. Que se vaya todo al diablo.

—Bueno, si quiere, regrese a la ciudad con el coche. Yo tengo otro bastante bueno para llevarme adonde quiera ir. Y volveré al hospital en cuanto esté convencido de que todo marcha bien.

Bertha se volvió, sin pronunciar palabra, en dirección al coche. Poco después vi que el chófer encendía los faros y que echaba a correr. La faja de luz del cielo oriental era mucho más clara, de modo que ya podía divisar los objetos como manchas negras en un fondo gris. Ante mí pude ver la estación de gasolina, con su casita inmediata y más allá la cabaña que ocupaban mis amigos. Me deslicé por entre las sombras y aguardé. Por momentos era más intensa la luz del cielo. Cualquiera que vigilase entre las sombras

podría haber notado mi aproximación, aunque no reconocerme. Hacía frío. El aire estaba inmóvil, pero, sin embargo, sentía heladas las puntas de mis orejas y de mi nariz. Habría deseado golpear el suelo con los pies, pero no me atrevía a moverme. A lo lejos oí el paso de un automóvil y me dije que, sin duda, dentro iría mi hombre.

Me pregunté también lo que sucedería. ¿Y si Louie se hubiese emborrachado otra vez? ¿Y si el intruso fue allá armado con una pistola y no perdió el tiempo en hablar? En aquel momento el automóvil describió una curva, sus faros iluminaron la carretera y ni siquiera disminuyó la marcha, sino que continuó corriendo y desapareció.

Metí las manos debajo de los sobacos, para calentármelas. Temblaba de frío y castañeteaban mis dientes. Tenía los pies convertidos en dos bloques de hielo. No percibía ningún ruido, no observé la aproximación de un automóvil y no pude notar nada más sino que el frío era cada vez más intenso.

Consulté el reloj, porque exponiendo la esfera a la luz oriental, podía verla claramente. Aún tardaría en aparecer el sol cosa de tres cuartos de hora. Pero yo no podía continuar allí. No me había imaginado siquiera con qué facilidad el aire del desierto arrebata el calor que una persona puede almacenar.

No tuve deseo de despertar a la joven. Me acerqué a la otra ventana y en voz baja y cautelosa llamé a Louie. Más no obtuve respuesta. Con una piedrecita di ligeros golpes en el vidrio. No ocurrió nada. Entonces silbé y aguardé esperanzado, pero tampoco pude oír ninguna respuesta.

El cielo oriental se había teñido ya de color naranja y las estrellas retrocedieron a mayor profundidad en el espacio. Yo estaba temblando de pies a cabeza. Volví a llamar a Louie, y en vista de que no me contestaba, fui a la puerta, la empujé y noté que estaba abierta.

Tuve la sensación de que, dentro, el frío era aún más vivo que en el exterior. Sin duda, Louie dejó la puerta abierta, a pesar de mi recomendación. La cerré con cuidado a mi espalda y avanzando, cauteloso, me dirigí al dormitorio de Louie, cuya puerta estaba cerrada. La abrí y lo llamé, pero entonces pude notar que la cama no estaba deshecha.

Me quedé anonadado, preguntándome qué podría significar aquello. Luego me dirigí al dormitorio de Elena Framley. No me entretuve en llamar, sino que abrí la puerta de un golpe.

También su cama estaba vacía y transcurrieron unos segundos antes de que viese algo blanco, sujeto a la almohada. Era un sobre cerrado y dirigido a mí. También observé que estaba franqueado. Quizá no tuvo la certeza de mi regreso y puso un sello en el sobre, con objeto de que alguien pudiese echar la carta al correo. Rompí el sobre y leí:

«Querido Donald. Me parece que éste es el único medio. Tiene usted una vida por delante y yo también la mía. Las dos no se han confundido ni se confundirán jamás. Usted es usted y yo soy yo. No tengo más remedio que marcharme. El fajo de billetes que le di procedía del dinero de las máquinas tragaperras. Me descubrió un policía, y aun cuando pude esquivarlo, no hay duda de que me buscarán. Después que se hubo marchado usted, hablé con Louie. Él se da muy buena cuenta de mis sentimientos. No puedo trabajar en las máquinas tragaperras sin verme acompañada por un hombre hábil en manejar los puños y que, además, conozca el asunto. Louie opina como yo. Pero recuerde, Donald, que también en este caso se trata de una asociación comercial. Eso ha quedado claramente especificado. Además, no creo que con Louie llegue a tener las mismas dificultades que con Pug, porque el primero sabe cuáles son las inclinaciones de mi corazón y sería capaz de besar la tierra que usted pisa.

»Ahora supongo que ya estará enterado con respecto a Pug. Pero no tengo la seguridad de que antes no lo supiera también.

»La situación llegó a ser tal, que o bien desaparecía él o desaparecíamos los dos. Él guardaba esa pistola en el cajón del "buró", donde había también algunos de sus papeles y otras cosas que no había querido dejar en la habitación en que dormía. Yo le ofrecía cederle un cajón del "buró". Estaba enterado de que allí existía una pistola. En cuanto empezó a mostrarse celoso, tomé el arma y la oculté en el platero de la cocina, pues él no la buscaría nunca allí. En cuanto nos vio a usted y a mí, en la calle, y después de tener la agarrada con el teniente, se encaminó, en línea recta a mi casa, apagó las luces y se ocultó en el armario.

»Poco después de las nueve llegué yo, encendí las luces y Pug abrió la puerta del armario. Estaba loco. Me fue imposible manejarlo. Juró que iba a matarnos a los dos. Me acusó también de haberlo entregado a la Policía. Me pegó y luego se dirigió al cajón, en busca de la pistola. Por mi parte, corrí hacia la puerta, pero se me anticipó. Entonces me metí en la cocina, pero no pude cerrar la puerta, sino solamente entornarla. Quizá por espacio de un minuto luchamos los dos y, al fin, logró abrir la puerta, arrojándome contra la fregadera. Abrí la puerta del armario de la cocina, tendí la mano hacia el platero y él, mientras tanto, se acercaba.

»No tengo el más pequeño remordimiento. No me quedaba otro remedio. De acuerdo con las creencias de usted, yo debiera haber avisado a la Ley, contarle mi historia, permitir que hicieran indagaciones acerca de mi pasado, preguntarme con respecto a mis medios de vida y, mientras tanto, me tendrían en la cárcel, en espera de que declarase el día de la vista de la causa. Pero yo no hago las cosas de este modo. Me dirigí al piso de la señora Clutmer, llamé, y así tuve la certeza de que no estaba en su casa. Nadie contestó a mi llamada, de modo que salí de la casa, dejando la puerta abierta. Y tiré la pistola donde nadie podrá encontrarla.

»Juré que nunca revelaría a nadie lo que acababa de hacer, pero a usted no puedo ocultárselo. Es preciso que sepa algunas cosas. La muchacha con la nariz de conejo se llama Dearborne y está loca por Philip Whitewell. Alguien en la organización de los Whitewell deseaba que no se celebrara el matrimonio y pusieron a unos detectives sobre la pista de Corla Burke. Descubrieron su pasado y entonces vigilaron a Sid Jannix. Yo no lo conocía por tal nombre, sino como Harry Beegan, y lo llamé también Pug porque había estado en el ring ([2]).

»Creo que Pug escribió la carta a Corla Burke, firmándola con mi nombre. Era un hábil falsificador. Deseaba poner a Corla Burke en tal situación, que él pudiera, luego, obligarla a darle dinero continuamente. Pero ella fue más lista. Pug, desde luego, no imaginó ese proyecto, sino que se lo sugirió alguien a quien le interesaba que no se celebrase ese matrimonio.

»El padre de Philip se enteró de la carta que me dirigieron.

Escribió luego a Dearborne, encargándoles que me vigilaran. El muchacho hizo una investigación, pero su hermana empezó a cultivar mi amistad, con objeto de hacerme hablar. Estaba recelosa de Pug. No sé cómo lo averiguó, pero estaba enterada de la relación de él con Corla Burke. Deseaba que yo le diera datos y detalles. Pero disimuló tan mal, que en breve me di cuenta de ello y procuré alejarla. Llevaba ya una semana en el piso donde me encontró usted. Estaba persuadida de que no tardaría en producirse una crisis de mis relaciones con Pug, de modo que estaba decidida a abandonarlo definitivamente. Y me figuré que nunca pensaría en buscarme en cualquier otro piso de la misma ciudad.

»Después de su muerte, no tuve más remedio que permanecer lo más oculta posible. Salí con objeto de adquirir algunas provisiones, cuando tropecé en la calle con la Dearborne. Ella se dio cuenta de que me ocultaba y ofreció ayudarme. Ignoro la razón que la movió a eso.

»Pug se había apoderado de mi fajo de billetes, desde el momento en que entré, de modo que no tenía en mi poder ni siquiera treinta centavos. La Dearborne ofreció comprar comida para mí y, desde luego, consentí en que lo hiciera, dada mi situación.

»Ahora nos llevamos su automóvil, que utilizaremos durante unos días. Supongo que no lo necesitará usted. Cuando ya no me haga falta, le mandaré un aviso a su oficina, diciéndole dónde podrá encontrarlo.

»Lo amo a usted más que a nadie en el mundo. Y me separa de usted porque no quiero que nada venga a interponerse en el recuerdo agradable de los días que pasamos juntos. Comprendo que todo ha terminado ya y que no podríamos continuar de igual modo. Y estoy persuadida de que si lo intentara, ocurriría algo que haría desaparecer toda la dulzura de ese recuerdo.

»Louie no comprende todos los detalles, pero sabe lo bastante para darse cuenta del conjunto. Dice que si alguna vez desea usted que muera alguien, no tiene que hacer más sino poner un anuncio en las columnas de asuntos personales de los periódicos de Los Ángeles, diciendo: "Louie, el nombre de ese individuo es tal y tal". Louie sería capaz de sacrificar la vida por usted y dice

que usted es el hombre más decente y más bueno que ha conocido. Realmente, es usted un hombre bueno y comprensivo. Y sea como fuere, ambos estamos dispuestos a hacer cualquier cosa por usted y también los dos nos despedimos cordialmente».

Yo estaba temblando de frío y también a causa de la excitación nerviosa. Se estremecía mi mano de tal modo, que apenas podía sostener la carta. Fui a tomar una ducha caliente, y al salir me encontraba mucho mejor. Me froté con una toalla, fui a la cocina y examiné la estufa de leña. Solamente Louie habría sido capaz de pensar en aquel detalle. Había cargado la estufa de leña, de modo que me bastó encender un fósforo para tener calor.

En cuanto el fuego rugió en la estufa, levanté la tapadera y dejé caer la carta de Elena. Me serví una buena taza de café y busqué en el armario para ver si, casualmente, había un poco de *whisky*. No pude encontrarlo. Había perdido ya el calor que me diera la ducha y una vez más estaba temblando al lado de la estufa.

El cielo oriental estaba ya inundado de color carmesí, muy brillante y, al fin, se asomó el sol. La estufa ejerció su natural influencia y, gradualmente, sentí menos frío. El café estaba muy caliente y tomé dos grandes tazas. Entonces me di cuenta de que tenía mucha hambre. Rompí unos huevos sobre una sartén, los revolví, hice unas tostadas, tomé otra taza de café, con los huevos, y me pareció que la cocina era cálida y agradable.

Me esforcé en fumar un cigarrillo, pero en aquella habitación los objetos que allí había me recordaban a Elena. Aquel lugar estaba saturado de recuerdos y tan desolado como una tumba.

Hice mi equipaje y salí a la luz del sol, porque ya no podía continuar dentro de aquella casa.

Salió el dueño, frotándose los ojos soñolientos. Me acerqué a él y dije:

—He de marcharme por avión. Mis compañeros han salido antes con el coche. En la casa quedan algunas provisiones y puede usted quedarse con ellas.

Me dio las gracias, me miró curioso y dijo:

—Anoche me pareció oír a su esposa y a su compañero que se marchaban con el automóvil.

Me dirigí a la carretera, y apenas llevaba tres minutos andando,

cuando un coche, procedente de Reno, se detuvo a corta distancia. Levanté los ojos mientras me palpitaba el corazón.

Una mujer bajaba el cristal de la ventanilla. El brazo le ocultaba la cara. Eché a correr en dirección al coche y la ventanilla bajó del todo. Era Bertha:

—¿Dónde has estado? —preguntó.

—Arreglando algunas cosas por ahí.

—¿Y no se ha presentado nadie?

—No.

—Ya me lo figuraba. Me pareció una tontería. Bueno, ven. Tenemos que hacer.

—¿Qué y dónde?

—Primero volver a Las Vegas. Ese Kleinsmidt, de la policía, está armando un escándalo y tú eres el único capaz de calmarlo.

—¿Y qué ha sido de Philip y su novia?

—*¡Pérdida de memoria!* —exclamó, indignada—. Bueno, si él se deja engañar, por mi parte está bien.

—¿Han hecho las paces?

—¿Que si las han hecho? Debieras haberlos visto.

—¿Dónde están ahora?

—Han tomado un avión para Los Ángeles. Nosotros hemos de regresar, para arreglar unas cosas con Kleinsmidt. Sube y vámonos.

En cuanto lo hube hecho, dio la orden al chófer de dirigirse al aeropuerto, donde nos esperaba un avión. Durante el viaje no quise hablar, y al fin quedé dormido.

En Las Vegas nos esperaba un automóvil. Bertha dio orden que nos llevaran al hotel Sal Sagev y, volviéndose a dijo:

—Tienes mala cara. Toma un baño, aféitate y luego ve a mi cuarto. Haremos subir a Kleinsmidt.

—¿Qué le pasa? —pregunté curioso.

—Dice que te llevaste a una testigo, que no está conforme acerca de la marcha de todo el mundo de la población sin haberle dicho nada a él. Cree, también, que debiera haber interrogado a Corla Burke. Opina que el asesinato te dio algunas indicaciones para encontrarla. En fin, que has de explicárselo todo y cree que será una buena historia.

—Ya me lo figuraba —dije.

Nos dirigimos al hotel, y entonces dije a Bertha que estaba muy

flojo un botón de mi camisa y le pedí una aguja enhebrada. Ella, inesperadamente, maternal, me ofreció coserlo, pero no quise aceptar.

En cuanto hubo cerrado la puerta me dirigí al ascensor. Era muy corta la distancia que me separaba de la casa donde viviera Elena Framley. Permanecí al pie da la escalera el tiempo suficiente para estar seguro de que no andaba nadie por allí, me clavé la aguja en el dedo pulgar y exprimí algunas gotas de sangre. De puntillas subí la escalera y de igual modo la bajé.

Al llegar, oí que Bertha Cool estaba hablando por teléfono y decía:

—¿Está usted seguro de eso? ¿Ha hecho averiguaciones en el aeropuerto…? Sí, señor. Nos marcharemos de aquí en el avión de la tarde. Le veré a usted esta noche en Los Ángeles… Muy bien. Felicítelos de mi parte. Adiós. —Cogió el receptor y añadió—: Eso es muy raro.

—¿Acaso Endicott ha desaparecido?

Sus ojuelos me miraron con dureza.

—Estás diciendo cosas estupendas, Donald.

—¿Por qué?

—¿Cómo sabías que ha desaparecido?

—¡Oh, no lo sé! Algunas palabras que dijo usted por teléfono.

—¡Y un cuerno! Bien sabías que no se presentaría más. ¿Adónde ha ido?

—No lo sé.

—Pues no tomó el avión de San Francisco, en Reno, y desapareció sin que nadie sepa a dónde ha ido a parar.

Yo me desperecé y dando un bostezo, dije:

—¿Cuándo recibimos la visita del teniente Kleinsmidt?

—Está en camino hacia aquí.

En aquel momento se oyó una llamada a la puerta y en cuanto la abrió apareció el teniente.

—¿Usted? —dijo.

—Sí, soy el mismo.

—Pero ha resultado ser una mala persona.

—¿Qué he hecho de malo?

—Tomar las de Villadiego y dejarme en un compromiso, después de todos los favores que le he hecho.

—Trabajaba en su beneficio.

—Gracias —contestó, sarcástico.

—Según veo —dije—, lo que más le interesa a usted es el asesinato de Jannix.

—Sí, ya comprendo que es un asunto de poca importancia, pero al jefe le ocurren cosas raras. No para de zaherirme y de indicar a cada momento que la marcha de usted ha sido bastante impensada y rápida, que yo podía haber protegido mejor los intereses del público, haciendo de manera que usted estuviese bien alojado y mantenido por cuenta del Estado y cosas por el estilo. ¿Dónde está esa Framley?

—No tengo la más pequeña idea de ello.

—Pues bien, se marchó en su compañía.

—¡Hum!

—¿Dónde la dejó usted?

—En Reno.

—¿Y qué más?

—Prefiero no hablar de eso —dije, encogiéndome de hombros—. Otro individuo se me anticipó.

Sentí los ojos de Bertha Cool que me miraban y Kleinsmidt preguntó:

—¿Y quién es ese individuo?

—Un sujeto llamado Hazen.

—¿El mismo que identificó el cadáver?

—Sí, el mismo.

—Pues no me dio la impresión de ser un conquistador.

—Cometí el mismo error que usted, teniente.

—Me parece que será útil hacer alguna comprobación acerca del particular, Lam.

—Hágala —le dije—. Puedo darle el nombre del individuo que posee una cabaña de alquiler, en la que pasamos unos días.

—¿Y qué sabe de eso?

—Me dijo que esta madrugada había oído a mi esposa y al otro individuo cuando se marchaban en automóvil.

—¡Es lástima! —dijo Kleinsmidt—. Y veo que tiene usted mal aspecto. Necesita un buen descanso. Aquí, en Las Vegas, tenemos un clima estupendo y nos disgustaría mucho que se marchara inesperadamente. Voy a tomar las disposiciones necesarias para que

no lo haga.

—No se dé prisa —dije—. Tiene otras cosas que hacer, más importantes.

—¿Cuáles?

—¿Se acuerda de Paul Endicott, la mano derecha de Whitewell?

—¡Claro!

—No sé si se ha enterado usted por medio de Whitewell, pero está dispuesto a asociar a su hijo en cuanto se haya casado. Y como sabe usted muy bien, los recaudadores de contribuciones tienen muchas manías acerca de estas cosas. En cuanto se redacta una escritura de renovación o cambio de sociedad o de razón social, se empeñan en hacer un examen a fondo de los libros de contabilidad, aun en el caso de que el propietario de la casa no lo necesite.

Vi que Kleinsmidt demostraba el mayor interés.

—Prosiga —dijo.

—Ya comprenderá usted que no puedo saberlo, pero estaría dispuesto a apostar cualquier cosa a que, en cuanto se haga este examen pericial de los libros de Whitewell, se demostrará la razón de que Endicott no desease la celebración de este matrimonio. Por tal causa obligó a Elena Framley a que escribiese una carta a Corla Burke, para darle a entender que no se podía celebrar ese matrimonio.

—¿Cuál es el contenido de la carta? —preguntó Kleinsmidt.

—No lo sé exactamente, mas parece que el padre de Corla Burke desapareció, abandonando a su familia, cuando la joven tenía quince años, Y aunque me guardará muy bien de asegurarle, la carta le decía que su padre estaba cumpliendo una condena en presidio. Como es natural, Corla no podía continuar con el proyecto de matrimonio en tales circunstancias, pues le habría parecido incorrecto y, además, inaceptable por lo que se refiere a Philip.

—Ésta es la historia que me cuenta usted —dijo Kleinsmidt—, de modo que esperaremos a oír otra versión.

—Corla se preocupó mucho por esta circunstancia. Estaba a punto de sufrir un derrumbamiento nervioso, a causa del exceso de trabajo. Se dispuso a hacer investigaciones, y como no podía confiar a nadie este asunto, tuvo que arreglarse de modo que su desaparición resultara algo raro y pudiese aplazar la boda hasta que se hubiera enterado bien.

—Este propósito no le habría exigido demasiado tiempo.

—Es verdad —dije—, pero el caso es que la pobre mujer sufrió un derrumbamiento nervioso. Ayer la encontraron errando por las calles de Reno, sin la menor idea de quién era ella misma, ni de cómo había llegado allí.

Kleinsmidt entornó los párpados y dijo:

—Acuérdese, Lam, de que ya una vez me hizo usted una mala pasada. Y ahora es preciso que me cuente algo capaz de sostenerse ante el jefe.

—¿Pues que estoy haciendo? —le pregunté.

—No lo sé, pero estoy un poco receloso.

—Endicott —le dije— estaba luchando con toda su alma por ganar tiempo. En el fondo de su juego estaba Jannix. Éste sería el testigo que, en caso necesario, saldría a declarar que el padre de Corla estaba en presidio. Endicott estaba dispuesto a pagarle. Ya conocía usted a Jannix. Tenía el carácter muy vivo y, además, era receloso.

Endicott cometió el error de ir a verlo y lo sorprendió en uno de sus peores momentos. Al salir, Jannix había muerto.

—Muy bonito, mucho —dijo Kleinsmidt—. Lo malo es que está lleno de agujeros. Ni siquiera sirve como teoría. Supongo que no puede usted citarme ningún hecho de que venga en apoyo de esta teoría.

—Muchos.

—Bueno, pues empiece usted por decirme cómo fue que Endicott hiciera todo eso en el momento en que estaba contemplando la proyección de una película. Al jefe le interesaría mucho eso. Y ya sabe usted que es un hombre muy raro.

—Si una mujer hubiese matado a Jannix —dije—, deberíamos creer que murió entre las ocho y cincuenta y las nueve y quince. Pero si lo mató un hombre, pudo haberlo hecho en cualquier momento.

—¡Qué interesante!

—Lo malo en usted —dije—, es que imagina una teoría y luego se esfuerza en hacer que los hechos concuerden con ella. Su idea, en vista de que los vecinos de la casa no habían oído el tiro, era que éste debió de ser disparado durante su ausencia.

—Pruebe a disparar allí sin que aquella vieja se entere —dijo

Kleinsmidt.

—Claro. Y lo cierto es que no oyó ningún tiro. Había salido a recibir el tren. Por consiguiente, el asesinato debió de haber sido cometido en su ausencia.

—¿Y qué inconveniente encuentra usted?

—Suponga que no hubiera salido.

—En tal caso hubiese oído el tiro.

—¿Sí?

—Claro está.

—¿Y si no lo hubiese oído?

—No sé a dónde quiere ir a parar.

—Si no lo hubiese oído —dije—, usted habría intentado averiguar la razón de un detalle tan raro, ¿no es verdad?

—Claro.

—El cadáver —añadí— fue encontrado dentro del piso. Los que vivían en el otro departamento del mismo piso habían estado ausentes desde las ocho y cincuenta a las nueve y veinte. Eso era algo muy agradable para usted, porque podía precisar el momento en que se cometió el crimen, en un espacio de tiempo relativamente limitado y llevar a cabo los interrogatorios de acuerdo con ello. Ahora bien, si una mujer hubiese matado a ese hombre, su argumento no tendría peros.

—¿Y qué diferencia tendría el detalle de que el criminal hubiera sido un hombre?

—Un individuo corpulento y forzudo, podría haber matado a Jannix en un callejón, en un automóvil y aun en un campamento de automovilistas, cargar luego el cadáver en un automóvil, parar el coche en el callejón, subir el cadáver a hombros hasta el piso de Elena Framley y dejarlo allí. Hecho eso, podía haber ido al cinematógrafo, para proporcionarse una coartada magnífica. ¿Y no se le ocurrió a usted que era muy raro el hecho de que Endicott hubiese venido a Las Vegas con el único objeto de ir al cinematógrafo? No creo que sea un aficionado tan extraordinario.

—No me convence —dijo Kleinsmidt—. Incluso en su modo de contarla hay numerosos puntos flacos. Y si yo tratara de comprobarla sufriría multitud de chascos y me expondría muchas veces al ridículo.

—Bueno. Haga lo que quiera.

—Por de pronto, me acompañará usted a otro hotel. Sígame.

—Podrá usted dirigirme el correo al cuidado del teniente Kleinsmidt —advertí a Bertha.

—¡Y un cuerno! —dijo ella poniéndose en pie—. ¿Quién demonios se ha figurado ser? —exclamó, dirigiendo al teniente una mirada colérica—. Pero no va a salirse con la suya, porque supongo que en esta población habrá abogados.

—Claro que sí. Vaya usted a buscarlos. Pero mientras tanto el señor Lam me acompaña. —Y tomándome del brazo dijo—: Vámonos sin armar jaleo.

Nos alejamos en buena paz y compañía, en tanto que Bertha Cool decía muchas cosas desagradables a Kleins pero él no le hizo ningún caso.

Cuando atravesábamos el vestíbulo, mi compañero dijo:

—Lo siento mucho; Lam. Lamento verme obligado a hacer esto, pero la historia que me ha contado no tiene pies ni cabeza. ¿Por qué no me refiere otra mejor?

—Bueno —contesté—. Pero no olvide usted a Bertha, porque no se resignará. Y en cuanto tenga usted tiempo para reflexionar acerca de eso, se dará cuenta, teniente, de que se ha puesto en una situación muy desagradable. Le aseguro que no le gustará.

—Ya sé que es usted un tío muy listo —replicó—, pero no tengo más remedio que obrar como lo hago.

Me llevó a jefatura, pero no me encerró en un calabozo, sino que me dejó en una oficina y guardado por un agente.

Hacia el mediodía entró el jefe, Laster, y dijo:

—Bill Kleinsmidt ha hablado conmigo.

—Me parece muy bien.

—Y la señora Cool está esperando en la habitación inmediata, con un abogado y un escrito solicitando el *habeas corpus*.

—Bertha es una mujer temible —dije.

—Esa teoría de usted no me parece tan disparatada como opina Bill Kleinsmidt.

—No es más que una teoría —le contesté.

—Pero usted tendrá algunas pruebas en que basarlas.

—Prefiero no hablar de ellas.

—Pero, ¿las tiene?

—No, eso no es más que una idea mía.

—Me gustaría saber quién o de qué manera se la sugirieron a usted.

—No es más que una idea.

—Yo creo que tiene usted algún fundamento más. ¿Le dijo algo esa muchacha?

Arqueé las cejas con exagerada sorpresa.

—¿Cómo, sabe algo?

—Eso no es contestar a mi pregunta. ¿Le ha dicho alguna cosa?

—No puedo recordarlo. Hablamos de muchas cosas. Ya sabe usted lo que pasa cuando uno vive en compañía de una muchacha durante varios días.

—Con sus noches correspondientes —añadió.

Yo no contesté. Él se pellizcó el labio inferior, lo soltó luego y, al fin, dijo:

—Es usted un hombre muy raro.

—¿Qué pasa ahora?

—En cuanto Bill me hubo dado cuenta de la teoría de usted, salí a examinar el lugar del crimen, registrándolo pulgada a pulgada. Nos fijamos en los escalones uno a uno y descubrimos media docena de gotas de sangre.

—¿De veras?

—Sí. Y eso destruye la coartada de Endicott.

—¿Lo ha interrogado usted?

—No podemos, porque ha desaparecido.

—¿De veras?

—Sí. Anoche se dirigió a Reno, en compañía de ustedes, pero luego nadie más lo ha vuelto a ver.

—¿No tomó el avión de San Francisco?

—No.

—¿Y qué dice Whitewell?

—Muchas cosas. Hablé con él por teléfono. Ahora tiene en su oficina unos peritos contadores, que examinan sus libros.

—Todo eso es muy interesante —dije—, pero le aconsejo que no haga esperar a Bertha Cool, porque es capaz de hacer cosas repentinas e inesperadas.

El jefe se puso en pie, dando un suspiro.

—Me gustaría mucho que me comunicara usted que pruebas tiene. Eso nos sería muy útil.

—Lo siento, pero, en realidad, no es más que una teoría.

—Estoy persuadido de que, a pesar de lo que dice, alguien le ha comunicado algún detalle valioso.

—No comprendo cómo ha llegado usted a esa conclusión. Me parece una deducción clara y lógica, juzgando por los hechos. El de que un cadáver sea encontrado en un lugar cualquiera no indica necesariamente que el crimen se cometiera allí.

—¿Cuándo se marcha usted de Las Vegas? —preguntó.

—En cuanto encuentre un avión. Además no hablaré con ningún periodista y, por lo que se refiere a mí, usted es el único que ha puesto en claro este crimen.

Desvió la mirada y dijo:

—Crea usted que eso no me importa nada en absoluto.

—Bueno, se lo digo por si acaso.

capítulo dieciocho

SONÓ el teléfono dos minutos después de haberse callado el despertador. Tomé el receptor y oí la voz de Bertha que me preguntaba muy amable:

—¿Estás despierto, querido?

—Ahora, sí.

—No quería molestarte.

—¿Qué pasa?

—Acaba de llamar el señor Whitewell. Al parecer, han echado de menos cuarenta mil dólares.

—Lo siento.

—Me ha rogado que lo reciba en mi despacho, a las ocho, para saldar cuentas.

—¿Por qué tan temprano?

—Porque quiere tomar el avión de las diez para San Francisco.

—Ya comprendo.

—Y te he llamado para estar segura de que me has dado la nota de tus gastos.

—Hice la cuenta detallada, la metí en un sobre y la dejé en su mesa escritorio. Allí la encontrará.

—Perfectamente.

—Si quiere hablar conmigo —dije—, llámeme al Golden Motto. Iré allá a desayunar.

—Está bien, querido.

—¿Ha desayunado usted ya?

—Hace ya bastantes días que, para desayunar, tomo únicamente jugo de frutas. Aún no he recobrado del todo el apetito.

—Bueno, estaré en la oficina después de desayunar.

Colgué el teléfono, tomé una ducha, me afeité y me vestí sin darme prisa y me dirigí al Golden Motto. La mujer que dirigía el

establecimiento parecía estar algo trastornada.

—Buenos días —dije en cuanto penetré en la sala del fondo para sentarme a mi mesa favorita.

La camarera vino a tomar mi encargo.

—Jamón —le dije—. ¿Qué le pasa a la señora?

—Ha tenido un ataque —dijo, riéndose—. No se preocupe, porque ya vendrá a contárselo. ¿Jugo de tomate?

—Un jugo de tomate doble, con un chorro de salsa de Worcestershire. Es posible que me llame Bertha Cool y, en tal caso…

—Ya le diré que está aquí. Pero, mire, ahí viene.

Levanté la mirada y pude ver, efectivamente, a Bertha Cool que atravesaba la puerta decidida y con los ojos brillantes.

Ella dio un suspiro que parecía proceder del fondo de su corazón, sonrió a la camarera y dijo:

—Cuando tengo el estómago vacío me siento muy mal y me dan ganas de agredir a alguien. Tráigame usted una ración doble de gachas de avena, jamón y huevos, una cafetera llena y mucha leche.

—Sí, señora Cool.

La camarera se dirigió a la cocina.

—La felicito —dije a Bertha.

—¿Por qué?

—Porque, al parecer, ha recobrado usted el apetito.

Dio un ronquido de indignación y exclamó:

—¡Viejo idiota!

—¿Quién?

—Arthur Whitewell.

—¿Qué ha hecho?

—Pues que quiso tomarme el pelo, diciéndome que yo era muy atractiva.

Arqueé las cejas.

—Yo no le hice gran caso —añadió—. Se lo consentí mientras se mostró discreto, pero en cuanto pude notar que ese granuja quería aprovecharse de ello para pagarme con unos cuantos dólares, ya no tuve duda de sus intenciones. Tal vez me he conducido con demasiado candor. Y es posible que a una mujer le guste siempre oír estas cosas, de modo que si no hubiese habido de por medio el negocio, quizá no me diera cuenta de su hipocresía.

—Bueno, ¿le ha hecho usted pagar a su gusto? —pregunté.

—¡Ya lo creo! —exclamó, con los ojos centelleantes.

La camarera me sirvió mi jugo de tomate, y mientras aguardaba, saqué un par de monedas de níquel del bolsillo y me dirigí a la máquina tragaperras. En el acto la encargada acudió corriendo.

—¡No se acerque! —exclamó—. Está estropeada.

—¿Qué le pasa?

—No lo sé, pero vinieron aquí un hombre y una muchacha, jugaron un rato, hace cosa de una hora, y en menos de cinco minutos ganaron tres premios mayores. ¿Qué le parece? ¡Tres premios mayores! Eso sin contar con la lluvia de monedas que, en premios pequeños, sacaron de la máquina. No hay duda de que está estropeada.

—¿Por qué? —exclamé—. Siempre me había hablado usted de las personas que venían a jugar en esta máquina y ganaban…

—Bueno —replicó—, este caso es diferente. He telefoneado al mecánico para que venga a repasarla y, por ahora, no se acerque usted a ella.

Volví a ocupar mi asiento a la mesa.

—¿Qué pasa? —preguntó Bertha.

—Nada —contesté—. Que probablemente hoy me devolverán mi automóvil.

—Ya lo han entregado —contestó—. No me había acordado de decírtelo. El encargado del establecimiento dijo que una muchacha dejó un automóvil para ti. Pero es un cacharro indecente.

No contesté.

La camarera nos sirvió la comida pero de pronto sentí que se me había pasado el apetito. Recordé los desayunos que había tomado en el desierto y en Reno.

Bertha tomó toda la yema de huevo que había en su plato, me miró, y dijo:

—¿Qué te pasa?

—No lo sé. Simplemente que no tengo apetito.

—Haces mal. Siempre conviene tomar un buen desayuno. Cuando el estómago no está lleno, no se tienen fuerzas. —Chasqueó los dedos para llamar a la camarera—. Tráigame una Vía Láctea —ordenó. Y, volviéndose a mí, dijo—: La guardaré en el bolso, por si acaso vuelvo a tener apetito hacia las diez. He estado muy enferma,

querido. Muy grave.

—Ya lo sé —contesté—, pero ahora está usted curada por completo, ¿no es verdad?

Abrió el bolso, sacó de él un cheque de color azulado y lo contempló con afecto.

—Puedo decir al mundo entero —exclamó— que Bertha está curada.

ERLE STANLEY GARDNER (Malden, Massachusetts, EE.UU. 17-julio-1889 - Temecula, California, 11-marzo-1970). Su padre quería que se hiciera abogado, de modo que comenzó a trabajar en una gestoría legal en Willows, y mientras trabajaba de mecanógrafo, estudió la carrera de derecho. Después se estableció por cuenta, pero el negocio era deficitario, ya que en numerosas ocasiones, aceptaba como clientes a inmigrantes chinos y mejicanos sin recursos, lo que le hizo muy popular pero no muy rico. En 1921, casado y con un hijo, se pone a escribir historias policiales, o «de detectives», que envía a algunas revistas para mejorar su situación financiera. Estas revistas se conocían como pulps y eran muy populares en la época.

Sus narraciones son muy efectistas y en ellas se sirve de sus conocimientos de derecho para construir casos, en los que podía lucirse *Perry Mason* con una brillante exposición en la que demuestra la inocencia del acusado. Así podía disfrutar de la única parte de la abogacía que realmente le gustaba: los juicios penales, y el desarrollo de la estrategia a seguir en un juicio. El nombre «*Perry Mason*» data de la infancia de su creador, cuando leía la revista *Companion*
Youth's

, publicada por la *Perry Mason Company*, y cuando creó a su abogado de ficción, pensó que sería un buen nombre para él.

Ya consolidada su carrera como escritor, para publicar sus libros contaba con la ayuda de varias secretarias que escribían a máquina lo que él dictaba a una grabadora. Su producción casi industrial provocó su apelativo de «*El Henry Ford de la novela policíaca*». Vendió más de 100 millones de libros en vida. Tenía una formula para escribir una vez definidos sus personajes, sus motivaciones y sus tramas.

Hacia 1938, Gardner empezaba a preguntarse si un día cedería el interés de los lectores por *Perry Mason*. ¿Podría duplicar su éxito escribiendo una novela con otra serie de personajes? El libro, escrito bajo el seudónimo de A. A. Fair, era «*The Bigger They Come*» («Cuanto más grandes son…» editado en español con el título de: *Agencia de Detectives*) y caracterizaba a *Bertha Cool*, una mujer obesa propietaria de una agencia de detectives y con anillo de diamantes; y a *Donald Lam*, su empleado, de estatura más bien pequeña, (todo un paquete de dinamita legal). La pareja se anotó un éxito inmediato y Gardner se puso a escribir 28 libros más de *Cool y Lam*.

Bajo su propio nombre Gardner escribió exclusivamente la serie *Perry Mason*, pero con su seudónimo favorito de A. A. Fair, Gardner escribió varias novelas con los detectives *Bertha Cool y Donald Lam*; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal *Doug Selby*.

Gardner muere el 11 de marzo de 1970, en su Rancho el Paisano en Temecula. Fue incinerado y sus cenizas se esparcieron por la península de Baja California, uno de sus lugares favoritos.